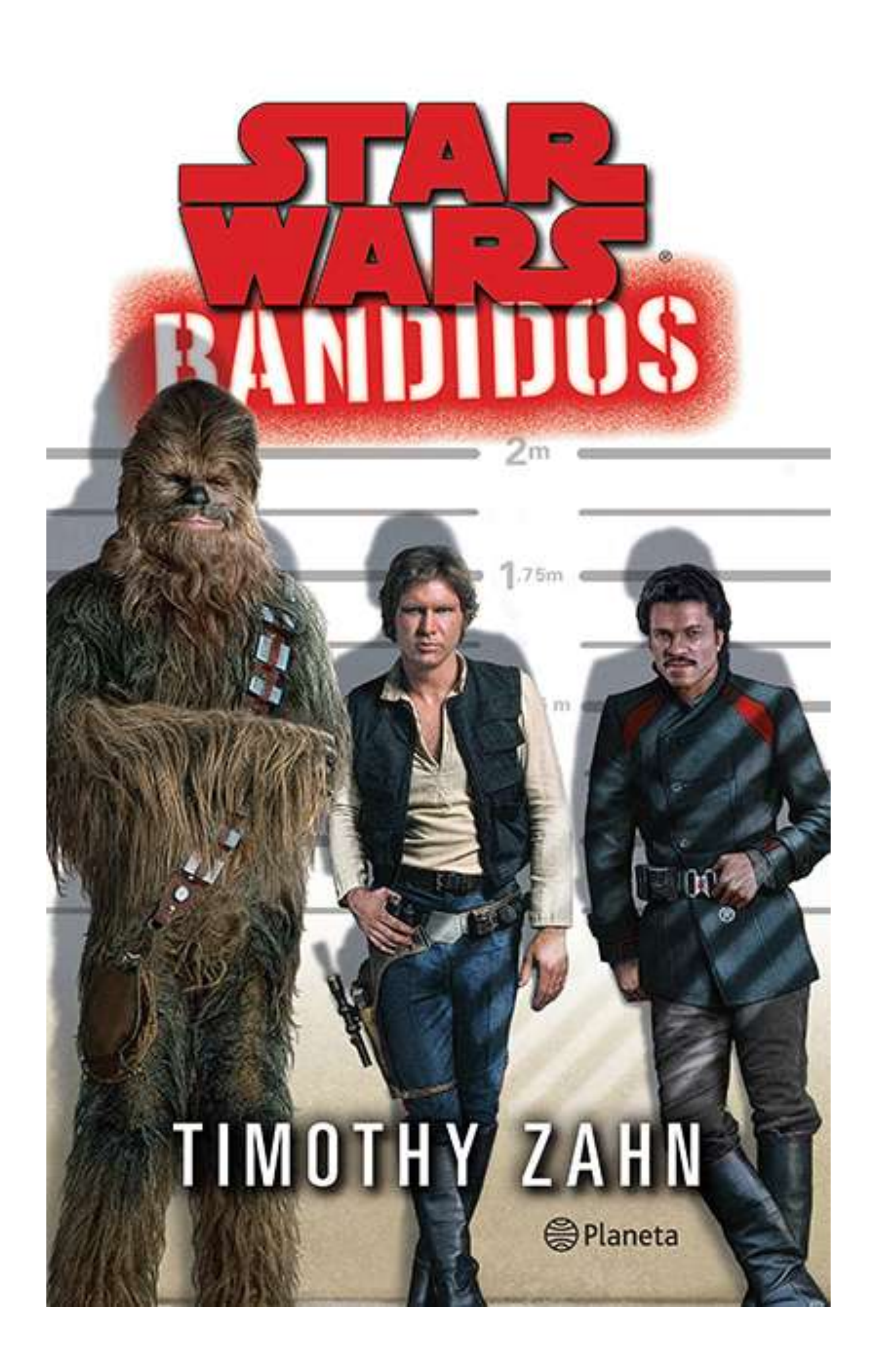

STAR WARS
BANDIDOS
2m
1,75m
TIMOTHY ZAHN
Planeta

Han Solo debería estar regodéandose en su momento de gloria; después de todo, el presumido contrabandista y capitán del *Halcón milenario* jugó un papel importante en la atrevida redada que destruyó la Estrella de la Muerte, dando así el primer golpe fuerte al Imperio en la guerra contra la Alianza Rebelde. Sin embargo, después de perder la recompensa que ganó con su heroísmo, Han no tiene nada que celebrar, especialmente porque le debe mucho dinero a Jabba el Hutt. El despiadado criminal ofrece una recompensa por la cabeza de Han y, a menos que consiga todos los créditos que le debe, tendrá que pagar con su vida. Lo único que puede salvarlo es el tesoro de algún rey, ¿o quizá la fortuna de un gángster? Eso es lo que le ofrece un desconocido misterioso a cambio de su ayuda no-muy-legal con un asunto más-que-peligroso. El pago es suficiente para pagar la deuda de Jabba… y no volver a pedirles nada a los hutts jamás.

Todo lo que tiene que hacer es infiltrarse en el cuartel ultrafortificado del segundo al mando de un sindicato criminal de Black Sun y abrir la caja de seguridad más impenetrable de la galaxia. Es un trabajo para quien hace milagros…, o para locos. Así que Han arma un equipo de canallas que tienen un poco de ambos, incluyendo al indispensable Chewbacca y al astuto Lando Calrissian. Si alguien puede engañar y vencer a matones armados, droides asesinos y agentes imperiales (además de realizar el robo del siglo)…, son los bandidos de Han Solo. Pero ¿recibirán la recompensa por su crimen, o tendrán que pagar el precio?



Bandidos

Timothy Zahn



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas

Título original: *Scoundrels*

Autor: Timothy Zahn

Arte de portada: Paul Youll

Traducción: Silvia Jiménez Barba

Publicación del original: 2013

menos de un año después de la batalla de Yavin.

Aporte: Darth Neurus

Revisión: holly

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

30.12.17

Base LSW v2.21

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars.

Personajes dramáticos

Han Solo: contrabandista (humano)
Chewbacca: contrabandista (wookiee)
Lando Calrissian: jugador (humano)
Bink Kitik: ladrona fantasma (humana)
Tavia Kitik: experta en electrónicos, asistente de ladrona fantasma (humana)
Dozer Creed: ladrón de naves (humano)
Zerba Cher'dak: carterista, prestidigitador (balosar)
Winter: grabadora (humana)
Rachele Ree: adquisiciones, inteligencia (humana)
Kell Tainer: explosivos, experto en droides (humano)
Eanjer Kunarazti: víctima de robo (humano)
Avrak Villachor: jefe de sector del Sol Negro (humano)
Qazadi: vigo del Sol Negro (falleen)
Dayja: agente de Inteligencia Imperial (humano)

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

CAPÍTULO UNO

Al colapsarse, los haces de luz se volvieron estrellas, y el Destructor Imperial *Dominator* hizo su aparición. De pie sobre el pasillo de mando, con las manos atrás, firmemente entrelazadas, el Capitán Worhven parecía fulminar con su mirada el planeta brumoso que flotaba en la oscuridad justo delante de él; se preguntó cómo rayos estaban él y su nave en ese lugar.

No eran buenos tiempos: el Emperador había disuelto el Senado Imperial repentinamente; esto causó oleadas de incertidumbre por toda la galaxia, lo cual cayó como anillo al dedo para la llamada Alianza Rebelde. Al mismo tiempo, organizaciones criminales como el Sol Negro y los sindicatos hutts retaban la ley abiertamente, comprando y vendiendo especias y mercancía robada, además de que los funcionarios locales y regionales hacían lo mismo.

Para empeorar las cosas: el nuevo juguete de Palpatine, el arma que se suponía que al fin iba a convencer a los insurrectos y delincuentes de que el Imperio no bromeaba acerca de quitarlos del camino, había sido destruido de manera explicable en Yavin. Worhven aún no recibía la explicación oficial del incidente. Verdaderamente, estos eran tiempos malvados, lo cual exigía una respuesta contundente y masiva. En el instante en que llegó el aviso de Yavin, el Centro Imperial debió haber ordenado la movilización total de la flota, concentrando sus esfuerzos en los sistemas más importantes, más insubordinados y más inquietos. Era la clásica respuesta ante una crisis, un método con miles de años de historia. Y, por derecho y por lógica, el *Dominator* debió haber estado a la vanguardia de cualquier movilización. No obstante, Worhven y su nave habían sido enviados como burros de carga.

—Ah, capitán —exclamó una voz alegre a sus espaldas. Worhven respiró profundamente para calmarse.

—Lord D’Ashewl —contestó él.

Se aseguró de no voltear a verlo hasta que su rostro mostrara una expresión más políticamente correcta para la ocasión; fue una buena decisión hacerlo, porque cinco segundos después D’Ashewl se detuvo justo a su lado sin guardar los dos pasos de distancia que Worhven exigía incluso a los oficiales de alto rango, antes de que él les diera permiso de acercarse.

Pero esto no lo sorprendía. ¿Qué iba a saber un gordo, estúpido y accidentalmente rico miembro de la corte superior del Centro Imperial sobre el protocolo en una nave? Era una pregunta retórica; la respuesta, desde luego, era que no sabía nada. Pero si D’Ashewl no tenía la más mínima educación, Worhven sí, y a su invitado lo iba a tratar con sumo respeto, aunque esto lo matara. Volteando a verlo, le dijo gentilmente:

—Mi lord. Espero que haya dormido bien.

—Sí —contestó D'Ashewl, con los ojos fijos en el planeta que estaba ante ellos—. Así que ese es Wukkar, ¿cierto?

—Sí, mi lord —repuso Worhven, aunque estaba conteniendo las ganas de preguntarle si acaso creía que el *Dominator* se había desviado del curso durante la noche—. De acuerdo con sus instrucciones —añadió.

—Sí, sí, claro —dijo D'Ashewl mientras torcía un poco el cuello al hacerlo—. Es que es muy difícil distinguirlo desde esta distancia. Casi todos esos mundos son inquietantemente parecidos.

—Sí, señor —repitió Worhven, una vez más intentando suprimir las palabras que tan desesperadamente querían salir. Ese es el tipo de comentario que sólo hacían los ignorantes o los muy estúpidos. D'Ashewl podría ser cualquiera de los dos.

—Pero si dices que es Wukkar, te creo —continuó D'Ashewl—. ¿Ya compilaste la lista de yates entrantes que te había pedido?

Worhven intentó no suspirar; no sólo era un burro de carga, también era su sirviente.

—El oficial de comandos la tiene —replicó y volteó su cabeza para señalar hacia la fosa de estribor de tripulantes.

De reojo alcanzó a ver que él y D'Ashewl no estaban solos: el joven sirviente de D'Ashewl, Dayja, había acompañado a su superior y se encontraba en el pasillo a una respetuosa distancia de seis pasos. Al menos uno de ellos conocía el protocolo.

—Hay una apuesta, capitán, sobre quién de nuestro grupo llegará en primer lugar y quién en último. Gracias a usted y a su magnífica nave estoy por ganar una buena cantidad de dinero.

Worhven sintió que el labio se le curvaba. Una apuesta ridícula y fútil al igual que el fútil y ridículo encargo del *Dominator*, pero era bueno saber que en un universo al borde de la locura aún había algo de simetría irónica.

—Que su subordinado le dé la información a mi flotador. Mi sirviente y yo partiremos en cuanto el *Dominator* llegue a la órbita —continuó D'Ashewl—. Sus órdenes eran permanecer en la región en caso de que volviera a necesitar transporte, ¿no es así?

El capitán permitió que sus manos se enroscaran en puños enojados una vez que los tuvo a sus costados, lejos de la mirada de D'Ashewl.

—Sí, señor.

—Muy bien —dijo D'Ashewl, contento—. Se sabe que Lord Toorfi de repente cambia de opinión sobre dónde deben continuar los juegos; de ser así, necesito estar listo para otra vez llegar antes que él al nuevo lugar. Nunca estarás a más de tres horas, ¿correcto?

—Sí, señor —replicó Worhven. Gordo, estúpido y, además, tramposo.

Era evidente que todos los involucrados en este torneo de apuestas altas habían llegado a Wukkar en sus propias naves, sólo D'Ashewl había tenido el increíble descaro de pedir a alguien del Centro Imperial que lo dejara tomar prestado un Destructor para la ocasión.

—Pero, por ahora, sólo necesito que tus hombres se preparen para lanzar mi flotador. Después de eso, puedes tomarte el resto del día para descansar; quizá también el resto del mes. Uno nunca sabe cuánto van a durar el vigor y los créditos de un hombre viejo, ¿no? —continuó D'Ashewl.

Sin esperar una respuesta que, además, daba lo mismo, porque Worhven no tenía ninguna que quisiera compartir, el gordo hombre volteó y se fue caminando como pato por el pasillo hacia el puente de popa. Dayja esperó hasta que pasara y después lo siguió a los tres pasos establecidos.

Worhven los observó hasta que estuvieron por debajo del arco y entraron en el turboascensor del puente de popa para asegurarse de que, en verdad, se fueran. Entonces relajó la mandíbula y le ordenó al oficial de comandos:

—Da la señal al comando del hangar. Nuestro pasajero está listo para partir.

Volteó a ver el puente de popa y frunció el ceño. Tomarse el día, cómo no. Si la clase gobernante del Imperio seguía condescendiendo con él de esa manera tan idiota, Worhven se vería seriamente tentado a unirse también a la Rebelión.

—Y diles que se apuren; no quiero a Lord D'Ashewl ni a su nave a bordo un milisegundo más de lo estrictamente necesario —añadió.

—Tal vez debería darte de latigazos —comentó, distraído, D'Ashewl.

Dayja giró un poco la silla de comando del flotador para alcanzar a verlo por encima de su hombro.

—¿Disculpa? —preguntó.

—Dije que tal vez debería darte de latigazos —repitió D'Ashewl viendo su datapad mientras se reclinaba cómodamente en el lujoso sillón de la estancia detrás de la cabina de mando.

—¿Debido a alguna razón en particular?

—No, en realidad no. Es sólo que últimamente se está poniendo de moda entre los estratos más altos de la corte, y no me gustaría quedarme fuera de las tendencias más importantes.

—Ah. Me imagino que estos rituales se realizan en público…

—No, no, las sesiones son bastante privadas e íntimas —le aseguró D'Ashewl—. Pero ese es un buen punto. A menos que de casualidad nos encontremos con otros de mi encumbrada categoría, realmente no creo que sea necesario. —Pensándolo más a fondo, agregó—: Al menos no hasta que regresemos al Centro Imperial. Quizás entonces valga la pena intentarlo.

—Hablando sólo por mí, me daría gusto posponerlo; parece algo muy superfluo.

—Eso es porque tienes una actitud de clase baja. Es una cuestión de consumo ostentoso; una demostración de que uno cuenta con una abundancia tal de sirvientes y

esclavos que puede darse el lujo de tener a uno fuera de circulación por unos días, sólo por un capricho.

—De todos modos suena superfluo. Arrancar a alguien la piel es mucho trabajo. Prefiero tener una buena razón para hacer algo que requiera ese mismo esfuerzo. —Con la cabeza señaló hacia el datapad—. ¿Has tenido suerte?

—Desafortunadamente, los dados no están a nuestro favor —comentó D'Ashewl al aventar el instrumento al sillón de al lado—. El soplón llegó un poco tarde, parece que Qazadi ya está aquí.

—¿Estás seguro?

—Sólo había ocho posibilidades y esos ocho ya aterrizaron; sus pasajeros ya se dispersaron.

Dayja volteó y echó un vistazo al planeta que se precipitaba hacia ellos mientras trataba de calcular distancias y tiempos. Si el yate que llevaba su presa acababa de aterrizar, aún podría haber oportunidad de interceptarlo antes de que se escondiera.

D'Ashewl continuó:

—Además, el último fue hace más de tres horas, así que, si quieres, bájale al acelerador y disfruta el paseo.

Dayja suprimió un pequeño gesto de irritación.

—Así que, en pocas palabras, sacamos de circulación al *Dominator* por nada.

—No del todo. Dimos al Capitán Worhven la oportunidad de trabajar en su paciencia.

A pesar de su frustración, Dayja no pudo evitar sonreír.

—Es cierto que te sale muy bien el papel de amo pomposo.

—Gracias —respondió D'Ashewl—. Me da gusto que mis talentos aún sean útiles para el departamento. No te desesperes tanto por haberlo perdido. Hubiera sido agradablemente dramático agarrarlo en medio del cielo, como esperábamos. Pero un triunfo así habría tenido también su precio. Para empezar, habría que hacer partícipe al Capitán Worhven de tus confidencias, lo cual te habría costado tu excelente identidad encubierta.

—¿Y también la tuya?

—Muy probablemente —concedió D'Ashewl—. Y aunque el director tiene suficientes identidades de truhanes y sirvientes para repartir, hay un cierto límite respecto al número de personas que puede meter en la Corte Imperial hasta que los otros miembros se den cuenta. Pueden ser arrogantes y pomposos pero no estúpidos. Considerando todo esto, quizá fue el mejor resultado.

—Tal vez —dijo Dayja, aunque no estaba del todo convencido para concordar—. De cualquier manera, será más difícil sacarlo de la mansión de Villachor de lo que hubiera sido atraparlo en el camino.

—Sí, pero será más fácil que arrancarlo de uno de los complejos del Sol Negro en el Centro Imperial —replicó D'Ashewl—. Suponiendo, en primer lugar, que lo pudiéramos encontrar en esa madriguera. —Después señaló hacia el mirador—. Tampoco creas que

hubiera sido tan fácil sacarlo del espacio. Piensa en el *Virago* de Xizor, pero 50 o 100 veces más grande, para que te des una idea de qué tan duro de roer es ese hueso.

—Todos los huesos se pueden roer —contestó Dayja y se encogió de hombros—. Sólo hay que aplicar suficiente presión.

—Siempre y cuando el hueso no se rompa —remarcó D'Ashewl con una voz que de la nada se tornó sombría—. Nunca has lidiado con el Sol Negro en esta escala, Dayja. Yo sí. Qazadi es uno de los peores y cuenta con todas las artimañas y con la manipulación de Xizor.

—Pero ¿sin el encanto del príncipe?

—Bromea todo lo que quieras —gruñó D'Ashewl—. Pero ten cuidado, si no por ti, al menos por mí, ya de por sí tengo demasiados fantasmas de agentes perdidos que vagan en mi memoria.

—Entiendo, tendré cuidado —dijo Dayja en voz baja.

—Muy bien.

D'Ashewl suspiró ruidosamente, un gesto que Dayja supuso que había aprendido de otros miembros de la élite del Centro Imperial.

—De acuerdo, seguimos sin saber por qué Qazadi está aquí: está en una misión, quiere pasar desapercibido o ha caído del favor de Xizor y del resto de los más altos escalafones. Si es lo tercero, no tenemos mucha suerte.

—Ni tampoco Qazadi —murmuró Dayja.

—Así es —concordó D'Ashewl—. Pero si es algo de lo primero… esos archivos podrían volar fuera de órbita a todo el Centro Imperial.

Dayja sabía que esa era razón suficiente para que se la jugaran con mucho cuidado.

—Pero ¿estamos seguros de que se va a quedar en la casa de Villachor?

—No me lo imagino llegando a Wukkar y quedándose en ninguna otra parte que no sea la mansión del jefe de sector —contestó D'Ashewl.

—Aunque puede haber otras posibilidades y no te vendría mal que hurgaras un poco. Te descargué todo lo que sabemos sobre Villachor, su gente y la Mansión Marblewood; desafortunadamente no es mucho.

—Supongo que tendré que entrar y ver yo mismo el lugar. Creo que el Festival de los Cuatro Homenajes será mi mejor oportunidad —dijo Dayja.

—Si Villachor continúa con su patrón habitual de oficiar una de las celebraciones de la Ciudad Iltarr en Marblewood, es posible que, gracias a la visita de Qazadi, le deje esa responsabilidad a alguien más —advirtió D'Ashewl.

—Yo no lo creo. A los operativos de alto nivel del Sol Negro les gusta usar las celebraciones sociales para encubrir sus encuentros con los contactos del bajo mundo, donde establecen oportunidades futuras. De hecho, considerando el momento de la llegada de Qazadi, tal vez esté aquí para observar o asistir algún asunto especialmente problemático.

—Has hecho tu tarea. Excelente —dijo D'Ashewl. Pero ten en mente que el flujo de personas también significa que la seguridad de Marblewood estará más alerta.

—No te preocupes —dijo Dayja con calma—. Puedes entrar por cualquier puerta si sabes cuál es la manera adecuada de tocar. No dejaré de tocar hasta que encuentre el patrón.

De acuerdo con las más grandes e influyentes revistas de moda de Wukkar, las cuales estaban encantadas con publicar artículos largos sobre Avrak Villachor cuando les pagaba, la Mansión Marblewood era uno de los verdaderos escaparates de la galaxia. Prácticamente era una casona de campo en medio de Ciudad Iltarr: una amurallada extensión de terrenos cuidados que rodeaban una antigua casa del gobernador construida en el clásico estilo Alta Emperatriz Teta.

A los más lisonjeros comentaristas les gustaba recordar a sus lectores los muchos negocios, premios y logros filantrópicos de Villachor, y predecían que habría más honores en el futuro. Los otros, a los que no les pagaba, se oponían con ominosas sugerencias de que el logro más probable de Villachor sería sufrir una muerte pronta y violenta.

Ambas predicciones tenían cierta verdad; la idea pasó por la mente de Villachor mientras estaba de pie en la entrada principal de la mansión y veía que cinco deslizadores terrestres iban flotando por el portón y llegaban al patio. De hecho, cabía la posibilidad de que estuviera por enfrentarse a uno de esos eventos.

La pregunta era a cuál.

Los modales tradicionales de Wukkar estipulaban que el anfitrión esperara junto a la puerta de los deslizadores terrestres cuando un huésped distinguido emergiera, pero en este caso eso sería imposible. Todos esos cinco deslizadores tenían cristales polarizados y no había manera de saber en cuál estaba su visitante misterioso. Si Villachor adivinaba mal, no sólo habría violado las reglas de etiqueta, sino que también haría el ridículo.

Así que se detuvo en el último escalón hasta que los deslizadores frenaron con pericia. Las puertas de todos los vehículos, excepto del segundo, se abrieron y los pasajeros comenzaron a salir; la mayoría eran humanos de rostros poco amigables parecidos al cortejo de guardias y matones de Villachor. Formaron un círculo amplio e improvisado alrededor de los vehículos y uno de ellos murmuró algo al broche comunicador que tenía en el cuello de su ropa. Se abrieron las puertas del último deslizador.

Villachor sintió que se le cerraba la garganta cuando alcanzó a ver escamas verdiazules sobre una túnica con cuentas coloridas. No era un humano. Era un falleen, y no sólo uno, sino cuantos cupieron en un deslizador.

En cuanto Villachor empezó a acercarse, dos falleen salieron de cada lado del vehículo, con sus manos puestas sobre los blásters enfundados, y sus ojos se movieron rápidamente de Villachor a la mansión que se alzaba tras él. Eran guardaespaldas espaciales que sólo podían ser para un huésped igualmente importante. Villachor

apresuró el paso sin que fuera evidente que lo hacía y su corazón latía con premonición desagradable. Si era el Príncipe Xizor el que estaba en el deslizador, entonces era probable que el día acabara muy mal. Una visita no anunciada del jefe del Sol Negro casi siempre terminaba así.

En efecto, fue un falleen más el que salió a la luz del sol cuando Villachor llegó a su puesto indicado al lado del vehículo, pero, para su alivio, no era Xizor, solamente era Qazadi, uno de los nueve vigos del Sol Negro. No fue sino hasta que Villachor se hincó sobre una rodilla e inclinó su cabeza en señal de reverencia ante su huésped cuando por fin comprendió el significado de esa idea. ¿*Nada más* uno de los nueve seres más poderosos del Sol Negro? Sólo porque el falleen parado ante él no era Xizor no significaba que el día no pudiera acabar con una muerte.

—Lo saludo, Su Excelencia —dijo Villachor y se inclinó aún más. Si estaba en problemas, una demostración adicional de humildad seguramente no lo salvaría, pero podría granjearle una muerte menos dolorosa—. Yo soy Avrak Villachor, el jefe de las operaciones de este sector y su humilde servidor.

—Yo también lo saludo, Jefe de Sector Villachor —pronunció Qazadi con una voz ecuánime y melodiosa, muy parecida a la de Xizor, pero acompañada de un dejo de amenaza más lacerante—. Puede levantarse.

—Gracias, Su Excelencia —respondió y se levantó—. ¿Cómo puedo servirle?

—Puede conducirme a una habitación para huéspedes —repuso Qazadi. Sus ojos brillaban por un divertimiento personal—. Después puede relajarse.

Villachor frunció el ceño.

—¿Disculpe, Su Excelencia? —preguntó cuidadosamente.

—Teme que haya venido para juzgarlo —explicó Qazadi, con la voz aún lacerante pero a la vez curiosamente casual. También las escamas verdiazules de su rostro estaban cambiando y dejaban ver un rubor rosa en sus mejillas—. Y esos pensamientos nunca hay que descartarlos del todo, pues no salgo del Centro Imperial salvo por cuestiones de fuerza mayor —añadió.

—Sí, Su Excelencia —dijo Villachor.

Una sensación de negra incertidumbre aún pendía sobre el grupo como una bruma matutina, pero, para su sorpresa, sintió que su ritmo cardiaco se desaceleraba y una inesperada calma comenzaba a fluir por su cuerpo. Había algo en la voz del falleen que la hacía más reconfortante de lo que en un principio se había dado cuenta.

—Pero en esta ocasión, las causas no tienen nada que ver contigo —prosiguió Qazadi—. Puesto que la ausencia de Lord Vader del Centro Imperial había dejado a sus espías temporalmente sin un líder, el Príncipe Xizor decidió que sería aconsejable barajar un poco las cartas. —Sonrió ligeramente a Villachor—. En este caso es una metáfora muy afortunada.

Villachor sintió que de la nada la boca se le secaba. ¿Acaso Qazadi en verdad estaba hablando de…? Pero logró decir:

—Mi bóveda está a su completa disposición, Su Excelencia.

—Gracias —dijo Qazadi, como si Villachor realmente tuviera alguna opción en el asunto.

—Mientras mis guardias traen mis pertenencias y arreglan mi habitación, vayamos a indagar sobre la seguridad de su bóveda.

La brisa que había estado refrescando el rostro de Villachor cambió de dirección y de repente la quietud que reposaba en su mente se desvaneció. Villachor se dio cuenta mordazmente de que no era la voz de Qazadi, sino otro de esos malditos trucos de químicos corporales que a los falleen les gustaba realizar en la gente.

—Como usted desee, Su Excelencia —dijo al volver a inclinarse y señalar hacia la mansión—. Por favor, sígame.

El hotel que D'Ashewl había dispuesto estaba en el centro del distrito más exclusivo de Ciudad Iltarr, y la *suite* imperial era la mejor habitación. Pero, en opinión de Dayja, lo más importante era que las humildes habitaciones de los sirvientes, adyacentes a una de las esquinas de la *suite*, tenían una puerta privada que salía justo al lado de las escaleras traseras del hotel.

Una hora después de que D'Ashewl terminara su grandiosa cena de la media tarde y se retirara a sus aposentos, Dayja se quitó el uniforme de sirviente y se puso ropa menos llamativa para salir a la calle. Bastaron unos minutos de caminata para que saliera del enclave de los ricos y poderosos y entrara en una sección pobre y fea de la ciudad.

Las operaciones modernas de inteligencia generalmente comenzaban en el escritorio de un oficial de campo, con un resumen completo de la comunicación, finanzas y círculos sociales del objetivo. Pero Dayja sabía que en este momento ese acercamiento sería inútil. Los principales líderes del Sol Negro eran excepcionalmente buenos para borrar sus rastros y enterrar todas las conexiones y alertas digitales que podían usarse para atrapar a los mejores criminales. Además, muchas de estas conexiones ocultas contaban con banderas instaladas para alertar al lord criminal de la presencia de una investigación. Lo último que Dayja podía permitirse era hacer que Qazadi se ocultara aún más o, lo que era peor, que se fuera asustado de regreso al Centro Imperial, donde una vez más estaría bajo la protección de Xizor y los abundantes recursos de Coruscant.

Así que Dayja haría esto a la antigua: hurgando y chismeando en los límites de las operaciones del Sol Negro en Ciudad Iltarr y molestando hasta que llamara la atención de las personas indicadas. El resto de la tarde se la pasó caminando, observando a la gente y absorbiendo el ritmo y sabor de la ciudad. Al oscurecer el cielo, regresó con uno de los tres traficantes clandestinos que antes había visto y compró dos cubos de especia niria; comentó desinteresadamente sobre la cualidad superior de la droga a la que estaba acostumbrado.

Cuando estuvo listo para regresar al hotel, ya había comprado muestras de otros dos vendedores y todas las veces hizo comentarios desdeñosos. El Sol Negro traficaba mucha

especia niria y existía la posibilidad de que los tres vendedores estuvieran conectados, al menos de manera periférica, con Villachor. Si tenía suerte, los rumores de este desconocido altanero irían subiendo por la cadena de mando.

Estaba a la vista de la estación de seguridad privada en el enclave de la clase alta cuando tres jóvenes rudos le salieron al encuentro.

Por un momento esperanzador pensó que tal vez la red de inteligencia local del Sol Negro era mejor de lo que había esperado. Pero pronto fue claro que los matones no trabajaban para Villachor ni para nadie más y sólo querían robar los cubos de especia que llevaba. Los tres jóvenes portaban cuchillos, uno tenía un bláster pequeño y todos tenían un fuego en los ojos que decía que obtendrían la especia costara lo que costara.

Desafortunadamente para ellos, Dayja también tenía un cuchillo que le había quitado al cuerpo de un criminal que ya había tenido esa misma idea. Treinta segundos después, otra vez estaba de camino a casa, no sin antes dejar los tres cuerpos que goteaban sangre en el drenaje de la calle junto a la banqueta.

Decidió que al día siguiente sugeriría a D’Ashewl que visitara públicamente algunos de los centros culturales, donde Dayja tendría la oportunidad de conocer mejor a la clase gobernante de la ciudad. Después haría otra excursión solitaria a los tugurios y causaría más problemillas como este. Entre las clases altas y las bajas, tarde o temprano Villachor o su gente le pondría atención. Ya había rebasado la estación de seguridad y fantaseaba con su cama muelle cuando la policía finalmente llegó a remover los cuerpos que había dejado.

CAPÍTULO DOS

Han Solo nunca antes había estado en la Cantina de Reggilio, pero sí había estado en muchas parecidas y conocía bien el tipo. El ambiente estaba razonablemente tranquilo, aunque más por cautela que por buenos modales; un poco bullicioso, aunque por la moderación que exige la necesidad de mantener un perfil bajo; y su decoración demostraba un desaliño dilapidado, sin justificaciones ofrecidas ni esperadas.

En pocas palabras, era el lugar perfecto para una trampa.

A un metro de distancia, en la otra mitad del asiento circular del gabinete, Chewbacca gruñía con descontento.

—Ni que lo digas. —Han también gruñó golpeando impacientemente sus dedos contra el tarro de cerveza con especias corelianas que aún no había tocado—. Pero si existe la oportunidad de que esto vaya en serio, la tenemos que tomar.

Chewbacca murmuró una sugerencia.

—No —dijo Han sin rodeos—. Acuérdate de que están dirigiendo una rebelión, no les sobra nada.

Chewbacca gruñó una vez más.

—Claro que lo valemos —reafirmó Han—. Nada más por haberle disparado a esos TIE que andaban tras de Luke debió haber duplicado la recompensa. Pero tú viste la cara que puso Dodonna, no estaba nada contento con darnos la primera tanda. Si Su Alteza Real no hubiera estado ahí parada despidiéndose, estoy seguro de que hubiera intentado regatear.

Han Solo observó su tarro. Además, ya no dijo que pedir a la Princesa Leia reemplazos de créditos de recompensa implicaba decirle cómo perdió los primeros. No apostando o en malas inversiones, ni siquiera en la bebida, sino por un pirata krifado.

Y entonces ella le dirigiría una de esas miradas.

Decidió que había peores cosas que estar en la lista negra de Jabba. Además, si la oferta de este trabajo que había conseguido en la entrega de Ord Mantell era de verdad, cabía la posibilidad de que Leia no se enterara nunca.

—¿Qué tal, Solo?

La voz rasposa llegó desde la derecha de Han.

—Ojos al frente, las manos puestas sobre la mesa. Tú también, wookiee.

Han apretó sus dientes al soltar el tarro y puso las palmas de sus manos en la mesa.

Y acabó la idea de que la oferta fuera legítima.

—¿Eres tú, Falsta?

—Qué buena memoria —dijo Falsta, con aprobación, mientras se deslizaba para estar a la vista de Han y tomaba asiento en la silla de enfrente.

Estaba justo como Han lo recordaba: bajo, escuálido, con una barba de cuatro días y la chamarra de piel que siempre usaba sobre otra más de sus camisas con aves color fuego. Su bláster era aún más feo que su camisa: un DT-57 de la época de las Guerras de los Clones muy modificado.

A Falsta le gustaba decir que alguna vez el arma había pertenecido al mismísimo General Grievous. Casi nadie creía eso; tampoco Han.

—Escuché que Jabba está molesto contigo —continuó Falsta, descansando su codo en la mesa, y puso el cañón de su bláster a la altura de la cara de Han—. Otra vez.

—Yo escuché que ahora te dedicas a los asesinatos —repuso Han, viendo el bláster y acomodando su pierna bajo la mesa. Sólo tendría un tiro para hacer esto.

Falsta se encogió de hombros.

—Oye, si eso es lo que el cliente pide, eso es lo que el cliente obtiene. Puedo decirte esto: el Sol Negro paga mucho más por una muerte que Jabba por echarle la mano a alguien.

Movió un poco el cañón de su bláster.

—Pero tampoco me importa recoger un par de créditos gratis. Como de cualquier manera estaba por estos rumbos…

—Claro, ¿por qué no? —dijo Han y frunció el ceño.

Qué comentario tan raro, ¿acaso Falsta estaba diciendo que él no fue el que le mandó a Han ese mensaje? No, es asburdo. La galaxia era un lugar enorme. No había manera de que un cazarrecompensas llegara de casualidad, a una cantina cualquiera, en una ciudad cualquiera, en un mundo cualquiera en el mismo momento en que Han estaba ahí. No, Falsta sólo se estaba haciendo el simpático.

Pero estaba bien, Han también podía ser simpático.

—Así que ¿estás diciendo que si te doy el doble de lo que Jabba ofrece, te paras y te vas? —preguntó Han.

Falsta sonrió con maldad.

—¿Lo traes contigo?

Han inclinó su cabeza hacia Chewbacca.

—El tercer bloque de alimentación a partir del hombro.

Los ojos de Falsta brincaron hacia la bandolera de Chewbacca. Con un solo movimiento contorsionado, Han golpeó su pierna contra la mesa, que se azotó contra el codo de Falsta y tiró su bláster; Han agarró su tarro con la cerveza de especias corelianas y lo lanzó hacia los ojos del cazarrecompensas. Hubo una breve sensación de calor cuando el disparo realizado por reflejo pasó zumbando por la oreja izquierda de Han.

Falsta sólo obtuvo un disparo. Un instante después, su bláster apuntaba inocuamente al techo, inmóvil gracias al férreo control que Chewbacca ejercía sobre el arma y la mano que la sostenía.

Ahí se debió haber acabado todo. Falsta debió haber concedido la derrota, entregado su bláster y salido de la cantina, un poco humillado pero vivo.

Pero Falsta nunca había sido del tipo que concedía nada. Aun cuando parpadeaba con furia por la cerveza que seguía corriendo por sus ojos, su mano izquierda penetró en su chamarra como un cuchillo y sacó un pequeño bláster. Estaba por apuntar el arma cuando Han le disparó bajo la mesa. Falsta cayó hacia delante, aunque su mano derecha seguía bajo el agarre de Chewbacca, su bláster de mano rodó sobre la mesa hasta que se detuvo. Chewbacca mantuvo esa posición un rato más, después bajó la mano de Falsta hacia la mesa y con destreza removió el arma de la mano del difunto.

Por unos seis segundos, Han no se movió, apretaba su bláster por debajo de la mesa y sus ojos giraban por toda la cantina. El lugar se había silenciado y todas las miradas estaban sobre él. Hasta donde sabía, nadie había desenfundado su arma, pero casi todos los clientes de las mesas más cercanas tenían sus manos sobre o cerca de sus armas.

Chewbacca murmuró una advertencia.

—Ustedes lo vieron —exclamó Han, aunque dudaba que muchos sí lo hubieran visto—. Él disparó antes.

Otro momento de silencio. Luego, de manera muy casual, las manos se alejaron de los blásters, las cabezas voltearon y siguieron las pláticas en voz baja.

Tal vez este tipo de accidentes pasaba todo el tiempo en Reggilio. O tal vez todos conocían a Falsta lo suficientemente bien como para saber que nadie lo iba a extrañar.

De todos modos, definitivamente era momento de moverse.

—Vamos —murmuró Han al guardar su bláster y deslizarse por un costado de la mesa. Decidió que regresarían al área del puerto espacial, echarían un vistazo a las cantinas de ahí y verían si conseguían transportar algún cargamento. De seguro no conseguirían lo suficiente para pagarle a Jabba el Hutt, pero al menos los sacaría de Wukkar. Se levantó y dio una última ojeada a la cantina.

—¿Perdone?

Han giró y por reflejo bajó su mano para sujetar su bláster. Pero sólo era un hombre común y corriente tras él. O, mejor dicho, casi todo un hombre. La mitad de su rostro estaba cubierto de medisello color carne que se extendía por toda la piel y cabello, y un ojo protético que brincaba en el lugar donde normalmente iría su ojo derecho.

Pero no era un ojo cualquiera, lo habían diseñado alienígenas. Brillaba como una versión más pequeña de un ojo arconiano multifacético. Incluso bajo la opaca luz de la cantina, el efecto era impactante, inquietante y curiosamente hipnótico.

De un salto, Han se percató de que lo estaba viendo y forzó su mirada hacia otra parte. No sólo por no ser grosero, sino porque un atractivo visual como ese era justo el tipo de truco que un asesino listo podría usar para distraer la atención de la víctima en un momento crítico.

Pero el hombre tenía las manos vacías, no se veía que trajera ningún bláster o láser. De hecho, su mano derecha no hubiera servido de nada. Estaba torcida y deforme, envuelta estrechamente con el mismo sello médico de su cara. Tal vez había sido herida

de gravedad o se trataba de una prótesis que provenía de los mismos alienígenas que le habían proporcionado el ojo.

—Tal vez deberías ver cómo conseguir otro ojo —sugirió Han y se relajó un poco.

—Hay muchas cosas que tengo que ver —dijo el hombre; se detuvo a un par de metros de distancia. El ojo que le quedaba volteó hacia el bláster de Han, luego con esfuerzo se volvió a dirigir hacia él—. Permítame que me presente: mi nombre es Eanjer; mi apellido no importa. Lo que sí es importante es que me han robado una gran cantidad de dinero.

—Qué mal. Deberías ir a hablar con la policía de Ciudad Iltarr.

—No pueden ayudarme —explicó Eanjer. Avanzaba un paso mientras Han se alejaba otro—. Quiero mis créditos de vuelta, quiero a alguien que sepa actuar y a quien no le moleste trabajar fuera de las leyes o costumbres. Por eso estoy aquí; esperaba encontrar a alguien que encajara en ambos criterios.

Su ojo se movió hacia el cuerpo de Falsta.

—Habiéndote visto en acción, es claro que eres la persona que estoy buscando.

—Fue en defensa propia —repuso Han y redobló el paso. El problema de ese hombre seguramente era una insignificante apuesta de juego y no tenía ninguna intención de verse inmiscuido en algo como eso.

Pero sin importar quién fuera Eanjer, estaba determinado. Se apresuró para alcanzar a Han y se mantuvo a su derecha.

—No quiero que lo hagas gratis —dijo—. Puedo pagar. Puedo pagar muy, muy bien.

Han, sin quererlo, se detuvo. Estaba seguro de que sí era algo insignificante y escucharlo sería una pérdida de tiempo total, pero también lo sería estar todo el día en una cantina del puerto espacial; si no lo escuchaba, era muy probable que esa peste lo seguiría hasta allí.

—¿De cuánto estamos hablando? —preguntó.

—Mínimo todos tus gastos —se interrumpió para bajar la voz a un susurro y asegurarse de que nadie los escuchara—. Los criminales robaron 163 millones de créditos. Si los recuperamos, los dividimos entre los dos y entre alguna otra persona que quieras que te ayude.

Han sintió que la garganta se le cerraba. Podía igual no ser nada. Eanjer podía estar inventando historias, pero si decía la verdad…

—De acuerdo —dijo Han—. Hay que hablar, pero no aquí.

Eanjer volteó a ver el cuerpo de Falsta y un escalofrío recorrió su espalda.

—De acuerdo —concordó con una voz suave—. Donde sea menos aquí.

—El nombre del jefe es Avrak Villachor —dijo Eanjer, moviendo su único ojo por toda la cafetería que Han había escogido, un lugar más sofisticado que la cantina y a una distancia prudente de tres cuadras—. Para ser más preciso, es el líder de un cierto grupo

que está involucrado. También tengo entendido que está afiliado a una organización criminal más grande, no sé cuál.

Han dirigió su mirada hacia Chewbacca y alzó las cejas. El wookiee se encogió de hombros y movió la cabeza. Al parecer, él tampoco había escuchado antes de Villachor.

—Sí, hay muchas de dónde escoger —comentó Han a Eanjer.

—Así es. —Eanjer bajó la mirada hacia su bebida, como si la viera por primera vez, después siguió analizando el lugar con nerviosismo—. Mi padre es, *era*, un muy exitoso importador de productos. Hace tres semanas Villachor llegó a nuestra casa con un grupo de maleantes y exigió que le entregara su negocio a su organización. Cuando se rehusó… —Un escalofrío recorrió su cuerpo—. Lo mataron —dijo con una voz tan baja que apenas se escuchó—. Ellos sólo… ellos ni siquiera usaron blásters. Era una especie de granada de fragmentación. Simplemente lo destrozó… —No terminó la frase.

—¿Por eso tu cara está así? —preguntó Han.

Eanjer parpadeó y alzó la mirada.

—¿Qué? Ah. —Se levantó el sello médico de la mano para tocarse con cuidado el sello del rostro—. Sí, la parte final de la explosión me alcanzó. Había mucha sangre. Seguramente pensaron que estaba muerto. —Tembló como si quisiera deshacerse del recuerdo—. Bueno, se llevaron todo de la caja de seguridad y se fueron. Todos los registros corporativos, la información sobre nuestra red de transportes, la lista de subcontratistas, se llevaron todo.

—¿Incluyendo 163 millones de créditos? —preguntó Han—. Habrá sido una caja muy grande.

—En realidad no —dijo Eanjer—. Podías entrar, pero no era nada especial. El dinero estaba en fichas de crédito, una por millón. En un bolso a la cadera cabrían todas. —Acercó un poco más su silla a la mesa—. Pero aquí está el detalle. Las fichas de crédito están ligadas con el propietario y los agentes designados por él. Como mi padre ahora está muerto, soy el único que puede obtener todo su valor. Para todos los demás no valen más que un cuarto, tal vez la mitad del valor total, y eso sólo si Villachor puede encontrar un malhechor que sepa cómo traspasar los códigos de seguridad.

—Eso aún le deja 800 mil —señaló Han. No está mal para ganarlo en una noche.

—Por eso no tengo dudas de que ahora esté buscando a alguien para hacer la tarea. —Eanjer respiró profundamente—. Aquí está la cosa: los registros de negocios que Villachor nos robó no importan. Todas las personas que trabajaban para nosotros estaban ahí específica y personalmente por mi papá y, sin él, se van desvanecer en la penumbra. Sobre todo porque las fichas de crédito se iban a usar para pagar los servicios recibidos. Si no le pagas a un transportista, ya no trabaja para ti.

Con más razón si era un contrabandista, que era lo que Han sospechaba que se escondía detrás de ese negocio familiar de importación-exportación. Aún no estaba seguro si Eanjer lo sabía, lo sospechaba o lo ignoraba totalmente.

—A ver si entendí —dijo—. ¿Quieres que me meta en su casa? Me imagino que sabes dónde está.

—Sí, claro —contestó Eanjer asintiendo—. Está aquí en Ciudad Iltarr, en una propiedad llamada Marblewood; es casi un kilómetro cuadrado de terreno que rodea una mansión grande.

—Ah —dijo Han. Probablemente el lugar grande y despoblado al norte de la ciudad que había visto al entrar con el *Halcón*. En ese momento había pensado que era un parque—. ¿Quieres que vayamos, nos metamos donde sea que tenga las fichas de crédito, las robemos y salgamos otra vez? ¿Eso es todo?

—Sí —dijo Eanjer—. Te lo agradezco mucho.

—No.

El único ojo de Eanjer parpadeó.

—¿Perdón?

—Tienes al hombre equivocado —le explicó Han—. Somos transportistas, como tu padre. No sabemos nada de cómo meternos en bóvedas de seguridad.

—Pero de seguro conocen a gente que sí lo sabe hacer —repuso Eanjer—. Puedes llamarlos, repartimos los créditos con ellos también. Todos tendrán el mismo porcentaje.

—Llámalos tú.

—Pero yo no conozco a gente así —protestó Eanjer con una voz suplicante—. No puedo nada más agarrar un comunicador y pedir al ladrón más cercano. Y sin ti… —No terminó de hablar, era claro que se esforzaba por controlarse—. Vi cómo te comportaste con ese hombre de la cantina —dijo—. Piensas rápido y actúas con decisión. Además, no lo mataste sino hasta que no tuviste otra opción. Eso quiere decir que puedo confiar en ti para que hagas el trabajo y para que me trates bien cuando haya terminado.

Han suspiró.

—Mira…

—No, tú mira. —Eanjer se exasperó, un poco de enojo se dejaba ver entre la frustración—. Llevo dos semanas enteras sentado en cantinas. Eres la primera persona que encuentro que me da algo de esperanza. Villachor ya tuvo tres semanas para encontrar un *hacker* para esas fichas de créditos. Si no las saco antes que él, va a ganar. Él va a ganar todo.

Han volteó a ver a Chewbacca, pero el wookiee estaba callado, sin traslucir qué era lo que pensaba, sólo asentía. Evidentemente la decisión se la estaba dejando a Han.

—¿Lo que quieres son los créditos? —le preguntó a Eanjer—. ¿O vengarte?

Eanjer bajó la mirada y se vio las manos.

—Un poco de los dos —admitió.

Han alzó su tarro y tomó un trago largo. Él tenía razón, desde luego. Chewbacca y él no eran los indicados para el trabajo. Pero también Eanjer tenía razón. Conocían a mucha gente que sí y había 163 millones de créditos en juego.

—Tengo que hacer una llamada —exclamó, bajó el tarro y sacó su comunicador.

Eanjer asintió y no hizo intentos de huir.

—Sí. —Han hizo una pausa—. Una llamada privada.

Por otro segundo más, Eanjer siguió sin moverse. Luego, de manera abrupta, su ojo se abrió.

—Oh —dijo, poniéndose rápidamente de pie—. Claro, yo, este…, ahora regreso.

Chewbacca farfulló una pregunta.

—No está de más preguntar —le dijo Han y tecleó un número a la vez que intentaba mantener su voz tranquila.

Eran 163 millones. Hasta con una pequeña parte de eso pagaría a Jabba doce veces. No sólo a Jabba, a todos los que querían un pedazo de la cabeza de Han servida con cebollas en un plato. Podría pagarles para quitárselos de encima y, además, sobraría suficiente, y él y Chewie podrían ser libres e ir tranquilos a donde quisieran. Quizá hasta para el resto de sus vidas.

—Sólo espero que Rachele Ree no ande de viaje por algún lugar.

Para su ligera sorpresa, sí estaba en casa.

—Ah, hola, Han —contestó con gusto cuando Han se identificó—. Qué bueno saber de ti, para variar. ¿Estás en Wukkar? Ah, sí, ya vi que sí. ¿Conque Ciudad Iltarr, eh? La mejor comida coreliana del planeta.

Chewbacca murmuró algo casi sin abrir la boca. Han asintió con amargura. Supuestamente su comunicador estaba configurado para prevenir que ubicara dónde estaba, pero las protecciones electrónicas no parecían ser un impedimento para Rachele.

—Te tengo una pregunta —dijo—. Dos preguntas. Primero, ¿has escuchado algo de un robo de alto nivel y asesinato durante el último mes, en una empresa de importaciones?

—¿Te refieres a Importaciones Polestar? —preguntó ella—. Claro, fue la comidilla de los salones hace unas tres semanas. Mataron al dueño, y su hijo aparentemente se esfumó.

—Bueno, pues volvió a resurgir —comentó Han—. ¿El hijo se llama Eanjer y también fue lastimado en el ataque?

—Déjame ver… sí: Eanjer Kunarazti. Y de si fue herido o no, el artículo no lo dice. Déjame ver con alguna de mis fuentes… sí, parece que sí. Al menos su sangre estaba en la escena del crimen.

—Muy bien —dijo Han. No era que pensara que Eanjer lo estuviera estafando, pero no estaba de más asegurarse—. Quiero decir, no bien, pero…

—Sé lo que quieres decir —respondió Rachele con lo que Han se imaginaba que era una sonrisa sagaz—. ¿Y la segunda pregunta?

—¿Puedes revisar algunos nombres y ver si ahora están cerca de Wukkar? —le pidió Han—. Eanjer me ofreció la misión de recuperar los créditos que se robaron.

—¿De verdad? —dijo Rachele con un tono divertido—. ¿Ya te diversificaste desde la última vez que te vi?

—No, en realidad no —explicó Han. Se dijo a sí mismo que pelear una o dos batallas para la Alianza Rebelde no era diversificarse—. Sólo le gusta cómo hago las cosas.

—Como a todos —replicó Rachele con frialdad—. No hay problema. ¿A quién buscas?

Han mencionó todos los nombres que se le ocurrieron, gente competente y más o menos confiable. Considerando cuántos años llevaba navegando por los submundos de la galaxia, era una lista sorprendentemente corta. Añadió tres nombres más que Chewbacca le sugirió, pero ignoró la cuarta elección del wookiee.

—Esos son todos —le dijo a Rachele—. Si se me ocurre alguien más, te vuelvo a llamar.

—Claro —le contestó—. ¿Tu nuevo amigo no te dijo nada de la posible ganancia? Algunas de estas personas van a querer saberlo.

Han esbozó una sonrisa, deseando que pudiera ver la expresión de su rostro.

—Si sacamos todo, nos estaremos repartiendo 163 millones.

Hubo un momento de silencio atónito.

—¿De verdad? —dijo finalmente Rachele—. Casi hasta podrías contratar a Jabba por esa cantidad.

—Gracias, pero no, gracias —dijo Han—. Esa cifra es suponiendo que Eanjer sobreviva. Hay que aclarar eso también.

—Lo haré —dijo ella—. Así que todo está en fichas de crédito, ¿no? Tiene sentido, haré unas llamadas y te contacto. ¿Tiene alguna idea de dónde están las fichas?

—Dice que con alguien de nombre Villachor —le contestó Han—. ¿Lo conoces?

Hubo otra pausa breve.

—Sí, he escuchado de él —dijo con una voz un tanto distinta—. Okey, voy a empezar con tu lista. ¿Dónde se están quedando?

—Ahora pasamos la noche en el *Halcón*.

—Bueno, pues tarde o temprano vas a necesitar algo en la ciudad —afirmó Rachele—. Claro que todo en la ciudad ya está tomado por el festival. Pero a ver qué consigo.

—Gracias, Rachele —respondió Han—, te debo una.

—Así es. Nos vemos.

Han tecleó otra vez en el comunicador y lo guardó. Chewbacca farfulló una pregunta.

—Porque no lo quiero aquí, por eso —explicó Han—. Dudo que venga si se lo pido.

Chewbacca gruñó otra vez.

—Porque dijo que nunca quería volver a verme, ¿te acuerdas? —dijo Han—. Ocasionalmente Lando dice lo que quiere.

Con la esquina de su ojo alcanzó a ver un movimiento y volteó a ver a Eanjer que se movía dudoso hacia ellos.

—¿Todo bien? —preguntó Eanjer, moviendo su ojo de uno al otro.

—Claro —respondió Han—. Le pedía a alguien que juntara un equipo.

—Excelente —repuso Eanjer, acercándose a la mesa y tomando asiento. Han resolvió que debió haber previsto el final de la discusión, y seguramente pensó que había sido peor de lo que en realidad era—. ¿Y puedes confiar en esta persona?

Han asintió.

—Es un integrante de bajo nivel de la aristocracia de Wukkar. Conoce todo y a todos, y digamos que no está fascinada con la gente que está al mando ahora.

—Si tú lo dices —dijo Eanjer. No parecía estar muy convencido, pero también estaba claro que no quería insistir—. Creo que ya se me ocurrió el mejor momento para entrar: en dos semanas es el Festival de los Cuatro Homenajes.

Han volteó a ver a Chewbacca, quien se encogió de hombros.

—Nunca he escuchado de él —le dijo a Eanjer.

—Es la versión de Wukkar de la semana del Carnaval —explicó Eanjer, torciendo los labios—. Aquí siempre hay alguien que quiere mejorar todo lo que el Centro Imperial haga. En fin, es un evento de siete días, cada uno dedicado a las piedras, al aire, al agua y al fuego, además de un día de preparación entre cada uno para los homenajes. Es el evento más importante de Wukkar; hay gente que viene desde Vuma y Coruscant para asistir.

—Y seguramente también carteristas desde Nal Hutta —murmuró Han.

—Eso no lo sé. El punto es que Villachor lleva a cabo una de las celebraciones más grandes de la ciudad en su propiedad.

Han se enderezó.

—¿En su propiedad? ¿Quieres decir que deja que la gente esté paseando ahí junto a su casa?

—Es más una mansión que una casa —contestó Eanjer—. O quizá más una fortaleza que una mansión. Pero sí, miles de personas entran y salen sin problema durante esos cuatro días.

Chewbacca murmuró una obviedad.

—Claro que va a reforzar su seguridad —apuntó Han—. Pero aunque sea así, no tendremos que trepar paredes y pasar un centinela. ¿Cómo podemos conseguir una invitación?

—No se necesita ninguna. Es una fiesta abierta para todos —dijo Eanjer. La mitad de su boca que estaba visible formó una curva y sonrió—. A Villachor le gusta hacerse pasar por un filántropo y amigo de la ciudad. También le gusta presumir su riqueza y estilo.

—Eso está bien —dijo Han—. Algunos de mis mejores negocios han venido de gente que pensaba que era mejor y más inteligente que los demás. Esto podría funcionar.

—¿Entonces me van a ayudar? —preguntó Eanjer con esperanza.

—Primero hay que ver qué consigue Rachele. Tengo unas ideas, pero, como dije antes, no es nuestra especialidad, aunque si consigo a la gente que quiero, sí existe una posibilidad.

—Asegúrate de que sepan qué está en juego —le pidió Eanjer—. Son 163 millones.

—Sí, eso ya lo entendí. Dame tu número del comunicador y te llamo cuando tengamos más de qué hablar.

—Está bien —dijo con un poco de incertidumbre al sacar una tarjeta de datos y dársela—. ¿Y eso cuándo va a ser?

Han, con una paciencia exagerada, dijo:

—Cuando tengamos más de qué hablar.

Ya estaban de vuelta en el *Halcón* cuando Rachele les dio su informe. Como siempre en la vida, los resultados fueron mixtos. Muchas de las personas a las que Han esperaba contactar no estaban disponibles, estaban lejos del área o temporalmente fuera de circulación. Otros que hubieran sido buenas opciones tardarían mucho en ser contactados, sobre todo con la cuenta regresiva de dos semanas para el festival que Eanjer esperaba. También había un par que no estaba disponible, pero que conocía a gente que sí. Mazzic ya había tenido la iniciativa para decirle a Rachele que le mandaría dos reclutas que concordaban con las habilidades que Han había pedido.

Chewbacca no estaba del todo cómodo con eso.

—Sí, yo tampoco —lo secundó Han y frunció el ceño ante la nota que Rachele le envió.

De cualquier forma, Han conocía a Mazzic desde hacía varios años, y él y Chewbacca ocasionalmente se habían encargado de cargamentos para él y su pequeña organización de contrabando. Ahí, Mazzic había demostrado ser confiable y competente; más específicamente, era famoso por no confiar en nadie hasta después de haber puesto a prueba al candidato. Si él se sentía cómodo con estos reclutas, seguramente eran seguros. A menos de que quisiera vengarse de Han por algo, pero eso no era muy probable. Han no le había hecho nada a Mazzic, al menos no que supiera. Sin duda, no recientemente.

Chewbacca gruñó una pregunta.

—Supongo que iremos a cazar —le dijo Han, alzándose de pies—. Enciende el *Halcón*. Iré a conseguirnos un lugar para despegar.

CAPÍTULO TRES

Las defensas del techo eran interesantes, el largo descenso con la sinteticuerda fue emocionante y la seguridad de la ventana fue una broma. Bink Kitik agitó su cabeza mientras se concentraba en el láser que atravesaba el transpariacero hacia el conector de la alarma. Ella sabía que la mayoría de los ladrones novatos usarían el láser para rebanar hasta el enlace, lo cual desconectaría la alarma principal, pero al mismo tiempo activaría la impedancia del circuito que, a su vez, encendería la alarma secundaria. El método más sutil de Bink, que era quemar el conector pero sólo lo suficiente para que los cables se derritieran en un cortocircuito, dejaría intactas las señales de alarma, aunque también descargaría su fuente de poder, rápida y tranquilamente: así la alarma quedaría inhabilitada.

Terminó su corte, guardó el láser y después revisó su tiempo. En menos de veinte segundos la alarma quedaría desactivada.

—¿Sitch? —La voz de su hermana apenas se alcanzaba a escuchar en el broche comunicador que tenía en su hombro. Bink sonrió con cariño. Tavia odiaba el trabajo de Bink; odiaba cada minuto, cada aspecto, cada trabajillo. Pero aun con todas esas cosas, ella, por mucho, seguía siendo la mejor centinela de piso con la que Bink había trabajado.

Tavia también se preocupaba como la mamá de los pollitos; esta era la cuarta vez que hacía un control de la situación desde que Bink estaba en el techo.

—Sitch, empieza —Bink le aseguró—. Veinte para abrir.

Le dio treinta segundos sólo para estar segura. Después activó su vibroescalpelo y con cuidado comenzó a cortar el transpariacero; se preguntaba si la gente que diseñaba esos maravillosos instrumentos médicos se daban cuenta de lo útiles que eran para los ingeniosos ladrones fantasmas; seguramente no.

Terminó de hacer su corte e intercambió el vibroescalpelo por una sonda, metiéndola suavemente por la nueva abertura para que alcanzara el gancho de la ventana. Se abrió, casi agarrando la sonda, pero ella rápidamente la quitó y ya estaba dentro. Se apoyó en el alféizar, cuidándose de no enredarse con el arnés.

—Ay, ¿qué es…?

Por reflejo, Bink tocó su bláster de mano.

—¿Tav? —susurró con urgencia.

—Está bien —dijo Tavia, ya casi sin miedo en la voz. Casi—. Sólo fue… está bien —repitió—. Todo está crankapacky. Sólo sigue.

Bink parpadeó. Crankapacky era la palabra clave para decir que no había problemas. Pero ¿qué en la galaxia pudo hacer que su hermana, normalmente tranquila aunque demasiado prudente se espantara de esa manera si no había algún problema?

—¿Debería irme?

—No, está crankapacky —repitió Tavia—. Sólo apúrate.

La caja fue más difícil de abrir que la ventana, pero no mucho más. Bink lo logró en dos minutos exactos, aunque todo el tiempo estuvo cloqueando con desaprobación. Hay gente que simplemente no merece ser rica.

El plan era que se tomaría unos minutos para analizar el contenido de la caja, tomando y escogiendo qué gemas valía la pena llevarse y cuáles serían demasiado fáciles de rastrear para el principal contador del gobernador, quien pronto iba a sufrir la indignación de su vida. Pero como no podía sacarse de la mente la exclamación de sorpresa de su hermana, Bink decidió que nada más tomaría lo que pudiera mientras contaba hasta veinte y ahí concluiría su noche. Abría al azar las cajas de las gemas, teniendo en cuenta que generalmente estaban etiquetadas y que no podían llevarse así, y empezó a vaciar su contenido en su bolso a la cadera. Una de las cajas más interesantes tenía su propio candado, pero los ganchos que llevaba debajo de sus uñas se encargaron de eso rápidamente.

Su cuenta llegó al veinte. Después de cerrar la caja, se apresuró a llegar a la ventana y alistó su salida. El plan era que ella regresara al techo y se fuera como había llegado, por las escaleras del edificio. Pero las anclas del techo eran desechables, su dispensador de sinteticuerda tenía suficiente soga para alcanzar la calle y no tenía ganas de seguir en ese barrio más de lo necesario. Luego de que cerró la ventana tras de sí, le quitó el seguro al dispensador y bajó del edificio a rapel.

Por si acaso, a mitad del camino desenfundó su bláster. Como era de esperarse, Tavia vio el descenso no planeado y estaba esperando cuando Bink se detuvo en el callejón.

—¿Qué pasó? —preguntó ansiosamente—. Pensé que ibas a regresar al techo.

—Lo que pasó fue tu grito de susto —explicó—. Pensé que debía acelerar las cosas.

—Dije *crankapacky*..

—Te escuché decirlo —admitió Binky, volteando a todas partes.

Una figura había aparecido en la puerta donde Tavia realizaba sus actividades de centinela de piso y se acercaba a ellas. Era un hombre y aunque la luz del faro mantenía su rostro en la sombra, parecía conocido. Siguió caminando hacia ellas, con la mano tocando su bláster enfundado a cada paso. Bink sostuvo con mayor fuerza su arma.

Entonces, cuando el hombre pasó debajo de la luz de una lámpara de seguridad casera, pudo ver bien su rostro. Exhaló una bocanada grande al sentir que la tensión se convertía en alivio. Con razón Tavia se había espantado.

—¿Qué haces en Kailor?

—Te busco a ti, Bink —dijo Solo tranquilamente—. Me da gusto saber que has estado ocupada.

—Lo estamos —sostuvo Bink—. Pero yo soy Tavia. Decidimos que finalmente tenía que aprender la parte sucia del negocio.

Por un segundo parecía que sí se lo creería. Sus ojos se movieron entre las caras de las mujeres, buscando una pista que le dijera cuál rostro era de quién.

Desde luego que no encontraría una. Ni siquiera si hubieran estado en una habitación muy alumbrada en lugar de en una calle por la noche. Bink y Tavia habían hecho este mismo truco muchas veces a lo largo de los años y su pasado estaba coloreado con las mejillas sonrojadas de quienes lo habían creído.

Pero Solo era más inteligente que la mayoría, y si no podía encontrar una prueba visible de que Bink mentía, tendría que adivinar con base en la experiencia.

—Buena idea —dijo viéndola directamente a los ojos—. Te necesito a ti y a Tavia para un trabajo en Wukkar, ¿les interesa?

—Podría ser —contestó Bink—. ¿La paga es decente?

—Muy decente —le confirmó Solo—. Vengan conmigo al *Halcón* y les platico.

—Mejor veámonos en nuestra nave —sugirió Bink—. Puerto de atraco 22. Entra y ponte cómodo. Llegaremos pronto, tenemos que hacer una parada antes.

—No se tarden —advirtió Solo—. Tenemos una agenda apretada.

Se dio la vuelta y caminó hacia la noche. Al acercarse al final de la cuadra, otra figura, pero más alta y peluda, se dejó ver: era Chewbacca, su respaldo habitual. Las sociedades de contrabando no siempre duraban, Bink lo sabía, y cuando terminaban, generalmente era con violencia. Daba gusto ver que esta sí resistía.

—Deberíamos irnos —dijo Tavia en un tono más desaprobatorio de lo normal.

—Sí.

Bink usó los ganchos de sus uñas para cortar la sintecuerda de su arnés y después se dirigieron al lugar donde habían estacionado su deslizador terrestre.

—¿Vas a aceptar el trabajo? —preguntó Tavia mientras caminaba.

—Probablemente —dijo Bink—. Claro que antes escucharemos qué dice, pero probablemente sí.

—Te das cuenta de que el pago probablemente no sea tan grande como quiso dar a entender —advirtió Tavia—. Este tipo de cosas exigen que se exageren.

—Ya sé —contestó Bink—. Pero no tenemos nada más planeado y los trabajos de recolección pueden ser divertidos —se encogió de hombros—. Además, es Solo, ¿qué podría ir mal?

Tavia bufó.

—¿Quieres que te haga una lista?

—No hace falta —dijo Bink, arrepentida—. Ya tengo una.

El gran mercado de Jho-kang'ma era conocido principalmente por dos cosas: los productos animales y vegetales más frescos del planeta (debido al ejército de agricultores y pastores que estaban bajo esclavitud un poco más allá de las colinas que limitaban con el mercado) y por el número y calidad de los artistas callejeros que se contrataban para que pasearan por el lugar y entretuvieran a los compradores.

Hoy había muchos, de eso se percató Han mientras él y Chewbacca caminaban por los amplios pasillos cubiertos de paja que separaban las tiendas. Había malabaristas, músicos, bailarines con listones y un ser enorme que parecía estar comiendo y escupiendo rayos de bláster de baja potencia. Eso era algo que Han nunca había visto antes. Pero los

espectáculos más populares, sin duda los que parecían atraer a las multitudes más grandes de niños emocionados, eran los magos.

Algunos de ellos tenían puestos desarmables que ponían en esquinas donde no estorbaran para números de cinco o diez minutos. Otros nada más caminaban y todo su acto estaba en un bolso o bolsillo, pues hacían que monedas aparecieran y desaparecieran, sembraban plantas vivientes que crecían y florecían en macetas que surgían de la nada, creaban y liberaban aves pequeñas o hacían cosas sencillas pero desconcertantes con barajas de sabacc.

Encontraron a Zerba Cher'dak en el centro de uno de los grupos más abarrotados, vestido con un traje color amarillo como de payaso y un chaleco café sobre él, malabareando pequeños palos y cambiándolos de color o tamaño a voluntad. Como la mayoría de los balosars que Han había visto en mundos dirigidos por humanos, Zerba había retraído sus sensoriantenas y las había escondido entre las ondas esponjadas y el cabello engomado que usaba para mezclarse mejor con la población dominante.

Chewbacca farfulló un comentario.

—Uno de los mejores —indicó Han, mientras Zerba seguía jugando con los palos y de vez en cuando convertía uno de ellos en una gema brillante para el gusto de su público risueño—. Al menos, el mejor que pudimos conseguir.

Chewbacca farfulló otra vez.

—No, no le voy a decir eso —prometió Han, con paciencia.

Sí sabía tener tacto, sin importar lo que Chewbacca pensara. El espectáculo terminó y con un último movimiento de ambos puños, llenos de palos, Zerba se despidió de los niños que regresaron con sus padres. El público se dispersó, Zerba metió sus manos en los bolsillos de su chaleco y caminó hacia Han y Chewbacca.

—Pero si es nada más y nada menos que el famoso Han Solo —dijo Zerba e inclinó su cabeza para saludarlos—. Justo estaba pensando en ti. —Se tocó el lugar donde sus sensoriantenas estaban escondidas debajo de su cabello petrificado—. Sabes que somos muy sensibles al mal y a los pensamientos criminales.

—He escuchado eso —dijo Han—. También me imagino que tus oídos funcionan bastante bien. Déjame adivinar, ¿Jabba cambió el precio sobre mi cabeza?

—Algo así —contestó Zerba, pero parecía un poco desilusionado—. Si estás buscando dónde esconderte, este es un excelente lugar. —Analizó a Han de pies a cabeza—. Aunque, sin habilidades para el espectáculo, será mejor que pastorees. De cualquier manera, conozco al menos otros tres wookiees que ayudan a administrar…

—No estamos aquí para escondernos —Han lo interrumpió—. Estamos aquí para ofrecerte un trabajo. Uno grande.

—¿De verdad? —preguntó Zerba, obviamente sorprendido—. ¿Me quieren a mí?

Por un milisegundo Han casi le dice a Zerba que era el octavo en la lista por su habilidad, sólo para ver cómo reaccionaría, pero descartó el pensamiento. Zerba seguramente no tenía su propia nave y Han no tenía ganas de tener a un balosar deprimido tristeando en la otra cabina en el viaje de regreso a Wukkar.

—Absolutamente —dijo Han—. He estado trabajando en varios planes para este asunto y todos necesitan prestidigitación, un artista de cambio rápido o algún otro de tus talentos. Entonces, ¿te interesa?

—Sí, desde luego. —Zerba miró alrededor de manera furtiva—. Y… ¿este trabajo es en otro mundo?

Han asintió.

—Wukkar, para ser exactos.

—Ah. —Zerba hizo una mueca—. La cosa es que, como quizá di a entender antes, ahora estoy manteniendo un perfil bajo. Pero esa seguridad tiene un pequeño precio.

Han retorció los ojos.

—Déjame adivinar. Tus jefes actuales no te dejan salir.

—Digamos que les gusta estar al tanto de mí. —Zerba movió la mano sobre su traje amarillo—. Por eso este disfraz de pollo. Se toman muy en serio la naturaleza contractual de sus artistas.

Han miró a Chewbacca y vio reflejada en la cara del wookiee la misma idea. Ya iban en el número ocho de la lista, de verdad no podían darse el lujo de ir más abajo.

—¿Cuánto se necesita? —preguntó.

—Oh, no es una cuestión de créditos —explicó mientras se quitaba el chaleco—. Pero gracias por la oferta. Toma, sostén esto, ¿sí? ¿De casualidad podrían darme pasaje? No tengo nave propia.

—Claro —dijo Han y frunció el ceño al tomar el chaleco. Estaba más pesado de lo que parecía. Seguro todos los bolsillos estaban llenos con las cosas de magia de Zerba—. Pero acabas de decir que…

—Maravilloso —lo interrumpió Zerba y se quitó el cinturón de muchos bolsillos que llevaba escondido bajo el chaleco para dárselo a Chewbacca—. Déjame ir por mis cosas y los veo en el puerto espacial.

Chewbacca murmuró una pregunta.

—Ay, no te preocupes —lo tranquilizó Zerba—. No me vigilan con tanto cuidado. Además, he estado preparado para este día desde hace tiempo. —Volteó a ver a todas partes—. Sólo tengo que asegurarme de que ninguno esté aquí.

—Otra cosa —dijo Han—. Entre lo que vas a recoger estás incluyendo ese viejo sable de luz que tenías, ¿verdad?

La cabeza de Zerba se alzó y sus ojos se movían entre Han y Chewbacca.

—A ver —dijo con sospecha—. ¿De eso se trata esto? ¿Sólo quieren mi sable de luz?

—No, también te necesitamos a ti —Han se apresuró para asegurarlo—. Además, si quisiera uno de verdad, conozco a otro que sí lo tiene.

—¿Cómo que uno de *verdad*? —se indignó Zerba—. El mío corta tan bien como cualquier otro que encuentres.

—Quiero decir un sable con una hoja más larga que esto —explicó Han, sosteniendo sus manos a veinte centímetros de distancia entre sí—. El tuyo es más bien una daga. O un cuchillo ligero para pan.

—Aun así parece merecer que vengas hasta acá para conseguirlo —repuso Zerba—. ¿Por qué? ¿Para qué lo quieres?

—Para cortar algo —dijo Han, tratando de controlar su impaciencia. Este no era ni el lugar ni el momento indicado para esta conversación—. No sé qué todavía, pero siempre hay algo que necesita cortarse.

Durante unos minutos, Zerba lo observó en silencio. Han le regresaba la mirada, aunque en realidad intentaba acordarse de dónde encontraría en ese momento al número nueve de la lista. Luego, para su alivio, Zerba asintió.

—Claro —dijo—. Y sí, aún lo tengo, aunque la hoja ahora es de unos quince centímetros. No sé por qué se sigue encogiendo.

—Con eso basta —le aseguró Han.

Así que Zerba no estaría tristeando, pero seguro sí estaría paranoico y sospechando todo el camino de regreso. No era una gran mejora.

—¿Estás con nosotros o no?

—Estoy con ustedes —admitió.

Volteó a verlos una vez más, luego metió la mano en el bolsillo, sacó algo del tamaño y forma de un huevo pequeño y, con el parpadeo de un ojo, su traje amarillo se convirtió en una chamarra larga y roja, una camisa a cuadros azules y pantalones holgados color carne. Chewbacca ladró una grosería por el susto. Zerba sonrió y alzó su cabeza asintiendo brevemente.

—Como dije, he estado listo —explicó.

Se dio la vuelta y desapareció entre la multitud de compradores.

Chewbacca farfulló otra vez.

—No habías visto eso antes, ¿verdad? —Han le preguntó al dirigirse hacia la multitud, pero en dirección opuesta—. Alguien me dijo alguna vez que sólo es un traje de seda con costuras desmontables e hilos conectados que jalan todas las piezas hacia esa cosa de huevo que tenía.

Chewbacca se quedó pensando un momento, luego volvió a gruñir.

—Pues sí, seguro suena más fácil de lo que es —concedió Han—. Si pensamos en lo que nosotros hacemos, se reduce a mover cargamento de un lugar a otro.

Chewbacca murmuró.

—Sí —reafirmó Han—. Sin que nos atrapen.

El hombre grande y fornido estaba demasiado lejos al otro lado de la zona de aterrizaje del puerto espacial para que Han lo escuchara. Sin embargo, por cómo movía los brazos cuando veía al rodiano durante casi la mitad de la conversación, no parecía estar muy feliz. A juzgar por la manera en que la mano de escamas verdes del rodiano se posaba sobre el bláster enfundado, tampoco él estaba muy contento. Junto a Han, Chewbacca murmuró una pregunta.

—Porque necesitamos a alguien que dé la cara —le dijo Han—. Alguien que sepa soltar una historia y que sea convincente. —Señaló hacia el par que discutía—. Dozer tiene la presencia, la confianza y hasta un poco de acento coreliano.

Chewbacca farfulló una objeción.

—Sí, pero el aspecto de maleante es el que queremos —le recordó Han—. Se ve un poco rudo, pero podría pasar por alguien que ha subido el escalafón. Además, ninguna de mis otras opciones estaba disponible.

Otra vez farfulló Chewbacca.

Han logró controlar su enojo. ¿Qué Chewie nunca iba a dejar ese tema?

—Claro, Lando tal vez lo haría mejor —dijo con una paciencia forzada—. Pero no, no lo vamos a llevar. Fin de la discusión —respondió con ira a la expresión necia del wookiee—. Y lo digo en serio: fin de la discusión. ¿Entendiste?

Viéndolo feo, Chewbacca murmuró una afirmación gruñona. Han dirigió su atención de regreso a la conversación lejana y, según se veía, cada vez era más turbulenta. Lo más irritante era que Chewbacca tenía razón. Lando Calrissian sería el cabecilla perfecto para la trama que tenía en mente: sin acento coreliano, pero con más estilo y elegancia de la que Dozer Creed era capaz aun en su mejor día. Pero después del incidente de Ylesia, Lando le había dicho claramente a Han que no quería volver a verlo. El fiasco con la estatua de Yavin Vassilika no había hecho nada más que fortalecer esa hostilidad.

Tal vez en algún momento a Lando se le pasaría; tal vez no. Sólo el tiempo lo diría, y Han no tenía prisa por averiguarlo. La conversación al otro lado de la zona de aterrizaje se estaba volviendo más sonora. Han vio que los brazos de Dozer se movían salvajemente y se preguntó si era momento de que él y Chewbacca intervinieran. Si alguna de las dos partes decidía llevar las cosas más allá desenfundando su arma, eso podría llegar a un punto muerto en tiempo récord. Pero de repente, se acabó. El rodiano entregó a Dozer un pequeño bolso, Dozer recogió la maleta de viaje que estaba detrás de él y a su vez se la dio al rodiano. Ambos se dieron la vuelta y caminaron en direcciones opuestas.

—¿Ves? —preguntó Han y señaló hacia el hombre grandote—. Sin problemas, se libró de esta hablando. Vamos, veamos si está libre.

Empezó a caminar hacia Dozer.

Pero detuvo el paso cuando sintió algo duro en su espalda.

—No voltees —dijo una voz silenciosa justo detrás de él, en caso de que el bláster no hubiera bastado para que comprendiera el mensaje.

Han se detuvo y exhaló un pequeño suspiro. Debió haber adivinado que no sería tan sencillo.

—Tómatela tranquila —dijo para calmar al hombre mientras alzaba lentamente las manos—. Sólo estamos de pasada.

—Tal vez —dijo el hombre—. Esto es lo que vamos a hacer: vamos a esperar, con mucha tranquilidad, hasta que ese ladrón hijo de Ranat venga para acá. Y ni siquiera pienses en advertirle.

—Claro, no hay problema —le aseguró Han. Del otro lado del campo, Dozer alcanzó a ver a sus visitas y cambió su dirección para ir hacia ellos.

—¿Después qué sucede?

—Después me regresa mi nave —dijo el hombre—. O lo mato.

—Es justo —dijo Han, estudiando el rostro de Dozer.

Él estaba viendo a Han y Chewbacca; en realidad más bien a Chewbacca, frunciendo levemente las cejas. Pero era un gesto de curiosidad, sin alarma ni sospecha, lo cual quería decir que no se había percatado del pistolero que estaba detrás de ellos.

—¿Estás seguro de que él hizo lo que sea que le haya pasado a tu nave? —preguntó Han, escuchando con atención.

—Si yo fuera tú, no haría demasiadas preguntas —le aconsejó el hombre—. Si tengo la más leve sospecha de que trabajas con él, probablemente no salgas de esta.

—Sí, entiendo —gruñó Han.

Tenía razón. La voz venía de su izquierda y unos centímetros más arriba de su oreja, lo cual quería decir que el hombre era demasiado alto para estar detrás de él, lo cual a su vez quería decir que se escondía detrás de Chewbacca.

—Y bájale a las amenazas, ¿sí? —continuó Solo—. El wookiee anda malo del corazón y le hace mal emocionarse. Si se emociona demasiado, podría tener un ataque.

—Sí, cómo no —dijo el hombre en tono sarcástico—. Todo el tiempo estoy escuchando de wookiees con problemas del corazón.

—No estoy bromeando —Han insistió—. Tuvo fiebre reumática de niño. —Levantó la mano y tocó el brazo de Chewbacca—. ¿Estás bien?

El cuerpo de Chewbacca vibró lastimosamente y movió un poco sus pies. Había entendido bien el plan.

—Resiste, amigo, resiste —Han suplicó—. ¿Puedo aunque sea darle su medicina?

Sin esperar una respuesta buscó en el bolsillo de su chaleco, pero se quedó inmóvil cuando una vez más el bláster se encajó en su espalda.

—Las manos a los lados —gritó el hombre—. Tú, wookiee, quédate quieto. Demonios, ¡quédate quieto!

—No lo puede evitar —dijo Han, agarrando fuertemente el brazo de Chewbacca.

El wookiee estaba muy metido en su papel, meciéndose para delante y para atrás como una tienda en un huracán. Si Han no supiera lo que pasaba, habría jurado que su compañero estaba a punto de colapsarse desmayado. Su asaltante pensó lo mismo. Podía escuchar a su agresor maldiciendo por una frustrante ansiedad, debido a que su escudo ambulante se movía de un lado a otro amenazando con dejarlo visible a los ojos de Dozer. Han alcanzaba a escuchar las botas que se movían en el duracreto para tratar de igualar los movimientos de Chewbacca.

Como toda la atención del pistolero estaba centrada en mantenerse escondido, Han dio media vuelta, alzó su brazo izquierdo para empujar el bláster y embestir las tripas de ese hombre con su puño. Con una tos de agonía, el pistolero se dobló y cayó de rodillas. Chewbacca giró y agarró el otro brazo del asaltante, lo mantuvo inmóvil hasta que Han tomó el bláster de su puño flojo.

Era mucho más joven de lo que Han había pensado, a pesar de su altura. No mucho más que Luke, con el mismo aire de ingenuidad impresionable.

—¿Quieres explicar esto? —preguntó Han con tranquilidad, levantando el bláster ante los ojos del muchacho, quien lo veía con enojo pero sin decir nada—. Vamos a intentarlo una vez más.

Movió su agarre del bláster y ahora lo apuntaba directamente a sus ojos.

—Acabas de sacar un bláster ante dos absolutos desconocidos. Quiero saber por qué.

—Vaya, vaya. —La voz con tono divertido provenía de atrás de Han.

Se volteó, tenso, y después vio que era Dozer, que caminaba hacia ellos con parsimonia. La mano del hombre grande estaba posada sobre su bláster, pero no parecía que fuera a desenfundar.

—¿Qué tenemos aquí?

—Tenemos a alguien que no está muy contento contigo —le explicó Han—. Está demasiado conmocionado para hablar. ¿Quieres intentarlo?

Dozer agitó la cabeza con tristeza.

—Jephster, Jephster —amonestó al muchacho—. Ya te dije: tu nave está en el Cuadrante Norte.

—Ya la busqué —logró decir el muchacho, claramente haciendo un esfuerzo para hablar—. Bahía dos sesenta, como dijiste.

—¿Dos *sesenta*? —Dozer suspiró dramáticamente—. Jephster, dije dos setenta. Dos setenta.

—¿Dos setenta? —repitió con debilidad.

—Dos setenta —dijo Dozer con firmeza—. Lo siento, de verdad creí que habías escuchado bien. Pero no te preocupes, ¿sí? —Sacó su comunicador—. Mira, le llamo al supervisor de la entrada, le digo que te confundiste y le pido que te lo confirme, ¿está bien?

—No —se apresuró a decir el muchacho, intentando ponerse de pie—. No, está bien. Yo mismo voy a buscarla. Lo siento —añadió.

—La próxima vez asegúrate de saber lo que haces antes de andar blandiendo tu bláster —advirtió Han al voltear el arma y colocarla en la funda del muchacho—. A otras personas no les interesa hacer preguntas antes de que empiecen a disparar.

—Sí, perdón —dijo rápidamente el muchacho, asintiendo con debilidad; se dio la vuelta y se fue cojeando.

Dozer esperó hasta que el muchacho no alcanzara a escuchar.

—Buen trabajo —murmuró—. Esto pudo haber sido un desastre. Eres Solo, ¿verdad?

—El mismo —confirmó Solo—. ¿Ya te olvidaste de nosotros?

—Oh, yo nunca olvido una cara —le aseguró Dozer—. Sólo me cuesta trabajo unirlas con sus nombres propios. ¿Qué te trae a esta parte de la galaxia?

—Tengo un trabajo —contestó Han—. Esta vez no es contrabando. Es algo así como robar una bóveda.

—¿Ah, sí? —dijo Dozer—. ¿Y qué, necesitas una o dos naves? —Con su mano señaló todo el campo de aterrizaje—. Puedo darte lo que quieras de todo lo que hay aquí.

—Más bien estaba pensando en que la hicieras de líder —dijo Han—. Tienes la presencia y verborrea que necesitamos.

—Ah, ¿así que hay un poco de estafa involucrada? —preguntó Dozer—. Qué interesante. Acepto.

—¿No quieres saber cuánto nos toca?

—No habrías venido hasta acá si no fuera una cifra decente —remarcó Dozer. Sus ojos voltearon hacia el muchacho—. Además, salir de esta piedra por un tiempo probablemente sea buena idea.

—Probablemente —acordó Han—. Me pregunto si ya vendiste su nave.

—De hecho, nunca fue suya, en primer lugar —admitió Dozer—. He descubierto que los márgenes de ganancias son mucho más satisfactorios cuando puedo vender la misma mercancía dos veces.

—Eso es más fácil de hacer en tu área de negocio que en la mía —dijo Han—. Sólo por curiosidad, ¿qué ibas a hacer si te dejaba hablar con el supervisor de la entrada?

—¿Y que la gente supiera que era tan estúpido como para apuntarle a desconocidos luego de que había escuchado mal un número? —Dozer agitó la cabeza—. Para nada. Los jóvenes de su edad hacen lo que sea para evitar ser avergonzados.

—Qué suerte para ti.

Dozer encogió los hombros.

—Tú ya tenías su bláster —señaló—. Además, como alguna vez dijo un famoso poeta, la discreción es la fuente de la existencia continua. Estoy listo para cuando quieran.

—Bien —dijo Han, y señaló hacia otra parte del campo—. El Halcón está por acá. A menos que prefieras traer tu propia nave.

—En realidad, nunca he tenido mi propia nave —dijo Dozer—. Los costos de mantenimiento son demasiado altos.

—Dímelo a mí —dijo Han con despecho—. Vamos, salgamos del sol antes de que el chico regrese.

CAPÍTULO CUATRO

Eanjer estaba esperando en la bahía de atraques del puerto espacial de Ciudad Iltarr, mientras Han, Chewie, Zerba y Dozer salían del *Halcón*. Han se encargó de presentar a todo mundo y, aunque Eanjer fue lo suficientemente amable, Han se quedó con la sensación de que este estaba un poco sorprendido por el tamaño del grupo. Posiblemente se empezaba a preguntar cuántas veces su bulto de créditos se dividiría antes de que él tuviera su parte. Afortunadamente, aunque esperara o no una multitud, ya venía preparado. En lugar de un deslizador terrestre estándar de cuatro asientos, trajo un camión deslizador para diez pasajeros.

—¿Ya están todos aquí? —preguntó Han con una mueca al ver que Eanjer maniobraba para sacarlos del estacionamiento hacia la calle llena de gente.

Aún no sabía qué tan bien alcanzaba a ver Eanjer con ese ojo protético; ya de por sí era difícil conducir en el tráfico de la ciudad con una sola mano. Pero fue el primero en llegar al asiento del conductor apenas se acercaron al vehículo, y Han aún no había encontrado una manera diplomática de sacarlo de ahí.

—Ni idea, porque no sé a quiénes más les dijiste que vinieran —dijo Eanjer—. Hasta ahora tenemos a tres: Rachele, más el joven y la mujer que Mazzic envió. Ah, y las gemelas: Bink y alguien más. Llegaron justo cuando salí a recogerlos.

—La hermana de Bink se llama Tavia —dijo Han.

—Sí, Tavia —dijo Eanjer asintiendo—. Entonces, ¿son todos?

—Sí, todos —le aseguró Han mientras veía el tráfico. Rachele le había advertido que, como la ciudad estaba llena por el Festival de los Cuatro Homenajes, tal vez le costaría trabajo encontrar dónde hospedarlos—. ¿Y Rachele sí pudo conseguirnos un cuarto?

—Sí —sonrió Eanjer con picardía—. Y no.

Así fue. No les consiguió una habitación.

Les consiguió una *suite* enorme de dos pisos.

—Estoy impresionado —comentó Dozer al ver una y otra vez los muebles mientras Rachele les daba el *tour*: una de las habitaciones era de varios tonos de café, con tablado de madera y sillas reclinables alrededor de una mesa de cristal equipada para hacer holotransmisiones. Otra habitación estaba decorada en azul claro, con una mesa de juegos redonda, un bar y obras de arte que iban del piso al techo—. Han puede decirles que no es fácil que yo haga eso. Puedo robar naves todo el día, pero ¿cómo, por el Imperio, robas bienes raíces?

Rachele encogió los hombros.

—No es difícil cuando sabes cómo hacerlo.

—Eso no me dice nada.

—Esa no era mi intención —le aseguró Rachele.

Dozer inclinó la cabeza.

—Me parece bien.

—Bink y Tavia llegaron hace unas dos horas —dijo Rachele mientras los conducía a una amplia escalera en espiral que los llevaba al piso superior—. Están desempacando y alistando su equipo en una de las habitaciones. La gente de Mazzic ha estado aquí desde ayer.

—¿Los trajo Mazzic? —preguntó Han.

—Nadie los trajo, tomaron un vuelo comercial —esbozó una sonrisa—. Podemos tirar dados de la suerte a ver quién los lleva cuando sea hora de partir. Vamos, están en la sala de estar. Los presento.

Comenzó a subir las escaleras; Han la siguió, mentalmente moviendo la cabeza. No sólo era una *suite*, sino que una *suite* con vista a la Mansión Marblewood de Villachor. Lo más loco de todo era que esto sólo era un pasatiempo para Rachele, algo que hacía como favores a amigos o para divertirse. Si alguna vez decidía dejar su vida normal y dedicarse al crimen, el Imperio jamás sería el mismo.

Dado el tipo de persona que Mazzic generalmente contrataba, el hombre y la mujer que platicaban tranquilos con un datapad fueron una sorpresa. Para empezar, eran más jóvenes de lo que Han esperaba, apenas superaban los veinte años. Además, ninguno de los dos tenía la mirada endurecida y las expresiones sospechosas como la mayoría de los criminales con los que Han se había encontrado a lo largo de los años. Sin importar cómo habrían entrado al servicio de Mazzic, seguro no fueron criados en él ni forzados a trabajar ahí.

—Tú debes de ser Han —le dijo la mujer cuando el grupo iba subiendo las escaleras.

A pesar de su juventud, su cabello era de un blanco casi brillante, y Han se preguntó brevemente si era natural o se trataba de alguna extraña afectación.

—Mi nombre es Winter.

—¿Winter qué? —preguntó Zerba.

La mujer volteó a verlo.

—Sólo Winter —contestó.

—Tiene razón. —Han concordó antes de que alguien más tuviera oportunidad de hablar—. A partir de ahora sólo usaremos nombres de pila. Es más seguro así. Ellos son Chewie, Rachele, Zerba y Dozer. Rachele dice que ya conocieron a Bink y Tavia.

—La ladrona fantasma y su hermana —dijo Winter, asintiendo—. Sí. Un par de gemelas increíblemente parecidas.

—Ya conocieron también a nuestro patrón —añadió Rachele.

—Bien. —Han señaló hacia el chico sentado junto a Winter—. ¿Y tú?

El muchacho estaba observando al resto del grupo, Han no sabía si con fascinación o asco. Ahora, en el centro de atención, pareció regresar a la realidad.

—Me llamo Kell —dijo.

—¿Y tú qué haces? —le preguntó Dozer.

Kell frunció el ceño.

—¿Hacer? —repitió.

—¿Cuál es tu especialidad? —dijo Dozer—. ¿Qué es lo que haces para ser digno de estar aquí sentado entre toda esta grandeza?

Señaló toda la habitación.

—Oh —dijo Kell y su cara se despejó.

Han pensó en que se desorientaba fácilmente, pero regresaba en sí con la misma prontitud.

—Soy bastante bueno con los explosivos: los hago, los pongo, los detono. También sé mucho de droides.

—Claro —dijo secamente Dozer—. Conocer sobre droides es esencial para todo buen ratero.

—De hecho, esta vez sí lo es —le dijo Rachele—. La bóveda de seguridad de Villachor incluye un par de droides de guardia.

—Oh —dijo Dozer, pareciendo un poco desconcertado. Pero, al igual que Kell, se recuperó rápidamente.

—Es bueno saberlo. ¿Y tú, Winter?

—Conozco bastante sobre sistemas de seguridad —dijo Winter—. También tengo buen ojo para los detalles.

Kell resopló ligeramente.

—Buen ojo y buen cerebro —dijo—. Se acuerda de todo lo que ve y escucha. Todo.

—Eso podría ser útil —comentó Han, viendo a Winter.

Había escuchado de gente con ese tipo de memoria, pero eran personas escasas.

—Ya fue útil —dijo Rachele—. Hemos estado observando la mansión de Villachor…

No terminó la frase, porque un timbre alegre se escuchó en la habitación.

—Oh, qué bien, ya llegó —dijo, apresurándose hacia la puerta.

Han frunció el ceño y contó mentalmente. Él y Chewbacca, Zerba y Dozer, Kell y Winter y Rachele, Bink, Tavia y Eanjer estaban en otra parte de la *suite*. Eran todos los que él había invitado.

¿A quién esperaba Rachele? Volteó y bajó la mano hacia su bláster. Rachele llegó a la puerta y la abrió. Como si fuera el dueño del lugar, entró Lando Calrissian.

—Hola a todos —saludó con esa sonrisa fácil tan suya mientras observaba la habitación. Sus ojos se encontraron con los de Han, pero se volvió rápidamente—. Entonces ¿qué es esta movida exactamente?

Han tardó un segundo en encontrar su voz.

—Rachele, ¿puedo hablar contigo un momento? —le pidió, obligándose a que su voz siguiera casual.

Ella frunció ligeramente el ceño, pero asintió, y se dirigió a una alcoba que se había arreglado como estudio. Han la siguió, medio escuchando que Lando y los demás hacían las debidas presentaciones y se saludaban. Rachele se detuvo apenas entró al estudio y volteó.

—¿Sí?

—¿Qué hace él aquí? —dijo Han Solo en voz baja.

Rachele frunció aún más el ceño.

—Tú me dijiste que lo invitara.

Han se le quedó viendo.

—¿Cuándo?

—Recibí un mensaje hace tres días —dijo, y su voz se volvió mecánica a medida que finalmente se daba cuenta—. Justo después de que me enviaste el mensaje de que tenías a Bink y Tavia. —Su rostro hizo una mueca—. No lo mandaste, ¿verdad?

Han suspiró. Chewbacca. O tal vez Bink. Siempre les había gustado Lando. Tal vez incluso Mazzic, pensando que prestarle a Winter y Kell le daba el derecho de ayudar con el resto de la lista.

—No, no lo hice —dijo—. ¿Qué no mencioné que me odia?

—Yo creo que no lo hace —dijo Rachele—. No del todo. Me dijo que lo había estado pensando, que tal vez lo que pasó no es todo culpa tuya.

—¿Todo? —Han replicó y sintió que el enojo surgía dentro de él. Ni un microgramo de cualquiera de esos fiascos habían sido culpa suya—. Qué bien. Lo bueno es que no lo necesitamos. Tú lo trajiste, así que ve y dile que…

—Necesita los créditos —Rachele dijo rápidamente.

Han hizo un ruido con la nariz.

—Lando siempre necesita créditos.

—Estoy hablando en serio —dijo Rachele—. Creo que ahora sí está realmente desesperado.

¿Tan desesperado como para trabajar con un hombre al que odiaba? Han volteó hacia el grupo, que seguía platicando animadamente. Si Lando estaba desesperado, para nada se le veía en el rostro.

Claro que siempre era así. Si Lando era bueno para algo, era para esconder cualquier secreto oscuro que vivía en su interior; por eso era un apostador y estafador tan bueno, y también tan irritante, por lo cual sería un excelente actor para este trabajo. Mucho mejor que Dozer.

—Puedes tomar su pago de mi parte —ofreció Rachele—. Como dices, está aquí por mi culpa.

Por un momento, Han estuvo tentado. Pero realmente no era culpa de Rachele. Además, si esto funcionaba, habría suficiente para todos.

—No —le dijo—. Lo que saquemos lo dividimos entre todos. Ese fue el trato. —Respiró profundamente—. ¿Ibas a decir algo de la mansión de Villachor?

—Sí —contestó Rachele, y alcanzó a escuchar el alivio en su voz. La había puesto en una situación muy incómoda—. Ha estado teniendo visitas.

—No me lo digas a mí —la interrumpió Han y le colocó la mano en su espalda para conducirla de regreso al cuarto de conversación—. Díselo a todos.

Tomó un minuto que todos terminaran sus conversaciones y tomaran asiento y dos minutos más para ir por Bink, Tavia y Eanjer a los otros extremos de la *suite*.

—Como iba a decir hace rato —dijo Rachele cuando finalmente todos tomaron asiento—, Winter, Kell y yo hemos estado viendo el tráfico que entra y sale de la propiedad de Villachor y hemos identificado un patrón interesante. Primero, un grupo de tres deslizadores pesados entra por la puerta del oeste y se estaciona junto a la entrada privada del ala sur. Una persona sale de uno de los vehículos, al parecer es al azar cuál vehículo entra.

—¿Alcanzan a ver quién es? —preguntó Dozer.

—¿Quién o qué? —añadió Bink.

—Era humanoide, pero eso es todo lo que vimos —dijo Kell—. La cortina de la entrada siempre estaba baja y el deslizador pasaba justo por debajo. Desde este ángulo sólo alcanzamos a ver sombras que no eran lo suficientemente claras como para suponer más allá de la forma básica.

—¿Podemos usar un sensor de golpes? —sugirió Tavia—. Si la cortina es delgada, podríamos conseguir una mejor óptica.

—Los sensores de golpe son rastreables —dijo Dozer—. No queremos que Villachor nos siga la pista hasta acá.

—Estamos bastante lejos y en medio de un grupo de edificios altos —señaló Tavia—. Siempre y cuando el golpe sea breve, es poco probable que nos encuentre.

—Eso no importa, porque los sensores de golpe no van a servir —dijo Winter—. Marblewood tiene un escudo paraguas que se extiende un poco más arriba del muro exterior. Si los turbolásers no pueden pasar, mucho menos los sensores de golpe.

Dozer hizo un ademán con la mano.

—Desde luego que no —se disculpó—. Debí imaginarme que tendría algo así. —Agachó la cabeza en dirección a Rachele—. Continúa, por favor.

—Diez o treinta minutos después de que llegan esos deslizadores, llega otro más, uno distinto cada vez —dijo Rachele—. Sólo una persona sale y entra por la puerta principal. De los visitantes que hemos alcanzado a ver bien, siempre son funcionarios importantes conectados ya sea con el gobierno, la industria o el sector financiero. Aproximadamente una hora más tarde sale el visitante y se va. Unos diez o quince minutos después, el pasajero del otro deslizador sale de la entrada privada y el convoy junto con él.

—Sucede unas tres o cuatro veces al día —añadió Kell—. Generalmente hay una visita temprano en la mañana, después otra a mediodía, en la tarde, y un día hubo una justo antes de la medianoche.

—Lo interesante es que todas las veces son los mismos tres deslizadores —dijo Winter—. Las etiquetas de identidad son diferentes, pero los deslizadores son los mismos.

—Suponemos que también los pasajeros —dijo Rachele.

—¿Cómo sabes que son los mismos deslizadores? —preguntó Zerba.

—Tienen los mismos raspones, marcas, abolladuras —dijo Winter.

—¿Estás segura? —preguntó Dozer.

—Completamente —le contestó ella—. Rachele tiene unos electrobinoculares muy buenos y esos detalles se alcanzan a ver muy bien.

—Al parecer Villachor la está haciendo de anfitrión de un tipo de reuniones constantes —sugirió Bink.

—Está buscando un *hacker* para robarme mis créditos —dijo Eanjer con amargura—. Seguro se trajo a alguien del submundo que se aprovechó de las multitudes por el festival para infiltrarse en la ciudad. Si no entramos rápidamente, vamos a perder todo.

—Tranquilo —lo calmó Bink—. Adelantarte antes de estar listo es una receta para un desastre. Además, si es el falsificador personal de Villachor, ¿por qué no se queda en su casa en lugar de estar yendo y viniendo?

—¿Y para qué ese desfile de funcionarios locales para verlo? —agregó Tavia—. No, algo más está pasando.

—¿Cómo se ven estos funcionarios cuando salen? —preguntó Lando—. ¿Contentos, enojados, deprimidos?

Winter y Kell voltearon a verse.

—Nada —dijo Kell—. Sólo se ven, no sé… normales.

—¿Dicen que generalmente hay una visita a mediodía? —inquirió Lando, levantándose para caminar hacia la ventana—. ¿De qué dirección vienen?

—Del noroeste —dijo Winter, luego se puso de pie y se colocó junto a él—. Empiezan a distinguirse en una de esas calles de allá arriba, después descienden por la avenida amplia a lo largo del muro exterior, entran por el portón, el de la esquina del sureste.

—¿Y se van de la misma manera?

—Salen del mismo portón, pero luego toman diferentes caminos a su destino final.

—¿Han intentado seguirlos? —preguntó Han.

—No creí que fuera seguro —dijo Rachele—. Me imagino que tendrán a alguien vigilando y necesitamos contar con más de un par de rastreadores si los vamos a seguir sin que se den cuenta.

—Bueno, pues ahora tenemos un grupo de tamaño considerable —dijo Han y atravesó la habitación hacia la silla entre Bink y Tavia para sentarse—. Winter, vigila con atención. Fíjate si siguen con su agenda habitual. El resto de ustedes, vengan para acá a ver qué averiguó Rachele sobre la propiedad de Villachor.

—Me temo que va a ser una exposición pequeña —dijo Rachele mientras que los otros regresaban al área de conversación y se sentaban.

Lando, según notó Han para su propia diversión, se dirigía hacia el asiento entre Bink y Tavia, hasta que esta última se dio cuenta y se pegó lo suficiente a su hermana para cerrar el espacio. Lando ni siquiera dudó, sólo cambió de dirección y se sentó junto a Zerba.

—Aquí está lo básico —dijo Rachele cuando ya todos estaban en su lugar. Hizo algo en su datapad y un plano grande con muchos pisos apareció en el aire sobre el

holoproyector—. La mansión de Villachor fue construida hace ciento cincuenta años para ser la nueva casa del gobernador del sector. Notarán la forma de aurek del edificio: recto en las alas norte y sur que dan hacia el oeste, las alas del noreste y sureste salen de la sección central detrás de ellas.

—Déjame adivinar —dijo Dozer—. ¿El nombre del gobernador empezaba con esa letra?

—Más bien el nombre de su esposa —dijo Rachele—. La sede del gobernador se movió otra vez ochenta años después y la mansión pasó por varios dueños hasta que Villachor la compró hace once años.

—¿Este plano está actualizado? —preguntó Bink.

—En su mayoría —contestó Rachele—. Hasta donde sé, ninguno de los dueños anteriores le hizo cambios drásticos al edificio. La renovación más grande fueron esos tragaluces sobre los atrios de ingreso y las alas, instaladas hace unos cincuenta años. Pero no se cambió nada de la estructura básica hasta que llegó Villachor. —Otra vez tecleó en el datapad; hizo *zoom* sobre una habitación grande de la planta baja cerca del extremo sur del ala sur de la construcción—. Esta es la sala de baile más pequeña. La primera y principal renovación de Villachor fue convertirla en su bóveda.

Lando chifló en volumen bajo.

—¿Qué guarda ahí? ¿Aeronaves pequeñas?

—Me imagino que casi todo el espacio está vacío —dijo Rachele—. Sabemos que blindó parte del techo y las paredes. Nada serio; vi las viejas requisiciones para el material y no creo que haya más de cuatro o cinco centímetros de placas de cásico para naves de guerra, y la puerta es del mismo material. No es desdeñable, pero tampoco está tan mal como podría estarlo. Desafortunadamente, toda la bóveda está magnéticamente sellada y seguramente también hay una capa o dos de escudos de sensores.

—¿Dijiste que el blindaje sólo está en las paredes y el techo? —preguntó Dozer—. ¿Nada en el piso?

—Podría haber blindaje también ahí —respondió Rachele—. Pero, puesto que toda el ala sur está sobre diez metros de piedra maciza, dudo que se haya tomado la molestia.

—Las paredes no deberían ser un problema —dijo Zerba con un dedo sobre su labio inferior con un ademán de estar pensando—. Máximo me tomará diez minutos tallar nuestra propia puerta.

—¿Incluso con el sello magnético? —preguntó Kell.

Zerba asintió.

—No debería ser un problema.

—Lo que podría ser un problema es si las placas tienen trampas para abejas —advirtió Bink—. Incluso algo así de delgado tiene bastante profundidad como para trabajarla.

—¿Qué es una trampa para abeja? —preguntó Eanjer.

—Trampas estilo colmenas —explicó Bink—. Colocas bolsillos de explosivos, ácido o gas veneno a presión dentro de tus paredes, de modo que quien sea que esté detrás del soplete se lleva una sorpresa letal a mitad del trabajo.

—Es el último grito de la moda entre las clases más sofisticadas de los líderes criminales paranoicos —añadió irónicamente Dozer—. ¿Qué tal, Kell? ¿Tienes experiencia con esas? ¿O sólo haces estallar cosas y dejas que los demás hagan la desactivación?

—No, puedo hacer ambas —dijo Kell, que tenía la frente arrugada por estar sopesando algo—. Probablemente pueda lidiar con cualquier explosivo que encontremos, siempre y cuando Zerba no los detone antes de que yo llegue —arrugó la nariz—. Pero no estoy muy seguro del ácido y del gas.

—De hecho, yo dudo que las paredes sean nuestro mayor problema —dijo Rachele—. Parece que lo que tiene dentro de la habitación será el verdadero reto.

—¿Y eso qué es, exactamente? —preguntó Lando.

Rachele hizo una cara.

—Ese es el problema —admitió—. Nadie sabe.

Hubo un momento de silencio.

—No hay problema —dijo Han—. Sólo quiere decir que la primera tarea es meter a alguien para que eche un vistazo.

—Sí —dijo Rachele un poco dudosa—. Sólo que nadie tiene permiso de entrar. Hay guardias en las puertas de la bóveda todo el tiempo, armados y blindados, y Villachor es al único al que dejan pasar.

—O a Villachor y un amigo —dijo Han—. Debe estar hecho para que pueda meter a alguien más si así lo quiere.

—Sólo hay una manera de averiguarlo —dijo Dozer—. ¿A quién de nosotros le toca ser el nuevo mejor amigo de Villachor?

—No hay duda —dijo Lando, sonriendo a las gemelas—. Yo nomino a Bink.

—Ay, muchas gracias, señor —dijo Bink, sonriéndole con dulzura—. Me encanta hacer nuevos amigos.

—¿De verdad consideran que se va a creer eso? —preguntó Eanjer, confundido.

—Yo estoy muy segura de que no —dijo fríamente Tavia, contrarrestando la sonrisa de Lando con su propia mirada helada—. ¿Puedo mejor sugerir que mandemos a Zerba con su sable de luz para que abra una mirilla en la pared? Podemos poner una grabación para ver exactamente qué sucede ahí.

—¿Cómo lo vas a meter tan adentro en la mansión? —preguntó Kell, señalando el plano—. Estoy viendo la pared exterior de la mansión y otra interior incluso antes de llegar a la bóveda.

Chewbacca farfulló.

—Chewie tiene razón —dijo Han—. Incluso si la gente que Villachor recibe para el festival no debe entrar, es probable que su seguridad apenas y se dé abasto. Encontraremos un agujero.

—O lo hacemos —dijo Dozer.

Han asintió.

—O lo hacemos.

—Al menos sabremos dónde empezar a buscar estos agujeros —dijo Rachele—. Marblewood ha sido sede del festival durante los últimos seis años, y ha tenido mucha cobertura, tanto oficial como extraoficial. He visto las grabaciones y hay varias cosas que Villachor parece hacer siempre de la misma manera.

—Creía que de cualquier manera el patrón y el orden de los homenajes siempre era el mismo —remarcó Dozer.

—Yo estoy hablando de los detalles —dijo Rachele—. Como dónde pone los puestos de comida, cómo viste a los droides de servicio y mantenimiento con trajes temáticos y coordinados para cada día del festival. Cositas como esas.

—Los patrones son buenos —dijo Lando—. Como en el sabacc, cuando alguien siempre apuesta la misma…

Se interrumpió porque, del otro lado de la habitación, Winter repentinamente tronó los dedos.

—Aquí vienen —anunció.

Como locos se levantaron de sus asientos y corrieron hacia las ventanas.

—¿Dónde? —preguntó Zerba.

—Esos tres deslizadores terrestres a tres cuadras —dijo Winter, señalando—. No, no lo hagas —añadió en cuanto vio que Dozer empezó a abrir la puerta que llevaba al balcón largo—. Si alguien está viendo, desde acá seremos muy visibles.

—¿Dónde están esos electrobinoculares? —preguntó Lando.

—Aquí —dijo Kell y le puso los binoculares en las manos.

—¿Rachele?

—Voy por el otro —contestó y salió rápidamente.

La habitación estaba en silencio. Han veía que los deslizadores maniobraban hacia el portón que daba a la propiedad de Villachor; se percató de que los vehículos casi ni frenaban antes de que los guardias les dieran acceso.

—Toma —Rachele murmuró en su oreja.

—Gracias —dijo Han, tomando los electrobinoculares.

Los deslizadores eran aún más impresionantes de cerca que de lejos: negros y pesados, obviamente blindados, con ventanas polarizadas que escondían a los pasajeros.

—Al parecer el equipo ha sido modificado —murmuró Lando—. ¿Ves las placas de abajo que están reforzadas?

—Sí, las veo —confirmó Han—. Los vehículos podrían parecer deslizadores terrestres normales, pero con los aditivos escondidos fácilmente podrían convertirse en aerodeslizadores cuando quisieran.

—Entonces ¿por qué se molestan con las calles? —preguntó Zerba—. ¿Por qué no nada más vuelan?

—Las vías aéreas en Ciudad Iltarr no son mucho más rápidas que las terrestres —dijo Rachele—. Además, de todas maneras tendrían que llegar por tierra para entrar. Recuerda el escudo paraguas.

—Y si eres del tipo paranoico, quizá te guste que haya una dirección desde donde no te puedan disparar —agregó Lando.

Los vehículos siguieron el camino entre los arbustos y los pequeños árboles, finalmente se detuvieron en el ingreso cubierto del ala sur de la mansión. Han aguantó la respiración, tratando de que no temblaran sus manos; se preguntaba si este era el día en que el visitante misterioso cometería un error.

No fue así. La cortina sobre el ingreso bloqueaba la vista completamente mientras salía del deslizador y entraba. Además, la luz del sol se vertía casi directamente desde arriba, así que no había ninguna de las interesantes sombras que Kell había mencionado.

—Sin duda son astutos —comentó Lando—. ¿Qué tan rápido dijiste que era la segunda ola?

—De diez a quince minutos —replicó Winter.

—Así que hay el tiempo justo para una colación —Lando concluyó—. ¿Acaso huele a tostadas de carne y salsa?

—Sí —dijo Eanjer, un poco sorprendido por el repentino cambio de tema—. También a un poco de palitos de hierba kamtro. ¿Pero no deberíamos estar viendo Marblewood?

—Lo estoy viendo —le aseguró Lando, volteando hacia la ventana—. Winter, dime si ves un posible deslizador. Bink, ¿me harías un favor y me traerías un plato pequeño de tostadas de carne?

Bink le dirigió a Tavia una sonrisa astuta. Ya conocían a Lando demasiado bien.

—Claro —le dijo y se dirigió a la cocina.

Han comenzó a darse la vuelta, pero se detuvo cuando una mano le tomó el brazo.

—¿Podemos hablar? —dijo Dozer en voz baja.

Se detuvieron unos metros alejados de los otros.

—¿Algún problema? —preguntó Han.

—Es más una pregunta. Dozer señaló con la cabeza hacia Lando, quien había agarrado una silla que puso cerca de la ventana y se sentó.

—Tú me dijiste que yo iba a ser el cabecilla de este plan. Ahora que Calrissian está aquí, ¿me imagino que eso ya cambió?

—Probablemente —dijo Han—. Pero no te preocupes, habrá más cosas para ti.

—Ajá —dijo Dozer—. ¿Y la repartición?

—Igual que antes —Han le aseguró—. A todos les toca la misma parte.

Dozer hizo una mueca; no fue difícil interpretar en sus ojos los cálculos que estaba haciendo. Tal vez las partes serían iguales, pero una repartición entre once era más pequeña que una entre diez.

—¿Eso va a ser un problema? —le insistió Han.

La expresión de Dozer se suavizó.

—No —contestó—. Sólo me lo preguntaba.

Con un pequeño movimiento de cabeza, volteó y fue a donde Tavia y Rachele estaban sentadas.

Detrás de Han se escuchó un ruido; Chewbacca estaba ahí de pie.

—¿Escuchaste?

El wookiee farfulló nuevamente.

—Va a estar bien —le aseguró Han—. Dozer no dejaría que un orgullo ofendido se interpusiera entre él y la paga. Además, estoy bastante seguro de que sabe que Lando dará la cara mejor que él.

Chewbacca murmuró una última vez y se fue.

—Va a estar bien —Han se dijo a sí mismo al voltear a ver a Dozer—. Confía en mí.

Diez minutos después y a la mitad del primer plato de tostadas de Lando, el visitante esperado cruzó el portón y entró en el terreno de Marblewood. Han, que ya había dado sus electrobinoculares a Winter, veía de lejos mientras comía por inercia un plato de palitos de hierba kamtro. Algo grande estaba pasando ahí, algo más grande que Eanjer y su contrabando de créditos robados.

Las dos grandes preguntas eran si podrían averiguar qué se traía entre manos Villachor y si esto afectaría su operación.

Se había ido de la ventana y discutía con Bink las minucias de abrir candados cuando Lando chifló para advertirles.

—Está saliendo —gritó.

Una vez más hubo un pequeño alboroto cuando el grupo se volvió a acomodar en las ventanas. Han forzó su vista, pero a la distancia lo único que podía ver era un hombre humano que bajaba los escalones hacia el deslizador. El hombre se subió, cerró la puerta y el vehículo se dio la vuelta dirigiéndose a la vereda.

—Qué interesante —murmuró Lando, bajo sus electrobinoculares—. Ese hombre acaba de perder algo.

—¿Qué perdió? —preguntó Dozer.

—No lo sé. Tal vez créditos, prestigio o poder. Pero los cambios en su expresión y lenguaje corporal fueron muy claros. Lo que sea que haya perdido era algo que quería mantener.

—No fue suficiente tiempo para un juego de grandes apuestas de sabacc —dijo Zerba, pensativo.

—Pero sí suficiente para una conversación seria —señaló Han—. Sobre todo si sólo es una parte la que habla más.

—¿Crees que Villachor lo haya amenazado? —preguntó Tavia.

—O lo chantajeó o extorsionó —dijo Dozer—. Esas son las tres maneras principales para controlar a alguien sin que se tengan que entregar créditos para pagarle.

Chewbacca farfulló una pregunta.

—No tengo idea —contestó Winter—. No estaba en el grupo de holos que Rachele me dio.

—Sólo le di los personajes de alto nivel en la estructura de poder de Ciudad Iltarr —ella explicó.

—Tal vez deberíamos bajar un nivel o dos —sugirió Zerba.

—Estoy de acuerdo —dijo Rachele—. Voy a ver qué puedo juntar.

—Mientras tú haces eso, veamos si podemos averiguar quién es el otro visitante —interpeló Dozer—. Creo que ya tenemos suficientes personas para ir tras él. ¿Salgo y nos consigo unos deslizadores?

—No es necesario —dijo Rachele—, Eanjer logró juntar suficientes créditos para conseguirnos algunos rentados. Tenemos tres abajo, más el camión deslizador y dos aerodeslizadores en el estacionamiento del techo.

—Bien —dijo Dozer—. Seguro es demasiado tarde para ponernos en posición antes de que se vaya, así que tendremos que hacerlo más tarde.

—Suponiendo que el espectáculo se vuelva a presentar —dijo Bink.

—Así será —le aseguró Winter—. A esta gente le gusta pensar que son listos, pero en realidad siguen muchos patrones.

—Perfecto —dijo Dozer—. ¿Quién tiene ganas de dar un paseo?

—Deberías preguntarle a Han —dijo Eanjer—. Él es el encargado.

Dozer parpadeó, después sonrió con amargura.

—Claro que lo es —tuvo que admitir, volteando hacia Han e inclinando la cabeza—. Disculpa. Tantos años de trabajar para mí mismo. Entonces, ¿quién va?

Han miró a todos, haciendo un breve análisis.

—Tú, Bink, Zerba y yo en los deslizadores terrestres —decidió—. Lando y Chewie coordinarán desde el aéreo.

—Suena bien —dijo Dozer.

—Yo también quisiera ir, si se puede. Quiero ayudar —dijo Eanjer y después vio su mano con medisello—. Aunque no estoy seguro de qué pueda hacer —añadió con despecho.

Han dudó. Tenían muchas razones para mantener contento a Eanjer: 163 millones, para ser exactos. Pero era una variable desconocida, y Han no tenía idea de cómo reaccionaría en una situación de crisis. Si algo salía mal, una persona asustada podría fácilmente hacer que todo colapsara. Para su alivio, Chewbacca tuvo los mismos pensamientos y lo arregló con una sugerencia prudente.

—Buena idea —dijo Han—. Chewie dice que un par de ojos más serían útiles en el deslizador aéreo.

Dozer hizo un ruido con la garganta.

—¿Un *par* de ojos?

—Quiero decir, un observador adicional —Han se corrigió, fulminando con la mirada al ladrón de naves.

Eanjer estaba bastante consciente de su incapacidad sin que nadie se lo señalara.

—Puedes ir con él y Lando, Eanjer.

—Gracias —dijo.

Miró a Dozer, había una pequeña flama en su único ojo.

—Y mi actual prótesis funciona muy bien, gracias —añadió con frialdad—. Tengo planeado hacerme algo más estéticamente agradable cuando recupere mis créditos robados y me alcance para arreglarme el resto de las heridas que Villachor me provocó.

—Entonces, ya está decidido —dijo Lando alegremente sobre lo que hubiera podido ser el comienzo de un silencio largo e incómodo—. Chewie vuela, tú y yo vemos, y para cuando nos acostemos a dormir, ya habremos solucionado este misterio.

Lució su sonrisa a toda la habitación.

—Mientras esperamos, ¿a alguien le interesa un jueguito de sabacc?

El nombre del sujeto era Crovendif y se consideraba a sí mismo un prometedor señor del crimen. No lo era, desde luego, y nunca lo sería. Es cierto que tenía la ropa y el estilo, y hasta se había esforzado por hacer que el ritmo y tono de su voz fuera como la de los grandes criminales de los holodramas. Lo que no tenía eran los ojos vacíos y el carácter totalmente desalmado que Dayja había visto con frecuencia en los humanos y alienígenas a los que había dedicado su vida en derribar. No, Crovendif era sólo un muchacho que se había enamorado de la idea de ser un señor del crimen, o quizá había visto eso como su sendero hacia la satisfacción, la seguridad y el respeto. Tarde o temprano, esos sueños incompletos se esfumarían y aceptaría el hecho de que nunca sería más que el gerente callejero de algún señor del crimen.

Todo eso suponiendo, desde luego, que sobreviviera los siguientes minutos.

—Llevas casi dos semanas tratando de retarme en mi territorio —dijo el jefe criminal, con voz baja y amenazante y su cabeza ligeramente levantada.

Dayja notó que hasta había copiado la pose de los holodramas.

—Dame una razón por la que no matarte aquí y ahora.

—No quiero apoderarme de tu territorio —dijo Dayja con ligereza—. Lamento si te di esa impresión.

La expresión de Crovendif cambió y apenas fue perceptible. Esperaba bravuconería y desafíos de su prisionero, así que no estaba preparado para una respuesta tranquila y conciliatoria.

—¿Ah, sí? —dijo en tono sarcástico—. ¿Qué impresión debí haber recibido?

—Estoy buscando un socio —dijo Dayja—. Tengo un producto que vale muchos créditos, pero no tengo ni el tiempo ni los recursos para encargarme del asunto de la distribución.

—¿Qué te hace pensar que me interesa un trato así? —dijo Crovendif, burlándose.

—No tú —lo corrigió Dayja—. Tu jefe. Tengo mucho más producto del que puedes manejar en tus seis o siete cuadras.

El rostro de Crovendif se oscureció. Tal vez había tenido la breve esperanza de que este fuera su boleto a la grandeza.

—Si crees que voy a molestar a alguien más con esa historia ridícula…

—Va a querer una muestra, por supuesto —Dayja continuó tranquilamente—. ¿Puedo?

Crovendif dudó, después asintió hacia los dos hombres que en ese momento sujetaban los brazos de Dayja.

—La izquierda —ordenó.

Silenciosamente, los dos maleantes a la izquierda de Dayja soltaron su brazo. Dayja metió dos dedos en su bolsillo lateral, sacó una pequeña ampolleta y se la arrojó a Crovendif. El otro la atrapó con una agilidad tan veloz que sugería que había comenzado como combatiente con cuchillo antes de unirse al Sol Negro. Otra razón más de por qué no llegaría más lejos de donde ya estaba.

—Brillestim, obviamente —dijo conforme Crovendif veía la ampolleta con detalle—. Pero con una diferencia. El mío es artificial.

—Entonces no es brillestim —dijo Crovendif.

—Tienes razón —concedió Dayja con un movimiento de la cabeza—. Me expresé mal. Lo que debí haber dicho es que es brillestim genuino, creado por arañas Kessel genuinas, pero no por arañas que actualmente vivan en Kessel.

Hubo una pausa mientras Crovendif lograba entender eso.

—¿Tienes arañas aquí en Wukkar?

—Digamos que están cerca y haciendo brillestim mientras nosotros hablamos —dijo Dayja—. El punto es que puedo hacer el producto por una fracción de lo que cuesta en Kessel, y eso sin considerar los costos más bajos de transporte.

—¿Esperas que confíe en tu palabra así como así?

—Para nada —dijo Dayja—. Dale la ampolleta a tu jefe, explícale mi oferta y pídele que la pruebe. Si está interesado, bien. Si no, no pasa nada; hay muchos otros peces en el agua. De cualquier manera, le mando la prueba y mis saludos.

—¿Y si me rehúso?

—¿Quieres decir si decides quedarte con la ampolleta, vender el producto y ganarte un poco de dinero extra? —preguntó Dayja—. Si eso es lo que quieres hacer, ciertamente no puedo impedírtelo. Lo único que puedo decir es que no eres el único gerente de calle de tu jefe. Si no quieres llevarle esta oportunidad, estoy seguro de que alguien más lo hará.

Por unos segundos más, Crovendif mantuvo la mirada fija en su prisionero, frunciendo el ceño como si sopesara las posibilidades y llegara a una decisión. Pero era puro efecto dramático. Dayja lo tenía, y ambos lo sabían.

—Muy bien —dijo finalmente Crovendif, haciéndolo oficial.

—¿Cómo te localizo ya que tenga su respuesta?

—Yo estaré en contacto.

Dayja le hizo una seña al maleante de su derecha.

—Ahora, si no te importa…

Crovendif hizo otro gesto, y el hombre que sostenía el brazo derecho de Dayja lo liberó.

—Gracias —dijo Dayja—. Nos estamos viendo.

Estaba a media cuadra sentado en su deslizador, cuando Crovendif y dos de sus hombres salieron de su cuartel en el almacén y se subieron a su propio vehículo. Dayja les dio una ventaja de una cuadra, entonces se dispuso a seguirlos. Estaba noventa por ciento seguro de que el jefe era Villachor. Pero nunca estaba de más asegurarse. Como era de esperarse, Crovendif atravesó toda Ciudad Iltarr hacia la entrada suroeste de Marblewood. No fue lo más brillante si intentaba mantener ocultas sus afiliaciones, pero Dayja ya había concluido que Crovendif no era la estrella más brillante del cielo.

De cualquier forma, el objetivo era despertar el interés de Villachor, y siempre y cuando este tuviera la ampolleta de brillestim, los detalles sobre la entrega no eran importantes. Ahora lo único que Dayja tenía que hacer era esperar a que los químicos del Sol Negro analizaran su regalo; después tendría que aceptar la inevitable invitación de Villachor a una reunión. Por supuesto, una vez dentro de la mansión, comenzarían los verdaderos retos. Pero los sortearía conforme surgieran. Crovendif seguía sentado en la entrada, probablemente intentando convencer a los guardias de que trabajaba para Villachor y de que su encargo era lo suficientemente importante como para merecerse la entrada. Dayja pasó casualmente en su vehículo, viendo los deslizadores a medida que pasaban ante él.

Se detuvo una segunda vez; sus ojos se dirigieron a un deslizador azul estacionado justo adentro de una de las calles paralelas. A diferencia de casi todos los vehículos del lugar, este no estaba vacío. Un hombre estaba en el asiento del conductor, tratando de verse casual. Estaba observando la entrada suroeste con mucha atención. Dayja siguió sin detenerse, giró a la siguiente esquina. Lo más probable es que ese hombre fuera otro de los guardias de Villachor, colocado ahí como refuerzo en caso de que hubiera problemas. Pero no parecía ser del tipo del Sol Negro y lo último que Dayja quería era que alguien más captara la atención de Villachor. Sobre todo alguien de una banda rival.

Entonces, en lugar de regresar al hotel como lo había planeado, encontró dónde estacionarse cerca del misterioso observador y se dispuso a esperar. Si el hombre era un guardia, probablemnte habría un cambio de turno durante las próximas horas. Si no lo era, Dayja no tenía ninguna intención de dejar que comenzara una guerra de pandillas. No aquí y ciertamente no ahora. Sacó el termo con té de karlini que siempre llevaba para situaciones como esta, se sirvió una taza y esperó.

CAPÍTULO CINCO

Ocho minutos después de que el visitante de la tarde se fuera de Marblewood, el ya familiar convoy de tres deslizadores también salió. Han y su deslizador azul estaban justo detrás. Junto a Lando, Chewbacca murmuró algo casi imperceptible.

—Estoy seguro de que lo sabe —le aseguró Lando, estudiando el mapa del área que había sacado de su datapad.

El convoy se había ido hacia el sur, lo cual quería decir que tomarían la Avenida Packrist.

—¿Qué es lo que sabe? —preguntó Eanjer desde el asiento trasero—. ¿Qué dijo Chewie?

—Estaba advirtiendo a Han que no se acercara demasiado —dijo Lando—. Le dije que Han ya lo sabía.

—Oh —dijo Eanjer; parecía nervioso—. Pensé que para eso estábamos aquí.

—No, estamos aquí para vigilar su refuerzo —dijo Lando, escuchando los comentarios de su comunicador.

Han había terminado con la persecución, como debía hacerlo, y Bink tenía el convoy en la mira y estaba lista para seguirlo.

—Oh, claro. —Hubo un pequeño ruido cuando Eanjer se movió en su asiento—. Perdón, creo que esta no es mi especialidad.

—Para eso nos contrataste —le recordó Lando con paciencia.

Aún así, si este hombre tenía que estar en alguna parte, mejor que estuviera estacionado con ellos y fuera del camino. El convoy dio la vuelta, y Bink siguió el rastro, se colocó delante de ellos y le avisó a Zerba del cambio de dirección.

—¿Te puedo preguntar algo? —dijo Eanjer.

Lando suprimió un suspiro. Tal vez debería enviar a Eanjer a la orilla del techo y pedirle que vigilara al convoy desde ahí.

—Dime.

—¿Por qué odias a Han?

Lando arrugó la nariz porque la respuesta obvia le vino a la mente. Pero lo obvio no equivale a lo correcto.

—No lo odio —dijo, escogiendo sus palabras con cuidado, pues estaba consciente de que Chewbacca escuchaba con atención a medio metro de distancia—. No exactamente. Hubo un negocio, un par de negocios, en los que acabó sacándome más de lo que me había prometido.

—Eso no suena bien —dijo Eanjer—. Con razón lo odias.

—No lo odio —dijo Lando, con irritación—. Ya lo dije. Además, entre más lo pienso, más concluyo que probablemente no fue su culpa. Que a él lo timaron junto con los demás. Pero eso no cambia el hecho de que él fue el que nos metió e hizo todas las grandes promesas.

Miró de reojo a Chewbacca, preguntándose cómo se estaba tomando todo esto. Pero el wookiee veía la ventana con la cara volteada.

—No lo odio, pero ya no quiero trabajar con él —concluyó—. Si él mismo hubiera pedido por mí en este trabajo, no habría venido.

—Ya veo —dijo Eanjer—. Bueno, pues a mí sí me da gusto que hayas venido. Sé que serás de gran ayuda para el equipo y, si de algo sirve, tu parte de las ganancias debe hacer posible que nunca tengas que volver a trabajar con él.

—Lo tendré en mente —dijo Lando.

Ya que se deshizo de los pensamientos sobre Han, promesas rotas y riquezas futuras, otra vez centró su atención en la conversación del comunicador.

—Otra vez dieron la vuelta —reportó Zerba, intranquilo.

—La misma dirección.

—Dispérsense —ordenó Han.

—Hecho —dijo Zerba—. No sé, Han, hay algo raro aquí. Si ya nos vieron, ¿no se hubiera separado uno de esos carros para observarnos?

—Tal vez están haciendo tiempo —sugirió Dozer—. Nos están entreteniendo mientras traen más refuerzos.

Chewbacca farfulló y con una mano tocó el hombro de Lando mientras con la otra señalaba. Lando miró hacia donde apuntaba: otro estacionamiento en un techo a tres cuadras de distancia.

—Vamos a ver —dijo.

Sacó sus electrobinoculares: un deslizador terrestre estacionado a la orilla del techo. El wookiee tenía razón, era igual que los del convoy que Han y los demás estaban persiguiendo. Había dos humanos sentados dentro, ambos con electrobinoculares, sus cabezas se movían conforme el tráfico de los aerodeslizadores pasaba sobre ellos. A unos metros, un tercer hombre estaba agachado en la orilla del techo, con sus electrobinoculares apuntando a las calles de abajo.

Lando esbozó una sonrisa forzada y tecleó en su comunicador para volver a transmitir. Antes había considerado mandar a Eanjer a observar la calle. Ese par de ahí afuera aparentemente había tenido exactamente la misma idea.

—Todos dispérsense —ordenó—. Repito, dispérsense.

—¿Qué pasa? —exigió saber Han.

—Encontramos a su vigía —dijo Lando, viendo a los hombres en el deslizador.

Se veían tan cómodos como lo habían estado él, Chewbacca y Eanjer. Y si ellos no esperaban tener que despegar en cualquier momento…

—Nuevas posiciones —continuó Lando, dejó los electrobinoculares en su regazo y recogió el datapad. El estacionamiento estaba justo ahí. Lo cual quería decir…

—Han, ve a *resh*-siete en el mapa. Bink, toma la calle paralela a una cuadra al norte de él. Zerba: *senth*-siete. Dozer: *senth*-ocho. Encuentren dónde estacionarse y esperen.

—Voy para allá —respondió Bink.

—Yo también —añadió Zerba—. Espero que no tengas prisa, el tráfico aquí abajo está horrendo.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Han.

—Los vigías están a unas tres cuadras, no se están moviendo y no parece que estén por hacerlo —explicó Lando—. Me imagino que están vigilando el final del recorrido, asegurándose de que nadie los esté esperando para una emboscada.

—¿Estás seguro de que son parte de ese equipo y no de algún otro? —preguntó Bink.

—Muy seguro —dijo Lando.

—Están en el mismo modelo de deslizador terrestre, con el mismo estilo de sistemas de aditamentos instalados.

—Vale la pena intentarlo —dijo Han—. Si no funciona podemos volver a hacerlo mañana.

—A menos de que ya anden sobre nuestra pista —advirtió Dozer—. En ese caso, tomarán algunas medidas desagradables.

—Entonces, vamos a comprobar que no nos equivoquemos —dijo Lando.

Los minutos pasaron. Han y los demás informaron de sus propias llegadas a sus lugares designados y ya después no dijeron nada. Chewbacca farfulló una pregunta.

—Buena idea —dijo Lando, deslizándose en su asiento de manera que su cabeza quedara más abajo del nivel de las ventanas.

—¿Qué dijo? —preguntó Eanjer.

—Dijo que deberíamos agacharnos para no ser vistos —explicó Lando y puso sus electrobinoculares en el soporte de hombros del asiento.

Con el reflejo de una de las ventanas de un edificio que estaba a una cuadra, pensó que podría alcanzar a ver qué hacían los vigías.

—Hasta ahora no parece que hayan mirado en esta dirección. Si lo hacen, no queremos que nos vean.

—Ah —dijo Eanjer.

Lando escuchó el ruido que hicieron la tela y la piel cuando Eanjer también se deslizó para esconderse.

—Sí. Buena idea.

Lando torció su cuello para poder ver a Eanjer de reojo.

—¿Qué no hay wookiees en Wukkar?

—Claro que los hay —dijo Eanjer un poco a la defensiva—. Pero casi todos son agricultores, guardaespaldas o algo parecido. Nunca pensé…

Se detuvo.

—¿Que valiera la pena tratar de entenderlos? —sugirió Lando.

La mitad de la boca de Eanjer que no estaba oculta con el medisello se torció formando una mueca incómoda.

—Supongo… —admitió—. Supongo que sólo… creo que debí haberlo hecho.

Lando volteó a ver a Chewbacca, cuya mayor altura lo había forzado a agacharse aún más y a estar más incómodo que ellos. Había un poco de frustración hirviendo en sus ojos, pero más bien se veía resignado. En estos días era común que su gente fuera tratada como meros trabajadores o guerreros prescindibles. O como esclavos fáciles de olvidar y desechables. Pasaron más minutos. Lando comenzaba a preguntarse si había adivinado mal, por lo que empezó a tramar un plan alternativo, en caso de que el jefe del convoy estuviera tras sus huellas, cuando el vehículo del vigía de repente activó sus propulsores y levantó el vuelo.

—Los tenemos —dijo Han—. El convoy ya está en el campo de visión.

—El vigía se movió —dijo Lando.

Levantó un poco la cabeza para alcanzar a ver mejor. El hombre que había estado en el borde del edificio seguía en posición, viendo calle abajo.

—Todos, quédense quietos; el vigía está atento.

—Los perdí —gruñó Han—. A una cuadra, hacia el norte, ¿alguien más?

—Aquí no —informó Bink.

—Ni aquí —dijo Zerba.

—Lo mismo —apuntó Dozer—. ¿Lando? Parece que depende de ti.

—Sí —dijo Lando, estremeciéndose al enderezarse. Indicó a Chewbacca y a Eanjer que hicieran lo mismo. Si esos vigías sabían ganarse su sueldo, en cuanto Chewbacca despegara y se dirigiera en esa dirección, inmediatamente serían el centro de una atención poco amistosa. Pero si no había otra manera, entonces no había otra manera—. Okey, Chewie.

—Esperen un segundo, los tengo —dijo Bink repentinamente—. Van directo hacia arriba; rayos, qué buenos propulsores, parece ser el callejón de servicio entre la calle veinte y la veintiuno, extremo oeste.

Apenas salieron las palabras de su boca cuando Lando tuvo que agarrar su datapad y Chewbacca presionó el pedal del deslizador aéreo y se levantó al flujo de tráfico sobre ellos. El wookiee giró el vehículo a la derecha.

—Espera, ese no es el camino —advirtió Eanjer—. El callejón está a dos cuadras a la *izquierda*.

—Y los vigías estarán atentos de cualquiera que vaya en esa dirección —le dijo Lando—. Lo está haciendo bien.

Se volvió en su asiento y usó los electrobinoculares. Ahí estaban: tres deslizadores terrestres negros que rápido se alzaban junto a un edificio grande y cuadrado.

—Los veo —dijo.

—¿Qué es ese edificio? ¿Un hotel?

—Sí, el Corona Lulina —confirmó Bink.

—Hay un estacionamiento cubierto de deslizadores aéreos en el piso superior.

Rachele intervino.

—Ingreso seguro, sólo huéspedes y residentes. Déjame ver si puedo sacar su lista actual de inquilinos.

—Bink, ¿alcanzas a ver el frente? —preguntó Han—. Tal vez tengamos suerte y enciendan las luces al entrar a su habitación.

—¿Y si sus habitaciones están atrás? —preguntó Eanjer—. Esas no podrá verlas desde la calle.

Otra vez, Lando agarró su datapad mientras Chewbacca murmuró una sugerencia e hizo un giro cerrado, pasando el deslizador hábilmente entre los otros dos vehículos del siguiente carril superior.

—Chewie dice que nosotros observaremos la parte de atrás —dijo Lando, viendo hacia abajo para tratar de orientarse luego de tantos cambios repentinos de dirección. El Corona Lulina… ahí estaba.

—Rachele, ¿hay alguna manera de aumentar el rango de estas cosas? —preguntó, bajando los binoculares para ver el control del *zoom*.

—Intenta subir el control de claridad hasta arriba y ajustar el contraste —sugirió Rachele—. Eso debería ayudar.

—Gracias. —Lando hizo los ajustes. No era perfecto, pero estaba mejor que antes—. ¿Bink?

—Parece que ya aterrizaron —respondió Bink.

—Creo que también veo a tus vigías —añadió Zerba—. Abandonaron el techo y van hacia el hotel.

—Los veo —confirmó Bink—. Qué bonitos propulsores.

—Tranquila, chica —dijo Dozer—. Sé una buena niña y cuando todo esto acabe, puedes escoger uno para ti solita.

—Como si tuviéramos espacio en nuestra nave para uno de esos —Bink murmuró—. Aunque supongo que podría guardarlo en la cabina de Tavia.

Hubo un comentario ligero e ininteligible de alguna parte.

—Tavia dice que ya tienes muchas cosas tuyas en su cabina —informó Rachele—. Dice que si quieres llevar a bordo un deslizador terrestre con propulsores, tienes que empezar limpiando tu clóset.

—Necesito todas esas prendas —dijo Bink con coquetería—. Lo dice porque ella nunca sale de juerga.

—Esperen —dijo Lando. A lo lejos, detrás y debajo de ellos, un grupo de ventanas de la parte trasera del Corona Lulina se había iluminado—. Tengo luces recientes en las ventanas. A un tercio del piso, a mitad de ambos extremos.

—¿Alcanzas a ver en qué piso? —preguntó Rachele.

Lando entrecerró los ojos, intentando contar conforme el deslizador aéreo se alejaba más del hotel.

—Parece que el sexto —dijo—. Es un poco difícil saber, hay muchos árboles en medio.

—Probablemente sea un jardín Nido Salvaje —dijo Eanjer—. Es un pequeño parque con varias especies de árboles de otros planetas, muchas veces salvajes, que casi no ves en las ciudades, todo rodeado de árboles torcidos o con forma de creciente. A los hoteles con muchos pisos les gusta ponerlos en el centro de sus construcciones.

—Estoy revisando el piso seis —dijo Rachele—. Veamos, toda esa sección central es una *suite* de ocho recámaras. Bink, ¿alcanzas a ver algo?

—No —informó Bink—. Ni en el seis ni en ninguna otra parte. Si tienen habitaciones en esta parte, no las están presumiendo.

—Les han de gustar mucho los parques —comentó Dozer—. Yo pensaría que las habitaciones de afuera tienen mejores vistas.

—No creo que les interese la vista —dijo Bink pensativa—. Rachele, ¿hay posibilidad de conseguirnos una habitación cerca de esa *suite*?

—Voy a intentarlo —dijo Rachele—. Pero no prometo nada, con el festival, casi todas las habitaciones de la ciudad se ocuparon hace semanas.

—¿Ya acabamos? —preguntó Lando.

—Sí, ya acabamos —confirmó Han—. Todos váyanse de regreso. Es hora de decidir nuestra siguiente movida.

Para sorpresa de nadie, excepto tal vez de la misma Rachele, logró conseguir una habitación, aunque no era exactamente lo que Bink había esperado cuando le encomendó la tarea. Se había imaginado una recámara que podría usar como sede de operaciones para entrar al lugar. Algo al lado o, mejor aún, algo directamente arriba o abajo. Pero ni siquiera el genio de Rachele para las computadoras y su red de buenos contactos podían llegar tan lejos. De todas formas, si el lugar no era perfecto, hubiera podido ser mucho peor.

—¿Eso es todo? —preguntó Tavia, acercándose a la ventana junto a ella y pasándose el cabello detrás de su oreja.

—Eso es todo —confirmó Bink, viendo hacia el pequeño parque del otro edificio.

Dos de las ventanas del edificio estaban bloqueadas por los grandes árboles que rodeaban la vegetación, pero las otras estaban visibles.

—Al menos no vas a bajar a rapel —dijo Tavia—. No desde aquí.

—Tienes razón —dijo Bink.

De todos los aspectos del trabajo de Bink que Tavia odiaba, ver a su hermana deslizándose por el costado de un edificio sobre una delgada línea de sintecuerda probablemente era lo peor. No era que esto fuera mucho mejor, no según el punto de vista de Tavia. De todos modos, balancearse de árbol en árbol con un arnés no estaba tan mal como esa larga y apenas controlada caída de un techo.

—¡Vaya! —dijo Kell en voz baja—. ¿Y así nada más nos mudaste para acá?

—No fue tan difícil —le aseguró Rachele—. Me di cuenta de que la pareja que iba a quedarse aquí esta noche está registrada con la Orden de la Naturaleza, así que conseguí que les ofrecieran un safari gratis en la Reserva de Megrat en la Provincia de Ancill. Fue fácil en realidad.

Kell agitó la cabeza del asombro.

—Repito: ¡vaya!

Bink sintió que el labio le temblaba. Kell podía impresionarse todo lo que quisiera, pero no tenía que ser tan elocuente al respecto. Ya todos tenían el ego demasiado grande. Lanzó una mirada casual hacia los demás que vagaban por la habitación. Quizá Winter quisiera darle un par de lecciones sobre cómo permanecer tranquilo: esta mujer de cabello blanco claramente estaba tan impresionada como él por el logro de Rachele, pero lo escondía mejor.

—¿Algún problema? —murmuró Tavia.

—No, todo bien —murmuró Bink.

Kell le parecía demasiado joven, no sólo en edad, sino también en experiencia y rudeza mental. Al mismo tiempo, podía ver fantasmas sin nombre que acechaban tras sus ojos. Algo desagradable de su pasado lo impulsaba, tal vez más lejos de lo que estaba preparado. Curiosamente, Winter era casi lo opuesto. No era mucho mayor que Kell, pero sus ojos tenían una profundidad de edad y madurez que sorprendía. Además, tenía un aplomo natural, el tipo de gracia y seguridad que Bink también lograba ver en Rachele. ¿Eso quería decir que Winter, como Rachele, formaba parte de la aristocracia de algún mundo? De ser así, ¿qué hacía ella con una pandilla de ladrones? ¿Buscaba venganza?

—Toma.

La voz de Solo interrumpió sus pensamientos, que disipó con un parpadeo, y lo vio entregándole uno de los electrobinoculares sofisticados de Rachele.

—Rachele dice que tenemos hasta mañana en la tarde para irnos de aquí. ¿Crees que nos puedas meter para entonces?

—Por supuesto —dijo, y tomó los electrobinoculares.

Si algo había aprendido en este negocio era que nunca le dices al cliente que no puedes hacer algo.

Volteó a la ventana y presionó los electrobinoculares contra sus ojos; empezó a trabajar. No había mucho que ver, y lo que se veía no era muy alentador. Pero sí iba a ser posible. No sería fácil, pero sí posible. Bajó los electrobinoculares y se volteó. En los minutos que pasaron, el resto del grupo había encontrado sillas o sillones para sentarse y hablaban entre ellos en voz baja.

—Así está la cosa —anunció al caminar hacia el asiento libre junto a Rachele para sentarse.

Se hizo silencio en la habitación.

—Las ventanas del hotel tienen un sistema de seguridad instalado, pero, al parecer, los inquilinos lo desconectaron —continuó—. Eso quiere decir…

—¿Desinstalaron el sistema de seguridad? —preguntó Kell frunciendo el ceño.

—Es muy fácil entrar a los sistemas centrales de seguridad —le dijo Tavia—. Especialmente los de los hoteles, que no son precisamente famosos por ser sofisticados. Nuestros amigos de allá seguramente temieron que alguien se apropiara de los sistemas y los espiara.

—Lo cual seguramente hubiéramos hecho —dijo Bink—. También notarán que eligieron una *suite* del sexto piso del lado del edificio con jardín, con árboles grandes que impedirían cualquier intento de entrar a sus ventanas con un deslizador aéreo. Estas cosas traslucen cierta paranoia.

—Suena bien para gente que trata con Villachor —murmuró Eanjer.

Estaba sentado a unos metros de todos, viendo con añoranza al otro lado del parque, su mano izquierda acariciando la derecha deforme a través de la cobertura de medisello.

—Y como desinstalaron la versión de seguridad del hotel —continuó Bink—, ¿qué es más natural que instalen la suya propia? —Movió la mano hacia la *suite*—. Su primera línea de defensa fue atornillar un grupo de láminas de transpariacero por dentro del vidrio normal de las ventanas.

—La buena noticia es que las láminas no son muy gruesas, así que debería poder usar una rueda de un solo borde para cortar a través de la que prefiera.

—O podrías nada más usar el sable de luz de Zerba —sugirió Dozer—. Sería más rápido.

—Bueno, hay un pequeñísimo problema con eso —dijo Bink—. Su segunda defensa son unos sensores de energía.

—¿Estás segura? —preguntó Lando—. Generalmente los sensores de energía no están a la vista.

—Estoy más que segura —dijo Bink—. El pulso de ondulación en el vidrio es inconfundible. Si traes a cinco metros de distancia cualquier cosa con una célula de energía, activarás las alarmas de un extremo al otro de la habitación.

—Qué bien —gruñó Dozer—. Me imagino que no hay manera de desactivarlas.

—No desde aquí —dijo Bink—. Pero creo que tenemos una manivela manual para la rueda de un solo borde. —Volteó a ver a Tavia—. ¿Cierto?

—Sí —contestó su hermana, aunque su boca era una línea delgada que expresaba descontento—. ¿Exactamente cómo planeas acercarte lo suficiente para usarla?

Bink se armó de valor. A Tavia no le iba a gustar esto.

—Va a tener que ser de árbol a árbol —dijo—. Con arnés y agarraderas manuales.

Los delgados labios de Tavia se comprimieron aún más.

—Las agarraderas manuales no se fijan tan bien como las motorizadas.

—Saldrá bien —le aseguró Bink—. Sólo me aseguraré de tener una buena ancla en cualquier árbol en el que me esté balanceando. Si la agarradera falla, sólo regreso a él y lo vuelvo a intentar.

—¿Qué tal si usas agarraderas motorizadas y a la mitad cambias a manual? —sugirió Rachele—. Deberías poder usar esas en este edificio y al menos en la mitad de los árboles

de este lado. Siempre y cuando cambies a las que no tienen motor antes de acercarte a la *suite*, no debería haber problemas.

—No vale la pena el esfuerzo —repuso Bink—. Las agarraderas motorizadas son un sistema integrado. Tendría que quitarme el arnés, dejarlo colgando en una rama o algo y recogerlo de regreso. Además, el rango de cinco metros que dije sobre los detectores de poder es sólo una conjetura. Podrían tener detectores dirigidos en diferentes direcciones que tienen dos o tres veces ese rango. Me vería muy tonta si llego a la ventana para toparme con media docena de hombres que esperan pacientemente con sus blásters en la mano. No se preocupen, el sistema manual funcionará bien.

—Digamos que así es —dijo Lando—. Ya que llegas ahí, ¿entonces qué?

—Ah —dijo Bink alzando un dedo—. Esa es la parte fácil. —Bajó el dedo alzado para señalar la ventana—. Justo en medio de la recámara de allá hay una caja de seguridad Jaervin-Daklow. Probablemente la compraron aquí en la ciudad; se ve nueva. Son grandes, pesadas, casi imposibles de penetrar y tienen un codificador táctil que es casi imposible de desconfigurar.

—¿A menos que…? —incitó Han.

—A menos que puedas ver mientras teclean el código —dijo Bink y sintió que una sonrisa pícara se formaba en sus labios—. Nuestros amigos de allá fueron lo suficientemente inteligentes para poner la caja lejos de la ventana para que nadie alcanzara a ver, digamos, desde acá. —Se golpeó la frente con el dedo—. Pero su inteligencia no les rindió para darse cuenta de que el muro interno de esa habitación está a menos de tres metros de distancia de la caja y que dicha pared tiene una nueva capa de pintura blanca y brillosa.

Por un momento, todos se quedaron callados.

—Estás bromeando —dijo Zerba.

Bink alzó sus hombros.

—Tú haces que los palos se vuelvan mariposas y te cambias de ropa en un parpadeo —le recordó—. Los jedi supuestamente podían alzar rocas con su mente y hacer que las personas olvidaran sus nombres. Todos tenemos nuestros talentos. Este es el mío.

—Las luces individuales de los botones de un teclado nunca son exactamente iguales —dijo Tavia—. Las diferencias entre los emisores, además de partículas de polvo y grasa en los dedos, modifican un poco el color y la textura óptica. Cuando se presiona uno de los botones, esa luz se bloquea y el patrón sobre la pared de atrás cambia.

—¿Qué necesitas para trabajarlo? —preguntó Solo.

—Necesito estar en la ventana cuando empiecen a teclear el código —dijo Bink—. Lo demás es sólo leer reflejos.

—Y sombras —añadió Tavia—. Si podemos averiguar si el operador es zurdo o diestro, como casi siempre lo logramos, entonces también podemos leer la manera en que su sombra se mueve al pulsar ciertas teclas.

Bink torció los ojos.

—Tavia, no debes decirle a la gente cómo funciona el truco —dijo en tono de broma, pero en serio—. Perderán todo el respeto si saben lo fácil que es.

—Claro, eso va a pasar —dijo Han, secamente—. ¿Cuándo pueden estar listas?

Bink miró a Tavia.

—¿Dos horas?

Su hermana no se veía contenta, pero asintió ligeramente.

—Dos horas —confirmó Bink y luego se dirigió a Solo—: Si Villachor tiene otro vigilante nocturno y si invitan a nuestros vecinos de enfrente, podría estar junto a la ventana para cuando regresen. Después de eso, tal vez media hora para entrar y abrir la caja, ver qué hay dentro, para saber quiénes son y qué quieren con Villachor, luego otros diez minutos más para volver a sellarla.

—¿Y si Villachor ya no va a recibir a más gente esa noche? —preguntó Zerba—. Si se apega a su agenda, no tendrá otra visita, sino hasta mañana en la mañana.

Bink encogió los hombros.

—Entonces lo hacemos mañana en la mañana.

—¿A la luz del día?

—No es un problema —aseguró Bink—. Hay suficiente follaje para esconderme de la mayoría de la gente.

—Los que me preocupan son los que no son la mayoría de la gente —murmuró Zerba.

—Quizá pueda conseguirnos otra noche aquí si en verdad lo necesitamos —dijo Rachele, dudosa—. Pero será difícil.

—Espera —dijo Lando, enderezándose en su asiento y con sus ojos viendo por la ventana—. Parece que se están moviendo.

Bink se giró torciendo su cuello. La luz de la habitación estaba encendida, la cual hacía suficiente sombra sobre la otra pared como para distinguir que había alguien abriendo la caja. Se puso los binoculares y se concentró en la sombra. Sí, sí iba a funcionar, decidió. Tendría que estar justo pegada a la ventana para leer los movimientos y descifrar los golpes de las teclas, pero de todos modos pensaba estar ahí.

La luz y las sombras se movieron, señalando que la caja se abría y cerraba. El hombre de allá salió a la vista. Ella se tensó: no era un hombre. El rostro que brevemente pasó por su campo de visión tenía escamas verdes, con una masa de cabello negro atada a su cabeza y cayendo hacia su espalda. De donde estaban sentados Kell y Zerba surgió un grito sofocado.

—¿Eso es…?

—Es un falleen —confirmó Eanjer con voz lúgubre—. ¿Qué hace aquí un falleen?

—Tranquilízate —le aconsejó Solo.

Pero no parecía más contento que Eanjer. Ni más emocionado que Bink. Claro que había falleen a lo largo de todo el Imperio, así como había rodianos y duros y hasta wookiees. Pero tan cerca del Centro Imperial… desafortunadamente eran altas las probabilidades de que cualquier falleen estuviera trabajando para…

—¿Que me tranquilice? —se indignó Kell—. Falleen quiere decir «Sol Negro».

—No necesariamente —dijo Winter. De todos ellos, parecía ser la que más tranquilidad aparentaba—. Además, el Príncipe Xizor no es la única voz falleen en la galaxia hoy en día. La mayoría de ellos no tienen nada que ver con el Sol Negro. De hecho, hay grupos que activamente están intentando restaurar el honor del nombre falleen.

Chewbacca farfulló algo.

—Sí, claro, la mayoría de estos grupos probablemente estén en la nómina de Vader —concordó Solo—. Pero no quiere decir que no existan.

—Seguramente tienen a Xizor muy preocupado —murmuró Kell.

—Puedes irte si quieres —ofreció Zerba.

Kell apretó la mandíbula.

—No —dijo—. Gracias.

—Si de algo sirve, creo que es el único falleen de la *suite* —dijo Rachele, viendo su datapad—. Viendo los registros de servicio de habitación, sólo veo una única orden de comida que un falleen escogería. El resto es comida más apropiada para humanos.

—¿Cuántos humanos? —preguntó Lando—. ¿De qué números estamos hablando?

Los labios de Rachele se movieron mientras contaba en silencio.

—Yo diría que entre diez y doce, más nuestro falleen.

—Tal vez el falleen no es el que está al mando —sugirió Tavia.

—No te ilusiones —dijo Dozer—. Si es el Sol Negro, sin duda el falleen está al mando.

—He escuchado que en el Sol Negro participan muchos humanos también —señaló Eanjer—. Entonces, si es el Sol Negro, ¿eso qué quiere decir para nuestro plan?

—Por ahora, nada —dijo Han—. Todavía tenemos que averiguar cuál es su conexión con Villachor y para eso tenemos que ver la caja. ¿Bink?

—Yo le entro —aseguró Bink y se puso de pie—. Ahora se les invita a todos a que lleven su conversación a otra parte.

—No vamos a ninguna parte —insistió Kell.

—Sí, claro que sí —dijo Bink, con firmeza—. Necesito sacar mi equipo y probarlo, y no quiero que un montón de pies nerviosos estén caminando sobre él.

—Además, todos tenemos nuestras propias tareas que hacer —añadió Solo, también poniéndose de pie—. Rachele, ¿cómo está la seguridad del hotel?

—No está tan mal —dijo Rachele, otra vez viendo el datapad—. Parece que lo único que necesitan para subir del *lobby* es una tarjeta llave. Tampoco parece haber holocámaras de seguridad, excepto en el *lobby* y las áreas de junta.

—Qué útil. —Solo vio a Zerba—. ¿Crees que nos puedas conseguir una tarjeta llave?

Zerba sacó vapor de forma despectiva.

—¿Con huéspedes entrando y saliendo todo el tiempo? Hasta dormido.

—Bien —dijo Solo—. Rachele, quiero que regreses a la *suite* para vigilar la propiedad de Villachor. Haznos saber cuándo llega y se va el falleen y su convoy.

—Parece que me toca la tarea aburrida —dijo Rachele.

—No te preocupes, tengo otra tarea que seguro te mantendrá ocupada —le aseguró Solo—. Winter, Eanjer, vayan con ella. Chewie, tú y Lando quédense aquí con Bink y Tavia. Zerba, Kell, Dozer, vengan conmigo.

—Yo quisiera quedarme aquí en lugar de irme, si pudiera —dijo Winter.

—¿Alguna razón en particular? —preguntó Solo.

—Como dije antes, sé mucho de sistemas de seguridad. —Winter inclinó su cabeza hacia Bink—. Claro que no tanto como Bink y Tavia, pero tres pares de ojos son mejores que dos, puede ser que encuentre algo que ellas no.

Solo miró a Bink y alzó sus cejas para hacer una pregunta silenciosa.

—Yo no tengo problema —dijo, viendo a Winter.

La mujer de cabello blanco tenía razón sobre la correlación entre el éxito y el número de ojos conocedores en escena. Además, a Bink no le gustaba trabajar con gente enigmática. Si Winter se quedaba, podría conocerla mejor.

—Está bien, pues —dijo Solo—. Chewie, Lando, manténganse atentos a los problemas. Todos los demás, tenemos lugares a donde ir, vayámonos ya.

CAPÍTULO SEIS

El sol se había oscurecido en una noche profunda, aunque las calles y edificios de Ciudad Iltarr estaban tan brillantes como siempre. Lo cual, pensó Winter mientras estaba parada bastante lejos de la ventana, podía representar un problema. No que Bink con su camuflaje completo fuera fácil de ver. De hecho, hasta que sabía en dónde estaba, a Winter le estaba costando trabajo estar al tanto de su posición. La mayoría de las veces estaba pegada a uno de los árboles altos de allá; el atuendo que había usado se mezclaba casi perfectamente con las manchas y sombras del alumbrado de la ciudad. Sólo cuando se columpiaba entre los árboles era en realidad perceptible, y esos momentos pasaban rápido. Pero los momentos ahí seguían. También había algo en el brillo de las luces citadinas combinadas con el instintivo miedo a la noche que hacía que la mezcla fuera especialmente peligrosa.

—Parece que le va bien —murmuró Tavia desde su lado.

Winter asintió. Por fuera, Tavia estaba tan calmada como Bink cuando salió por la ventana y comenzó su travesía por los bordes del parque. Pero por debajo del exterior tranquilo, Tavia estaba preocupada por su hermana. Winter podía verlo en las miradas ansiosas de esa mujer a la ventana, en el movimiento silencioso de sus dedos y en cómo se mecía sutilmente aun cuando intentaba estar quieta. Los demás también podían verlo. Del otro lado de la habitación, Chewie farfullaba relajado y Lando alzaba la vista de su datapad.

—Va a estar bien —le aseguraba a Tavia—. Lo ha hecho miles de veces.

—Ya sé —dijo Tavia con sequedad—. Pero generalmente estoy ahí con ella. No con ella… Bueno, tú sabes qué quiero decir. Conectada y observando que todo vaya bien. —Movió la cabeza—. Me siento tan inútil sólo viendo. Inútil y desesperada.

—¿Han estado haciendo esto desde hace mucho? —preguntó Winter.

—Desde que teníamos diez —dijo Tavia—. No lo de ratero fantasma, no al inicio. Pero sí la vida en el límite. —Vio de reojo a Winter—. No teníamos opción —agregó en un tono defensivo—. Nuestro padre murió en las Guerras de los Clones y mamá unos años después. No teníamos familiares ni amigos. Era esto o morirnos de hambre.

—Por suerte, Bink demostró tener algunos talentos ocultos —murmuró Lando.

Winter vio a Tavia, percatándose de lo apretada que estaba su boca.

—¿Y también descubrió que le gustaba?

Tavia bajó la mirada.

—¿Y por qué no habría de hacerlo? —dijo—. A todos les gusta dedicarse a lo que son buenos. —Le dirigió una débil sonrisa a Winter—. Estoy segura de que tú también lo haces.

—Supongo —respondió Winter, volteando otra vez hacia la ventana.

Hubo un ligero movimiento, y Bink se había acercado un árbol más hacia su meta. Sí, a Winter le gustaba su trabajo. O al menos alguna vez así había sido. Aunque por un lado había diversión, por otro había pasión y también obligación. Ahora, lo único que Winter tenía era obligación. Eso y un odio ardiente que no quería ni podía darse el lujo de sentir. Alderaan. Su hogar, sus amigos, una infinidad de recuerdos. Todos ellos, todo eso, ya no existía. Una bruma roja flotó por su vista, deslumbrando con miles de rostros que no podría olvidar y con millones de recuerdos que ahora por siempre estarían manchados de sangre y fuego.

La Princesa Leia y los otros líderes de la Alianza Rebelde se habían impresionado con la memoria perfecta de Winter, con su habilidad para memorizar manifiestos de transporte con una sola mirada y de reproducir detalles de los planos más complejos o transferir operaciones sin esfuerzo. Ninguno de ellos se había percatado de la horrible desventaja de ser incapaz de olvidar nada.

Tiempo atrás, Winter había intentado explicar la realidad de su don a la gente que la rodeaba. Ahora ya no hacía el esfuerzo.

La única excepción era Leia. La Princesa tenía suficientes pensamientos perturbadores que quizá podrían comprender y apreciar la carga de Winter.

Si es que seguía viva.

Más imágenes pasaron por la indeleble memoria de Winter: fotos y eventos de todas las veces en las que ella y Leia habían trabajado o jugado, o se habían metido en problemas con Bail, el padre de Leia, cuando crecían juntas.

¿Acaso Leia estaba en Alderaan cuando Tarkin, aquel monstruo loco, lo destruyó? Esa era una pregunta crucial y horrible. Leia había estado en el área en ese tiempo, pero quizá la enviaron a alguna otra misión antes de que su mundo fuera destruido. Winter estaba desesperada por saber la verdad, fuera como fuera, para poder sentir alivio, o bien, para añadir el rostro de Leia a la colección de imágenes ensangrentadas que rondaban por su mente. Para ella, la incertidumbre era un asesino, un enemigo que chupaba la concentración, la fuerza y la determinación.

Sólo que Winter no tenía manera de descubrir la verdad. Lo único que sabía era que Alderaan ya no existía, que había rumores de que la Estrella de la Muerte ya no existía y que ni los imperialistas ni la Alianza sabían bien cómo reaccionar a esta situación doblemente inesperada.

Pero quién había muerto y quién estaba vivo era algo que Winter no tenía modo de saber. La gente con la que trabajaba en Adquisiciones había sido deliberadamente alejada de la estructura de comando de la Alianza y de todas las líneas de comunicación directas. Hasta que llegara información oficial del Centro Imperial o hasta que recibiera información menos oficial pero generalmente más confiable de la Oficina Central de la Alianza, lo único que Winter podía hacer era esperar, preocuparse y rezar. Y seguir haciendo el trabajo que se le había encomendado. Por ahora, eso quería decir que seguiría con su identidad encubierta de asistente de contrabandista y hacer lo que fuera que

Mazzic le pidiera. Aunque la tarea no tuviera nada que ver con tirar al Imperio que había aprendido a despreciar.

Para cuando Rachele informó que el convoy de los tres deslizadores terrestres había abandonado Marblewood nuevamente, Bink había llegado a la esquina más lejana del parque. Y para cuando Han informó desde afuera que el convoy del Corona Lulina había llegado, estaba a dos árboles de distancia de su ventana meta.

Descansaba más o menos cómodamente en su árbol escogido, a tres metros de la ventana, cuando se encendieron las luces de la *suite* y el falleen que habían visto antes entró en la recámara.

—No te preocupes, sí le va a salir. —La voz dulce de Lando le llegó desde atrás.

Winter volteó a ver. Llegó del otro extremo de la habitación y ahora estaba entre ella y Tavia. Más cerca de lo que necesitaba estar, o más cerca de lo que a Winter le gustaba que estuvieran los desconocidos. Pero sus ojos no estaban sobre ella. Estaban en las ventanas al otro lado del parque.

—La he visto hacer cosas más locas que esto —continuó—. Como dije antes, es talentosa.

Retiró la mirada lo suficiente para lucirle a Winter una sonrisa encantadora y ligeramente pícara.

—Las dos lo son —se corrigió y posó su mano en el hombro de Tavia.

—Sí —dijo Winter, regresando su mirada a la ventana.

Era desesperante, aunque no muy sorprendente, que Han fuera lo suficientemente inteligente para insistir que el grupo sólo usara sus nombres de pila. Había nada menos que 15 Landos en las bases de datos criminales que había memorizado a lo largo de los años; desafortunadamente, la mayoría de esos archivos no tenía holos decentes. Brevemente, se preguntó si este Lando era uno de aquellos quince o alguien que aún no había captado la atención del Imperio.

El falleen de enfrente se había quitado el abrigo y podían ver que traía una túnica que le llegaba al muslo y que se veía costosa. Winter examinó su cuello, esperando ver un tatuaje de lealtad o de algún clan que pudiera dar una pista de su identidad o afiliación. A algunos grupos de falleen les gustaban esas cosas. Pero no había nada, al menos nada que pudiera ver a la distancia.

El falleen dejó su abrigo en la mesa baja que estaba junto a la puerta de la recámara, después metió las manos en su bolsillo y sacó un extraño datapad que puso junto al abrigo.

Encogió sus hombros una vez, como si quisiera deshacerse del peso residual del abrigo, se acercó a la caja y desapareció cuando caminó hacia un lado de esta. Winter frunció el ceño al ver el datapad. Algo en él parecía familiar. De la nada se tensó.

—Los electrobinoculares —dijo bruscamente, arrancando su mirada del datapad y volteando para todas partes.

¿Adónde se habían ido?

—Ten —dijo Tavia, presionándolos contra su mano.

Winter se los pegó a los ojos y con sus dedos buscó el control de enfoque.

La imagen se suavizó; después, una mano alienígena apareció y sacó el datapad de su campo de visión. Antes de que pudiera volver a enfocar, el falleen había desaparecido de nuevo, oculto tras la caja, y esta vez se había llevado el datapad consigo.

—¿Qué pasa? —preguntó Tavia, tensa—. ¿Algo está mal?

—Ese datapad —dijo Winter, bajando los electrobinoculares y viendo hacia la sección del piso donde Bink y Tavia habían puesto su equipo—. Necesito ver más de cerca para estar segura, pero si es lo que creo, estamos en problemas.

—Pero Bink no lo puede traer —objetó Tavia—. Están los sensores de poder.

—Lo sé —la interrumpió Winter y le lanzó de regreso los electrobinoculares para precipitarse hacia el equipo—. Tendré que ir con ella.

—¿Cómo? —preguntó Lando—. Bink tiene el único arnés sin motor.

—Entonces tendré que improvisar.

Winter agarró el arnés de sujeción motorizado e hizo un rápido cálculo. Si removía la estructura central y después desenchufaba el localizador de rangos montado en los hombros…

El wookiee gruñó una pregunta.

—Es más que sólo importante —dijo Winter—. Es absolutamente vital.

Sujetó la estructura y buscó un cuchillo.

Saltó hacia atrás un poco asustada cuando el wookiee llegó a su lado y le arrebató el arnés de las manos. Tres segundos después, había arrancado la estructura, el buscador de rango y una sección de bies que ella no sabía que tenía potencia. Se lo lanzó, le indicó con señas que se lo pusiera y se quitó la bandolera de sus hombros.

—¿Estás seguro de que sabes lo que haces? —preguntó Lando—. El camino es largo.

Chewie rugió con impaciencia.

—Okey, okey —dijo Lando rápidamente, levantando sus manos con las palmas hacia afuera.

—Tavia, abre la ventana.

En la habitación de enfrente la luz se había apagado para cuando estuvieron listos. Chewie y Winter estaban de pie ante la ventana abierta viéndose a los ojos, Winter amarrada a su arnés cuyos tirantes exteriores estaban atados alrededor de los enormes hombros del wookiee.

La miró y Chewie le hizo la pregunta.

—Estoy lista —dijo, asintiendo.

Él también asintió.

Un instante después, saltó de la ventana hacia el aire nocturno.

A pesar de sí misma, Winter jadeó e instintivamente sus manos se sujetaron del pelo de las costillas de Chewie.

Un segundo después casi soltó su agarre cuando las manos y pies de él se estrellaron contra el árbol más cercano. Por un instante se sintió como si estuvieran descendiendo

hacia el vacío. Después hubo otro jaloneo, cuando el wookiee de alguna manera logró agarrarse.

Winter comenzó a respirar profundamente y estremeciéndose, y con un empujón y un giro violento de su cuerpo, el wookiee los llevó hacia el próximo árbol.

Ella se había equivocado. No estaba en lo absoluto preparada para esto.

Pero uno de los efectos secundarios de una memoria perfecta era que rápidamente se adaptaba a nuevas experiencias, especialmente a las que eran repetitivas. Para cuando llegaron al final del edificio y dieron la vuelta en la esquina, ella ya sabía cuándo respirar, cuándo agarrar su arnés, cuándo dejarse llevar. También sabía exactamente cuántos árboles había entre ellos y Bink, lo cual quería decir que podía contar hasta que la hazaña concluyera. Psicológicamente, saber cuál era el límite era de gran ayuda.

Aún así, durante casi todo el viaje mantuvo los ojos cerrados. Desde luego que Bink los vio venir y de inmediato fue claro que no le daba gusto.

—¿Qué están haciendo? —exigió saber en un susurro alto mientras Chewie se acomodaba en el último árbol.

—El datapad de ahí dentro —dijo Winter, haciendo un esfuerzo para voltearse a pesar del arnés.

Vio que Bink tenía abierta la ventana exterior y estaba en el proceso de cortar un pequeño hoyo circular en la barrera de transpariacero detrás de esta. Era difícil saberlo desde su ángulo, pero parecía que casi la traspasaba.

—¿Lo viste?

—Sí, lo vi —dijo Bink—. ¿Y qué?

—Necesito verlo de cerca —dijo Winter—. Es importante.

El labio de Bink se torció, pero asintió, aunque se mostraba renuente.

—Más te vale que lo sea —advirtió—. Okey, dame dos minutos después de que yo entre y entonces puedes entrar. ¿La puedes llevar a la ventana, Chewie?

El wookiee gruñó una afirmación.

—De acuerdo —dijo Bink—. Sólo no hagas ningún ruido ya que estés ahí. Y no rompas nada.

Se dio la vuelta y siguió trabajando en la ventana. Winter había hecho su parte de entradas forzosas durante sus años con la Alianza Rebelde. Pero la mayoría había sido en lugares de baja seguridad, como almacenes de víveres o partes de repuesto, y casi siempre había estado con alguien de más experiencia. Jamás había intentado entrar a un lugar con este tipo de seguridad.

Lando tenía razón. Bink definitivamente tenía talento.

Tallar un agujero en la barrera de transpariacero era sólo el primer paso. Después de eso se usaba una sustancia pegajosa para sacar el círculo de su lugar. Un par de sondas largas que se introdujeron por la abertura movieron unos rastreadores, mientras que un cable de puente al final de una sonda aún más larga pasó desapercibido por un tipo de detector que Winter no reconocía.

Finalmente, cuando todos los sensores y detectores de respaldo habían sido silenciados, confundidos o distraídos, una última sonda movió el liberador que, a su vez, sacó del camino la lámina de transpariacero.

Sujetándose del alféizar, Bink desenganchó su arnés de las anclas adhesivas que había pegado a la pared exterior y con agilidad escaló por la abertura hacia la recámara.

Cerró la ventana y casi toda la lámina de transpariacero, le lanzó una mirada a Winter y fue al lado de la caja grande de seguridad.

—¿Cómo funciona esto? —Winter murmuró a Chewie. Como respuesta, señaló hacia la rama más cercana.

—Eso es lo que me temía —dijo Winter, haciendo una mueca al lograr agarrar firmemente la rama.

Chewie esperó hasta que estuviera lista, después, se quitó los tirantes de los hombros, uno a la vez. Con movimientos cuidadosos y, para ella, extraños, trepó por su espalda, estiró los brazos sobre los hombros de él y se agarró del pelo que estaba en sus clavículas. Había leído en alguna parte que esos eran los lugares menos dolorosos y más seguros para sujetarse de un wookiee. Con fervor, deseó que el autor de ese artículo no se hubiera equivocado.

La cuenta regresiva de dos minutos que Bink había impuesto llegó a su fin. Chewie farfulló una advertencia, después se lanzó desde el árbol hacia la ventana. Sus manos se aferraron al extremo inferior y su cuerpo se estrelló contra el costado del edificio con un golpe que casi hace que Winter pierda su agarre. Por fortuna, el wookiee ya había anticipado ese peligro.

Incluso mientras ella luchaba por aferrarse, él dobló sus rodillas y llevó sus pies debajo de ella, para que tuviera dónde apoyarse. Esperando a que ella recuperara su agarre, dobló sus codos y los elevó hasta que estuvieran al mismo nivel que el borde inferior de la ventana.

Winter ya había tocado la ventana y comenzaba a abrirla cuando, del otro lado de la habitación, se abrió la puerta y entró un hombre grande y de apariencia ruda. Permaneció inmóvil, pues sabía cuán expuesta estaba y que con cualquier movimiento podría atraer la atención del hombre. Aparentemente, Chewie también lo sabía e hizo lo mismo.

El hombre pasó junto a la parte trasera de la caja hacia un par de sillas que estaban a los lados de una mesa pequeña; al hacerlo, sacó un datapad. Comenzó a sentarse, brevemente dando la espalda a la ventana.

Un instante después, lo que Winter había visto ya no estaba a su alcance, porque Chewie aprovechó la postura del hombre para regresar a una posición en la que estuvieran colgados y todo estuviera oculto, excepto las puntas de sus dedos.

Pero ella ya había visto lo suficiente. La buena noticia era que el hombre claramente no había sospechado. La mala era que tenía el aspecto de alguien que se disponía a relajarse un rato, ya fuera para leer, trabajar un poco o quizá sólo para tomar una siesta, lo cual dejaría a Bink atrapada del otro lado de la caja.

Winter torció su cuello para ver detrás de ella. A esta distancia, y como los árboles en parte bloqueaban la vista, no podía saber si Tavia y Lando se habían dado cuenta del problema. Sólo podía desear fervientemente que así fuera y que se les ocurriera algo para solucionarlo.

—Entiendo —respondió Dozer. Apagó su comunicador, abrió la puerta de la escalera, intercambió saludos con Zerba y salió hacia la lujosa alfombra y el delicado olor que flotaba por el pasillo del sexto piso del Corona Lulina. Al caminar, sonrió para sí mismo.

Tal vez Calrissian tuviera el porte y la sonrisa y el encanto, y quizás eso era lo único que Han quería para este trabajo. O al menos lo único que pensaba que quería. Pero Calrissian no era nada más que un contrabandista y ocasionalmente un jugador con suerte. Robar naves era el trabajo que sí requería verdaderas habilidades fraudulentas. Era hora de enseñarles cómo lo hacía un profesional.

Las puertas del Corona Lulina tenían unos lindos timbres pequeños en forma de campana para que los visitantes los usaran, los cuales, sin duda, hacían tiernos sonidos como de pájaro dentro de la *suite*. Dozer ignoró el botón y prefirió golpear la puerta con su puño.

—¿Hola? —llamó—. Una entrega.

Nada.

Dozer volvió a golpear, deseando que la falta de respuesta no significara que habían atrapado a Bink y que todos ahí dentro estaban demasiado ocupados para abrir la puerta.

—¿Hola? —llamó esta vez con un volumen más considerable—. ¿Les molesta abrir la puerta? No tengo toda la noche.

Otra vez alzó el puño, pero no se esperaba que abrieran la puerta de un jalón y se sorprendió al encontrarse, de repente, de cara a los cañones de un par de blásters grandes y desagradables.

—Oye, oye, oye, tranquilo —dijo rápidamente, abriendo sus manos para mostrar que estaban vacías.

Observó que los hombres que portaban los blásters eran tan grandes y desagradables como sus armas.

—¿Qué quieres? —exigió uno de ellos.

—Servicio de Mensajería Línea Rápida —dijo Dozer señalando la placa dorada con su nombre que llevaba en su chamarra—. Tengo una entrega para Mencho Tallboy. —Con cuidado, alzó la pequeña caja de seguridad que tenía en la mano izquierda—. ¿Está aquí?

Los ojos del hombre se hicieron pequeños y, con esfuerzo, Dozer mantuvo firme su respiración.

Tallboy era el nombre que Rachele había sacado de las órdenes de servicio a habitaciones, pero no tenía manera de saber si era una persona real o un alias conveniente

que el falleen y su tropa usaban para asuntos tan mundanos. Una supuesta entrega a una persona que no existía no haría nada para tranquilizar las sospechas de nadie y era justamente a esa dirección equivocada a la que Dozer quería dirigir la conversación.

—Sí, aquí está —dijo el hombre, quien retiró su bláster algunos centímetros y estiró su otra mano.

—Yo me lo llevo.

—¿Es usted el Maestro Tallboy? —preguntó Dozer. Retrocedió un poco al estilo de un hombre que está por dar malas noticias a alguien armado—. Lo siento mucho, pero la orden fue muy específica. Necesito entregar el paquete personalmente al Maestro Tallboy.

—¿De quién es la orden? —preguntó el hombre aún con la mano estirada.

—Del remitente —dijo Dozer, pero permitió que un poco de nerviosismo y confusión entrara en su voz—. Sólo soy un mensajero, nada más hago lo que me piden.

Por unos segundos, los dos hombres se le quedaron viendo. Entonces, el que tenía las manos estiradas movió los dedos.

—Datapad —ordenó.

—Sí, señor —dijo Dozer, malabareó con la caja de seguridad que tenía en la mano derecha y sacó su datapad con la otra.

El segundo hombre enfundó su bláster y tomó el datapad, frunciendo el ceño concentrado, mientras comenzaba a teclear.

De reojo, Dozer vio una pequeña esfera negra que apareció en la puerta medio abierta de la escalera y rodó por el pasillo hacia él con una potencia mayor de la que se esperaría de un objeto de ese tamaño en una alfombra tan gruesa. Rebotó contra la pared contraria y se dirigió nuevamente en dirección a él. Un segundo después estalló en una deslumbrante explosión de fuego y una nube de humo negro.

Bink ya casi metía toda la combinación de la caja cuando se abrió la puerta del cuarto.

Su primer pensamiento fue el más obvio y aterrador: que el acto se había detenido abruptamente y que estaba a punto de luchar por su vida. Se apretó contra la caja y metió la mano en su bolsillo para agarrar la rueda de corte. No era un arma muy sofisticada, pero era la mejor que tenía.

Para su alivio, la puerta abierta sólo se acompañó de un par de pisadas, que además se oían tranquilas. ¿Alguien entraba en la recámara para algún otro propósito que no fuera tumbar a un indeseable ladrón fantasma?

Una convulsión de tensión le sobrevino al darse cuenta de que Winter ya debería de estar metiéndose por la ventana. Pero las pisadas no indicaban que hubieran visto a la otra mujer. El visitante pasó con indiferencia por la caja, y Bink alcanzó a escuchar el ruido de tela sobre piel cuando él se sentó en uno de los sillones para leer.

Y eso quería decir que estaba oficialmente atrapada.

Chupó sus labios repentinamente secos. Uno de los peligros omnipresentes del trabajo era que te atraparan en el acto, pero hasta ahora había logrado evitar esos disgustos la mayoría de las veces. Con un falleen involucrado y posiblemente el Sol Negro, aquí se debía evitar una confrontación, costara lo que costara.

Esperaba que Tavia tuviera un as extraespecial bajo la manga.

Pasaron ochenta segundos. Bink contó y examinó cada uno de esos segundos con su mente desmoronándose por tratar desesperadamente de idear un plan de escape en caso de que Tavia le fallara.

Luego, del otro lado del silencio de la habitación, llegó el ligero rumor de una voz distante, como si viniera de un broche comunicador. Bink no logró entender ninguna de las palabras, pero luego hubo otro ruido de tela sobre piel y el visitante repentinamente se levantó. Bink apretó con fuerza la rueda de corte de un solo borde, pero las pisadas sólo atravesaron la recámara y se dirigieron hacia la puerta. Otra puerta se abrió y se cerró.

Con cuidado, se asomó por la esquina de la caja. Hubo un movimiento que veía de reojo, pero tan sólo eran Chewie, que subía, y Winter, que abría completamente la ventana. Aliviada, suspiró en silencio, muy consciente de que lo que estuviera pasando en la otra parte de la *suite* no iba a absorber la atención del maleante para siempre. Bink volvió al frente de la caja para seguir trabajando.

Casi terminaba cuando Winter apareció a su lado.

—Ya casi —susurró Bink, un poco sorprendida de que la otra mujer entrara por la ventana y cruzara la recámara sin haber hecho ningún ruido. Tal vez Winter tenía más experiencia en actividades criminales de lo que Bink había pensado.

Tecleó el último número y el aparato hizo un ligero clic. Mentalmente entrecruzó los dedos, esperando que no hubiera una alarma oculta que no conociera y giró la palanca.

De alguna parte, a lo lejos, llegó el rumor de una explosión. Giró la cabeza hacia la puerta.

—Esa debe de ser nuestra distracción —susurró Winter—. Apúrate.

Bink apretó los dientes y apoyó todo su cuerpo en la pesada puerta, que se abrió con trabajos. Los ojos de Bink se abrieron involuntariamente. La caja estaba vacía. No, no del todo. En el estante de en medio había un extraño datapad.

—¿Qué…? —No terminó la frase, porque Winter se le adelantó y tomó el aparato.

Dio un paso hacia la luz y brevemente movió el datapad en sus manos. Después regresó y lo volvió a meter en la caja.

—Hora de irnos —susurró y se dirigió a la ventana.

—¿En serio? —Bink dijo para sí, malhumorada.

Había arriesgado su vida por un krifado datapad. Cerró la caja, la volvió a sellar y siguió a Winter fuera de la habitación.

Un largo minuto después estaba afuera, sana y salva, la lámina de transpariacero en su lugar, la ventana cerrada y el enchufe que había quitado a esas dos cosas de nuevo ya acomodado. Por el momento, aún eran visibles, pero tres minutos más y el adhesivo que había usado para pegarlo los habría soldado nuevamente, sin rastro de que hubieran sido

cortados. Las anclas que había pegado al costado de la pared para su arnés fueron las últimas en quitarse, pues sus adhesivos se derritieron con un par de chorros de su atomizador de solvente.

Hecho eso, estaba de regreso siguiendo a Chewie y Winter, apuntando sus agarraderas y columpiándose por los árboles lo más rápido que podía. Había sobrevivido a otra operación más y, entre más pronto estuviera en su propia recámara, más feliz estaría. Pero esperaba que quien hubiera ejecutado la distracción con el estallido también llegara completo.

La bomba fue pequeña, una pequeña descarga que Kell había armado para la ocasión, puro humo y ruido y muy poca furia. No era tan poderosa como para tumbar a Dozer, pero el hombre con el bláster sí lo era. Dozer cayó de espaldas sobre la gruesa alfombra, la palma de la mano izquierda presionada contra su pecho y el bláster contra la mejilla izquierda. En algún momento, el sonido de la explosión fue reproducido por el ruido de una puerta que se azotaba. Dozer intentó gritar algo que lo hiciera parecer asustado, que lo dejara con su disfraz de inocente. Pero el impacto contra el piso apenas le había dejado suficiente aire para respirar. En la esquina de su ojo, bajo el humo y más allá de las rodillas del hombre junto a él, vio a otros dos hombres armados corriendo hacia la escalera con los blásters listos y desenfundados. Mentalmente Dozer lo desaprobó.

Eran hombres valientes y, sin duda, muy rudos, pero también muy estúpidos. No tenían idea de si había un hombre acechando en la escalera a la que se dirigían. Si Dozer hubiera estado a cargo, habría enviado un escuadrón de cinco personas o a nadie.

Pero era un falleen el que estaba al mando y ellos no eran famosos por preocuparse de ninguna otra especie que no fuera la suya.

Del otro lado del pasillo, la puerta se abrió de golpe cuando los dos hombres acometieron, preparados para matar o morir por órdenes de su amo. Afortunadamente para ellos, no tenían que sufrir ninguna de las dos cosas. Entre el pequeño robot de Kell y el lanzador con resortes de Zerba, ya no había nadie en esas escaleras desde hacía rato.

—Vamos a atrapar a tu amigo —dijo el hombre inclinado sobre Dozer—. Será mucho más fácil para ti si hablas ahora.

—Sólo soy un mensajero —logró decir Dozer con una buena dosis de temblorina en la voz, como lo haría un hombre verdaderamente aterrado—. Sólo vine a entregar un paquete.

—¿Y a lograr que abriéramos la puerta para que tu amigo nos lanzara una bomba?

—Yo no sé nada de ninguna bomba —protestó Dozer, agregando más nerviosismo a la voz, lo cual no era tan difícil, considerando que tenía un bláster apuntándole a la mejilla—. Mira, yo estaba aquí contigo, ¿crees que quiero que me hagan volar?

El hombre gruñó.

—¿Gorkskin? Dime qué pasa.

—Parece sincero —dijo con renuencia alguien fuera del campo de visión de Dozer—. Tiene un negocio que concuerda con las bases de datos de Ciudad Iltarr, y aquí hay una orden de entrega para Mencho, etiquetada con tiempo y lugar.

El guardia de Dozer gruñó otra vez.

—Ábrelo —alzó las cejas—. ¿Alguna objeción, mensajero?

Dozer consideró recordarle que la caja legalmente podía abrirse sólo por el destinatario indicado. Dadas las circunstancias, decidió que eso no sería apropiado para el personaje, además de ser peligrosamente estúpido.

—No —dijo.

—Bien. ¿Gorkskin?

—Tiene seguro —dijo Gorkskin.

—¿Lo verificaste?

Hubo un rápido golpe doble y brillo de disparos de bláster, y Dozer cerró los ojos cuando el calor se sintió en su rostro.

—Supongo que no —dijo Gorkskin con sarcasmo.

Hubo otro crujido cuando rompió la caja de seguridad ya dañada.

—Vaya, vaya, te va a encantar esto, Wivi. La caja está llena de dinero. Al menos quinientos o seiscientos créditos.

El bláster de la mejilla de Dozer se encajó un poco más.

—Vaya, vaya —dijo Wivi con una voz que sonaba engañosamente casual—. Me pregunto a quién le agrada tanto Mencho como para enviarle créditos.

—Además, todas son monedas —dijo Gorkskin—. No fichas de crédito fácilmente rastreables.

—Claro que no —dijo Wivi—. Intentémoslo otra vez, mensajero, ¿quién te envió?

—Ya te dije —respondió Dozer, intentando imbuir su voz con el mayor miedo y confusión posibles, preguntándose si se había puesto la soga al cuello. Ya habían visto todo el escenario falso que Rachele había insertado en el datapad y los registros de la ciudad, y aún no se lo creían. Si Solo tenía más pruebas, debería apurarse y sacarlas.

—Sólo hago entregas…

—Para el Servicio de Mensajería Línea Rápida —dijo una voz diferente.

Dozer sintió que el estómago se le hacía pequeño. En la superficie, la voz era callada, tranquila y muy civilizada. Pero ese aire de civilización era una fina molécula, y bajo él había algo frío, oscuro y muy, muy malo.

—Con todo respeto, Lord Aziel, usted no debería estar aquí —dijo Wivi con una voz súbitamente respetuosa—. No hasta que hayamos asegurado el área.

—No hay ningún peligro —dijo la voz.

Dozer notó que había algo diferente en el olor del pasillo.

Luego, para su sorpresa, sintió que su ritmo cardíaco se ralentizaba y una nueva calma fluía por su cuerpo. Tal vez el nuevo, este Lord Aziel, podía sacarlo de este contratiempo.

—El atacante, cual sea que haya sido su propósito o plan, ya se fue —confirmó la voz—. Y este hombre es lo que dice ser: un simple mensajero.

—Señor, aún no hemos confirmado eso —dijo Gorkskin.

—Entonces hagámoslo —dijo la voz—. Dejen que se levante.

Wivi le dirigió a Dozer un último ceño fruncido. Después, renuentemente quitó el bláster de su mejilla y se puso de pie. Un segundo después, le estiró la mano. Dozer dudó también, sólo la fracción de segundo que un inocente asustado debe dudar; levantó el brazo y permitió que Wivi lo levantara.

Cuando empezó a arreglarse la chamarra, Wivi lo volteó y se encontró cara a cara con el falleen que antes habían visto del otro lado del parque. Sólo que el alienígena no se veía tan amenazador como antes. De hecho, cuando Dozer miró su cara de escamas verdes y sus oscuros ojos azules ni siquiera podía recordar por qué Solo y los demás pensaban que era alguien por quien había que preocuparse. Este era un caballero hecho y derecho, no alguien que se involucraría en algo tan vulgar como actividades criminales.

—¿De verdad eres un mensajero? —preguntó Aziel.

Dozer tragó saliva; un sentimiento de culpa y arrepentimiento le sobrevino. El falleen que estaba ante él era honorable y generoso. Siquiera pensar en mentirle a una persona de ese calibre se sentía como una traición a todo lo que era bueno y justo en el universo.

Pero una pequeña parte de su mente le recordaba que había una razón por la que estaba ahí. Había algo en todo esto que era vital que mantuviera en secreto incluso de este espléndido falleen. Vital para la existencia de otras personas y para la de Dozer.

Tal vez podía tener ambas cosas. Dozer sin duda había llevado ahí la caja de seguridad, porque Solo se lo había pedido, así que…

—Sí —respondió—. Soy un mensajero.

—¿Para el Servicio de Mensajería Línea Rápida?

Dado que Línea Rápida no existía realmente y Dozer era literalmente su único empleado…

—Sí.

—¿Tuviste algo que ver con esa explosión?

El pequeño robot había sido obra de Kell, el lanzador de Zerba y el plan de Solo.

—No —dijo Dozer.

—Muy bien —repuso Aziel.

Miró a los dos matones, pues sólo eran eso: criaturas malvivientes que apenas podían calificarse como pensantes si se les comparaba con la nobleza de su amo, y les hizo un pequeño ademán.

—Regrésenle su caja, dejen que se vaya.

—¿Y los créditos? —preguntó Wivi.

—La orden de entrega dice que son para Mencho Tallboy —le recordó Aziel—. Así serán entregados. —Sus ojos brillaron—. Él podrá explicar la fuente y el propósito. De cualquier manera, el mensajero se puede ir.

Dozer sintió una gratitud inmensa cuando Wivi le regresó la caja. En esos días había tan pocos verdaderos caballeros en el Imperio… Era un honor haber conocido a uno.

No fue sino hasta que llegó al turboascensor de regreso a la planta baja que la sensación comenzó a disiparse y poco a poco se fue dando cuenta de lo que le había pasado y que con un pelo de menos cuidado de su parte podría haber delatado todo. Seguía temblando cuando Han llevó su deslizador de regreso al tráfico de la noche.

CAPÍTULO SIETE

-Se llama cryodex —dijo Winter cuando el grupo nuevamente estuvo reunido en su *suite* con vista a la Mansión Marblewood—. Era un viejo aparato alderaanio de encriptación, instalado en un datapad que se había modificado especialmente para eso. A diferencia de los métodos normales de encriptación, que usan *software* y redes superpuestas, los patrones circulares de una única ignición se hicieron directamente en la máquina.

—Suena complicado —comentó Lando.

—Además de ineficiente —añadió Tavia—. Si la encriptación se hace obsoleta, tienes que deshacerte del aparato y construir otro.

—En teoría, sí —dijo Winter—. Pero el sistema tenía dos ventajas. Primero, un mensaje encriptado por un cryodex podría leerse en cualquier otro cryodex. Eso quería decir que podías tener un aparato en cada extremo de un canal diplomático sin preocuparte de transmitir de aquí a allá el patrón de encriptación o sin tener que confiar en un mensajero que lo entregara.

—De todos modos, un ladrón podría interceptar el mensaje —dijo Tavia.

—Cierto —contestó Winter—. Pero no le serviría de nada, porque la segunda ventaja es que un mensaje encriptado con cryodex no puede ser descifrado. Por nadie. Nunca.

—En serio… —dijo Lando con un dejo de escepticismo en su voz.

—De verdad —afirmó Winter con un tono crispado que Han no le había oído antes—. En más de doscientos años de uso, ninguna encriptación de cryodex ha sido descubierta.

Han asintió para sí mismo, porque parte de su aura de misterio se esclareció y finalmente entendió el aire de tensión y tristeza que ella transmitía.

—¿Esto lo sabes por experiencia personal? —le preguntó. Winter volteó a verlo y, por un momento, sus ojos se encontraron.

Él vio cómo ella libraba una pequeña batalla consigo misma y llegó a una difícil decisión.

—Sí —dijo en voz baja. El breve momento de crispación se había disipado; ahora sólo había tristeza—. Estaba conectada con el palacio real de Alderaan.

Hubo un momento de silencio mientras los otros digerían eso. Los detalles oficiales sobre la única misión de la Estrella de la Muerte no eran muy conocidos, Han lo sabía, pero la destrucción de Alderaan había estado por toda la holored.

—Lo siento mucho —murmuró Rachele.

—Gracias —dijo Winter, otra vez ecuánime.

Han se preguntó por un momento cómo ella podía sacar ese pensamiento de su mente tan rápido. Había visto cuán profundamente la Princesa Leia y los otros en Yavin habían sido afectados, y aunque Han personalmente no había perdido amigos o familia, para él

seguía siendo difícil digerir el volar por montículos de rocas que alguna vez habían sido un mundo bullicioso. O Winter tenía un autocontrol increíble o era muy buena para suprimir sus recuerdos.

—No les dije esto para que me tuvieran lástima —continuó—. Lo comenté, como mencionó Han, para que entendieran que sé de primera mano de qué estoy hablando.

—Entonces ¿de dónde vino este cryodex en particular? —preguntó Zerba—. ¿Alguna idea?

Los labios de Winter se comprimieron por un momento.

—Se conocía la existencia de 137 cryodex al momento del fin… Todos, excepto ocho, estaban en Alderaan. De esos ocho, siete estaban en manos de diplomáticos de alto nivel. El octavo se perdió hace ocho años; se piensa que lo robaron.

—Tres conjeturas de cuál de los ocho es este —murmuró Kell.

—¿Tienes alguna idea de quién lo robó? —preguntó Bink.

—Se identificó a un posible ladrón —contestó Winter—. Pero nunca supimos si en verdad lo robó y, si lo hizo, a quién se lo entregó.

—Me imagino que los otros se apagaron cuando ese se perdió —dijo Lando.

Winter asintió.

—Se seguían usando para cosas menores, pero toda la encriptación de alto nivel inmediatamente se cambió hacia otros métodos.

—Espera un segundo —dijo de repente Tavia, frunciendo el ceño—. ¿Dijiste que sólo se robaron un cryodex?

—Tiene razón —dijo Zerba, enderezándose un poco—. Acabas de decir que se necesitan dos para enviar un mensaje. ¿De qué sirve sólo uno?

—Tal vez ya tenía acceso a uno de los instrumentos diplomáticos —Bink sugirió, aunque lo dudaba—. No, eso no tiene sentido. Si ya tenía uno, ¿por qué robar otro? Podría nada más descifrar cualquier información diplomática y enviar el mensaje a quien quisiera.

—No conozco el motivo de su desaparición —dijo Winter—. Nunca lo supimos, porque el presunto ladrón murió poco después de que lo arrestaran.

Kell se estremeció.

—Qué bien.

—¿Qué esperabas? —murmuró Dozer.

Su voz era oscura, sus ojos melancólicos estaban fijos en el vaso de cerveza que se había servido apenas regresaron a la *suite*. Hasta donde Han podía recordar, eran las primeras palabras que pronunciaba desde que regresaron del hotel Corona Lulina.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tavia.

—Quiero decir que claro que murió en custodia —gruñó Dozer, viéndola fijamente—. Me sorprende que no muriera de camino a la custodia. Esta gente es perversa, Tavia, total y absolutamente perversa. Matan a todo el que se les ponga enfrente, incluidos nosotros.

—Vaya —dijo Bink, viéndolo de cerca—. ¿Este es Dozer, el ratero de naves que antes carecía de escrúpulos?

Dozer movió la cabeza.

—Tú no estabas ahí, Bink —dijo—. Tú no lo enfrentaste. No lo escuchaste. ¿Sabes que estuve a una rueda de sabacc de soltar toda la sopa, sólo porque me lo pidió con amabilidad?

—No nos delataste, ¿o sí? —preguntó Zerba ansioso.

—¿Crees que estaríamos aquí sentados si lo hubiera hecho? —gritó Dozer—. Pero casi lo hice. Casi. Además, déjenme decirles… —Volteó a ver a todos en el cuarto y, al final, sólo veía a Eanjer—. Ya no estoy seguro de que esto valga la pena. Si descubren quiénes somos y qué queremos, estamos muertos. Muertos.

—No son jedi, Dozer —dijo Eanjer para tranquilizarlo—. Te topaste con feromonas falleen, eso es todo. Las usan para manipularte para que… —Movió su mano buena—. No sé, seas su mejor amigo, su esclavo. El punto es que no caíste y, ahora que sabes a lo que te enfrentas, puedes luchar contra eso.

—¿Y si no puedo? —respondió Dozer—. ¿O si agarran a uno de ustedes y no puede?

—De todos modos estamos hablando de 163 millones de créditos —le recordó Bink—. Por esas ganancias, yo sí soy capaz de resistirme a un cuarto lleno de falleens.

—¿Estás segura de eso? —replicó Dozer—. Porque yo no.

Chewbacca farfulló.

—Sí, no nos tiremos al drama —concordó Han—. Dozer tiene razón, que haya un falleen involucrado podría ser problemático, pero también Bink tiene razón, hay muchos créditos en juego. Suficientes para conseguirnos vidas nuevas, si queremos.

—Es como cuando te toca la mano ganadora —murmuró Lando—. Tienes que verla, reconocerla y apostar a lo grande.

Han frunció el ceño, preguntándose si era una alusión a él. Pero Lando sólo veía la mesa, pensativo. De cualquier manera, en ese momento él era la menor de sus preocupaciones.

Todo el desplante de Dozer y su reciente nerviosismo se le estaba pegando al resto del grupo. Si el hombre no se callaba, todo podía venirse abajo. Y si el grupo se desbarataba, también el trabajo. Todos regresarían a sus vidas de siempre y cualquier oportunidad de que Han y Chewbacca se libraran de Jabba se esfumaría. No iba a dejar que eso pasara, no nada más porque había un falleen involucrado. Mucho menos porque Dozer hubiera recibido un buen susto.

—Tomémonos un descanso —sugirió Solo—. Vayan a pasear por la *suite*, vean la ciudad, tomen un trago, lo que quieran. Piénsenlo y regresamos aquí en una hora, ¿sí?

—Me parece bien —dijo Lando, poniéndose de pie.

—Y si alguno de ustedes tiene algún contacto en la policía, intente comunicarse con él —sugirió Rachele conforme el resto del grupo se levantaba de su asiento—. Ahora que sabemos que tratamos con un falleen, podría haber algo de información oficial sobre a qué y a quién nos estamos enfrentando.

—Buena idea —dijo Han—. ¿Tú también vas a hacer llamadas?

Ella sonrió.

—Ya tengo mi lista.

El plan de Dayja, una vez que llegara al balcón, había sido pegar un enlace de sonda a la ventana, escuchar lo que la gente de dentro decía y tratar de averiguar quiénes y qué eran. No esperaba llegar a su destino justo cuando la reunión se disolvía. Pero así era. Todo el grupo: nueve humanos, un wookiee y un casi humano, probablemente un balosar, estaban de pie moviéndose en distintas direcciones de la habitación y parecía que se dirigían a distintos lugares de la *suite*. Dayja murmuró una maldición al regresarse a un lado del balcón, lejos de las ventanas. El carro que había visto sin duda estaba vigilando Marblewood y había seguido a un convoy no identificado de ahí al hotel Corona Lulina.

Después, el rastreador había regresado aquí; luego, él y casi toda la pandilla, si no toda, se habían ido y reencontrado en el hotel del otro lado del parque del Corona Lulina. Tiempo después, algunos se habían ido, otros se habían ido a la fachada del hotel y finalmente todo el grupo había regresado a esta *suite*, que Dayja identificaba como su base de operaciones.

Eso era mucho ir y venir para un solo día, sobre todo porque no se había producido ningún resultado visible para Dayja. Si no hubiera sido por aquella explosión de la tarde en el Corona Lulina, quizá él habría decidido que tenía mejores cosas que hacer y habría dejado el grupo y sus actividades para que la policía local se encargara de ellos.

Pero la explosión no le había dejado opción, pues las bombas generalmente estaban asociadas con robo, secuestros, asesinatos o daños a la propiedad. Este estallido no se había relacionado con nada de eso, lo cual lo obligó a pensar que el incidente había sido una distracción.

¿Pero distracción de qué? D'Ashewl ahora estaba en su *suite* hurgando entre los registros policiales y hasta ahora no había encontrado ningún crimen que hubiera podido tener ese estallido como elemento para confundir, distraer o encubrir.

De cualquier manera, Dayja no dudaba que esta gente estuviera involucrada. Así que había buscado su *suite*, encontró una recámara vacía tres pisos sobre la de ellos y bajó a rapel hacia su balcón, sólo para encontrar que sus posibles informantes daban fin a las actividades del día. Seguía tratando de decidir qué hacer, cuando se percató de que uno de los ocupantes de la *suite*, el que tenía medisello en una mano y la mitad de la cara, se dirigía a la puerta del balcón.

Dayja llevó su mano hacia su cuchillo oculto, mientras sus pensamientos se precipitaban. Podía correr, podía esconderse o podía atacar.

O podía hacer lo que había venido a hacer.

Esperó hasta que el hombre saliera por completo al balcón, recargara sus codos en el barandal y se quedara viendo las luces de Marblewood. Después, con un ojo en la

ventana más cercana para asegurarse de que no los interrumpieran, Dayja dio unos cuantos pasos hacia él.

—Buenas noches —dijo tranquilo.

Por una fracción de segundo, el hombre no reaccionó, como si a sus oídos les costara trabajo enviar la señal de advertencia a su cerebro. Después, como una repentina ráfaga de viento, el cuerpo del hombre se estremeció.

Se dio la media vuelta hacia Dayja, su único ojo bueno se abrió totalmente. Ese hombre tenía las reacciones más lentas de la galaxia, o bien tomaba tantos medicamentos para el dolor que vivía en un estupor permanente. Dada la cantidad de medisello que usaba, Dayja supuso que probablemente era lo segundo.

—¿Quién eres? —exigió el hombre con la voz tensa—. No, quédate ahí.

—Tranquilo, no te voy a hacer daño —le dijo Dayja dando unos pasos hacia adelante—. Sólo quiero hablar.

El único ojo del hombre volteó hacia el vidrio, el ojo protético implantado en el medisello brillaba de manera hipnótica con las luces citadinas.

—¿De qué?

—De ustedes. —Dayja señaló hacia el cuarto de juntas ya vacío—. Ellos. Su interés en Avrak Villachor. Ese tipo de cosas. —Alzó las cejas—. Están interesados en Villachor, ¿verdad?

La lengua del hombre tocó rápidamente su labio superior.

—¿Eres uno de sus hombres?

—Para nada —le aseguró Dayja fríamente—. Me llamo Dayja. ¿Tú?

El ojo del hombre otra vez se dirigió a la ventana.

—Eanjer —respondió.

—Un nombre local —comentó Dayja—. Qué interesante. ¿Y tus amigos? Casi todos son de fuera, ¿no?

Eanjer frunció el ceño, miró todo el balcón como si se acabara de dar cuenta de dónde estaban.

—¿De dónde saliste? —le preguntó—. ¿Cómo llegaste hasta aquí?

—No hay que hablar de mí —lo reprendió Dayja—. Hablemos de ti y de tus amigos. ¿Qué están haciendo en Ciudad Iltarr?

La cara de Eanjer se endureció.

—Buscamos justicia.

—Eso está bien —dijo Dayja, en tono alentador—. Eso está muy bien. Verás, yo también persigo la justicia. —Se concentró en la pupila del ojo sobreviviente de Eanjer, sabiendo que la primera y más honesta respuesta vendría de ahí—. Estoy con la Inteligencia Imperial.

Otra vez se abrió el ojo de Eanjer. Esta vez, Dayja estaba lo suficientemente cerca para ver cómo la pupila se dilataba, pero después rápidamente regresaba a su tamaño normal. La revelación había asustado al hombre, pero se había recuperado pronto.

—¿Lo puedes demostrar? —le preguntó.

—Sí —contestó Dayja, también volteando hacia el vidrio de la ventana. Sabía que tarde o temprano uno de los demás iba a volver—. Dime, ¿estás confinado a esta *suite* o puedes entrar y salir como te plazca?

Eanjer hizo un ruido de indignación.

—Lo último, por supuesto —dijo—. ¿Creías que era un prisionero?

Dayja encogió los hombros sin decir nada.

—¿Juegas billar?

Una vez más, la única pupila de Eanjer se dilató brevemente y luego regresó a como estaba.

—Sí. ¿Por qué?

—Hay una mesa en la biblioteca de abajo: segundo piso, saliendo del tapcaf —le dijo Dayja—. Será un lugar agradable para una conversación privada.

—No lo dudo —dijo Eanjer con un poco de nerviosismo.

—No te preocupes, sólo quiero hablar —le aseguró Dayja—. Tal vez comparar notas. Siento que tienes información que me podría servir.

Sonrió con astucia.

—Sé que tengo información que puedes usar. —Eanjer respiró profundo y tomó una decisión—. De acuerdo —dijo—. Tengo una hora antes de que debamos reagruparnos.

—Bien —dijo Dayja, retrocediendo hacia la orilla del balcón y el arnés de ladrón fantasma que lo esperaba ahí—. Te veo en cinco minutos. Si llegas antes que yo, junta las bolas y elige un taco.

A lo largo de los años, Dayja había pasado bastante tiempo en salas de billar como la que estaba afuera del tapcaf del hotel. Pero dado que la mayoría de estas visitas habían sido para sacar información o para vigilar a un sospechoso en lugar de dominar el juego, nunca había sido especialmente bueno.

Pero jugando contra un hombre con un brazo posiblemente protético y cubierto de medisello, pensó que tenía muy buenas posibilidades.

Para su ligera sorpresa, no fue así, ni con Eanjer jugando con la izquierda y teniendo que equilibrar el taco con su muñeca vendada.

Pero estaba bien; de hecho, estuvo mucho más que bien. Desde hacía mucho Dayja había aprendido que los deportistas competitivos hablaban con mayor soltura si estaban ganando y valía mucho la pena escuchar la conversación de Eanjer.

—Así que 163 millones, ¿eh? —comentó Dayja mientras veía que Eanjer se preparaba para su turno—. Son muchísimos créditos. ¿Dices que se va a dividir entre once?

—Dije que se iba a dividir equitativamente —lo corrigió Eanjer.

Con cuidado golpeó la carambola con el taco, y Dayja vio cómo la bola blanca rebotaba en la rayada tres y caía en el agujero de la izquierda.

—Nunca dije que fuéramos once.

—Me equivoqué —dijo Dayja—. De cualquier forma, me parece que te debería tocar más que sólo una porción, puesto que originalmente eran tus fichas de crédito.

Eanjer encogió sus hombros.

—Cien por ciento de nada es nada —dijo al caminar al otro lado de la mesa.

Alineó el taco con la carambola, apuntando esta vez a la rayada seis. Hizo para atrás el taco para poder tirar, pero antes hubo un golpe y la rayada seis de la nada se volvió negra. Al mismo tiempo, al otro extremo de la mesa, la bola negra se convirtió en la rayada seis. Eanjer maldijo.

—Qué mal —se lamentó Dayja—. Pero pudo haber sido peor. He visto que la bola negra se mueve justo antes de que el jugador le dé a la carambola, sin que pueda evitarlo. Para ese punto, lo único que el jugador hace es maldecir y ver cómo su propio tiro le hace perder el juego.

—Y escuchar la risa de su oponente, supongo —dijo Eanjer con una mirada torva al volverse a posicionar para su turno—. Vayamos al grano, ¿sí? ¿Quieres que divida todo entre doce?

—Para nada —aseguró Dayja—. No me interesan Villachor ni sus créditos mal habidos. Sólo me interesa su visitante y el tesoro de este.

—¿Y cuál es ese tesoro?

Dayja hizo una mueca con los labios. Esto sería riesgoso, pero no tanto como para enfrentarse solo a Villachor y a Qazadi.

—Hagamos un trato —ofreció Dayja—. Te digo todo sobre el premio y te apoyo como pueda, siempre y cuando me lo traigas una vez que hayas saqueado la bóveda de Villachor. A cambio, te prometo no decirle a los demás de dónde sacaste la información y tú me mantendrás al tanto de tus avances.

Eanjer lo observó con detenimiento.

—¿Y nos dejarás proseguir con nuestro plan? ¿Tú, un oficial, nos vas a dejar entrar ahí y robarle?

—Sí, porque yo iba a hacer exactamente lo mismo —dijo Dayja—. De esta manera, puedes usar nuestros recursos e información y ayudarnos.

—Mi grupo es el que correría todos los riesgos.

—Y obtendría casi todos los beneficios —señaló Dayja—. Además, luego de eso que hicieron en el Corona Lulina, podría arrestarlos a todos si quisiera. Como tú dijiste, cien por ciento de nada es nada.

Se quedaron viendo en silencio por un momento.

—De acuerdo —dijo Eanjer—. Dime.

—Por supuesto —dijo Dayja, poniendo su taco en el borde de la mesa y señalando hacia una hilera de asientos—. Vamos a sentarnos para que te diga todo sobre la organización criminal conocida como Sol Negro y su secreta, pero muy lucrativa, colección de archivos con la que extorsiona.

CAPÍTULO OCHO

Han Solo tenía la mirada ausente y sentía que el estómago se le hacía un nudo.

—Estás bromeando —dijo llanamente.

—¿Te parece que esté bromeando? —repuso Eanjer—. Sé que suena increíble y admito que no sé si sea cierto, pero mi informante sin duda lo cree y nunca se ha equivocado.

—¿Y el nombre de tu informante es…? —preguntó Tavia.

—Perdón —dijo Eanjer—, por ahora tengo que guardarme esa información.

—¿Y de verdad está seguro de que Villachor está trabajando con Sol Negro? —preguntó Dozer con una voz ominosa.

—Lo está —dijo Eanjer—. Aunque, repito, no lo puedo demostrar.

—No tienes que hacerlo —dijo Rachele—. Es verdad.

Han volteó a verla, como todos los demás en la habitación.

—¿Tú lo sabías? —preguntó—. ¿Y no nos dijiste?

—No lo sabía —dijo, un poco a la defensiva—. Pero, como todos los demás de las clases altas de Wukkar, he sospechado de la relación desde hace muchos años. Cuando llegaste con el problema de Eanjer… —Se encogió de hombros—, esperaba que todos nos hubiéramos equivocado, y que Villachor fuera un criminal más, normal y asqueroso.

—De hecho, esto tiene mucho sentido —dijo Lando pensativo—. No hablo de quién es Villachor, sino de que el grueso del poder político del Sol Negro provenga de extorsionar a funcionarios de alto nivel. Es mucho más fácil y barato que tener que sobornarlos.

—Además de que tener esos archivos en tarjetas portátiles es perfecto —apuntó Bink—. Incluso, si uno de los enemigos de Xizor lograra hacer hablar a uno de los funcionarios asustados con los que se entremeten, no sabría por dónde empezar a buscar.

—¿Alguna idea de cuántas tarjetas hay en el juego? —preguntó Han.

—Mi contacto dice que debe de haber cinco, guardadas en una elegante caja de madera que nadie que no esté en el Sol Negro ha visto —dijo Eanjer—. Debe de ser algo pequeño, que quepa en un bolso o bolsillo. Como Bink dijo, portátil.

—Eso también explica el cryodex —dijo Winter—. Una encriptación perfecta e indescifrable, y la única vez que necesitas juntarlas es cuando le quieres enseñar a alguien los trapos sucios que le conoces.

—Entonces ¿por qué tener el cryodex en un hotel en el centro en lugar de en la bóveda de Villachor con los archivos? —preguntó Zerba—. Bink acaba de demostrar que es mucho menos seguro ahí.

—Como dije, si los tienes separados nadie sabe dónde buscar —dijo Bink—. Siempre tratas de tener lejos la llave y el candado.

—En este caso, nadie sabe ni qué está buscando —añadió Eanjer—. Estoy seguro de que ni mi informante sabe que hay un cryodex involucrado.

—Puede haber otra razón para tener ahí el cryodex —dijo Han. Una nueva e interesante idea le estaba surgiendo. Si el cryodex estaba lejos de la casa de Villachor, porque los falleen no confiaban en él, podrían tener ante ellos un ángulo completamente diferente—. Winter, ¿podrías hacernos un cryodex? No que funcione, solo que se vea bien.

—Claro —dijo Winter, viéndolo pensativa—. Sería una modificación muy sencilla de un viejo datapad Comp600, suponiendo que logremos encontrar alguno.

—Debe de haber algunos por la ciudad —dijo Rachele—. Te busco uno.

—Espera un segundo —dijo Tavia con tono de advertencia—. Si estás pensando lo que yo creo que estás pensando, la respuesta es no. Bink no va a regresar. No después del jueguito de pelotas de Zerba y Kell en el pasillo.

—Qué mal que no lo tomó cuando tuvo la oportunidad —murmuró Kell.

—No podía —dijo Tavia—. Los sensores de poder, ¿te acuerdas?

—Pudo haber removido la célula sensora.

—No sabíamos; es demasiado tarde ahora y no vamos a discutirlo —expresó Han con firmeza.

—Tampoco habría habido gran diferencia si lo hubiera hecho —dijo Lando—. Media hora después de que desapareciera el cryodex, los archivos habrían salido de Wukkar rumbo al Centro Imperial.

—No hubieran podido usar los archivos en contra de nadie más —señaló Kell.

—Claro que hubieran podido —dijo Lando—. ¿Crees que Xizor es tan tonto como para tener todos sus huevos en una canasta? Seguro tiene un cryodex de respaldo en alguna parte.

—Sólo uno se reportó robado —le recordó Winter.

Lando se encogió de hombros.

—¿Y eso qué?

—Por eso vamos a concentrarnos en los archivos y no en el cryodex —dijo Han—. Tavia, ¿qué tan rápido puedes hacer un spitmisor de amplio espectro y qué tan pequeño puede ser?

Tavia se encogió de hombros.

—En un par de días. ¿Qué tan pequeño lo necesitas?

—Del tamaño de una tarjeta de datos —dijo Han.

—Eso es muy pequeño —dijo Tavia y se quedó pensativa—. Pero creo que sí lo puedo hacer. Claro que para algo de esa dimensión el receptor tendrá que estar bastante cerca. Cien metros. Tal vez menos.

—No será un problema —Han le aseguró—. Ahora…

—¿Qué es un spitmisor de amplio espectro? —preguntó Eanjer.

—Un módulo de sensores con grabador integrado y transmisor —dijo Bink—. Metes uno en el lugar que quieres robar y obtiene la información relevante que necesitas sobre

seguridad, estaciones de guardias y todo lo demás. Si eliges bien tu frecuencia, la señal pasará desapercibida por los campos bloqueadores de sensores del objetivo.

—Además, al mandarlo de golpe, no tienes que preocuparte de que una red de transmisión lo atrape —añadió Tavia con sus ojos firmes sobre Han—. Claro que tiene que estar dentro de la bóveda para servir de algo. ¿Tienes alguna idea de cómo lograr eso?

—En eso ando —le aseguró Han—. Okey. La primera tarea es averiguar cómo son estas tarjetas de datos. Rachele, dijiste que conoces a algunas de las personas que han estado entrando y saliendo de Marblewood durante los últimos días. ¿Alguien estará dispuesto a hablar?

—No lo creo —dijo Rachele, arrugando la nariz—. A la mayoría sólo los conozco de vista.

—Tal vez yo conozca a alguno —dijo Eanjer—. ¿Cómo se llamaban?

—Pues, estaba Tarl Kisima —dijo Rachele, desenfocando los ojos al intentar recordar—. Él fue uno de los primeros. También vi a Alu Cymmuj, Donnal Cuciv…

—Donnal Cuciv. Lo conozco —la interrumpió Eanjer.

—¿Quién es? —preguntó Dozer.

—El encargado de los pasajeros entrantes y de las listas de carga del Puerto Espacial de Ciudad Iltarr —dijo Rachele—. Se supone que es un ciudadano muy recto. Me pregunto qué le sabrá Villachor.

—No importa —dijo Eanjer—. Yo lo conozco y estoy seguro de que puedo hacer que hable conmigo.

—¿Podrás hacer que te hable de las tarjetas de datos sin revelar demasiado? —preguntó Han.

—Sobre todo sin que vaya directo con Villachor a contarle —añadió Lando.

—Déjenmelo a mí —respondió Eanjer poniéndose de pie.

—Claro —dijo Han, frunciendo el ceño—. No puede ser tan fácil, ¿o sí? Chewie, Dozer, vayan con él.

—No —dijo Eanjer agitando su cabeza—. Lo siento, pero esto es algo que tengo que hacer solo. Donnal es una persona muy reservada. No va a decir nada si hay alguien más.

—Deberías llevar aunque sea a alguien que te acompañe —dijo Rachele—. Seguramente sigues en la lista de caza de Villachor.

—No te preocupes, sé cómo evitar a Villachor —dijo Eanjer con la voz llena de amargura—. Estaré bien.

Han volteó a ver a Chewbacca, pero el wookiee sólo farfulló una afirmación renuente.

—Asegúrate de tener tu comunicador —dijo Han—. Llama con tan sólo intuir que puede haber un problema. ¿Dices que este informante no sabe del cryodex?

—Así es —dijo Eanjer—. De hecho, no creo que tenga ni la menor idea de cómo funciona el sistema. Lo único que sabe es que los archivos probablemente estén aquí, y de ser así, entonces Qazadi los tiene.

—Bien —dijo Han—. Que siga así.

—Sí.

Eanjer se dirigía hacia la puerta.

—Espera un minuto —dijo Dozer—. Antes de que se vaya quiero poner algo en claro.

—Por supuesto —dijo Han y le indicó a Eanjer que se detuviera—. ¿Qué?

Los labios de Dozer se apretaron.

—Quiero asegurarme de que todos estemos en esto —dijo—. Quiero decir, estamos hablando del Sol Negro, ninguno de nosotros esperaba eso.

—Me parece justo —concordó Han, viendo a todos. Aquí era donde las cosas se consolidaban o se derrumbaban—. ¿Alguien quiere decir algo?

Hubo un breve silencio.

—Todavía hay 163 millones en la bóveda, ¿cierto? —finalmente preguntó Bink.

—Claro que los hay —dijo Eanjer.

—Entonces, nosotras seguimos —dijo Bink, tocando a su hermana con el codo—. ¿Verdad?

Tavia no se veía muy feliz, pero asintió obedientemente.

—Sí.

—Sin contar lo que valgan los archivos de extorsión —dijo Winter—. Dependiendo de a qué compradores consigamos, eso podría fácilmente triplicar nuestra ganancia.

—Con eso me basta —dijo Zerba.

—A mí también —lo secundó Kell.

Han vio a Lando, quien asintió sin decir nada.

—Sólo quedas tú, Dozer —dijo—. Si tienes problemas con esto, este es el momento para decirlo.

Dozer volteó a ver a todos. Después, bajando la vista, hizo un ruido con el aire que pasó entre sus dientes.

—No —dijo, con renuencia—. Si todos los demás aceptan, entonces supongo que yo también.

—No tienes que hacerlo —dijo Han—. Si te quieres librar de esto, nadie te va a detener.

—No —dijo Dozer, esta vez con mayor firmeza—. Además, necesito los créditos.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —preguntó Eanjer con impaciencia—. Maravilloso, ¿me puedo ir ya?

Han movió la mano en señal de permiso.

Eanjer se dirigió otra vez hacia la puerta y un momento después ya se había ido.

—Hay que empezar a trabajar en el spitmisor —dijo Bink poniéndose de pie y haciendo señas a Tavia para que la siguiera—. Chewie, ¿nos ayudas?

El wookiee asintió y los tres fueron a la recámara de las gemelas por el equipo de Tavia.

Como si su partida hubiera sido la señal para que el grupo se dispersara, Winter, Kell, Rachele y Zerba también se levantaron de sus asientos, dijeron buenas noches y se dirigieron a sus propias recámaras.

Dozer iba detrás de ellos, sin hablar con nadie al salir con un aire melancólico. Han y Lando se quedaron solos.

—No parecía estar muy convencido —comentó Lando.

—Va a estar bien —dijo Han volteando hacia donde se había ido Dozer.

Pero Lando tenía razón. Dozer se veía nervioso, más nervioso de lo que Han lo había visto.

—Eso con el falleen lo estresó un poco, eso es todo.

—¿Lo conoces muy bien?

—Lo suficiente —dijo Han viendo a Lando—. Pensé que tú también lo conocías.

Lando se encogió de hombros, agitando con delicadeza lo que quedaba de su bebida.

—Nos hemos visto un par de veces, eso es todo. Con Zerba sólo he trabajado una vez, en esa cosa de Tchine. A Winter y Kell no los conozco en absoluto.

—Mazzic los recomienda.

—Mazzic se ha equivocado antes.

—Se ven bien —insistió Han—. No te tienes que quedar si no quieres.

—Me gusta aquí —Lando esbozó una sonrisa—. Además, me necesitas.

Han pensó en refutarlo, pero, desafortunadamente, era verdad.

—Entonces, ¿qué has hecho últimamente?

—No mucho —dijo Lando, moviendo su mano de manera ambigua—. Ganando unas, perdiendo otras. ¿Tú?

Han se encogió de hombros. «Recogí unos pasajeros locos, rescaté a una princesa, peleé con stormtroopers y cazas TIE, ayudé a salvar la galaxia y unos piratas me robaron mi recompensa», pensó.

—No mucho —dijo en voz alta—. ¿Por qué estás aquí?

—Rachele dijo que me invitaste.

—Sí. ¿Por qué estás aquí?

Lando hizo una mueca con sus labios.

—Para ser honesto, he estado pensando en… ya sabes, todo lo que pasó entre nosotros. He estado pensando que tal vez no fue tanto tu culpa como había pensado. Que no fue a propósito que nos traicionaras, sino que más bien eres pésimo para elegir con quién trabajas.

Han hizo un mohín.

—Sí. Tengo ese problema a veces —admitió.

—Lo he notado. —Lando señaló en dirección a la puerta—. ¿Qué tan bien conoces a este personaje, Eanjer?

—Lo conocí por primera vez hace ocho días. Pero Rachele investigó su historia, parece ser confiable.

—¿Alguna vez mencionó que Villachor era del Sol Negro? —preguntó Lando sin rodeos—. ¿O se le escapó decir eso?

—No dijo nada al respecto —dijo Han—. Pero ya escuchaste a Rachele. Ni los locales más allegados lo sabían. Probablemente él tampoco.

—Tal vez —dijo Lando—. Pero nosotros lo sabemos ahora. ¿De todos modos quieres hacer esto?

—Sería bueno quitarme a Jabba de encima, para variar —dijo Han—. Eso sólo se puede hacer con créditos.

—Así que vas a intercambiar a hutts enojados por falleen enojados. —Lando agitó la cabeza—. No estoy seguro de qué tan conveniente sea eso.

—Se juega con la mejor mano que tengas —dijo Han—. ¿Quieres que me salga del trabajo?

—Quiero asegurarme de que esto no te rebase —dijo Lando—. Tú eres un contrabandista, Han. Yo, un jugador. No somos estafadores ni ladrones. —Señaló con el pulgar hacia el otro lado de la *suite*—. Hasta donde sé, ninguno de ellos tampoco ha hecho algo de este tipo.

Tenía razón. Han lo sabía. Todo esto estaba ascendiendo rápidamente a niveles que ni se había imaginado cuando empezó todo. El hecho de que tuviera que confiar en que todas estas personas supieran qué estaban haciendo sólo lo empeoraba.

Pero tampoco era la primera vez que había tenido que confiar en la gente. Generalmente todo salía bien.

Generalmente.

—Tal vez no —concedió—. Pero entre todos tenemos todas las habilidades que necesitamos para hacerlo. Sólo requerimos el plan indicado y un poco de confianza.

—¿Y tú vas a proporcionar ambos?

—Con ayuda de Chewie, Rachele y Bink —dijo Han—. Y la tuya, si quieres ganar tu parte de los créditos.

—Desde luego —dijo Lando con una de esas miradas inocentes que le salían tan bien—. Somos viejos amigos trabajando juntos, ¿no? —Alzó un dedo—. Una cosa, antes de que se me olvide. Suponiendo que todo sale de acuerdo con el plan, quiero que los archivos de extorsión sean mi parte.

Han lo miró.

—¿Que quieres qué?

—Ya me escuchaste —dijo Lando—. Conozco a un hombre que pagará una buena cantidad de dinero por eso.

—No vamos a tener un cryodex para dárselo al hacer el trato —le advirtió Han.

—No le va a importar —le aseguró Lando—. Pero el señor es un poco quisquilloso. Será mejor que yo lo busque solo y no todos en grupo.

—Ajá —dijo Han asintiendo, porque ya comprendía todo—. ¿Qué hutt es?

Lando hizo una mueca.

—Durga, si quieres saber —dijo con renuencia—. Sigue muy enojado con Xizor y el Sol Negro por todo el asunto de Ylesia.

—Eso pasaba mucho en Ylesia.

—Eso he escuchado —dijo Lando con un muy sutil tono sarcástico—. ¿Trato hecho?

Han lo pensó. Aun considerando la humillación de Durga en Ylesia, de verdad dudaba que el hutt fuera a pagar más de unos miles de créditos por un juego de tarjetas ilegibles de datos. Pero era del todo posible que Lando supiera más que él sobre la actual situación y humor de Durga.

Si él pensaba que valía la pena renunciar a su parte de los millones de Eanjer, era su decisión hacerlo. Han ciertamente no tenía ningún interés en agregar otro hutt más a su propia lista de clientes insatisfechos.

—Claro, ¿por qué no? —dijo—. Tarjetas en lugar de créditos.

—Gracias —dijo Lando. Tomó un último trago de su tarro y se recargó en su silla—. Entonces háblame sobre este plan.

Había sido un día largo y, como era su costumbre, Villachor había salido al balcón de su propia *suite* para tener unos minutos de tranquilidad y relajación.

Era una noche fresca y tranquila, sin nubes y una ligera brisa. Las luces de Ciudad Iltarr brillaban a su alrededor y arriba, puesto que la mayoría de los edificios a los lados de su propiedad eran mucho más altos que su modesta mansión de cuatro pisos. La mayoría de las noches disfrutaba la vista, se imaginaba que estaba en la tarima de una fortaleza de la Vieja República, dando órdenes a un ejército de subordinados que estaban parados en torno a él guardando un silencio reverencial.

Sin embargo, esta noche las torres oscuras con destellos de luces parecían caer encima de él. En lugar de un amo señorial se sentía como el blanco en medio del campo de tiro. Algo estaba pasando allá afuera. Algo acechaba en las calles de la ciudad, tal vez observando las entradas de su casa en ese preciso momento. Algo que posiblemente podría derrumbar todo lo que había sobornado, chantajeado y asesinado para crear en este mundo y en este sector. Y no tenía idea de qué era.

El panel de indicaciones del barandal se iluminó porque había una petición: Sheqoa, su jefe de seguridad, estaba en la puerta de su *suite* pidiendo entrar. Abrió la tapa de su reposabrazos para abrirle. Hizo su apuesta usual consigo mismo de que esta vez lograría escuchar al hombre que entraba al balcón. Una vez más perdió la apuesta. Después de todo, los antiguos stormtroopers de choque no eran famosos por hacer ruido innecesario.

—Tengo un informe de Riston, señor —dijo Sheqoa. Su voz provenía de apenas dos metros de distancia. Había llegado al balcón y avanzado un poco más—. Dice que el brillestim de Crovendif es genuino y que está bastante seguro de que no es de Kessel.

—¿«Bastante seguro»? —replicó Villachor—. ¿Qué quiere decir ese escupitajo de sith con «bastante seguro»?

—Lo siento, señor —dijo Sheqoa, con su voz respetuosa pero firme—. Riston dice que no hay manera de estar cien por ciento seguro, no con un producto orgánico. Hay demasiada variación en las mismas arañas. Sólo puede darnos una certeza del 85 por ciento.

Villachor se enojó. Su primer impulso fue levantarse, ir al querido laboratorio de Riston y sacudir el cuellito del analista hasta que se le ocurriera algo más útil, pero eso no le daría nada más que una satisfacción momentánea.

El principal trabajo de Sheqoa era proteger a Villachor, pero a lo largo de los años, el gran excomando también había asumido la tarea no oficial de hacerla de amortiguador entre su jefe y el resto de los empleados. Lo cual probablemente era algo positivo. Cuando se podía obtener algo a base de amenazas o violencia, Sheqoa estaba ahí al lado de Villachor, le pasaba las armas o hacía él mismo el trabajo. Pero cuando no, también estaba ahí para evitar que su jefe se escabechara a la gente. Sobre todo a las personas competentes. Si Riston decía que no había nada más que se pudiera ver en la muestra de Crovendif, seguramente tenía razón.

Con cierto esfuerzo, Villachor descartó sus pensamientos asesinos.

—¿Qué tal el propio Crovendif? —preguntó.

—Ha trabajado para nosotros desde hace diez años, ocho como vendedor, dos como gerente de calle —dijo Sheqoa—. Tiene un historial decente. Nada espectacular.

—¿Tan inteligente como para armar solo este plan?

Pudo percibir el ceño fruncido de Sheqoa.

—Apenas es suficientemente listo para sacar bien sus porcentajes —dijo el hombre grande—. ¿Cree que esto es una estafa?

—Creo que el momento es sumamente sospechoso —gruñó Villachor—. ¿Vigo Qazadi llega y apenas nueve días después alguien aparece de la nada para vender glitterstim por debajo de las tarifas del Sol Negro?

Sheqoa se quedó callado un momento; aparentemente estaba tratando de digerir eso.

—Debe de ser el estafador menos afortunado de la galaxia —dijo despacio—. Las probabilidades de que eso suceda son muy bajas.

Con ojos torvos, Villachor vio las luces de la ciudad que lo rodeaban, otra vez aguantándose las ganas de estrangular.

No había esperado que Sheqoa comprendiera las sutilezas de la situación y el jefe de seguridad había cumplido con sus bajas expectativas. Esto no era una casualidad. Ni de chiste. Alguien estaba probando a Qazadi y al Sol Negro, lo cual era algo extraordinariamente tonto, o bien, el misterioso desconocido era gente de Qazadi y la oferta del brillestim era una prueba.

Un escalofrío corrió por la espalda de Villachor. Una prueba. Pero ¿una prueba de qué? ¿De su lealtad? Ciertamente Villachor podría pasar cualquiera de esas pruebas. Pero ¿en qué dirección se esperaba que brincara? ¿Se suponía que debía decirle a Qazadi del vendedor de brillestim y que esperara que el vigo le dijera qué hacer? Eso podría denotar debilidad e indecisión de su parte, y difícilmente eran cualidades que el Príncipe Xizor esperaba de uno de sus jefes de sector.

¿Debería más bien encargarse él del asunto y sólo llevarlo ante Qazadi después de que concluyera la indagación? Pero si Qazadi lo atrapaba a mitad del proceso, podría

parecer que intentaba hacer el negocio a espaldas del Sol Negro. Eso sería el camino a una tumba rápida y anónima.

¿Y si no había una respuesta correcta? ¿Qué tal si Xizor ya había tomado su decisión respecto de él y esta prueba del brillestim era sólo una manera de dejar que Villachor cavara su propia tumba? Xizor no necesitaba una excusa para eliminar a uno de sus subordinados, pero podría hacerlo de esta manera sólo por la diversión de ver a un hombre condenado retorcerse en una red que no tenía escapatoria.

«Tales pensamientos no deberían ser descartados». Qazadi había hablado sobre los recelos de Villachor en su primer encuentro: «Pues no dejo el Centro Imperial si no es por una razón importante».

Villachor hizo una mueca. Qazadi le había explicado que su visita tenía tres propósitos: remover los archivos de extorsión del Centro Imperial y así descontrolar a los otros enemigos de Vader y Xizor, sacar al propio Qazadi como objetivo de varias intrigas que esos mismos enemigos querían preparar y usar los archivos para generar algunos esclavos más de entre la élite de Ciudad Iltarr y los dignatarios que pronto llegarían a Wukkar para el Festival de los Cuatro Homenajes.

Tres razones para realizar el viaje desde el Centro Imperial. Si había tres, ¿por qué no cuatro? ¿La cuarta podría ser maquinar la destrucción de Villachor?

Además, estaba el incidente del hotel Corona Lulina, donde Aziel, el asistente de Qazadi, había estado en medio de un extraño semiataque.

—¿Hay noticias sobre el incidente del Corona Lulina? —preguntó.

—No, señor —respondió Sheqoa en un tono extrañamente renuente—. Nada relevante.

—¿Nada relevante? —repitió Villachor—. ¿Qué quiere decir «nada relevante»?

—La policía cerró el caso —dijo Sheqoa y parecía agraviado—. Lo descartaron por parecer una broma.

Villachor se movió en su silla y fijó su vista en el otro hombre.

—¿Una broma? —dijo alzando la voz—. Hay una explosión en el pasillo de un hotel ¿y es una broma?

Volvió a girar y vio las luces de la ciudad mientras sacaba su comunicador. Aparentemente era momento de recordarle a Hildebron, el comisionado de la Policía, qué nivel de servicio habían comprado los créditos con los que lo sobornaron.

—Se cerró por orden del Comisionado Hildebron, después de recibir una llamada del Maestro Qazadi —dijo Sheqoa.

Villachor se quedó helado.

—¿El Maestro Qazadi canceló la indagación?

—Así parece.

Despacio, Villachor regresó el comunicador a su cinturón. Pero eso era una locura. ¿Por qué galáctica razón cancelaría Qazadi la investigación? Aziel era también un funcionario del Sol Negro, un colega cercano y, hasta donde pensaba Villachor, lo más cercano a un amigo para un falleen. Lo más lógico sería que Qazadi estuviera ahora en el

cuartel de policía, llenando la oficina de Hildebron de feromonas e insistiendo en que la amenaza en contra de su colega y los códigos cryodex fuera neutralizada.

A Villachor se le hizo un nudo en la garganta. Claro. Los códigos cryodex.

Porque estar vendido al Sol Negro no quería decir que Hildebron no fuera bueno para su trabajo. Lo era, y una investigación realmente buena podría fácilmente exponer el hecho de que Aziel estaba en Ciudad Iltarr como guardián de la mitad de los códigos que activaban el cryodex que Qazadi tenía encerrado en su *suite*.

Desde luego, una mala investigación podría llevar al robo de esos mismos códigos si quienquiera que los estuviera intentado robar decidiera intentarlo de nuevo. Pero, aparentemente, Qazadi estaba dispuesto a arriesgarse a eso.

Tal vez tenía razón en hacerlo. Aziel había venido a Marblewood a asistir a Qazadi en la activación del cryodex antes de cada una de las sesiones de extorsión de Villachor, pero el cryodex y los archivos mismos nunca corrieron ningún riesgo. Si los códigos de Aziel eran robados o destruidos, sólo querría decir que Villachor no podría usarlos en contra de víctimas potenciales. Una inconveniencia, mas no un problema grave. Pero ya fuera que el ataque había fallado o que hubiera sido una broma, el hecho era que se había arruinado la velada de un funcionario del Sol Negro en pleno territorio de Villachor. Eso no era algo que podía ser ignorado ni descartado.

Si el brillestim era una prueba, tal vez esto también lo era.

—¿Tenemos a alguien en el hotel?

—No —dijo Sheqoa—. Pensé que el Maestro Qazadi nos había ordenado mantenernos alejados.

—Eso fue antes de que atacaran a su gente —gruñó Villachor—. Para la medianoche quiero un escuadrón ahí. Pon al menos dos hombres en ese mismo piso y los otros en las recámaras que se encuentran arriba o debajo de la *suite* de Lord Aziel.

—Sí, señor —dijo Sheqoa, dubitativo—. Me permito recordarle, señor, que de por sí apenas nos daremos abasto para controlar a la multitud del festival. Quitar todo un escuadrón de nuestra plantilla sólo empeorará esa situación.

—No me importa —dijo Villachor muy cortante—. Siempre y cuando tengamos en la bóveda el número de siempre. Eso es lo único que importa. Si alguien quiere usar el festival para entrar a la casa y robar algunas cucharas, que lo intente. Después podremos lidiar con ese tipo de cosas.

—Entendido —dijo Sheqoa, quien claramente aún no estaba satisfecho, pero sabía que no debía seguir discutiendo más—. ¿Me imagino que no podrá convencer al Maestro Qazadi de que traiga aquí a Aziel y a los demás? Eso facilitaría mucho la seguridad.

Villachor sintió que el estómago se le endurecía. Sí, ciertamente sería más fácil. De hecho, él le había hecho la misma observación a Qazadi en su primera reunión.

Pero Qazadi no le había dado importancia a la sugerencia y mencionó la política del Sol Negro de mantener separados los archivos de extorsión y el código de cryodex, a menos que se fuera a leer alguno de los archivos. Villachor escuchó esa explicación,

asintió con cortesía y fingió aceptarla, aunque estaba tan insatisfecho como Sheqoa. En su opinión, más que una explicación era una excusa mal inventada.

Tal vez había otra razón para que Qazadi mantuviera a Aziel alejado de Marblewood. Tal vez Aziel no estaba aquí sólo para encargarse del código, sino que estaba esperando para tomar el lugar de Villachor una vez que él reprobara la prueba de Qazadi.

Si ese era el caso, sin duda lo que menos le interesaría a Villachor era perjudicarse a sí mismo usando todos sus recursos para proteger a Aziel.

Pruebas escondidas en pruebas escondidas en pruebas. Y Villachor seguía sin saber cómo quería Qazadi que brincara.

Pero una cosa sí era segura: si Qazadi esperaba una transición de poder tranquila y civilizada, que lo olvidara.

—Regresa con Riston —le ordenó a Sheqoa—. Dile que quiero que siga haciendo pruebas hasta que pueda decirme con certeza de dónde viene ese brillestim.

—No creo que haya más pruebas que pueda hacer, señor —le dijo Sheqoa.

—Entonces que invente algunas —replicó Villachor—. Vete.

—Sí, señor —dijo Sheqoa.

No se veía contento, pero sabía cuándo le daban una orden.

—Y no puedes decirle al Maestro Qazadi o a su gente de nada de esto —añadió Villachor—. No hasta que estemos seguros.

—Sí, señor —dijo el hombre grande—. Buenas noches, señor.

Giró y se fue tan silenciosamente como cuando llegó. Villachor volteó otra vez, observando hasta que la sombra de Sheqoa había cruzado la puerta del otro lado de la *suite*. Entonces, con un silbido, admiró de nuevo la vista de la ciudad.

Desde luego que Riston no descubriría nada nuevo. Pero pedir más pruebas le compraría más tiempo a Villachor; el suficiente, esperaba, para dilucidar las posibles trampas que tan seductoramente se habían dispuesto ante él.

Mientras tanto, el Festival de los Cuatro Homenajes comenzaría en tres días y, con él, multitudes de los grandes y los insignificantes de Ciudad Iltarr descenderían a su propiedad y patio. Villachor tenía que hacer exhibiciones, preparar el entretenimiento, coordinar los alimentos y bebidas y recibir a un gran número de funcionarios en su mansión para sobornar, amenazar o chantajear.

Se prometió a sí mismo que, para cuando acabara el festival, hasta Xizor tendría que admitir que Villachor, y sólo Villachor, era el que mejor sabía cómo manejar las operaciones del Sol Negro en este sector. Si los planes de Qazadi incluían reemplazarlo, encontraría en Villachor un blanco mucho más difícil de lo que pensaba. Y si la carnada del brillestim era alguien más que intentaba abrirse camino en su territorio… Villachor mostró sus dientes a las luces encumbradas. Si alguien allá afuera realmente era tan tonto como para retarlo, ese alguien se arrepentiría. Muy, muy seriamente.

Se escuchó el seguro de la puerta y luego se abrió. Apesadumbrado, como no había permitido sentirse hasta ese momento, entró en la *suite*. D'Ashewl lo estaba esperando, sentado en el escritorio de la oficina.

—¿Cómo te fue?

—Funcionó —dijo Dayja, tambaleándose en la alfombra gruesa hasta alcanzar la silla cómoda más cercana y dejándose caer sobre ella. Había sido un día muy largo—. Master Cuciv nunca me vio venir y ahora está dormido gracias a la droga hablafácil.

D'Ashewl hizo un quejido.

—Espero que sepas el riesgo que corrías con eso —advirtió—. Un índice de 85 por ciento de insuficiencia cardiaca no es algo que se debe tomar a la ligera.

—Lo sé —dijo Dayja. Hizo una mueca al acordarse de cómo el viejo funcionario espacioportuario luchó contra la sobretensión inicial de la droga hasta que su corazón finalmente se estabilizó—. Pero no había otra opción. Necesitábamos saber acerca de las tarjetas de información con los archivos de extorsión y no podíamos dejarle a Cuciv ninguna memoria de lo que le habíamos preguntado; eso quería decir que no podíamos contar con droides de interrogación, ni Bavo Six, OV 600 ni ninguna de las otras drogas.

—¿Y si se hubiera muerto?

Dayja se encogió de hombros.

—Eanjer tenía otros dos nombres. Alguno de ellos probablemente hubiera sobrevivido la intervención.

D'Ashewl se quejó otra vez.

—Pero ¿sí lo conseguiste?

—Sí —dijo Dayja—: tarjeta de datos tamaño estándar, negro mate, con el logo negro brillante del Sol Negro estampado en el frente.

—Qué sutil —dijo burlón D'Ashewl—. Además, artístico. No lo que esperarías de los matones de Xizor. ¿Qué tan grande es el logo?

—Pues, ese es el pequeño detalle del asunto —concedió Dayja—. Cuciv fue un poco vago en ese punto. Eanjer le va a pedir a su equipo que haga dos o tres versiones y esperemos que una de esas se le parezca.

—No es lo ideal —dijo D'Ashewl—. Pero probablemente puedes hacer que funcione.

Por un momento se quedaron callados. Dayja se quitó el cuchillo, el comunicador y el bláster de mando y los puso en la mesa junto a la silla, tratando de decidir si estaba demasiado cansado para comer o demasiado hambriento para dormir; esta opción fue la que ganó. Se puso otra vez de pie y se dirigió a la estación de comida junto a la unidad de entretenimiento al otro extremo de la oficina.

—¿Algo de suerte para rastrear a mis nuevos mejores amigos con los holos que te mandé? —preguntó y volteó la cabeza para hacerlo.

—No del todo —dijo D'Ashewl—. Nunca me sorprenden los pocos criminales que tienen algo más que sólo sus nombres en los archivos policiales. Ni siquiera los registros del Buró de Seguridad Imperial tienen mucho más.

—Los de alto nivel aparentemente contratan *hackers* con demasiado tiempo libre —concordó Dayja.

—Así parece ser —dijo D'Ashewl—. ¿Ya hizo la pregunta obvia?

—¿Por qué no nada más le llamo a una legión de stormtroopers para que lleguen a Marblewood con todo el arranque de su fuerza? —preguntó Dayja con ironía—. No con tantas palabras, pero lo ha sugerido. He intentado dar la impresión de que se nos pide apegarnos a procedimientos legales estrictos. Todo eso de los derechos y garantías civiles.

D'Ashewl hizo un ruido de burla con la garganta.

—Libertades y garantías, claro —suspiró, y se alcanzó a escuchar hasta la estación de comida—. Espero que te des cuenta de lo delgado que es el hielo sobre el que estamos caminando, Dayja. El director tiene problemas muy serios con la corte ahora y quizá ya esté de salida, le consigamos o no los archivos de extorsión. Si nos relacionan con él cuando caiga del precipicio, lo cual hasta hace nueve días era cierto, no será agradable para ninguno de nosotros.

—Todavía hay tiempo —dijo Dayja con firmeza—. Si puede averiguar cuáles de sus enemigos están en la nómina del Sol Negro, puede usar esa asociación en su contra.

—Tal vez —dijo D'Ashewl, aunque no parecía convencido.

—Pero ya sea que logre salir de esta situación o no, nuestros futuros siguen pendiendo de un hilo. Si conseguimos los archivos, seremos héroes. Si no, no importará si el director se va o no. Xizor está furioso por el intento de robo, y con sus capacidades de chantaje intactas, será un enemigo formidable.

—La vida es una apuesta —le recordó Dayja, tecleando algo que sería rápido de preparar y de comer—. El trabajo de inteligencia aún más. No te preocupes, esto dará resultado.

—Espero que tengas razón —dijo D'Ashewl—. ¿Qué vas a hacer con la jugada del brillestim? Eso ya está en pie, ¿no?

—Sí, pero lo podemos poner en pausa unos días —dijo Dayja—. Nadie más que ese gerente de calle, Crovendif, conoce mi apariencia. Si me mantengo alejado de sus calles, estaré bien.

—¿Así que dejarás que Eanjer y su equipo sean los actores?

—Por ahora —dijo Dayja—. Me imagino que Qazadi estará aquí durante todo el festival. Si Eanjer no logra conseguir los archivos de extorsión, seguro tendré tiempo de regresar a mi plan original.

—Estamos poniendo nuestras vidas en un grupo de manos sucias —advirtió D'Ashewl.

—Va a estar bien —aseguró Dayja, con una sonrisa estrecha.

La preocupación de D'Ashewl era conmovedora y en lo más mínimo descabellada. Pero ambos sabían que si él pluralizaba era sólo por cortesía. D'Ashewl había estado mucho tiempo en el servicio y había hecho el número suficiente de amigos y aliados para

que hasta Xizor dudara en enfrentarlo. Sin duda, no por un intento de espionaje que además había fracasado. No, la vida de D'Ashewl no estaba en manos de Eanjer.

Pero Dayja no contaba con respaldos tan poderosos. Lo que pasara durante los días siguientes construiría o destruiría su carrera de manera permanente. Pero había que correr ese riesgo. El Sol Negro era un mal que había estado devorando las raíces de la galaxia por un tiempo muy largo y había que detenerlo. Si al Emperador no le interesaba actuar y Lord Vader estaba demasiado distraído, entonces les tocaba a los hombres de abajo. Y si esos hombres de abajo caían… pues la vida era una apuesta. La suerte estaba echada. Había que esperar a ver cómo caían los dados.

Unos minutos después de que Lando se fuera a su cuarto, Han se quedó donde estaba, viendo hacia la ventana y las luces de la mansión de Villachor. Con la relativa oscuridad del terreno de Marblewood que la rodeaba, la casa parecía un cúmulo de estrellas que flotaba solitario en el espacio.

Todos los pilotos de la galaxia sabían cuán peligrosos eran los cúmulos.

Lando tenía razón, desde luego. Han era un piloto y un contrabandista. ¿Qué sabía él del arte de la estafa?

Nada, en realidad. Pero conocía a las personas. Sabía cómo pensaban y reaccionaban, especialmente las que estaban motivadas por la avaricia y el deseo de poder. Lo había visto con Jabba y Batross, lo había visto pasar con funcionarios imperiales y en ocasiones había llegado a sentirlo un ápice.

Tal vez eso era lo que más le gustaba de Leia. Como princesa de Alderaan, había tenido suficiente poder, más del que la mayoría de la gente podía soñar. Pero lo había hecho a un lado por lo que consideraba una causa superior y noble.

Claro, aún quedaba por verse si en verdad era una causa superior o una manera elegante de cometer suicidio en masa. Pero ese no era problema de Han. Su problema era que básicamente le había prometido venganza a Eanjer y una repartición de 163 millones de créditos a todos los demás.

Y Lando tenía razón en algo más. A veces la confianza que Han tenía en los demás era inmerecida.

Lo pensó un rato más. Luego, obligándose a salir de la silla, fue a buscar a Dozer. Considerando cómo había estado actuando cuando dejó la sala de juntas, el lugar más probable para buscarlo sólo podía ser uno. Lo encontró en la cocina, comiendo un sándwich enorme.

—¿Interrumpo? —preguntó Han al entrar y sentarse.

—No —dijo Dozer—. ¿Es sobre si Lando es quien dará la cara? Porque si es así, olvida todo lo que dije antes. En lo que a mí respecta, el trabajo es suyo.

—Me da gusto escucharlo —dijo Han—, porque hay otra cosa que quiero que hagas para mí. Algo que podría tomarte un par de días.

Los ojos de Dozer se hicieron pequeños.

—¿Estás tratando de deshacerte de mí?

—Claro que no —le aseguró Han.

—Porque si esto se trata de que antes estaba preocupado por el Sol Negro, ya no me importa —insistió Dozer.

—Lo sé —dijo Han—. Esto es sólo algo que pienso que vamos a necesitar, eso es todo.

—Ajá —dijo Dozer, aún con sospecha—. ¿Involucra a ese falleen otra vez?

—No, ningún falleen —dijo Han—. Va a ser latoso, pero no debe haber problemas.

Dozer siguió estudiando su rostro unos segundos más. Después, con cuidado, puso su sándwich en el plato y se quitó las migajas de las manos.

—De acuerdo —dijo, recargándose en su asiento—. Dímelo todo.

CAPÍTULO NUEVE

Durante los siguientes tres días el equipo se quedó cerca de casa. El cuarto de las gemelas pronto se convirtió en un taller de electrónica porque Bink, Tavia, Chewbacca y Winter estaban construyendo los spitmisores que cabrían en el poco espacio disponible en la tarjeta de información. Desafortunadamente, el amigo de Eanjer, Donnal Cuciv, no había podido darles el tamaño indicado del logo del Sol Negro en la tarjeta de datos que Villachor le había mostrado, lo cual quería decir que iban a necesitar al menos tres y posiblemente cinco para cubrir todas las posibilidades. Como, además, Winter y Chewbacca hacían el cryodex falso, estaban cortos de tiempo.

De cualquier forma, Chewbacca estaba encargado y el wookiee nunca había decepcionado a Han, quien tampoco esperaba que esta fuera la primera vez.

Los otros tenían suficiente trabajo que hacer por su cuenta. Kell instaló un taller de explosivos en el cuarto adyacente al de las gemelas y se la pasó los tres días creando cargas de diferentes tamaños y figuras. Zerba se ocupó con los trajes de arranque y cambio rápido que Han le había comisionado; hacía pausas frecuentes para descansar sus ojos y practicar su prestidigitación. En cambio, Eanjer no tenía mucho qué hacer, sólo vagaba por la *suite*, hacía preguntas y, en general, estorbaba.

Lando y Han pasaban la mayoría del tiempo en la sala de juntas, tratando de no intervenir con los asuntos de los demás y leyendo el cada vez mayor volumen de información que Rachele podía conseguir sobre Villachor, sus empleados, su mansión y la gente con la que más trataba; muchos de ellos probablemente también eran parte del Sol Negro.

A veces a Han le parecía abrumadora la cantidad de información. Villachor abarcaba prácticamente todos los aspectos de la vida en Ciudad Iltarr, con la mitad de la policía y probablemente más de la mitad de los funcionarios gubernamentales listos para dejarlo todo si él lo ordenaba. Fue una dura realidad confirmar que el equipo se había instalado en medio de un territorio sumamente hostil.

A Lando, como era usual en él, eso no parecía molestarle. Quizá por ser jugador estaba más habituado a enfrentarse a mesas llenas de enemigos. Tal vez era más bueno para esconder sus inquietudes. Leía la información de Rachele rápido y metódicamente, a veces comentando sobre algo especialmente relevante o alguna información útil. A veces experimentaba con diferentes acentos que pensó que podían servirle para cuando finalmente se encontrara con Villachor cara a cara.

Era un poco desesperante verlo tan calmado, pero Han tenía que admitir que tal vez Lando tenía una mejor actitud. Jabba y los otros hutts no eran tan diferentes de Villachor y el Sol Negro, excepto que su influencia era más o menos evidente y abierta en lugar de

estar enterrada en un laberinto de raíces subterráneas. Han había sobrevivido a las intrigas y hostilidad de los hutts. También era capaz de superar lo que Villachor tuviera para él.

Dozer era la principal excepción al patrón de los demás de quedarse en casa. Desde la primera vez que Tavia lo envió por nuevas células de poder, se metió en el papel del chico de los recados, yendo por todo, desde componentes para detonadores hasta vendas de medisello para Eanjer y comida rodiana cuando de repente Zerba tenía un antojo insaciable.

Rachele bromeó una vez que se la pasaba más fuera que dentro de la *suite* y se preguntó en voz alta si se le podría descontar su parte de la renta. Era una exageración, desde luego, pero todos se habían percatado de que Dozer se ausentaba por horas para buscar el objetivo del momento.

Han sólo esperaba que ninguno sospechara la verdadera razón de sus largas ausencias. Mientras ellos trabajaban, abajo, el terreno de Villachor se estaba transformando en algo que era mitad feria callejera y mitad exhibición. Desde el cielo, los decorados y pabellones llamaban la atención con la promesa de un regreso a la magnificencia de la Vieja República.

Desde el suelo, no decepcionaron.

—Esto es increíble —comentó Bink cuando el grupo caminaba por el sendero hacia la mansión—. Nunca he visto algo así y he estado en todas partes.

—Además, esto es apenas el primer día —le recordó Kell, quien se escuchaba aún más deslumbrado que ella.

—¿Quién hubiera dicho que había tantas maneras de mover rocas y polvo?

—Piedras —lo corrigió Dozer con frialdad—. Es la Ofrenda de la Piedra Moviente.

—Roca, piedra, es lo mismo —dijo Kell todavía viendo para todas partes.

—No, una está bien y la otra no —insistió Dozer—. ¿Quieres parecer un turista ignorante?

—Somos turistas ignorantes —señaló Lando—. Como tal vez la mitad de esta gente.

—Si no de este montón, entonces como los que vendrán después —dijo Han, viendo los ríos de gente que pasaban al lado de ellos.

Apenas era mediodía y se suponía que faltaban dos horas para que el evento comenzara oficialmente y ya había cientos, quizá miles de personas entrando por las puertas, todas observando, emocionadas como Bink y Kell.

Para ser sincero, Han no los culpaba.

Arriba, sistemas solares miniatura flotaban por el aire: sus planetas, lunas o asteroides se movían en torno a sus brillantes soles. Algunos de los sistemas tenían pequeñas naves brillantes que viajaban a través de ellos, y de vez en cuando uno brillaba como si hicieran el salto a la velocidad de la luz y aparecía en un sistema diferente a docenas de metros de distancia.

Junto al sendero, colgados cerca de grupos de árboles esculpidos, había tornados de arena que giraban: sus altas formas de embudo daban vueltas con una furia confinada.

Más lejos podía ver los conos de algo que Rachele llamaba volcanes de lava fría, que al parecer hacían erupción al azar con aún más violencia y furia inicua que los tornados.

Han había visto cosas más impresionantes en sus viajes por la galaxia. Pero pocas veces había visto muestras hechas con tanto estilo. Era fácil dejarse llevar por el brillo y la atmósfera de carnaval. Era más fácil resistirse cuando se acordaba que todo había sido pagado con créditos de sangre.

—De acuerdo —gruñó Dozer. Al menos él no corría peligro de dejarse atrapar por el espíritu del festival—. Como sea. Sólo quiero que muestre un poco de dignidad. Tú sabes, dignidad.

—Perdón —dijo Kell, y su emoción se apagó.

Han vio de reojo a Lando. El otro le regresó la mirada y encogió un poco los hombros. Dozer no quería acompañarlos a Marblewood esta mañana. Pero, al mismo tiempo, no quería que lo dejaran solo.

—Ahí hay uno —dijo Bink, señalando al lado.

Han vio en esa dirección y vio a un droide parado, sin moverse, junto al camino; probablemente lo habían puesto ahí para dar indicaciones o consejos a los primerizos. A diferencia de prácticamente todos los droides que Han había visto, este llevaba ropa: un vestido largo estampado con piedras que tenía mallas, mangas y hasta guantes. En su cabeza llevaba una capucha con agujeros para los ojos y la boca únicamente. Parecía una pila de rocas que se había acomodado en forma de droide, lo cual se suponía que era el chiste.

—Qué impresionante —murmuró Lando—. Un poco ridículo, pero impresionante.

—Ya quiero ver los trajes para la Ofrenda del Viento Moviente —comentó Bink—. Algo ligero y airoso, sin duda. Rachele tiene razón, es imposible saber qué tipo de droide es debajo de todo eso.

—Por la forma, yo diría que es un SE 4 o SE 6 —dijo Kell—. Su voz podría darnos una pista. ¿Quieren que lo intente?

Dozer hizo un ruido de burla.

—Sí, buena suerte —dijo moviendo la cabeza para alcanzar a ver por encima de la muchedumbre—. Puedo ver al menos una docena de droides aquí, y eso sin contar los meseros en los pabellones y los que meten el fuego a los volcanes y géiseres. ¿Vas a hacerles preguntas a todos?

—Hay que apegarnos al plan y ya —dijo Han.

—¿Cómo estamos de tiempo? —preguntó Lando—. Me imagino que queremos pasear y ver un poco antes de hacer nuestras respectivas movidas.

—Suena bien —dijo Han—. En el momento en que hagan su movida contra Villachor serán el centro de atención. Hay que aprovechar que somos anónimos mientras podamos. Tomemos una hora, exploremos el terreno y luego trabajamos. Recuerden que algunos de esos planetas flotantes probablemente sean cámaras droides. Hagan todo como si tuvieran un público, porque es probable que así sea.

—Y vigilen a Villachor —dijo Lando—. No hay garantía de que vaya a estar afuera tan temprano. Si no viene, el paseo habrá sido en vano.

—Yo no sé si diría que en vano —dijo Bink oliendo el aroma del aire—. Podemos ir a los pabellones de comida.

—Concéntrate en el trabajo, Bink —adivirtió Han—. Una hora. Tengan cuidado.

La *suite* de huéspedes de Marblewood ocupaba casi un tercio del piso superior del ala noreste de la mansión; estaba equipada con las mejores comodidades y decoraciones que el Imperio podía ofrecer. En muchas maneras era aún más magnífica que la *suite* de Villachor, pues la suya sólo estaba diseñada para el confort, mientras que la de huéspedes trataba de impresionar a sus ocupantes. El lugar había albergado a docenas de funcionarios y colegas del Sol Negro durante los últimos once años y, según todos los indicios, había triunfado respecto a ambas metas.

Pero hasta ahora, ninguno de los invitados de Villachor había estado lo suficientemente impresionado por la *suite* como para haberse rehusado a irse. Como siempre, había dos guardias falleen a los costados de la puerta de la *suite* cuando Villachor llegó.

—Jefe de Sector Villachor para una audiencia con Su Excelencia —anunció formalmente cuando se detuvo a unos metros.

—¿El propósito de la audiencia? —preguntó uno de los guardias.

Villachor se contuvo de gruñir. Era el mismo trato arrogante y humillante que había aguantado desde hacía tres días. Sí, Qazadi era un vigo, pero aun así no había razón para que un simple guardaespaldas le hablara a un jefe de sector del Sol Negro con tal falta de respeto. Ni siquiera cuando el guardaespaldas era uno de los queridos falleen de Xizor.

—Quisiera invitar más tarde a Su Excelencia al balcón de presentación para las ceremonias de inauguración del festival —dijo entre sus dientes—. Desde ahí podrá ver mejor las erupciones de los géiseres.

El guardia sacó un comunicador de su cinturón y le habló a Qazadi. Hubo una respuesta y regresó el aparato a su lugar.

—Su Excelencia le agradece la oferta —le comunicó—. Piensa que puede observar los eventos de la Ofrenda de la Piedra Moviente bastante bien desde su propio balcón.

—Ya veo —dijo Villachor, haciendo un esfuerzo mayúsculo para seguir con la voz cortés—. Por favor, agradécele su tiempo y consideración.

Sheqoa esperaba junto al turboascensor donde Villachor lo había dejado.

—¿Va a venir? —preguntó el jefe de seguridad.

—No, no lo hará —respondió cortante Villachor—. Aparentemente no le interesa nada más que su propia recámara y su propia gente.

Sheqoa hizo un pequeño gruñido.

—Tal vez no tiene ningún interés —dijo—. Pero su gente sí que lo tiene. Dorston y su patrulla encontraron a dos más de ellos en la cocina.

Villachor se tragó una maldición. Los guardias de Qazadi habían estado por toda su mansión en los últimos tres días, metiendo los dedos y las narices por todas partes. Ya había habido varias confrontaciones entre ellos y la gente de Sheqoa, una de las cuales casi llegó a blásters desenfundados.

Así como el aislamiento autoimpuesto de Qazadi, el andar oculto en las esquinas fisgoneando había comenzado la noche que Crovendif llevó esa misteriosa muestra de brillestim.

—¿Dijeron qué estaban haciendo?

—Que sólo estaban mirando —dijo Sheqoa—. Pero creo que se trataba de algo más. Dijo que estaban en el extremo este-central, cerca del elevador de alimentos, y que uno de ellos llevaba una sonda de sensores.

Villachor hizo una mueca. El ascensor era un residuo del antiguo dueño, que servía para llevar comida u otros objetos desde la cocina del primer piso hasta el cuarto, donde la canasta o charola podía transferirse a uno de dos conductos horizontales que llevaban ya sea a la *suite* principal de huéspedes o a la de Villachor en el ala sureste. Al parecer, el dueño buscaba una manera de que le llevaran sus alimentos sin tener que abrir la puerta a sirvientes o droides.

—¿Qué hacían con la sonda?

—No creo que hayan podido comenzar nada —dijo Sheqoa—. Como siempre, dijeron que la libertad de movimiento que usted le dio a Qazadi también era aplicable para ellos.

—Claro que lo dijeron —dijo Villachor.

Era una excusa pequeña como una molécula, y él y Sheqoa lo sabían. Pero no podían hacer nada al respecto. Qazadi tenía que tener el mando de la mansión, era un vigo, después de todo. Una vez que se le dio esa autonomía, no había manera de que Villachor limitara a sus guardaespaldas sin verse mezquino o sospechoso.

Si había algo que Villachor sabía con seguridad era que «mezquino» y «sospechoso» no eran etiquetas que pudiera darse el lujo de tener en su nombre.

—Quiero que se dupliquen las patrullas nocturnas —ordenó a Sheqoa—. También pon un guardia más en la cocina, en un lugar donde pueda ver la alacena y el ascensor. Con toda la comida que estamos preparando para el festival, de todos modos deberíamos tener a alguien más ahí.

—Sí, señor —dijo Sheqoa.

No parecía más contento con la situación que Villachor, pero era obvio que no tenía mejores ideas o sugerencias.

—Después de que hagas eso, quiero que contactes a ese gerente de calle, Crovendif —continuó Villachor—. Lo quiero aquí todos los días del festival, caminando con los ojos abiertos. Si el vendedor de brillestim aparece, lo quiero.

—Sí, señor —repitió Sheqoa—. Cuando esté listo para salir, Tawb y Manning deben estar esperando en el pórtico del ala oeste.

Villachor levantó la mirada hacia uno de los tragaluces cuando uno de los sistemas solares flotantes pasó por encima. Ahora no estaba tan emocionado por tener que salir entre los simples y estúpidos, obligado a sonreír y conversar con sus conciudadanos de Iltarr y fingir que en realidad le importaba que existieran. Sobre todo no con ese humor.

Pero el nuevo Ministro de Relaciones Comerciales llegaría en menos de media hora. Villachor tenía que estar ahí para saludarlo, invitarlo casualmente a una habitación más callada y privada dentro de la mansión y explicarle las realidades del trabajo gubernamental en Wukkar.

—Estoy listo —le dijo a Sheqoa—. También tienes que salir. Este año no queremos problemas ni incidentes.

—Entendido, señor —dijo sombrío Sheqoa—. No se preocupe, no los habrá.

Como siempre, las multitudes ya habían comenzado a llegar a la propiedad, aunque las otras sedes del festival alrededor de la ciudad y del planeta aún no abrían. Pero a pesar de la gente y del hecho de que el servicio de comida en realidad apenas estaba empezando, la muchedumbre se veía contenta y amable. A medida que cada visitante o grupo veía que se acercaba su anfitrión, dejaban sus actividades o conversación, ofrecían respetuosas reverencias o gestos de agradecimiento y buena voluntad, y después, cortésmente, se hacían a un lado para dejarlo pasar.

Eran corderos. Todos y cada uno de ellos. Aunque eran amables y amistosos, Villachor y el Sol Negro les arrancaban la lana y la carne de sus huesos.

Villachor dio su primera vuelta alrededor del patio interior y seguía el flujo de gente que se dirigía a los pabellones de comida cuando Tawb se acercó y tocó su brazo.

—Señor.

—¿Qué sucede? —preguntó Villachor, intercambiando saludos con un koorivar que usaba la capucha de comerciante y haciendo una nota mental de mandar a alguien a que comprobara el estatus del alienígena y sus planes de viaje.

Muchos comerciantes koorivar también se dedicaban al contrabando de armas, y a Villachor siempre le venía bien otro proveedor.

—Acabo de recibir un informe de uno de los guardias del Maestro Qazadi —dijo Tawb, bajando la voz—. Cree que vio al hombre de Servicio de Mensajería Línea Rápida que estuvo en la *suite* de Lord Aziel después del incidente del Corona Lulina.

—¿En serio? —preguntó Villachor frunciendo el ceño.

La mañana después del incidente, Aziel le había dicho que estaba convencido de que el mensajero era inocente. Entonces ¿por qué la gente de Qazadi lo estaba buscando?

—¿Dónde está?

—Cerca del volcán y del pabellón del noroeste.

Que también era la muestra más cercana a la entrada norte de la mansión. ¿Coincidencia? De hecho, probablemente sí lo era. Los volcanes de lava fría eran

populares y ese pabellón en particular era el que servía salchicha blanca, la favorita de los habitantes.

Sin duda, la presencia de un mensajero cualquiera en este lugar no era para alzar las cejas, pues una de las grandes tradiciones del festival era que estaba abierto tanto para la familia real como para el trabajador pobre.

Aun así, Villachor no tenía intenciones de correr riesgos.

—Que Seguridad lo vigile —dijo a Tawb—. No se acerquen ni lo detengan, sólo obsérvenlo.

—Sí, señor —dijo Tawb, y mientras regresaba a su posición de guardia, ya estaba hablando por el broche comunicador.

Con cierto esfuerzo, Villachor volvió a dibujar una sonrisa. Qazadi y Azil estaban jugando algún tipo de juego por debajo de la mesa, de eso estaba seguro. Cualquiera que fuera el juego, estaba determinado a participar. Lo quisieran o no.

Dozer estaba viendo la salchicha blanca en el pabellón de techo azul, preguntándose si la orden de Solo de echar un vistazo podría incluir un *tour* gastronómico del lugar, cuando se dio cuenta de que lo estaban observando.

Las primeras señales fueron sutiles, como esas cosas suelen ser. Hubo una mirada de un hombre de cara dura que duró mucho. Otro hombre de cara dura que vagaba por el pabellón y veía en dirección de Dozer, después se volteaba y movía los labios como si estuviera hablando solo. Uno de los dos hombres de seguridad que estaban parados junto a la entrada principal de la mansión, probablemente sólo para guardar las apariencias, tocó a su compañero y asintió en dirección de Dozer.

Habían reconocido a Dozer.

Con cierto esfuerzo, se obligó a continuar su caminata casual, su corazón rezumbando en sus oídos. Había sido avistado, ¿pero eso qué quería decir? ¿Que los hombres de Villachor buscaban una oportunidad para sacarlo de la multitud y arrastrarlo dentro para interrogarlo? ¿Tal vez para confrontarlo otra vez con Lord Aziel? Había sobrevivido el último interrogatorio del lord por pura suerte, por la habilidad de Rachele para inventar cubiertas y por el hecho de que Aziel ya estaba convencido de su inocencia antes de que comenzaran su plática. No había garantías de que la siguiente vez le iría tan bien.

Tranquilo, se aconsejó a sí mismo. Para empezar, no había razón por la cual un empleado de una empresa de mensajería no pudiera estar ahí. De hecho, quizá había docenas o cientos de ciudadanos de Iltarr que Villachor y sus hombres conocían de nombre o vista o reputación y que en esos momentos estaban en la propiedad Marblewood.

Además, este era un feliz y alegre festival de todo el planeta. Sin duda, Villachor no haría nada para arruinar el ambiente, a menos que tuviera evidencia sólida de que Dozer traía algo entre manos.

Si tuvieran esa evidencia, seguro ya habrían actuado.

Respiró profundo, sentía que la tensión se esfumaba. Así que sabían que estaba ahí, sabían que era alguien que había interactuado con Aziel bajo circunstancias inusuales y lo iban a vigilar por si acaso.

Eso estaba bien. Dozer no tenía planeado portarse mal. Al menos no aquí ni ahora.

Pero si de todos modos lo iban a estar viendo…

A medio camino entre Dozer y la puerta con guardias había un par de hombres un poco jóvenes que usaban los trajes arreglados, pero sencillos, de túnica con pantalones que indicaban que eran trabajadores que se habían puesto sus mejores ropas para la visita a la fiesta de Villachor. Ambos sostenían vasos y, por la manera en que hablaban y gesticulaban, era probable que hubieran probado más de una muestra de los pabellones de bebidas. Tratando de abarcar con su mirada lo más que pudiera, Dozer se dirigió a la puerta.

La respuesta fue inmediatamente sutil y extremadamente reveladora. De repente, los dos guardias uniformados y los tres de ropa normal que ya había identificado parecían tener ojos sólo para él. Dozer vio que uno de los guardias de puerta dijo algo, ya sea a su pareja o a un broche comunicador, pero ninguno de los otros movió sus labios.

Lo cual no quería decir que no se estuvieran comunicando. Al contrario, a medida que Dozer seguía caminando hacia la puerta, vio que los tres hombres se mezclaban con la multitud en un movimiento bien coordinado que pondría a dos de ellos entre él y la puerta y al otro directamente detrás en posición de retaguardia. En ese punto tendrían muchas opciones para tratar con él, ninguna de las cuales sería agradable.

Ya casi llegaban a sus posiciones cuando Dozer llegó con los dos jóvenes.

—¡Ey! —dijo alegremente; se detuvo junto a ellos y alzó una mano para saludar—. Pensé que los había reconocido, son amigos de Cadger, ¿no?

Los hombres voltearon a verlo, sus sonrisas provocadas por el alcohol adquirieron una expresión de extrañeza.

—¿Cadger? —preguntó uno de ellos.

—Sí —dijo Dozer. De reojo alcanzó a ver que los dos hombres de seguridad se detuvieron, uno de ellos mantenía la posición mientras que el otro se acercó un poco a la conversación—. Bueno, nosotros le decimos Cadger. Siempre pide cosas prestadas, pero nunca las regresa; casi le tienes que solicitar a la guarnición de Tweenriver que lo recupere por ti.

El rostro de uno de los hombres se relajó.

—Oh —dijo—, quieres decir Esmon.

—Sí, Esmon —confirmó Dozer—. Nosotros siempre le decimos Cadger. Oigan, esta es mi primera vez en este lugar. ¿Ustedes saben cuándo dejan de servir comida esos pabellones? No puedo acercarme ni para preguntar.

—No te preocupes —le aseguró el hombre—. Te vas a cansar antes tú que ellos.

—Sólo asegúrate de que no tomes tanto que te tardes más de un día en reponerte —añadió el otro hombre y alzó su vaso para enfatizar—. Porque el tercer día es la Ofrenda

del Aire Moviente, y Villachor da los mejores licores batidos de Wukkar. Querrás estar aquí tempranito para eso.

—Seguro —afirmó Dozer, dándole al otro un golpe amistoso en el hombro—. Cuando vean a Cadger o a Esmon, díganle que Blanther le manda saludos.

Al voltearse, Dozer se alejó de ambos hombres y de la puerta. Volteó a ver a los lados de manera casual y vio que también el equipo de seguridad estaba regresando a sus posiciones anteriores, la alerta ya se había reclasificado como una falsa alarma. De todas maneras, no tenía dudas de que lo seguirían viendo todo el tiempo que él estuviera ahí. De hecho, era perfecto. Dozer nunca había estado completamente cómodo con la idea de ser el cabecilla de esta operación. En cualquier rama del fraude se necesitaba un poco de talento interpretativo, por supuesto, y robar naves no era la excepción. De ser necesario, habría hecho un buen desempeño en este trabajo, también. Pero hubiera sido un buen trabajo, no uno espectacular. Para enfrentarse con alguien como Villachor, Dozer sabía que se necesitaba algo más que sólo «bueno». Aunque nunca lo admitiría, sobre todo no ante Solo, se había sentido aliviado cuando Calrissian llegó de la nada a la *suite*.

Que Lando se quedara con la gloria y el peligro que implicaba estar al frente de la estafa. Dozer tenía sus propias habilidades, y ninguno de los otros podría igualarlas ni en su mejor día.

Giró a la derecha, se dirigió hacia otro de los pabellones, más allá de los cuales había otra entrada a la mansión. Se prometió a sí mismo que para cuando el grupo se reuniera en la *suite*, ya conocería bien la seguridad del festival de Villachor y sus patrones de alerta.

A ver si Calrissian y su sonrisa elegante podían superar eso.

Toparse con la gente era un arte y una ciencia.

Afortunadamente, hacía tiempo que Bink dominaba ambas.

—¡Oh! —exclamó alzando las manos y abriendo mucho los ojos como con vergüenza y pena al voltearse a ver al hombre cuyo pecho acababa de golpear con cuidado.

—Lo siento muchísimo. ¿Estás bien?

—Estoy bien —le aseguró y le concedió una sonrisa pequeña y un tanto fría.

—Lo siento muchísimo —dijo nuevamente Bink, viéndolo de arriba abajo, como si esperara que cualquier moretón enorme que le hubiera causado con su golpecito fuera visible a través de su ropa.

—¿Te lastimé? No tiré tu trago, ¿o sí? Ay, por favor, dime que no lo tiré.

—Ni una gota —le aseguró y un poco de su dureza se desvaneció.

Así debería ser, esta era la mejor actuación de Bink como chica distraída, garantizada para suscitar sentimientos de diversión, empatía o protección en la mayoría de la población masculina.

—¿Ves? —añadió y levantó su vaso para que ella lo viera.

—Gracias al cielo —respiró. Vio que la taza estaba medio llena de brandy Carlem, justo la cantidad para alguien que la ha estado probando durante la última media hora—. Eso se ve muy bien. No quisiera que nadie lo desperdiciara, especialmente yo.

—Sí lo está y no lo hiciste —le aseguró otra vez.

—Qué gusto me da —dijo ella.

Él mentía, desde luego, al menos sobre lo primero. La taza sólo estaba llena a la mitad, pero no había gotas ni otros rastros de líquido en los bordes del vaso o adentro. Había estado medio llena desde el inicio y ni siquiera le había dado un trago.

También tenía un broche comunicador, el ligero bulto de un bláster escondido bajo el lado derecho de su túnica y el bulto igualmente sutil de un cuchillo amarrado a su antebrazo izquierdo bajo la manga. Tan sólo el que no bebiera lo hubiera marcado como personal de Villachor. La mirada dura y las armas lo confirmaron.

Por supuesto, también ayudó el hecho de que su cara era la misma de un holo que Rachele le había dado de Lapis Sheqoa, el jefe de la fuerza de seguridad de Villachor. La verdad es que los holos le quitaban la diversión a este juego.

—Sólo trata de tener más cuidado —dijo, con una sonrisa un poco más sincera en esta ocasión—. Voltear a otro lado mientras caminas no es buena idea, sobre todo entre un gentío como este. —Alzó un dedo en señal de advertencia—. Además, a la siguiente puedes toparte con el tenedor de mariscos de algún desconocido.

—Bien merecido que me lo tendría —dijo Bink en un tono medio en serio y con una sonrisa coqueta mientras se alejaba de él.

—Nos vemos.

Pasó la siguiente media hora paseando por la propiedad, admirando las exhibiciones, platicando casualmente con algunas mujeres de la multitud, agarrando un vaso de alguna bebida frutal y asegurándose de no saber dónde estaría Sheqoa.

Lo más seguro es que él la estaría viendo, al menos de vez en cuando, y no podía parecer que ella estaba haciendo lo mismo. Cuando fuera el momento, no esperaba tener problemas para encontrarlo de nuevo.

Pensó que ya había sido suficiente y esperó diez minutos más. Después se unió con los celebrantes en una de las mesas, llenó un pequeño plato con diferentes bocadillos; con cuidado creó justo el desequilibrio perfecto para que el plato fuera difícil de sostener sin que fuera obvio lo que hacía. Con el plato en una mano y el vaso en la otra, salió al encuentro de Sheqoa.

Como lo había predicho, fue pan comido. Apenas dos minutos después de que salió del pabellón lo alcanzó a ver a través de la muchedumbre, seguía haciendo su acto de estar paseando como si nada, al vigilar que no hubiera problemas.

Era hora de llevar las cosas al siguiente nivel.

El primer paso era detenerse de manera repentina y torpe, con sus ojos en su plato y la pila de galletas glaseadas pental que empezaban a tambalearse. Después, pedir ayuda a los que pasaran, pero todas sus súplicas, que cada vez denotaban mayor frustración, eran completamente ignoradas por todos.

Claro que la razón de esto era que sólo movía los labios pero no hacía ningún sonido, lo cual quería decir que ninguna de las personas que pasaban tenía ni la menor idea de la dificultad en la que se encontraba. Pero Sheqoa no tenía manera de saber eso, no a la distancia a la que estaba, además, había ruido por la multitud de piedras que se movían por todas partes.

Durante varios minutos más siguió haciendo sus súplicas mudas, hasta que su instinto le dijo que esa parte de la farsa había terminado. Seguía evitando a los transeúntes, comenzó a estudiar el piso, como si tratara de ver dónde podría poner su vaso.

De la nada, y un par de segundos antes de lo que esperaba, apareció una mano que le retiró el vaso de las manos.

—Dame, te ayudo —Sheqoa se ofreció.

—Oh, gracias —dijo Bink y dejó que su ansiedad y frustración fingida se expresaran como un gran alivio mientras ella arreglaba las galletas de pental de una manera más estable—. Gracias —repitió, alzando la vista—. Estaba… ah, eres tú.

—Parece que nos seguimos encontrando, ¿no? —dijo esta vez con una sonrisa más genuina. Pero seguía siendo una sonrisa precavida, con mucho sentido de protección detrás de ella.

—Al menos esta vez no traté de convertir tu cosa esa en uno de esos volcanes —dijo—. Muchas gracias por tu ayuda. Esas galletas de pental están demasiado buenas para desperdiciarlas en el suelo. Me llamo Katrin, por cierto.

—Lapis —dijo Sheqoa—. ¿Este es tu primer festival?

—El primero aquí —le dijo—. Fui al de la sede Barrange cuando vivía en Opolisti.

—He escuchado que es muy bueno ese —dijo.

—Pero no tanto como este —dijo ella con astucia—. Aunque no tuve mucha posibilidad de disfrutarlo. Antes tenía el mismo tipo de jefe que tú tienes.

—¿Qué quieres decir? —dijo frunciendo el ceño.

—Tu comunicador —ella explicó, señalando a su broche—. Estás de guardia, ¿no? Fuera del trabajo, pero en guardia, y en cualquier momento podría llamarte sin previo aviso.

—Algo parecido —dijo—. ¿Y cómo es que conoces esa forma de trabajar? ¿Eres de la policía? ¿Del ejército? ¿Médico?

Bink se rio.

—Esto te va a matar. Soy contadora.

—¿Contadora?

—¿No es una locura? —dijo—. A ver, ¿cuándo fue la última vez que alguien le llamó a un contador a deshora y le dijo… —Hizo su voz más grave para caricaturizar a un jefe severo y sin humor—: «Necesitamos que vengas rápido y examines unos números en este instante»?

Él soltó una risita, su cautela se iba desvaneciendo.

—La mayoría de los números que conozco están perfectamente contentos si esperan hasta las horas de trabajo —dijo.

—Lo más loco es que sí lo hizo —le dijo Bink—. De verdad, dos veces me pidió que fuera por cosas que podían dejarse para el día siguiente sin que a nadie en el universo más que a él le importara. Una de esas veces recibí la llamada justo en medio de una ópera… —Movió la cabeza como si se acordara—. Las miradas de la gente al pedirle que me dejaran salir. Si el Imperio quiere matar rebeldes, deberían hablar con ellos. Esas miradas podrían freír a banthas a cincuenta metros.

—La ópera, eh —dijo Sheqoa—. Nunca hubiera pensado que eras de ese tipo.

—Oh, no lo soy —dijo Bink—. Pero al tipo con el que salía entonces le gustaba mucho. Yo soy más del tipo de espectáculos llamativos. ¿Y tú? Me imagino que no eres un contador, a menos que mi antiguo jefe haya abierto una sucursal en Ciudad Iltarr.

—No, no, soy algo mucho menos interesante —dijo Sheqoa—. Estoy en la seguridad del Maestro Villachor.

Bink dejó que sus ojos se hicieran grandes.

—Oh. Vaya. No, no dije nada malo de nada, ¿o sí?

—Dijiste que el Maestro Villachor hace un mejor festival que el Maestro Barrange, que mi bebida se veía bien y que no querías tirar las galletas de pental por todo el suelo —dijo Sheqoa—. A los de intendencia les dará gusto saber eso último.

—Ah, qué bien —dijo ella—. Porque esto me está gustando mucho. No quisiera que me vetaran del resto.

—Nada más trata de no atropellar a nadie más y te irá bien. —Le regresó su vaso—. Ahora debo regresar a mis deberes.

—Ah, sí, claro —dijo Bink, aceptando de regreso el vaso—. Gracias otra vez. Una pregunta rápida: alguien me dijo una vez que el Maestro Villachor tiene los instrumentos Sunright Feinhomm originales. ¿Es eso cierto?

—Lo es —confirmó Sheqoa—. Tal vez algún día te los pueda enseñar.

—Eso sería increíble —dijo Bink y le dio su sonrisa más deslumbrante—. Bueno, me dio gusto conocerte, Lapis. Seguro nos vemos por aquí.

—Aquí estaré —dijo Sheqoa, sonriéndole con una especie de saludo con la mano.

Seguía sonriendo cuando se volvió y se dirigió a la muchedumbre.

Tomó un trago de su bebida y Bink se dirigió a una de las áreas con asientos. Sí, había ido bien. Se sintió atraído hacia ella. También sospechaba de ella. Sonrió para sí misma. Perfecto.

Las multitudes ya eran sustanciosas y parecía que de cada tres personas que veían a Villachor una quería acercarse y saludarlo, agradecerle su hospitalidad o platicar un segundo como si fuera un amigo de verdad.

Pero si algo había aprendido Lando en la mesa de sabacc era la paciencia. Ahora estaba cultivando esa paciencia, paseando en torno al cortejo de Villachor y estudiando a ese hombre y sus guardaespaldas.

Los habitantes hacían señales y gestos particulares al saludar, los cuales notó mientras que también trataba de descifrar las propias señales reveladoras de Villachor que expresaban interés, impaciencia o aburrimiento.

Finalmente hubo un respiro. Villachor se detuvo y volteó a ver a todas partes mientras murmuraba algo a sus guardaespaldas. Lando se metió entre un par de itorianos cabeza de martillo y se acercó al grupo.

Villachor lo vio venir, y Lando alcanzó a ver que el labio se le movía un poco antes de que su rostro portara una más de sus sonrisas falsificadas.

—Buenas tardes —dijo. Tal vez esperaba que si era el primero en hablar podría controlar la duración de la plática—. ¿Está disfrutando el festival?

—Mucho —dijo Lando, dándole uno de los gestos corteses que parecían estar asociados con la clase alta de Ciudad Iltarr—. Me imagino que realizar algo como esto es extremadamente costoso.

La sonrisa de Villachor se disipó un poco. Al parecer, la mayoría de la gente con la que había hablado sabía que no se debía tocar un tema tan vulgar.

—El placer que el festival le trae al ciudadano común es algo que no se puede medir.

—Sin duda —dijo Lando—. Desde luego me imagino que el festival aporta posibilidades únicas para conocer gente. Algunas de las cuales pueden ofrecerle cosas interesantes.

La sonrisa de Villachor se hizo más grande, pero disminuyó en amabilidad.

—Lo siento, pero todas las pláticas de negocios se posponen durante el festival —dijo él—. Pero es bienvenido a contactar mi oficina después de que concluya la Ofrenda del Fuego. Inclinó su cabeza y comenzó a moverse.

—Entiendo —dijo Lando, dando un gran paso hacia adelante, consciente de que los dos guardaespaldas iban a tratar de interceptarlo—. Sólo voy a decir una palabra: cryo…

Se interrumpió cuando los dos guardaespaldas lo agarraron; uno de ellos empujó un brazo sobre su garganta mientras lo alejaban de Villachor.

—Un momento —dijo Villachor y alzó un brazo para detenerlos—. Muy bien —continuó con voz casual—. Una palabra.

El guardia alzó su brazo sólo una fracción, listo para volver a golpear si era necesario. Lando despejó su garganta.

—Cryodex —dijo.

Contó seis latidos antes de que Villachor hablara de nuevo.

—Tráiganlo —dijo al poco tiempo.

Se dio la media vuelta y regresó a su mansión en dirección de una de las puertas de servicio más pequeñas. Los guardias soltaron a Lando, uno de ellos le dio un codazo en la espalda para indicarle, sin usar palabras, que caminara.

Tampoco necesitaba que le insistieran. Siguió con premura a Villachor, ajustando su paso para alcanzarlo poco a poco. Hoy había docenas o quizá cientos de personas y de droides que entraban y salían de la mansión. Él sabía que estaban reabasteciendo los pabellones con alimentos y bebidas y encargándose de otras tareas. Sería ilustrador ver

exactamente cómo Villachor había dispuesto los seguros de las puertas para que hubiera libertad de tránsito sin que los desconocidos entraran a la casa.

Resultó ser algo realmente decepcionante. Villachor tan sólo caminó hacia la puerta por el pasillo adoquinado, agarró y giró la manija y abrió la puerta de un empujón sin ningún alboroto, molestia o dificultad.

Lando contuvo una sonrisa cuando él y los dos guardaespaldas lo siguieron dentro. Como uno de los trucos de magia de Zerba, había más de lo que parecía. Villachor había agarrado la manija, pero justo antes de girarla, se inclinó ligeramente por la cintura. Entonces, era una especie de activador electrónico, el receptor era el mecanismo de la manija y el activador estaba oculto en el hombro o cuello de Villachor. Tal vez el pendiente de piedra del tamaño de una uña que había visto colgado de una pequeña cadena en su cuello, y que también, se dio cuenta ahora, estaba en los cuellos de sus guardaespaldas.

Dentro se moverían libremente. Tal vez.

Villachor se había detenido unos pasos después de la puerta y los esperaba junto a dos guardias más.

—Ahora vayamos a un lugar tranquilo para hablar —dijo, y la falsa calidez de su voz ya no estaba.

CAPÍTULO DIEZ

Desde que empezó su *tour* por la propiedad, Han opinaba que las varias exhibiciones que había organizado Villachor para la Ofrenda de la Piedra Moviente eran igualmente impactantes. Pero, para él, los tornados de arena eran los más interesantes, los más fotogénicos y, finalmente, los que más podrían ser útiles. Fue de un tornado a otro, se quedaba un par de minutos en cada uno y admiraba las formas ondulantes; también fingía que tomaba fotos con la holocámara falsa que Chewbacca le había hecho la noche anterior.

Tampoco estaba solo en sus actividades. Muchos otros estaban haciendo exactamente lo mismo y muchas veces Han se daba cuenta de que estaba en medio de una multitud mientras fingía tomar holos. La mayoría de estas multitudes eran familias con pequeñines, los cuales admiraban las tormentas miniaturas con una combinación de asombro, alegría y solemnidad de la que sólo los niños muy pequeños son capaces. Los más osados se atrevían a acercarse, unos con imprudencia, otros con cuidado, y tocaban el borde de la arena que giraba, después se iban corriendo y regresaban riendo con sus papás. Los padres, por su parte, parecían confiar en la ingeniería de Villachor y suponían que los diseñadores de los tornados se habían asegurado de que la cápsula y los propulsores evitaran que la arena se saliera y dañara a su progenie.

En general tenían razón. Los primeros cuatro tornados que Han vio estaban aislados y protegidos como si nada más fueran holos que flotaban. Los niños aún podían tocar la arena que giraba, pero cada contacto liberaba sólo unos granos, que se caían y dispersaban por el piso sin causar problemas. Han estaba el menor tiempo posible en cada uno de esos antes de pasarse al siguiente, considerando su papel de turista obsesionado por holos.

Fue en el quinto tornado cuando finalmente encontró tierra de la buena.

Literalmente.

Algo había salido mal con el campo de confinamiento de la exhibición. No muy mal, ni siquiera evidentemente mal. Pero, mientras que el suelo de los otros mostraba sólo una ligera dispersión de arena debido a que pequeños dedos humanos y alienígenas jugaban con ella, este tenía un anillo de material de fuga que se había acumulado a un metro del borde del tornado.

El anillo no estaría ahí mucho tiempo, lo sabía, no con droides de cámara que flotaban por encima y hombres de seguridad deambulando por la propiedad. Tarde o temprano, alguien encontraría el problema y lo reportaría, y los droides de servicio vestidos con esos ridículos trajes de piedras movibles se apurarían a arreglar la fuga y a limpiar la arena.

Pero el anillo estaba aquí ahora, y eso era lo único que Han necesitaba.

Se había asegurado de estar al tanto del tiempo que había pasado en las otras exhibiciones y no tenía ningún deseo de llamar la atención pasando mucho más o menos tiempo en esta que en otra. Pero esta vez se acercó un poco más al tornado al tomar sus holos de mentira y escuchaba la conversación de las personas que lo rodeaban.

Justo a su izquierda estaba una niña de medio grado que le pedía permiso a sus padres para tocar el tornado. Aún tomando fotos con su holocámara, Han se acercó a la niña. Los padres lo consideraron brevemente y le dieron permiso. La niña corrió con un sentido de aventura hacia adelante.

Al rozar el codo de Han, él movió sus manos como si ella se le hubiera estrellado contra el brazo. Dejó caer la holocámara, que se dirigió volando justo a la parte en medio del anillo de arena.

—¡Meelee! —gritó la madre de la niña—. ¡Mira lo que hiciste!

—Está bien. —Han se apresuró a asegurarle, al dar un paso hacia adelante y agacharse por la holocámara.

La niña, por su parte, ya se había detenido y había volteado, evidentemente confundida por el inverosímil resultado de lo que sabía que apenas había sido un toque de manga a manga y por el regaño que le estaba costando.

—No te preocupes, estas cosas son muy resistentes —añadió.

Al poner sus dedos sobre ella, sin que nadie se diera cuenta, presionó el botón oculto.

Le había pedido a Chewbacca que hiciera silencioso el motor de la aspiradora y, como siempre, el wookiee lo había obedecido. Incluso arrodillado justo arriba del aparato, Han apenas alcanzaba a escuchar el ruido de la arena al ser succionada por la ventila, y el motor mismo era completamente inaudible. El resto de la multitud, a unos tres o más metros de distancia, no escucharía nada.

—¿Ves? —dijo, alzando el aparato y volteando a ver a los padres ansiosos. Al hacerlo, movió con naturalidad un pie por la arena, borrando toda señal del pequeño cráter que el motor había hecho—. No hay problema, está bien.

Con una sonrisa alegre a la niña que seguía confundida, se deslizó por la multitud y se fue caminando como si nada.

Visitó dos más de los volcanes, sólo para despistar y después se dirigió a su encuentro con Kell. Vio al muchacho esperando en el área de asientos entre dos de los pabellones cercanos al extremo norte de la mansión y del garaje de los enormes aerodeslizadores y de los terrestres de Villachor.

—¿Algún problema? —preguntó Kell cuando Han llegó y se sentó en la mesa.

—No —dijo y tocó su chaleco, donde había guardado la holocámara—. ¿Estás listo?

En su opinión, Kell no se veía listo ni para romper la alcancía de un niño, mucho menos la bóveda personal de un lord criminal. Pero asintió con seguridad.

—Hagámoslo.

—Okey —dijo Han, recordándose a sí mismo que Mazzic había avalado al muchacho.

Volteó a todas partes y ubicó a un par de droides que se veían ocupados levantando platos y vasos de las mesas.

—Dame una ventaja de cinco segundos —indicó—. Y pon atención a tus cuentas.

Los droides seguían limpiando las mesas cuando llegó.

—Ey —dijo a uno de ellos—, ¿me puedes decir cuándo dejan de servir la comida y empiezan con la cena?

—No hay horarios fijos para el cambio de comida —dijo el droide, volteando su cabeza encapuchada hacia Han mientras seguía levantando la basura de la mesa. La tela que le cubría la cara se ondeó con la brisa, lo cual le dio a la conversación una atmósfera como de farsa—. Los platillos van cambiando a diferentes horas del día. Si usted quiere, los meseros en los pabellones pueden darle un horario de cada cambio.

—Sí, bueno, más bien quiero saber si van a tener kiemple cocido —dijo Han. De reojo alcanzó a ver a Kell, que se acercaba a su mesa por la derecha—. ¿Sabes qué? Olvídalo —dijo antes de que el droide pudiera responder—. Aquí tengo un holo del festival de año pasado —continuó.

Sacó su holocámara y tuvo que resistirse a una sensación de duda. «Puedo hacerlo», se dijo a sí mismo. Iba a estar corto de tiempo, pero él y Chewbacca siempre estaban cortos de tiempo cada vez que volaban el *Halcón*. Esto sería como un día cualquiera de contrabando.

—Aquí está —continuó y empujó la holocámara frente a la máscara del droide.

A su lado, Kell se acercó a la mesa. A medida que el chico se estiraba para alcanzar el plato que el droide estaba por tomar, Han presionó el liberador de la holocámara y botó en el guante del droide la arena que había succionado.

Cuando la mano tocó el plato y la muñeca de Kell, hubo un ligero ruido crujiente.

—¡Ey! —protesó Kell—. Suéltame. —Agarró la mano, como si tratara de arrancarlo, pero en su lugar apretó más los dedos mecánicos en torno a su muñeca.

Jaló su brazo y, al hacerlo, movió al droide.

—Déjame ir.

—Ay, no —dijo el droide con tono apenado—. Lo siento mucho, pero parece que estoy atorado.

—Excelente —gruñó Kell—. Ey, tú.

—¿Quién, yo? —preguntó Han.

—Sí, tú —dijo Kell—. Ve a buscar a alguien que me quite esta cosa de encima, ¿sí?

—¿Hay algún problema aquí? —dijo una voz distinta.

Han volteó.

Uno de los guardias se acercaba a ellos, analizando la escena con sus ojos.

—Sí, hay un problema —dijo enojado Kell—. Estaba tratando de alcanzar mi vaso y esta cosa me agarró y no me suelta.

—Lo siento muchísimo —dijo el droide otra vez—. Parece que mis palancas están atoradas.

—Sí —dijo el hombre de seguridad. Con cuidado, jaló el guante del droide para sacarlo del brazo y observar—. Probablemente se le metió arena, hay mucha volando por todas partes.

—Genial —murmuró Kell—. Y entonces ¿qué hacemos?

—Se la sacamos —dijo el guardia con tranquilidad y señaló hacia la mansión—. Vamos a una habitación de reparación de droides cerca del garaje.

Se fueron, Kell quejándose, el droide disculpándose y el guardia probablemente deseando que su turno hubiera acabado media hora antes. Han los vio irse, y un brillo de satisfacción recorría su cuerpo. Como siempre decía, todo se trataba de sincronización.

El cuarto al que Villachor llevó a Lando era pequeño y no tenía ventanas, también tenía el escritorio más imponente que él había visto. Dos guardias más esperaban fuera de la puerta, lo que hacía que el total de hombres armados fuera de seis.

—Siéntese —dijo Villachor y le señaló a Lando una gran silla acolchonada que estaba delante del escritorio, donde él se sentó—. ¿Le ofrezco una bebida?

Seguramente era un ofrecimiento sincero, Lando lo sabía. Pero también era una prueba. Villachor lo estaba incitando, quería entender su forma de hablar, sus reacciones, gesticulaciones y patrones. Era la misma danza cortés que también acompañaba a todos los juegos de sabacc, y Lando estaba acostumbrado a ellos.

Sólo que generalmente no había tanto en juego.

—No, gracias —dijo y se acomodó en la silla. Era aún más cómoda de lo que parecía, el colchón de los brazos y cojines se amoldó a su peso y lo cobijó. Si hubiera estado preparando una salida rápida e inesperada no habría tenido mucha suerte. Probablemente por eso la silla tenía ese diseño—. Sé que su tiempo es valioso.

—Sí que lo es —dijo Villachor y se acomodó en su propia silla.

—Pero más valioso que el tiempo es el dinero —continuó Lando—. Y estoy bastante seguro de que no quiere que lo que estoy por decirle lo escuche alguien que no sea de su gente más cercana y de mayor confianza.

Villachor apenas sonrió.

—Si no confiara en estas personas, no estarían.

—Desde luego —dijo Lando—. Pero hay confianza y luego hay *confianza*.

Por un momento, Villachor lo vio con cuidado. Del otro lado de la habitación, la puerta se abrió y entró el hombre que los holos de Rachele habían identificado como Sheqoa, el jefe de seguridad. Villachor lo vio a él y después a Lando.

—De acuerdo —dijo—. Tawb y Manning, esperen afuera; el resto de ustedes, regresen a sus deberes. Sheqoa, aquí conmigo.

Tan silenciosamente como Sheqoa había entrado, así se salieron los guardias. Villachor esperó hasta que la puerta estuviera cerrada una vez más; después, con un gesto, le pidió a Sheqoa que se quedara atrás de Lando.

—De acuerdo, tiene su privacidad —dijo—. Puede estar seguro de que si esto es algún tipo de broma de mal gusto, mi rostro será lo último que sus ojos vean.

—Sin bromear —le aseguró Lando. Estaba acostumbrado a que lo amenazaran, pero había algo en la voz de Villachor que lo estremeció hasta la columna.

—Déjeme comenzar por decirle algunas cosas que ya sabe. Es usted un miembro de alto nivel del Sol Negro, es anfitrión de otro miembro aún más encumbrado, un vigo de nombre Qazadi, quien tiene un juego de archivos de extorsión que usan para adquirir ventaja sobre varios ciudadanos de Wukkar y quizá de visitantes al festival provenientes de otros mundos.

Hizo una pausa para respirar.

—Al menos es usted un cuentista muy entretenido —comentó Villachor, sin revelar nada en sus gestos—. Por favor, continúe.

—Los archivos de extorsión están por supuesto muy encriptados —dijo Lando—. El aparato que se usa para desencriptar se llama cryodex. De diseño alderaanio, existen sólo unos pocos.

—O quizá ninguno —sugirió Villachor.

—No, hay al menos dos —le aseguró Lando—. Master Qazadi tiene uno. —Inclinó la cabeza—. Yo tengo otro.

Los ojos de Villachor se movieron de Sheqoa a Lando.

—Sospecho por su tono exageradamente dramático que espera que eso signifique algo para mí.

—Así es —dijo Lando—. Y como hemos acordado que el tiempo es valioso, deje que ponga mis cartas sobre la mesa. Represento a un grupo de personas que se han dado a la tarea de buscar en el Imperio a aquella gente de opiniones parecidas cuyos talentos y ambiciones no se están aprovechando o, en algunos casos, están completamente desperdiciados. Cuando se encuentra a alguien así, este grupo les ofrece mejores soluciones. Tal vez esto implique un puesto con una organización distinta, una que los valore más. Otras es sólo asistirlos para que ya no dependan de nadie. En ocasiones se llega a un punto medio, a una especie de autonomía con contrato.

—¿Y si la persona es perfectamente feliz donde está? —preguntó Villachor.

Lando encogió levemente los hombros.

—En mi experiencia, nadie que trabaje por debajo de sus habilidades está perfectamente feliz.

—A menos que sepa que su situación actual es la mejor que va a tener.

—Siempre hay algo mejor —dijo Lando—. Sólo es cuestión de reconocer la oportunidad cuando se nos presenta.

—Hace que parezca tan fácil —dijo secamente Villachor—. Pero no habla de los peligros potenciales. Dígame de este supuesto cryodex suyo.

—Como dije, el cryodex es la llave para leer los archivos de extorsión que actualmente están en su bóveda —dijo Lando con voz tranquila. Todo el plan de Han

dependía de que él vendiera esto—. Esos archivos serían de un valor inconmensurable para la gente a la que represento.

La sonrisa de Villachor era oscura y amarga.

—¿Y lo único que tengo que hacer es entregar los archivos y maravillosas oportunidades me lloverán del cielo?

—Sin duda maravillosas —confirmó Lando—. Va a ser capaz de poner su propio precio, literalmente. —Movió la cabeza en señal de desaprobación—. Pero ambos sabemos que no sólo le lloverían oportunidades. El propio Príncipe Xizor encabezaría una expedición en busca de su cabeza.

—Y de la suya —señaló Villachor—. Porque con certeza extraerían todos los nombres, caras y memorias de mi mente antes de que se me permitiera morir.

—Oh, no lo dudo —concordó Lando—. Por lo cual usted no debería robar esos archivos ni yo sugerirlo.

Por un segundo, la frente de Villachor se arrugó.

—En ese caso, ¿qué es lo que hace aquí?

—Ofrecer una solución alternativa —dijo Lando—. No robar los archivos, sino copiarlos.

Una vez más los ojos de Villachor se movieron hacia Sheqoa.

—Copiarlos —repitió.

—Exactamente —dijo Lando—. Usted tiene los archivos, yo tengo el cryodex. Nos vemos en su bóveda, desencriptamos los archivos y los copiamos en tarjetas de datos normales, quizá protegidas con nuestras propias encriptaciones.

—¿Nuestras encriptaciones?

Lando alzó una mano.

—Un desliz. Sus encriptaciones, desde luego.

—Eso está mejor —dijo Villachor con una voz que nuevamente hizo que Lando se estremeciera—. Porque cualquier intento de que haga una copia para usted mismo exigiría que yo lo matara en el instante. Digamos que tengo copias de los archivos. Entonces ¿qué?

—Le presentaría al caballero del que le hablé —logró decir Lando, a pesar de que se le había secado la garganta—. Harán un trato beneficioso para ambas partes y comenzará a ascender hasta donde lo lleve su potencial.

—Sí —dijo Villachor pensativo—. Permita que le diga qué es lo que yo pienso. Yo creo que usted ni siquiera ha visto un cryodex, y mucho menos que tenga uno. No creo que haya ninguna organización detrás de usted, al menos no ninguna que sea poderosa. Creo que está aquí sólo como una prueba para ver si mi lealtad hacia el Sol Negro puede flaquear ante una historia tan ridícula y tonta. Además, pienso que, sólo para estar seguro, tendré que matarlo. —Se recargó en su silla—. Intentémoslo otra vez. ¿Quién es usted y para quién trabaja?

—No hay necesidad de amenazas —protestó Lando. La tensión poco a poco se disipaba. La amenaza era real, pero, curiosamente, eso era una buena señal. Si Villachor

no hubiera estado interesado o al menos intrigado por la oferta, simplemente le hubiera pedido a Sheqoa que lo echara—. Mi nombre no es importante, pero puede llamarme Kwerve. Mis patrones —encogió sus hombros—… por el momento deben permanecer anónimos.

—Qué mal —dijo Villachor. Quizá haya alzado un poco la ceja cuando dio su nombre, pero tan imperceptiblemente que Lando se lo pudo haber imaginado—. Habría sido útil saber a dónde enviar su cadáver.

—Desde luego que ahora no quiere comprometerse —continuó Lando—. No esperaba esto. Déjeme sugerir y ofrecer algo. En dos días es la Ofrenda del Aire Moviente, en ese momento traeré mi cryodex para mostrárselo. Puede escoger una de las tarjetas de extorsión y yo desencriptaré uno de los archivos. Después de eso, hablaremos más.

—Suponiendo que ambos seguiremos siendo capaces de hablar…

—¿Por qué no? —replicó Lando de manera muy razonable—. No ha dicho ni hecho nada que sea desleal hacia sus amos del Sol Negro. Lo único que ha aceptado es ver si un desconocido que afirma tener un objeto valioso en verdad lo tiene. De ser así, su intención podría ser adquirirlo y enviarlo al Centro Imperial como un regalo para la colección de curiosidades del Príncipe Xizor.

—Quizá. —Sus ojos hurgaban en el rostro de Lando, quien sólo estaba sentado sin decir nada y esperaba que su interlocutor tomara una decisión.

Cuando por fin sucedió, fue repentino.

—El día después de mañana, a la quinta hora después del mediodía —dijo abruptamente Villachor—. A esa hora se presentará la tormenta contenida, atrayendo la atención de los visitantes hacia el noroeste del terreno. Usted llegará a la puerta por la que ahora se va a ir y esperará a que se le abra y, desde luego, traerá el cryodex.

—Desde luego —dijo Lando.

Empezó a levantarse, moviendo sus caderas para salirse de la silla acolchonada, pero volvió a sentarse abruptamente cuando las manos de Sheqoa lo obligaron a sentarse otra vez.

—Si planea traicionarme —continuó Villachor, con una voz baja y mortal—, le insisto que mejor se vaya de Wukkar en el primer transporte que encuentre.

—Entendido —dijo Lando—. Lo veo el día después de mañana, cinco horas después del mediodía.

Torció su cuello para mirar hacia Sheqoa.

—¿Puedo?

Por un momento, el hombre grandote sólo se le quedó viendo con una expresión rígida. Después soltó los hombros de Lando. Con mayor esfuerzo y movimientos, Lando finalmente se liberó de la silla.

—Los hombres de afuera lo acompañarán —dijo Villachor, quien permanecía sentado—. Hasta entonces, Maestro Kwerve.

—Hasta entonces —Lando repuso—. Una última observación, si me permite. Nada en este universo dura para siempre. Ni el poder, ni la posición ni los aliados. —Inclinó la cabeza—. Ni siquiera el Sol Negro. Buen día, Maestro Villachor.

Sheqoa lo llevó a la puerta y murmuró unas palabras a los guardaespaldas que esperaban afuera. Uno de ellos gesticuló para que Lando lo siguiera y, sin decir palabra, lo llevaron por un pasillo amplio, a través de puertas talladas a mano y a otra puerta modesta en una pared gruesa.

Condujeron a Lando por ahí y se encontró en el ala sur de la mansión. La puerta por la cual, de hecho, siempre entraba Aziel. Eso quería decir que, suponiendo que los planos de Rachele fueran fidedignos, había pasado por el antiguo salón de baile y la bóveda de Villachor.

Tal vez en dos días tendría la oportunidad de ver la bóveda, donde ni siquiera Rachele y su increíble red de contactos habían podido entrar. Tal vez en dos días estaría muerto.

—Sí, es la arena —dijo el técnico con disgusto al llevar a Kell y al droide que seguía aferrado a su muñeca a través de un laberinto de estiradores y gabinetes de herramientas hacia una banca despejada—. Es el tercero de hoy y apenas está comenzando la Ofrenda. —Volteó a ver a Kell y lo sentó—. Tú, dóblate —ordenó al droide.

Obediente, el droide se dobló hacia adelante y puso la muñeca y el brazo de Kell en un ángulo más cómodo.

—Al menos es sólo un día —señaló Kell—. Las otras ofrendas deben de ser más fáciles para ellos.

—No lo creas —gruñó el técnico. Arrancó la parte de arriba del guante del droide y se asomó a la articulación inmóvil—. El aire en movimiento levantó polvo y tierra y la arena que los EG no barrieron, el agua en movimiento se metía en lugares donde la arena no puede y ni qué decir del fuego y los juegos. —Hizo un chasquido—. Sí, ya lo veo. Aguanta, te sacaré de aquí en un abrir y cerrar de ojos.

Fue hacia un gabinete de herramientas que estaba abierto y hurgó ahí murmurando algo. Al hacerlo, Kell observaba el cuarto con naturalidad. Era un lugar impresionante, mejor equipado que la mayoría de los lugares profesionales de reparación de droides que él había visto a lo largo de los años.

Una de las paredes laterales no tenía nada más que equipo de mantenimiento Cybot Galáctico de alto nivel, las máquinas superpuestas con contenedores de repuestos y repisas para herramientas. Conectados a las máquinas o dispuestos en los escritorios había secciones parcialmente desmanteladas de chefs personales 434-FPC, droides de trabajo EG y droides de protocolo series PD y 3PO. El equipo del lado contrario parecía estar dedicado a productos de Automaton Industrial, SoroSuub, Changli y GlimNova con un par de droides sirvientes SE4 y trabajadores ASP-15 sobre las mesas. Escondida a un costado, medio abandonada, había una unidad de servicio WA-7 que probablemente

había quedado de los días de la República, seguramente esperando repuestos que Kell se imaginó que estaban descatalogados.

Más significativo aún: una sección entera de la pared trasera estaba destinada a equipo de droides policiacos 501-Z. Un zed parcialmente desarmado estaba esparcido en una de las mesas, y Kell se fijó en sus inusuales recubrimientos de brazos, muslos y de la cintura.

—Ya estamos —dijo el técnico al sacar una larga y delgada sonda del gabinete.

Regresando con Kell, deslizó la sonda por debajo del guante del droide. Maniobró unos segundos en silencio y de repente el agarre que el droide tenía de la muñeca se aflojó. El técnico abrió los dedos mecánicos unos centímetros y Kell sacó su mano.

—Perfecto —dijo Kell, masajeando su muñeca—. Muchas gracias, tenía miedo de pasarme toda la ofrenda aquí metido.

—No, ese sería mi miedo —dijo el técnico con amargura—. La próxima vez que veas a un droide a punto de agarrar algo, hazme un favor y no te metas en su camino, ¿sí?

—Claro —le prometió Kell—. Por ahí, ¿no?

—Sí —dijo el técnico—. El guardia de afuera te llevará de regreso al patio.

La erupción del gran géiser fue el clímax de todo el día y fue tan espectacular como los diseñadores y técnicos prometieron que sería. Un río continuo que escupía arena y pequeñas piedras explotó del mayor de los volcanes de lava fría, los diferentes ríos rotaban y se mezclaban con luces flamígeras, todo al ritmo de música especialmente elegida para el evento. El público estaba tan animado como el géiser mismo; gritaban, aplaudían y silbaban con la aparición de cada detalle y cambio inesperado. Era el culmen de la Ofrenda de la Piedra Moviente, visto por muchos y que seguramente sería un tema de conversación para miles más en los días y meses próximos.

Parado solo en el balcón de presentación, Villachor apenas puso atención al espectáculo.

Kwerve, así se llamaba el visitante misterioso. Un nombre inofensivo, sin duda. Un nombre que para la gran mayoría de la gente no parecería inusual o interesante.

Pero Villachor no era la mayoría de la gente. Era un jefe de sector del Sol Negro y la gente de esta oscura rama de negocios se vigilaba muy de cerca. Bidlo Kwerve había sido una de las personas más cercanas a Jabba el Hutt, hasta que este decidió convertirlo en la primera víctima oficial de su nueva mascota. Una criatura que, si las historias eran verdaderas, el mismo Kwerve había encontrado y ofrecido a su corpulento Maestro.

¿Entonces por qué el visitante de Villachor había elegido ese nombre? ¿Estaba diciendo que trabajaba para los hutts? ¿Qué no trabajaba para los hutts? ¿Qué la meta final de su organización era derribar a los hutts?

De ser así, ¿era parte del plan colocar a Villachor en el vacío institucional que dejaría la muerte de Jabba?

Lo más impactante era que en efecto era posible. Los archivos de extorsión de Xizor no eran la única arma del Sol Negro, pero sí eran de las más potentes. Tener la posibilidad de unir esa población al ejército silencioso de Xizor le daría a un rival un inmenso impulso, ya fuera que el rival decidiera alejar a las víctimas indefensas o simplemente exponerlas y, por lo tanto, eliminar su utilidad para el Sol Negro.

Kwerve tenía razón sobre otra cosa, además. En ese momento, el Sol Negro estaba en el ápice de su poder, pero esa posición no iba a ser permanente. Los señores y organizaciones criminales iban y venían como la marea, ya fuera que rivales hambrientos los destruyeran, o que su propia avaricia los corrompiera. Ese mismo caos y muerte habían derribado a Sise Fromm, Alexi Garyn, Jorj Car'das y muchos otros. Algún día Jabba caería también.

Al igual que el propio Príncipe Xizor. Quizá hasta antes que Jabba, supuso Villachor, dada su rivalidad con Lord Vader. Muchos criminales menospreciaban a Vader o lo descartaban como el perro faldero de Palpatine. Villachor no era tan tonto.

Y cuando Xizor cayera, ¿dónde estaría Villachor?

Sano, salvo y en algún lugar seguro, se prometió a sí mismo. Se aseguraría de eso. Sobreviviría al Sol Negro y, de ser posible, prosperaría en el proceso.

¿Era la oferta de Kwerve la entrada a esa libertad? ¿O era otra prueba sádica que sólo llevaba a una muerte súbita?

Aún no lo sabía. Pero lo iba a descubrir.

De una u otra manera, iba a terminar el festival con una mejor posición que cuando había comenzado. Tendría poder y libertad, o bien, un cryodex de sobra para ofrecérselo a su amo en el Centro Imperial. Un cryodex y muy probablemente una cabeza recién cortada.

Y entonces a ver si Qazadi se *atrevía* a ponerlo a prueba.

A la distancia, el gran final de la Ofrenda de la Piedra Moviente de Villachor era poco más que una borrosa nube de luces tintineantes.

—Probablemente sea más impresionante de frente —explicó Eanjer.

—Probablemente —dijo Han—. ¿Has ido a una?

—¿De Villachor? —Eanjer negó con la cabeza—. No, sólo me lo imagino. Tengo una pregunta.

—Adelante.

Eanjer se detuvo, como escogiendo sus palabras con cuidado.

—Sé que tú y los demás saben más de estas cosas que yo, pero me parece que hay algunos problemas serios con este plan que aparentemente estás ignorando.

—¿Como cuál?

—Como que este tipo, Sheqoa, parece dudar de Bink —dijo—. Ella admitió que él se había dado cuenta de que actuaba.

—Es un jefe de seguridad —le recordó Han—. No sería muy bueno en su trabajo si cayera por algo tan obvio.

—Sí, pero…

—No te preocupes, estamos al tanto —dijo Han—. Se crea la estafa o no, de todos modos, vamos a seguir la corriente. Es todo lo que necesitamos.

—Pero ¿por qué? —Eanjer objetó—. ¿Por qué haría eso?

—Porque hasta ahora no ha hecho nada ilegal o siquiera amenazador. —Han le explicó con paciencia—. Le va a querer dar suficiente cuerda para que se tropiece ella sola y posiblemente a quien sea que colabore con ella.

Eanjer movió la cabeza.

—Parece arriesgado.

—Sí, pero así piensan los hombres como él —dijo Han—. ¿Siguiente?

—¿Siguiente qué?

—Siguiente problema. Dijiste que había varios.

—Oh, sí. —Eanjer hizo otra pausa, aparentemente para acomodar sus ideas—. También están los droides. No entiendo por qué Kell está tan contento de saber cómo desactivar a todos los simples cuando admite que no podemos tocar los droides policiacos. O sea, no es como que tendremos que pelear con una falange de tripios ni nada.

—Espero que no —dijo serio Han, acordándose de aquel primer viaje con Luke y sus dos droides—. Los tripios pueden ser muy desesperantes.

—Estoy hablando en serio —gruñó Eanjer—. Es probable que esos zeds sean la primera línea de defensa en su bóveda. ¿Cómo vamos a conseguir los archivos y fichas de créditos con ellos en el camino?

—Fácil —lo tranquilizó Han—. Seguimos planeando nuestros primeros movimientos, ¿recuerdas? En dos días tendremos una mejor idea de a qué nos estamos enfrentando. Si en ese momento quieres tener pánico, adelante.

Eanjer lo vio a la cara con una mirada siniestra.

—Eres increíblemente confiado —dijo con ira—. ¿Lo sabías? Sobre todo para un contrabandista insignificante que nunca ha hecho un asalto como este en su vida.

—¿Quién dice que no lo he hecho antes? —replicó Han. No lo había hecho, desde luego, pero eso no era importante—. Además, no se trata de mí. Se trata de conseguir a la gente indicada para el trabajo. —Sonrió a medias—. Y después darles un buen liderazgo.

—Bromea todo lo que quieras —gruñó Eanjer—. No vas a abrir la bóveda de Villachor con encanto. Ni con el tuyo ni con el de Bink.

—Tampoco se trata de encanto —dijo Han. Estaba viendo el rostro vendado y se acordó de las dudas de Lando sobre ese hombre. Eanjer buscaba información y garantía. ¿Cuánto debería darle?

Decidió que nada.

—Se trata de información —continuó—. Dozer y Kell nos consiguieron algo esta tarde. Lando y Zerba nos van a conseguir más en los siguientes días. Hay que relajarnos y no estresarnos hasta que tengamos una visión panorámica, ¿sí?

Por un largo rato, Eanjer continuó viéndolo. Luego, despacio, se volvió hacia la ventana.

—No estoy convencido —murmuró—. Pero es tu *show*. Veremos si te sale.

—Agradezco el voto de confianza —dijo Han, tratando de no sonar tan irónico.

Eanjer asintió en dirección de Marblewood.

—Parece que ya acabaron.

Han volteó a ver. Así era, el lejano espectáculo de luces había acabado y los visitantes comenzaban a salir por las salidas.

—Sí —dijo—. Entonces mañana descansamos y recargamos pilas, ¿y después sigue la Ofrenda del Aire Moviente?

—Y el momento de la verdad —dijo Eanjer con seriedad—. Sólo espero que Winter y los demás estén listos a tiempo.

—Lo estarán —prometió Han—. Como dije, la gente indicada para el trabajo.

CAPÍTULO ONCE

La Ofrenda de la Piedra Moviente había sido impresionante. La Ofrenda del Aire Moviente, en la inesperada opinión de Lando, fue aún mejor.

La lógica diría que no debía ser así. La primera ofrenda del festival tenía mucho material diferente con el cual Villachor podría trabajar: polvo, arena, rocas, lava fría y varias esculturas en movimiento que Lando había concluido que eran droides con capas de piedras. Era difícil imaginar cómo mover el aire podría competir con eso.

Pero los ingenieros de Villachor lo habían logrado. Parte del truco era hacer visible el aire con pequeñas partículas brillantes de luz que flotaban en las brisas forzadas de géiseres de aire, fuentes y cascadas. Muchas de las instalaciones básicas de los volcanes y géiseres se iban a reusar, recursos que Lando suponía que también se volverían a reciclar en las otras dos ofrendas.

Pero la principal aproximación que los ingenieros habían usado era que los otros sentidos participaran. Aromas seductores flotaban en las brisas, vagando por la propiedad o saliendo de los géiseres y las fuentes, las mezclas siempre cambiando y siempre complementándose. También se habían añadido sonidos: cantos agudos de pájaros que acompañaban las cascadas, compilaciones de música compleja de los diferentes géiseres, con el volumen y balance del instrumento modificándose dependiendo de dónde escuchara uno. El sentido del tacto no se relegó, y a medida que Lando iba caminando con Zerba hacia la casa, corrientes de aire inesperadas movían el cabello de atrás de su cuello o acariciaban sus mejillas y manos.

Los trajes de los droides no se veían tan impresionantes como los de las piedras movientes que habían vestido dos días antes. Pero lo compensaron con sus pequeños chorros de aire y aromas.

Todo el espectáculo estaba diseñado tan evidentemente para humanos que Lando se preguntó cómo lo estarían percibiendo los alienígenas de la multitud. Pero hasta donde alcanzaba a ver, lo disfrutaban tanto como él. El puñado de wookies que se alzaba sobre los demás, en especial, parecían gozar de los chorros de aire que alborotaban su pelaje.

Sólo después se le ocurrió que probablemente había patrones cromáticos y aromas diseñados específicamente para alienígenas, adornos que sus sentidos humanos no distinguían.

La información de Rachele sobre Villachor advertía que él valoraba la puntualidad en sus asociados y la exigía en sus subordinados, así que Lando había calculado con cuidado su llegada para estar exactamente cinco horas después del mediodía, tal como Villachor lo había especificado. Ya casi llegaban y la multitud del otro extremo de la mansión de repente había irrumpido en exclamaciones de alegría cuando la puerta se abrió para revelar a un Sheqoa que en silencio gruñía.

No permaneció callado mucho tiempo.

—¿Qué es esto? —exigió el hombre grande con sus ojos puestos en Zerba al pisar el umbral para bloquear la entrada a Lando.

—Mi asistente —explicó Lando—. Él carga el objeto.

Los ojos de Sheqoa se dirigieron al maletín que cargaba Zerba y que se veía pesado.

—Yo lo llevo —dijo y dio un paso adelante.

Lando, a su vez, dio un paso a la izquierda para bloquer a Sheqoa.

—Él lo carga —dijo con firmeza—. Una vez que estemos dentro explicaré por qué.

Durante un momento muy largo ninguno retiró la vista. Después, renuentemente, Sheqoa se hizo a un lado.

—De acuerdo —dijo, gesticulando hacia adelante—. Por ahora.

Lando vio a Zerba y con la cabeza le indicó que siguiera y los dos cruzaron la puerta. Sheqoa cerró la puerta tras ellos, dejando detrás los gritos lejanos, después se les adelantó y los condujo por el pasillo a través del cual los otros guardias habían llevado a Lando dos días antes. Sin embargo, esta vez, apenas avanzaron veinte metros cuando Sheqoa giró a la derecha, abrió otra puerta y les pidió que entraran.

Era un cuarto grande, del tipo que Lando había visto miles de veces: amplio y abierto, con paredes curvadas y exquisitamente decoradas, arañas de cristal que pendían de techos altos y un parqué con mosaico. Era una sala de reunión, la clase de lugar que los ricos y poderosos construían afuera de sus salones de baile. Era el lugar ideal para que los invitados descansaran de la música y el baile, y conversaran con amigos, hicieran contactos o quizá se perdieran en una de las salas aledañas para conversaciones privadas y tratos encubiertos. Prácticamente todos los torneos de sabacc de grandes niveles en los que había participado se habían llevado a cabo en una especie de salón de baile y noventa por ciento de ellos tenía una antesala como esta.

Sin embargo, la mayoría de las antesalas no incluía una falange de diez droides policiacos 501-Z hombro con hombro en dos hileras de profundidad frente a la única puerta que daba a la antesala. De hecho, ahora que Lando lo pensaba, ninguna de ellas los tenía.

—¿Quién eres? —la voz de Villachor salió cortante de un costado.

Lando volteó a ver al lord del crimen que caminaba hacia ellos desde otra puerta al norte de la antesala, los dos guías de la visita anterior de Lando lo seguían a sus costados.

—Maestro Villachor —dijo inclinando su cabeza—. Su puntualidad es…

—¿Quién es este? —lo interrumpió Villachor refiriéndose a Zerba—. Se te ordenó que vinieras solo.

—Disculpe, Maestro Villachor, pero no fue así —dijo Lando respetuoso pero firme—. Mi socio es una parte importante de la demostración. —Levantó un dedo en señal de advertencia—. Y si yo fuera usted, no me le acercaría demasiado.

—Esta es mi casa —replicó Villachor—. *Yo* hago las reglas y *yo* doy las órdenes, no tú.

—Desde luego —dijo Lando y se percató de que, a pesar de su descortesía, Villachor y su escolta se habían detenido a unos cinco metros de distancia—. Es sólo que me quiero asegurar de que mi maletín no se vaya de aquí sin mí, al menos no en una sola pieza.

En retrospectiva, supuso que tal vez debió haber sacado el tema de una manera más diplomática. Las palabras apenas le habían salido de la boca cuando los dos guardaespaldas de Sheqoa y Villachor ya habían desenfundado los blásters y los apuntaban a los visitantes.

—Tranquilos —dijo Lando con prisa—. Sólo es una pequeña carga, suficiente detonador para destruir el maletín y su contenido. Nada más. —Hizo una mueca con los labios—. Al menos, en teoría —agregó—. Por eso alguien más lo está cargando.

Por un momento, sus ojos se encontraron con los de Villachor; intentaba ignorar los blásters que apuntaban hacia él. Luego Villachor se movió.

—También por eso no estás tan cerca de él, ¿me imagino?

—Exactamente —dijo Lando—. Ascender de nivel tiene sus ventajas.

—En efecto —murmuró Villachor. Alzó un dedo y, para sorpresa de Lando, los blásters fueron bajados—. Abre el maletín. Lo quiero ver.

Con un movimiento de cabeza, Lando le indicó a Zerba que lo hiciera. Zerba asintió y con cuidado puso el maletín en el piso de mosaico. Hizo algo con los seguros que se veía complicado, la cubierta se abrió y giró el maletín para que Lando y Villachor lo vieran.

Entonces, ahí, en toda su gloria, estaba su cryodex falsificado.

Nunca había visto un cryodex, ni siquiera Rachele había logrado encontrar holos de ellos. Sólo tenían las afirmaciones de Winter de que su versión se parecía, no que fuera una copia perfecta.

Para su alivio, aparentemente lo era.

—Muy bien —dijo Villachor dando unos pasos hacia adelante y moviendo el cuello para alcanzar a ver mejor—. Desde luego que cualquiera puede hacer un estuche falso. Lo que importa es lo que está dentro.

—Lo cual estamos listos para demostrar —dijo Lando gesticulando hacia la puerta detrás de los zeds.

—¿Vamos?

—Vamos no, Maestro Kwerve —lo corrigió Villachor—. Yo voy por la tarjeta. Usted espere aquí.

—Mis instrucciones son nunca apartar el cryodex de mi vista —dijo Lando.

—Usted va a esperar aquí —continuó Villachor agotando su paciencia—, mientras yo voy por una de las tarjetas y se la traigo.

Se dirigió a la puerta dejando atrás a sus dos guardaespaldas.

—Sería más fácil que todos entráramos juntos —sugirió Lando—. Me parece muy poco probable que alguno de los dos intente robar algo.

—Pueden esperar vivos aquí o pueden esperar aquí no vivos —dijo Villachor.

—Entendido —dijo Lando con un poco de molestia.

Dozer y Bink habían insistido en que un buen estafador no tendría problemas para convencer a Villachor de que lo dejara entrar a su bóveda, sobre todo si se usaba el cryodex como carnada. Incluso, Bink le había apostado cincuenta créditos a que lo lograba y Zerba sería el juez para determinar cuánto trabajo le había costado.

Lando había rechazado la apuesta. Ahora deseaba haberla aceptado. De cualquier manera, aunque hubiera sido útil ver dentro de la bóveda, no era necesario.

Han suponía que Villachor no los dejaría entrar y eso era lo que consideraba el plan. Al menos, él y Zerba iban a observar el procedimiento para entrar. La mayoría de los dueños de bóvedas usaban una combinación de teclas, voz y reconocimiento visual para acceder a su propiedad. Pero Villachor había agregado algo más.

Se dirigió al zed más cercano, levantó la mano directamente delante de la cara del droide y esperó. El droide se le quedó viendo a la mano, después hizo una pequeña reverencia y se quitó del camino. Siguiendo su ejemplo, el resto de los droides también se movió a los lados, dejando libre el paso. Villachor atravesó la fila de droides, desdobló un teclado que estaba junto a la puerta y tecleó varios números. Un murmullo que apenas se escuchaba se desvaneció cuando el sello magnético se rompió y con un estruendo la puerta se abrió. Villachor cruzó el umbral, tocó algo en la pared al hacerlo y la puerta se cerró sola tras él.

Lando le echó un vistazo a los guardias, preguntándose si una pregunta casual o dos le darían una pista sobre lo que el zed estaba buscando cuando se le quedó viendo a la mano. Pero ninguno de ellos parecía del tipo que le gustara charlar.

Obviamente tampoco podía preguntar a los zeds. De hecho, para este punto, hasta acercarse a los droides era imposible. Además de los blásters grandes que llevaban en las fundas colgadas de sus caderas derechas, cada uno de ellos también llevaba un látigo neurónico enrollado en su cinturón, pero con tiras removibles.

Lando hizo una mueca de dolor cuando ciertos recuerdos se le vinieron a la mente. Ya se había encontrado con látigos neurónicos, incluso en el sentido literal, y, aunque generalmente se usaban como herramientas de interrogación y control de esclavos, también eran excelentes armas de corto alcance. Este modelo en particular, él sabía, tenía en el asa un cerebro primitivo de droide, el cual tomaba una muestra electrónica de la piel que el látigo estuviera tocando e inmediatamente ajustaba la descarga eléctrica a la frecuencia precisa y patrón para lograr el mayor dolor posible en el sistema nervioso del ente en cuestión.

No sabía cuál era el nivel más alto de los látigos. Tampoco estaba ansioso por descubrirlo.

Llevaban parados ahí cinco minutos, y Lando estaba rastreando un nudo complejo en el espejo de la pared para ver si se había hecho de un solo hilo, cuando Villachor regresó con una tarjeta negra en la mano.

—Excelente —dijo Lando, acercándosele con una mano estirada—. Como acordamos, yo desencriptaré un archivo al azar.

Se detuvo porque Villachor alejó la tarjeta.

—Algo que debe tomar en cuenta —susurró—: conozco el ruido que hace el cryodex cuando sólo lee y desencripta un archivo. También conozco el ruido que hace cuando está copiando toda una tarjeta de información. Si escucho esto último, los mato a los dos, ¿entendido?

—Desde luego —dijo Lando.

Winter había dado a entender que había visto cómo se usaba un cryodex cuando trabajaba en el palacio real de Alderaan. Pero no tenía idea si se le había ocurrido añadir efectos de sonido a su aparato falsificado.

—No tengo ninguna intención de copiar la tarjeta o intentar ningún truco —dijo con la mayor sinceridad que podía—. ¿Por qué correría ese riesgo tan tonto si hay tantos beneficios que nos aguardan?

—Si acepto trabajar con ustedes.

—Lo hará —le aseguró Lando—. Esas mayores ventajas también son para usted.

Villachor se le quedó viendo un segundo más. Después le entregó la tarjeta.

—Un solo archivo —le indicó—. Y quiero ver lo que dice. ¿Tienes que meter un código de acceso antes?

—Sí, ya está —dijo Lando, pero se preguntó a sí mismo si había sido una prueba.

Winter no había dicho nada de ningún código de acceso. Desde luego tampoco había dicho que no lo hubiera. Presuntamente eso es algo que una herramienta diplomática sin duda tendría.

Regresó con Zerba y volteó a ver con naturalidad la tarjeta. Negra mate con el logo del Sol Negro del tamaño justo al centro en negro brillante. Perfecto.

—¿Algún número en especial de ítem que quiera? —preguntó al darle la tarjeta a Zerba para luego alejarse.

—Sorpréndeme —dijo Villachor con frialdad.

Lando le dijo a Zerba:

—Sorpréndelo.

Zerba asintió y tecleó en el cryodex. Hubo un ruido suave, casi como de risa, y con un parpadeo la pantalla mostró la cabeza huesuda y las quijadas flácidas de un houk. Zerba levantó el cryodex del maletín y se lo dio a Lando.

—Aquí está —dijo Lando viendo la pantalla.

Los blásters de los guardias seguían apuntando al piso; le habían de haber salido bien los efectos sonoros a Winter.

—Un houk llamado Morg Nar. Actualmente está empleado por un criminal de nombre Wonn Ionstrike, quien dirige una operación en Ciudad Nube en Bespin.

—¿Qué hay de él? —preguntó Villachor.

—Parece que Ionstrike tiene problemas con Jabba —dijo Lando, intentando ignorar las alarmas que sonaban en su mente. Había notado algo extraño en la voz de Villachor—. Está paralizado, se mueve en una silla automatizada y aparentemente se ha dedicado a sacar a Jabba del negocio. Nar es el que hace todo el trabajo sucio.

—¿Y?

—Y parece que Nar está en la nómina de Jabba —dijo Lando, mentalmente cruzando los dedos al mover el archivo del cryodex falso, fingiendo leer de la tarjeta ilegible. Han había propuesto lo de Nar, a partir de rumores que escuchó en la sede de Jabba en Tatooine, y Rachele había usado a sus fuentes para completar la información faltante. Pero no había manera de saber si el rumor o la interpretación de Han eran verdaderos—. Supuestamente está ayudando a Ionstrike a sacar a los hutts, pero a escondidas está ayudando a Jabba a cerrar sus operaciones y a cambiar las otras sedes que Ionstrike no conoce.

—¿Cuál es el interés del Sol Negro en todo esto?

—No lo dice, pero obviamente esperan ser el tercero en la partida —dijo Lando—. Parece que el Príncipe Xizor no ha hecho nada respecto a Nar, pero es probable que sólo esté esperando el momento oportuno.

—Qué interesante —dijo Villachor—. Sólo hay un pequeño problema.

Armándose de valor, Lando volteó a verlo.

—¿Cuál?

—No hay ninguna razón en absoluto para que ese archivo en particular esté en esa tarjeta en particular —dijo Villachor con calma—. Esa va de *osk* a *usk*, y ni Nar, Ionstrike, Jabba, hutt, Bespin o Ciudad Nube comienza con esa letra. —De repente, los blásters ya no apuntaban al piso—. Ahora —continuó Villachor—, van a decirme qué es lo que está pasando.

A partir de los ruidos de agitación y chiflidos que venían del extremo norte de Marblewood, Dayja supuso que el espectáculo de la Gran Tempestad de la tarde estaba en su apogeo. Los vitoreos anunciaban que Villachor no había decepcionado las expectativas del público.

Pero para Dayja, el espectáculo más interesante se estaba llevando a cabo a unos cincuenta metros de distancia, un poco más allá de la puerta del suroeste de la mansión.

Sólo que no sabía cómo iba ni cuál era exactamente.

Frunció el ceño para sí mismo al tomar la bebida amarga con la que llevaba media hora. Eanjer había sido sorpresivamente elusivo sobre las identidades de sus conspiradores en este pequeño juego que llevaban. Nunca quiso darle ningún nombre o el área de especialidad de los participantes.

Pero Dayja los había visto a todos la noche que llegó a su balcón, así que al menos conocía sus caras.

Dos de ellos habían entrado por esa puerta hacía quince minutos. Bajo escolta del jefe de seguridad de Villachor.

Observaba la puerta, preguntándose si había alguna manera de que pudiera entrar por medio de verborrea o trucos, o si debería intentarlo. Lo último que quería era darse

cuenta de que a él también lo habían estafado, de que Eanjer y su pandilla en realidad estaban trabajando para o con el Sol Negro y Villachor.

La otra cosa que tampoco quería era que mataran a alguien del grupo. Sobre todo si mencionaban a Dayja y su interés en Qazadi antes de morir.

—Ey —llegó una voz—. Tú.

Dayja volteó. Los dos hombres que se le acercaban parecían ser bravucones asalariados, con las expresiones de sospecha y el paso seguro que él había llegado a asociar con hombres en una misión que llevaban blásters ocultos.

Pero ninguno de ellos portaba los pendientes de piedra que había visto en todo el personal oficial de seguridad de Marblewood. ¿Matones adicionales contratados para la ocasión? ¿O algo totalmente diferente?

No tuvo ni un segundo entero para decidir sobre cómo actuar. Dadas las circunstancias, decidió que un visitante despistado sería lo mejor.

—¿Yo? —preguntó, con una expresión alegre.

—Sí, tú —dijo uno de los hombres. Dio unos pasos más adelante y dejó a su compañero un poco atrás de él. Si eran matones, estaban bien entrenados—. ¿Qué haces aquí? Te estás perdiendo el gran espectáculo.

Señaló hacia el ruido de la multitud.

—Lo sé —dijo Dayja con un suspiro—. Pero mi amiga necesitaba usar el sanitario. Estoy esperando a que salga.

El hombre volteó a ver.

—¿Qué sanitario?

—Ahí —dijo Dayja y señaló hacia la puerta de la mansión—. Ahí está el sanitario, ¿no?

El hombre se le quedó viendo, seguramente preguntándose cómo alguien podía ser tan estúpido.

—Los sanitarios están en el patio oeste —dijo una vez más señalando hacia los rumores en la lejanía—. Al norte y al sur de los principales pabellones de comida.

Dayja dejó caer su boca unos cuantos centímetros. Echó una mirada de espanto a la mansión y luego volteó.

—Pero ella dijo que al sur de… —Se interrumpió a sí mismo y volvió a ver la puerta—. En la sede Covv'ter, los sanitarios siempre estaban adentro.

—Esta no es la sede Covv'ter. —El hombre le recordó a Dayja con paciencia—. Los sanitarios del sur están a unos cincuenta metros en esa dirección. Más te vale llegar antes de que se canse y encuentre a alguien más con quién disfrutar la Ofrenda —añadió el hombre.

—Oh, no —dijo con un suspiro y abrió mucho los ojos—. No, no lo haría, oh, maldición. Con permiso.

Se fue hacia la multitud y las estaciones sanitarias, asegurándose de usar el trote más torpe del que era capaz. Un tropezón cuidadosamente calculado le dio la oportunidad de ver hacia atrás y ver si lo estaban siguiendo.

No era así. No estaban interesados en Dayja. Estaban interesados en aquella puerta. Sin importar la razón de ese interés, sospechó que al equipo de Eanjer no le gustaría.

Un par de tipos que parecían de seguridad habían perseguido a un visitante solitario lejos del área del jardín cerca de la puerta del suroeste, pero, además de eso, no había habido ninguna actividad al sur de las fuentes desde que Lando y Zerba habían entrado en la mansión hacía veinte minutos. Reajustando los electrobinoculares que tenía muy juntos a su rostro, Winter se enfocó en las luces de los edificios más cercanos, donde no había nada que ver, y cambió hacia la enorme multitud que veía la Gran Tempestad, donde había demasiado que ver, y luego regresó a la puerta.

—¿Has visto a Bink? —preguntó Tavia acercándosele.

—Perdón, la perdí entre la multitud —se disculpó Winter—. Pero hace media hora se veía bien cuando Sheqoa la dejó para ir a la reunión con Lando y Zerba.

—¿Estás segura? —preguntó Tavia—. Te acuerdas de sus señales de peligro, ¿verdad?

—Sí —Winter le aseguró, sin mencionar el recuerdo obvio de que se llevaría esta lista de señales sutiles de mano hasta la tumba—. No hizo señales; de hecho, por lo que pude ver del lenguaje corporal, parecía que se llevaban muy bien.

—Claro que así era —Tavia dijo suspirando—. Otro de los muchos talentos de Bink es hacer que la gente haga lo que quiere.

«¿Tú incluida?».

—Es una habilidad útil en su negocio —dijo Winter, en lugar de lo que había pensado.

—Lo sé —dijo Tavia—. No quiero ser quisquillosa. Sólo… la gente dice que te puedes acostumbrar a todo, pero nunca me he acostumbrado a esto. Creo que nunca lo haré.

—Tal vez esta sea la última vez —dijo Winter—. Los créditos de este trabajo te permitirían salirte del negocio para siempre.

—Debería —dijo Tavia con cansancio—. Pero no será así. Bink ha prometido dejarlo cientos de veces, prácticamente cada vez que cree estar a punto de conseguir mucho. Pero luego parece que los créditos no eran tantos, o el negociador los roba o tenemos que abandonar la mayoría del botín o alguna otra complicación. Siempre hay complicaciones.

—A veces la vida misma parece una serie de complicaciones interrelacionadas —dijo Winter, tratando de no pensar en las horribles complicaciones que Palpatine y su Imperio habían impuesto sobre ella, Leia y muchos, muchos otros—. Todas haciendo lo posible por interponerse entre lo que querías o esperabas. —Bajó los electrobinoculares para descansar sus ojos—. ¿Qué esperabas de la vida, Tavia?

—Para ser honesta, sólo más de lo mismo —dijo Tavia—. Más pobreza, más estar viviendo día a día, más de las dos corriendo y peleando con el universo y tratar de

sobrevivirlo un día más. Lo que quería… —sonrió de la nada—. ¿Recuerdas que dije que a Bink le gustaba lo que hacía porque es buena para eso? Así me siento yo con la electrónica.

—De eso puedes vivir bien —murmuró Winter.

—Lo he intentado —dijo Tavia, pero su sonrisa se desvanecía—. Lo he intentado en varias ocasiones. Pero cada vez que encuentro algo seguro, Bink se las arregla para verle algún defecto al trabajo. Ya sea que no pagan como debería o el jefe es grosero o los trabajos que consigo son menores o un insulto o mis compañeros sorben la sopa. Siempre hay algo.

—La vida también se trata de llegar a un punto medio.

—Estoy dispuesta —dijo Tavia—. Trato de decirle a Bink que todo va a estar bien, que puedo lidiar con el problema, pero ya conoces a Bink, antes de que me dé cuenta, ya estamos de regreso en la calle, y ella anda metiéndose en la oficina privada de alguien buscando el siguiente premio gordo.

Winter asintió con despecho. Conocía a gente así, muchos de ellos, hombres y mujeres, sólo podían sentirse vivos cuando estaban jugándose todo y desafiando las probabilidades.

Había lugar para esas personas, sin duda. De hecho, sin ellos, la Rebelión hubiera concluido sangrienta y desastrosamente hacía mucho. Pero, al mismo tiempo, no podía más que evitar sentirse mal por ellos. Un día esta guerra acabaría. Tal vez hasta acabarían todas las guerras. Se preguntó qué haría la gente en ese caso.

—Al menos ya no tenemos que vivir al día —continuó Tavia con un poco de humor amargo—. Ahora es más bien mes a mes. Definitivamente es una mejoría. Tal vez después de esto sea década a década.

—Ojalá —dijo Winter y regresó a la ventana para seguir observando con los electrobinoculares.

Todavía nada. También sólo podía esperar que, fuera lo que fuera que estuviera sucediendo ahí, Lando lo tuviera bajo control.

Había veces, Lando reflexionó, en que te superaban en número, en pistolas, todas las salidas estaban bloqueadas y tenías una mano perdedora. En situaciones como esa sólo había una opción: decir embustes.

—Qué interesante —dijo con tranquilidad—. ¿Está seguro?

—¿Está diciendo que miento? —Villachor exigió saber.

—¿Sí? —repuso Lando con cierto enojo en su voz. Después de todo era un miembro de alto nivel de una organización criminal. Los hombres como él no se intimidaban fácilmente—. Vi esa tarjeta, Maestro Villachor. No recuerdo haber visto ninguna letra en ella.

—No están en la tarjeta —dijo Villachor—. Y está haciendo tiempo.

—Entonces ¿qué le hace pensar que esta tarjeta tiene algo que ver con esas letras?

—El Maestro Villachor hace las preguntas —gruñó Sheqoa.

—El Maestro Villachor quiere una segunda prueba gratis —dijo Lando sin rodeos—. Antes que nada, no hay razón para que el Príncipe Xizor organice sus archivos de extorsión de acuerdo con un sistema tan obvio. De hecho, se me ocurren docenas de razones por las que no lo haría. Una persona no autorizada en busca de un archivo en específico podría buscar hasta que el Centro Imperial se extinga sin encontrarlo. —Dejó que su rosto se endureciera—. Segundo, yo sé que una de las palabras coloquiales que los falleen usan para hutt is *slivki*, que comienza con la letra *senth*, que sí está entre *osk* y *usk*.

Los ojos de Villachor vieron a Zerba y luego a Lando. Aún había sospecha en sus ojos, pero también una duda que aumentaba.

—*Slivki* —repitió—. ¿Está seguro de eso?

—Bastante —dijo Lando, sin nada de amabilidad—. Estuve ahí cuando un falleen le dijo eso a un hutt en su cara. Le tomó al dueño tres días limpiar el desastre —gesticuló hacia la puerta—. Vaya a buscarlo, si quiere. Espero.

Villachor vio otra vez a Zerba.

—Tal vez luego —dijo—. Morg Nar, dice usted.

—Sí —respondió Lando—. Es lo único que voy a decir. Tiene la muestra que le prometí. Es libre de verificarla también, si quiere. Pero el momento de la decisión ha llegado.

Villachor lo siguió observando con el rostro inmutable. Parecía que era la pose favorita del hombre, diseñada para que el receptor se descontrolara mientras él pensaba bien las cosas.

—Al menos hay una decisión que sí tomé. —Alzó su dedo y una vez más los tres blásters apuntaron al suelo—. Ya no estoy dispuesto a matarlo aquí y ahora.

—Creo que esa es una decisión que todos apoyamos —acordó Lando.

—Pero la decisión de seguir tratando con usted o no sigue estando en el futuro —continuó Villachor—. Antes de dar ese paso necesito saber más de su operación y mi papel en ella. —Sus ojos se cerraron un poco—. Primero, necesito saber qué saca usted de este trato.

—A mí podría llamarme un buscador de talentos —dijo Lando haciendo un gesto con la mano—. Estudio el campo y encuentro a los que estarían mejor ubicados en otra parte. Si tengo razón y la persona entra al grupo, se me paga una pequeña comisión.

—¿La cual depende del valor del cliente?

—Algo así —dijo Lando.

—¿Y ese valor aumentaría si el cliente trajera consigo objetos o conocimientos valiosos para sus superiores?

—Es lo más probable.

—Bien —dijo Villachor—. Entonces no le molestará que hable directamente con su superior. Después de todo, ¿quién mejor podría definir el valor de estos archivos?

Lando trató de no hacer gestos. Han le había advertido que la conversación seguramente acabaría ahí.

—A mi superior generalmente no le gusta tener contacto directo tan pronto en las negociaciones —dijo—. Le aseguro que tengo total autoridad para responder cualquier pregunta o hacer tratos.

—Estoy seguro de eso —dijo Villachor—. De cualquier modo, tráigamelo.

Lando fingió que lo consideraba y se encogió de hombros.

—Muy bien. Lo contactaré hoy en la noche con su petición y mañana le traigo su respuesta.

—Más vale que esa respuesta sea sí. Espero un sí.

—Mañana traigo la respuesta —repitió Lando.

Los labios de Villachor se movieron.

—Mañana no —dijo—. Traiga la respuesta en dos días, durante el Festival del Agua Moviente. Así será menos conspicua su visita.

—Como usted quiera —dijo Lando, inclinando la cabeza. ¿Así que Villachor quería que las visitas de Lando se perdieran entre las multitudes del festival? Tal vez en verdad estaba considerando desertar del Sol Negro o quería que Lando pensara eso. Desafortunadamente, los juegos mentales eran un carril espacial multidireccional—. Una última pregunta, si se me permite —dijo—. Sólo por curiosidad. Si la tarjeta de datos no está marcada, ¿cómo sabe cuál es?

—Porque están clasificadas en el archivero —dijo Villachor.

—Ah —dijo Lando asintiendo. Eso quería decir que había siete letras por tarjeta, es decir, había cinco, justo como había dicho Eanjer.

Hasta ahora, este misterioso informante había acertado sobre todo.

—Claro, eso tiene sentido. Sus otros visitantes invitados han de ver la tarjeta cuando se les lee su contenido y no quieren que sepan cómo está organizada la información. Por cierto… —Se volteó y extendió su mano—. ¿Bib? —Zerba lo obedeció: sacó la tarjeta y se la dio a Lando, inmediatamente después retrocedió y guardó el cryodex en el maletín—. Esto es suyo, Maestro Villachor —dijo Lando con formalidad mientras regresaba la tarjeta. Villachor la tomó, con casi toda su atención en Zerba, que manipulaba el maletín con trampas.

—¿Lo llamas Bib? —preguntó.

Lando se encogió de hombros.

—Un pequeño chiste que sólo entienden los que están familiarizados con la historia de Jabba.

—Sí —dijo Villachor—. Kwerve y Bib, otra vez juntos.

—Así es —repuso Lando.

Bib Fortuna y Bidlo Kwerve habían sido dos de los sirvientes de Jabba con mejores puestos, siempre buscando más poder y posición hasta la muerte de Kwerve y el subsecuente ascenso de Fortuna a mayordomo.

Han había sugerido que incluir la historia hutt en sus alias le daría una capa más a su historia que llamaría la atención de Villachor. Por la expresión en su rostro, parecía que Han había tenido razón.

—Me da gusto que lo aprecie.

—Sí —dijo Villachor—. Dos días, Maestro Kwerve.

—Dos días —prometió Lando con otra pequeña reverencia.

Noventa segundos después se encontraban al aire libre, alegres por el ruido de la multitud luego del peligroso silencio de la antesala de la bóveda.

—¿Entonces? —preguntó.

—Entonces ¿qué? —respondió Zerba—. ¿Cambié las tarjetas o ya se recibió la información?

—Lo primero —gruñó Lando, irritado por la ligereza del otro.

Zerba había arriesgado su pescuezo tanto como Lando, después de todo.

O tal vez no. Era posible que los sentidos extra que los balosares afirmaban tener le dieran a Zerba alguna información que Lando no había percibido. ¿Sería la amenaza de Villachor pura mentira, una prueba para ver si Lando cedía ante una presión inesperada?

—Sí, cambié la tarjeta —dijo Zerba con calma—. De hecho, también la respuesta a la otra es sí. Ya será otra cosa si Bink y Rachele pueden sacarle algo útil.

Lando se encogió de hombros.

—Ya veremos.

—¿Y «slivki» sí es un insulto para un hutt?

—No que yo sepa —dijo Lando—. Pero eso es lo bueno del lenguaje coloquial. Hay tantas versiones y variedades, en cualquier idioma, que nunca puedes estar seguro de saberlo todo. Villachor puede buscar en los archivos el resto del mes sin poder demostrar que mentía.

—Qué bien —dijo Zerba—. Tengo que acordarme de esa. ¿Listo para regresar?

Lando asintió.

—Vámonos.

—Yo no lo creo —murmuró una voz profunda en su oído y unos dedos fuertes apretaron el brazo derecho de Lando—. Calladito te ves más bonito.

Lando volteó la cabeza y vio un rostro humano cacarizo que le sacaba casi media cabeza y llevaba un sombrero de ala ancha que casi llegaba a sus cejas.

—¿Quién eres? —exigió—. ¿Qué demonios…?

—Dijo que callado —otra voz lo interrumpió.

Lando volteó en la otra dirección para ver que un segundo hombre también había agarrado el brazo de Zerba.

—Quienquiera que sean, les sugiero que nos suelten inmediatamente —dijo Lando fríamente—. Somos invitados especiales del Maestro Villachor. Un grito mío a cualquiera de sus hombres de seguridad que circundan el lugar…

—Oh, no te conviene hacer eso —advirtió el primer hombre—. Mi amiguito odia los ruidos fuertes.

Lando hizo una mueca al sentir que el cañón de un bláster presionaba las costillas debajo de su brazo derecho.

—Entonces supongo que hay que tenerlo contento —murmuró.

—Bien dicho —replicó el primer hombre—. Vamos hacia el extremo sur de la casa para salir por la entrada de servicio al sureste. Es más tranquilo por allá. Folx, sé un buen chico y quítale a tu amigo ese maletín pesado, ¿sí?

—Yo no haría eso —dijo Lando rápidamente cuando el segundo hombre iba a tomar el maletín del cryodex—. Sobre todo si a tu amiguito no le gustan los ruidos fuertes.

El segundo hombre se detuvo; apenas tocó la manija del maletín.

—¿Wolv? —preguntó. Wolv dudó y Lando pudo ver que dudaba—. Que se quede con él —dijo—. Ya veremos qué hacemos en nuestro destino. —Encajó su bláster un poco más fuerte en el costado de Lando—. Anda, apúrate. No tenemos toda la noche.

—¿Vamos a pasear? —preguntó Lando cuando empezaron a moverse.

—Un lindo paseo a una linda habitación —dijo Wolv—. Donde tendremos una linda plática.

—¿Y después de eso? —preguntó Lando.

—Después de eso… —Wolv se encogió de hombros—. Pues eso depende de ustedes.

—Sí —concordó Folx, su voz era oscura y ominosa—. Casi.

—Se están dirigiendo a la entrada del sureste —dijo la voz tensa de Rachele por el comunicador de Han—. Ya casi llegan al final de la mansión.

—Sí, entiendo —dijo Han, caminando por entre la multitud que veía la Gran Tempestad, evitando a la gente de los pabellones de comida y tratando desesperadamente de llegar al justo medio entre velocidad y precaución.

Si esto era un verdadero secuestro, tenía que llegar lo antes posible. Pero si no lo era, si era un truco de Villachor para sacar a los aliados que Lando y Zerba tuvieran entre la multitud, entonces apurarse no provocaría nada más que caer más pronto en la trampa.

—Cada vez están más lejos —advirtió Winter desde su puesto de observación en la *suite*—. Si no se apuran, no los van a alcanzar antes de que lleguen al portón.

—No podemos ir más rápido —respondió Dozer en el comunicador de Han. El ladrón de naves se escuchaba aún más frustrado de lo que Han se sentía—. Si lo hacemos, seguramente nos identificarán.

—Qué gran idea —exclamó Bink por el comunicador, con la voz del personaje tonto que había adoptado a pesar del peligro al que se enfrentaban—. Hace años que no voy de compras. ¿Cuándo quieres que nos veamos?

—Quédate donde estás —le ordenó Han—. Estás muy lejos para ayudar y no puedes arruinar tu cubierta. ¿Sheqoa está ahí?

—No, no —dijo Bink, que no dejaba de fingir—. Ya quiero contarte de este hombre que conocí.

—Sí, ya queremos saber también —gruñó Dozer—. Vamos, chica, necesitamos saber si él y la gente de Villachor está metida en esto.

—Oh, ya me tengo que ir —dijo Bink exagerando la emoción de su voz—. Ya viene. Te va a encantar, Jessie, es tan sincero, pero reservado.

Han maldijo. El código verbal de Bink era difícil de descifrar, pero *sincero* y *reservado* podrían querer decir que no podía saber si el secuestro era de Villachor o no. Más retrasos y más incertidumbre. Mientras tanto, Lando y Zerba cada vez se alejaban más. Y de repente, ya era muy tarde.

—Cálmense —dijo la voz tensa de Rachele por el comunicador—. Nunca van a llegar a tiempo. No sin correr por todo el lugar, y se van a dar cuenta.

Muy renuente, Han empezó a caminar más despacio y cambió de dirección hasta la entrada suroeste.

—Aunque sea, dime que Chewie ya se está encargando.

—Se está encargando —Rachele confirmó—. Subió al techo en cuanto los tomaron.

—Ahí van —interrumpió Winter—. Parece un deslizador aéreo Incom PT-81, azul oscuro con rayas amarillas al frente y arriba.

—¿Adónde se dirigen?

—Este —dijo Winter—. Están despegando… están en el carril aéreo inferior. Otra vez ascienden…

—¿Chewie? —llamó Han.

Hasta alguien como Eanjer que no hablaba shyriiwook habría podido reconocer la ira y frustración en el rugido de Chewie. Estaba en el aire, pero los secuestradores ya se habían ido.

—Demasiado tarde —dijo Rachele, que se oía a punto de llorar—. Los perdimos.

CAPÍTULO DOCE

-¿Entonces? —Han exigió.

—Nada —dijo Rachele. Su cabeza casi tocaba la de Winter cuando las dos se asomaron a la pantalla de la computadora—. Hay demasiados PT-81 rojos en los registros de la ciudad.

—Probablemente las rayas se añadieron después —murmuró Dozer. Estaba hundido en una de las sillas, viendo taciturno sus botas.

Han echó un vistazo alrededor del cuarto. Tavia estaba viendo la pantalla de su computadora, con rostro serio. Kell estaba sentado frente a Dozer, tamborileando los dedos de su mano izquierda en el brazo acolchado de su silla y su mano derecha jugando con un bláster. Eanjer estaba viendo la ventana alumbrada con las luces de la ciudad, viendo hacia la noche como si su protético ojo alienígena pudiera penetrar la oscuridad y encontrar el deslizador perdido.

—Lo sabré cuando lo vea —Winter dijo sin dudar—. Si de algo sirve. Alcancé a ver rayos y golpes en los lados.

—Pero ese tipo de daño no va a estar en ningún registro oficial —dijo Rachele.

Como si Han no lo supiera.

—¿Tavia?

—Lo siento —dijo Tavia moviendo la cabeza—. Esos sombreros les tapaban casi toda la cara. Las partes que pude ver no son definitivas para una búsqueda y la placa tenía una especie de polvo brillante que la hacía imposible de leer a la distancia.

Han asintió apesadumbrado al teclear su comunicador. Todos eran callejones sin salida. Quienquiera que fueran esos tipos, sabían lo que hacían.

—¿Chewie? ¿Algo?

El informe del wookiee fue breve, irritado y tan negativo como el de los demás.

—Seguiremos trabajando —le dijo Han—. Tan seguro como Kessel, ninguno de nosotros los va a ver desde aquí.

Chewbacca estuvo de acuerdo y se salió de la línea.

—Tal vez deberíamos salir —sugirió Rachele dubitativa—. Tenemos otro deslizador en el techo y Dozer probablemente pueda sacar un par de la calle.

—¿Y luego qué? —exigió Han—. ¿Andar volando al azar y esperar encontrarlos?

—Sería mejor que quedarnos aquí esperando a que vengan por nosotros —murmuró Dozer.

—¿Que quién venga por nosotros? —preguntó Kell.

—Ese es el punto, ¿no? —dijo Dozer—. No tenemos ni la menor idea de quiénes son. Hasta que lo sepamos, no tenemos mucha esperanza de localizarlos —apuntó hacia Han—. Si tú me preguntas, lo que hay que hacer es irnos. Ahora. Tarde o temprano, uno de ellos va a hablar. Tenemos que estar en otra parte cuando eso pase.

—No —dijo Han con firmeza antes de que alguien más diera su opinión—. Si salen, van a venir aquí. Nos quedamos.

—¿Si salen? —replicó Dozer—. No seas ridículo. ¿Quiénes crees que son, Revan y Malak? Te estoy diciendo, son papilla, y también nosotros si nos quedamos.

—Entonces vete —dijo Han señalando a la puerta—. Pero si sales por esa puerta, ya no regreses.

—¿Ah, sí? —gritó Dozer.

Se levantó y extendió la mano para tomar su bláster, pero se quedó inmóvil, con los ojos abiertos; apenas había sacado su arma de la funda cuando se encontró ante el cañón del bláster ya desenfundado de Han.

—Sí —le aseguró Han.

Dozer volteó a ver a los demás y sus expresiones no parecían apoyarlo.

—Está bien —murmuró, bajando el bláster hacia su funda y yéndose a sentar—. Entonces, ¿cuál es nuestro siguiente paso?

Han sabía que esa era una excelente pregunta. En un solo instante, toda esta gran estafa se había descarrilado y él andaba volando a ciegas. No podía ni imaginar cómo acabaría todo esto.

Excepto por una cosa: iban a sacar a Lando y a Zerba con vida. Garantizado. Han ya había perdido a demasiadas personas para una sola vida. Primero vería a Villachor en el infierno antes de perder a alguien más.

—Cambiamos de rumbo —dijo guardando su bláster—. Rachele, olvídate del deslizador. Lando y Zerba hablaron con Villachor. Empieza a hacer una lista de la gente a la que no le gustaría eso.

—De acuerdo —dijo Rachele y regresó a su computadora.

Han vio las luces de la ciudad, que parecían alegres. De alguna manera, en algún lugar, necesitaban tener suerte. Y eso tenía que ser pronto.

—Sin duda han sido unos banthas muy ocupaditos —comentó Wolv cuando el deslizador rebasó el tráfico nocturno.

—Entiendo que este fue tu segundo encuentro con el Maestro Villachor. —Movió la cabeza—. ¿O era el tercero? Ese vendedor de brillestim era uno de los tuyos, ¿verdad?

—No sabía que la lista de invitados del Maestro Villachor estuviera bajo tal escrutinio —dijo Lando, sintiendo que se le arrugaba la frente.

¿Un vendedor de brillestim? ¿Qué tenía que ver aquí un vendedor de brillestim?

—Todo lo que hace el Maestro Villachor está bajo escrutinio. Sobre todo si interfiere con sus negocios habituales. —Señaló al maletín en el regazo de Zerba—. ¿Así que ese es el brillestim bueno o es la paga?

—No tengo idea de qué estás hablando —dijo Lando con toda la altanería de la que era capaz—. Pero te prometo que cuando el Maestro Villachor se entere de esto, no va a estar contento.

—Oh, estoy de acuerdo —dijo Wolv, y una sonrisa malvada brilló en su rostro—. La única pregunta es si te va a arrastrar con él cuando caiga.

—Yo no lo descartaría —advirtió Lando.

—Y yo no contaría con que él te salve —replicó Wolv—. Tu mejor oportunidad es abrir ese maletín y darnos lo que esté dentro. Haces eso y te prometo que sales libre.

Lando negó con la cabeza.

—Tengo mis órdenes.

El otro resopló.

—Bien, como tú quieras. Pero te digo de una vez que cuando lleguemos a donde vamos, habrá alguien que podrá abrir esa cosa sin que vuele por media ciudad. Mi oferta dura hasta entonces. Piénsenlo. —Vio directamente a Zerba—. Los dos.

Se quedó así unos segundos. Cuando fue evidente que ninguno de sus prisioneros iba a decir nada, movió la cabeza con desagrado y giró la cabeza hacia el frente.

Lando vio de reojo a Zerba, quien levantó una ceja y vio cómo estaba amarrado. Lando siguió su mirada y se dio cuenta de que había una pequeña brecha en la ligadura.

Así que Zerba ya empezaba a desamarrarse. No era de sorprender. Desafortunadamente, como las ligaduras estaban conectadas al piso del deslizador, no había manera de que Zerba tocara las de Lando sin que se dieran cuenta los secuestradores. Obviamente Zerba también lo había notado. Abrió ligeramente la mano para enseñarle a Lando una ganzúa que tenía escondida. Volvió a alzar su ceja a manera de una pregunta silenciosa.

Lando suspiró. Por desgracia, nunca había dominado esa escuela en particular del oficio del fraude. Movió la cabeza y subió los hombros. Zerba arrugó la nariz para señalar empatía y cerró el puño para esconder la ganzúa.

De cualquier modo, el día aún no se acababa. Si Zerba podía aprovechar su libertad y saltar del deslizador apenas aterrizaran y lograra salvarse él y el cryodex, Lando podría negociar su liberación, aunque fuera temporalmente. Cualquier tiempo que pudiera obtener le daría la oportunidad de pensar en algo permanente. O se la daría a Han y los otros.

Esperaba que estuvieran trabajando en un plan de rescate. De verdad lo esperaba.

—¿Te pueden rastrear a partir de ellos? —dijo la voz de D’Ashewl a través del comunicador.

—No lo sé —dijo Dayja, frunciendo el ceño al PT-81 que sobrevolaba unos ochos vehículos que estaban adelante. Algo en la manera en que se movían le decía que iban a girar otra vez—. No lo creo. Pero ese no es el punto. El punto es que si el plan de Eanjer y su equipo peligra, lo más probable es que toda esta operación se caiga con ellos. No creo que nos quede tiempo de comenzar una nueva jugada para entrar a Marblewood antes de que acabe el festival.

—No hay indicación de que Qazadi piense irse inmediatamente después —le recordó D'Ashewl.

—Tampoco hay indicación de lo contrario —repuso Dayja.

Enfrente, el deslizador giró a la derecha y bajó a un carril aéreo más bajo y lento. Dayja copió la maniobra, después descendió al siguiente nivel. Seguía sin saber si lo habían divisado, si tantos ires y venires por la ciudad eran su manera de estar precavidos. Como fuera, no estaría de más dejar que se le adelantaran un poco.

—Si el plan peligra, ni modo —dijo D'Ashewl con impaciencia—. Lo siento, pero no puedo dejar que te metas en esto y definitivamente tampoco puedo dejar que llames a las autoridades imperiales.

Dayja hizo rechinar sus dientes, pero D'Ashewl tenía razón. Si Qazadi tan sólo intuía que la Inteligencia Imperial le estaba siguiendo el rastro, todo el grupo se dispersaría, y él y D'Ashewl regresarían al Centro Imperial con las manos vacías. Pero si Dayja no podía interferir directamente…

—Tengo una idea —le dijo a D'Ashewl—. Al rato te busco.

Cortó la conexión antes de que D'Ashewl pudiera responder.

La placa del deslizador tenía polvo brillante, que era muy efectivo para disfrazar las letras y números de los electrobinoculares comunes y corrientes. Pero los electrobinoculares de Dayja eran todo menos comunes. Si bien él y D'Ashewl eran los únicos agentes de inteligencia en Ciudad Iltarr, no estaban solos. No exactamente. Conduciendo con una mano e intentando juzgar el mejor momento para regresar al carril aéreo de los secuestradores, tecleó en el comunicador.

—*Onith* tres *besh* —repitió Eanjer, gesticulando hacia Rachele—. ¿Algo más? De acuerdo. Gracias.

Cerró su comunicador.

—¿Era tu contacto? —preguntó Han.

—Sí —respondió Eanjer, su mirada apenas sostuvo la de Han durante un segundo antes de volver a ver a Rachele. Su rostro parecía reflejar culpa o incomodidad, lo cual era sospechoso. Han no fue el único que lo notó.

—Qué curioso, casualmente vio a ese deslizador despegar —comentó Dozer con mucha sospecha en su voz—. Y estuvo lo suficientemente cerca para ver la placa con sus propios ojos.

—Porque no pudo haber conseguido ese número de ninguna otra manera —dijo Tavia—. No con polvo brillante.

—Tiene acceso a ciertos recursos —dijo Eanjer—. ¿De qué se quejan? Tenemos la identificación, ¿no?

—Pero ese no es el punto, ¿o sí? —repuso Dozer—. Llámame paranoico, pero a mí me gusta conocer a la gente con la que trabajo. Especialmente porque la información gratuita siempre viene con condiciones.

—O no fue gratis —dijo Eanjer con despecho—. Créeme. Esta gema me va a costar un ojo de la cara.

—Aquí está —dijo Rachele—. Vaya, vaya. Parece que nuestros secuestradores andan usando un carro de la policía de Iltarr no identificado.

—¿La policía anda tras nosotros? —preguntó Kell y parecía sorprendido—. Genial.

—Tal vez no —dijo Tavia—. Recuerda que muchos funcionarios están en la nómina del Sol Negro. Esto puede ser un ardid de Villachor para ver qué le puede sacar a Lando.

—Pero ¿por qué sacarlo de la propiedad en lugar de nada más tenerlo ahí? —preguntó Winter—. A menos que Han tuviera razón sobre tratar de averiguar quién más trabaja con Lando.

—No lo sé —dijo Rachele, mientras sus dedos seguían danzando sobre su teclado—. Pero lo interesante es esto: he escuchado rumores de un tipo de interrogatorio policial, que para nada es oficial, y que se lleva a cabo en una fábrica abandonada del área industrial a unos diez kilómetros al este del puerto espacial. Las probabilidades de que fueran ahí serían de diez a uno.

—No sé —dijo Eanjer, dudoso—. Mi contacto dijo que nada más estaban volando. Si tienen un lugar a dónde ir, ¿por qué no hacer eso?

—Porque tienen que asegurarse de que no los estén siguiendo —le dijo Tavia.

—Es más que eso —dijo Han, una idea empezaba a tomar forma. Si de verdad sabían adónde irían los secuestradores, y si él y los otros tenían tiempo de prepararse antes de llegar ahí…—. Necesitan llamar a un experto en explosivos para abrir ese maletín.

—Tienes razón —dijo Kell un poco emocionado—. Si lo están esperando antes de aterrizar, tal vez podamos llegar a la fábrica antes que ellos.

—Tiene sentido —dijo Rachele—. Apenas aterricen serán vulnerables. Así estarán en movimiento hasta que estén listos para *hackear* el maletín.

—No lo sé —advirtió Dozer viendo a los demás—. No quiero ofender, pero incluso si fueran siete de dos, no me gustan nuestras probabilidades.

—Es más dos a tres —le dijo Han—. Tú, yo y Chewie.

—Espera —Rachele advirtió—, si crees que el resto de nosotros sólo vamos a estar aquí sentados, estás muy equivocado.

—Tiene razón —dijo Winter con firmeza.

—No sobre ella —dijo Han, también muy firme—. Rachele es muy conocida en esta ciudad. Si alguien la ve, de seguro estaría en problemas. También Eanjer. Y como Bink sigue en Marblewood, no podemos correr el riesgo de que se sepa que tiene una gemela, así que tú también quedas fuera, Tavia.

—Pero seguimos Kell y yo —señaló Winter.

—Claro —dijo Dozer con sarcasmo—. ¿Y sus áreas de experiencia en combate son…?

—Sé lo suficiente para saber que tener potencia aérea nos ayudaría —dijo Kell—. Si me consigues algo similar a un caza-atmo, lo puedo volar.

Dozer frunció el ceño al voltear a ver a Han y luego a Kell.

—Estás bromeando.

—Para nada —dijo Kell.

—Sí puede —lo apoyó Winter—. Lo he visto volar.

—A menos que no creas poder robar uno en tan poco tiempo —dijo Han.

El plan nebuloso comenzaba a fraguarse. Dozer se enderezó.

—¿Adónde quieres que te lo lleve?

—Sólo róbalo y tenlo en algún lugar del puerto espacial hasta que te llame. —Han tecleó su comunicador—. ¿Chewie? Te necesito aquí. Vas a recoger a Dozer y a Kell, y luego dirígete al puerto espacial. Tenemos un plan.

Chewie respondió afirmativamente y se desconectó.

—Rachele, necesito que me consigas unas armas automáticas grandes. Tavia, necesito que les metas detonadores.

—No hay problema, ya tengo muchos controles remotos —dijo Tavia poniéndose de pie para ir a su recámara y apresurarse.

—Bien —dijo Han—. Rachele, ¿puedes conseguirnos las armas?

—No es necesario —dijo Winter—. Yo sé dónde hay una reserva.

Han se le quedó viendo.

—¿De verdad? ¿Cómo?

Ella levantó sus hombros.

—Llegué un día antes que tú —le recordó—. No estaba aquí sentada sin hacer nada.

—Supongo que no —Han concedió—. ¿Qué tipo de seguridad tiene?

—Nada con lo que no podamos lidiar —dijo Winter—. Son unas muestras de un rodiano que se cree comerciante de armas. Es poco, pero seguro encontramos lo que nos falta.

Tavia reapareció, con una bolsa en la mano.

—Aquí hay ocho —dijo, dándole la bolsa a Han—. Espero que sean suficientes.

—Gracias —dijo Han, asomándose a la bolsa. Detonadores estándar con comunicador—. ¿Winter?

—Con ocho basta —confirmó.

—Bien —dijo Han cerrando la bolsa—. Vamos, nosotros nos llevamos el otro deslizador aéreo. Rachele, a ver si puedes conseguir los planos de esta fábrica. Si sí, mándanoslos a mí y Chewie.

—Entendido.

Rachele se puso a trabajar otra vez en su computadora.

—Todos tienen tarea —Han dijo a los demás—. Háganla.

La fábrica era vieja y estaba en ruinas, tenía tres pisos, con pintura cayéndose y las ventanas cubiertas por décadas de polvo acumulado. Era el tipo de lugar en el que nadie se fijaría, nadie querría entrar y absolutamente nadie daría buenos créditos para rentar. Por eso era el lugar perfecto para que la fuerza policial pusiera un cuarto de interrogaciones extraoficial.

—¿Te das cuenta de que tendrás que disparar estas cosas a ciegas? —advirtió Winter mientras preparaban el quinto de los seis E-Webs blásters repetidores que habían tomado del depósito del traficante de armas—. Si se te ocurre intentar enlazar esos detonadores a los electrobinoculares con fuego cruzado, el flujo de datos va a ser demasiado obvio para que los otros no lo detecten. Lo van a rastrear hacia ti y ahí se acaba todo.

—Lo sé —dijo Han—. Lo bueno es que no importa si sí le damos a algo.

Ella se detuvo lo suficiente para echarle una mirada.

—¿No estás planeando dispararle a nada? ¿Entonces por qué las trajimos?

—Porque son buenas para hacer ruido —dijo Han agachándose y conectando uno de los detonadores al mecanismo de fuego—. Algo que hará que todos vean en todas las direcciones equivocadas. Chewie y Kell son quienes van a hacer el daño real.

—Ojalá sólo donde deben —murmuró Winter.

—Chewie sabe cómo hacerlo. —Han la miró por sobre el cañón del E-Web—. La pregunta es: ¿podrá Kell?

—Ya te dije que yo lo he visto volar.

—Sí, pero no dijiste que lo has visto volar para combatir —le recordó—. Por cierto, ¿qué tan bien lo conoces?

Winter se encogió de hombros mientras terminaba de atar el trípode del E-Web y se volvía a subir al deslizador aéreo.

—Hace como seis meses se unió al equipo de Mazzic, dos meses después de mí. Parece ser bastante competente y leal, pero tengo la sensación de que tiene algo de historia. Probablemente cosas de familia.

—Sí, bueno, ¿quién no las tiene? —gruñó Han al subirse al deslizador junto a ella.

Tecleó los repulsoascensores, se elevó y se dirigió al lugar que había elegido para su ubicación final.

—Y no lo ha dicho específicamente —agregó Winter, dudosa—, pero creo que él también es alderaanio.

Han sintió que el labio se le torció.

Leia había aguantado bien en el fuerte, tanto durante la huida de la Estrella de la Muerte como después. Pero en todo ese tiempo, incluso cuando había estado contenta por su victoria y la de Luke en Yavin, él vio un profundo y duradero dolor en sus ojos.

Había reconocido el mismo dolor en Winter. Y ahora que lo pensaba, se dio cuenta de que tenía razón. Kell llevaba el mismo peso en su memoria.

Han había probado ese mismo dolor, aunque no al nivel de Leia o Winter o Kell, y conocía demasiado bien el daño que hacía a las personas. A veces los deprimía, los hacía poco empáticos o letárgicos. A veces los hacía permanentemente molestos e incapaces de preocuparse por nadie o nada durante mucho, mucho tiempo.

A veces los hacía suicidas.

—No te preocupes, va a estar bien —le aseguró Winter—. Él sabe lo que está en juego y entiende su deber. Lo que sea que le hayas pedido que haga lo va a hacer.

—Bueno, si no lo hace, tendrá que lidiar con Lando —dijo Han.

Su comunicador se encendió y se abrochó el cinturón.

—¿Chewie? ¿Lo tienes?

Por fin, las noticias eran buenas.

—Perfecto —dijo Han, viendo hacia el cielo. El tráfico citadino de los aerodeslizadores de sur a oeste estaba tan congestionado como siempre, había líneas continuas de tránsito que volaban de ida y regreso de las áreas menos populosas al norte y este de ellas. Pero nada parecía ir en su dirección—. Tú y Kell esperen mi llamada. Y manden aquí a Dozer inmediatamente, para que ayude con los E-Webs.

Le respondieron con un «sí» y se desconectó.

—Seguramente Dozer preferiría estar en el puerto espacial —señaló Winter.

—No era opción.

—Tal vez debería serlo —dijo Winter—. De todos los del grupo, él es el que más me preocupa.

—Está bien —dijo Han—. Es sólo que se siente un poco fuera de lugar, eso es todo.

—Un ladrón de naves que hasta ahora no había podido robar ninguna nave —dijo Winter, asintiendo—. Entonces ¿por qué lo trajiste?

—Él iba a ser el líder hasta que apareció Lando —dijo Han, balanceando el deslizador y después lo asentó en una correa transportadora.

—¿Eso quiere decir que está resentido con Lando? —preguntó Winter al salir y agarrar el otro extremo del cañón del E-Web.

—No —le aseguró al tomar el otro extremo y ayudarla a levantar el arma de la bahía de carga del deslizador—. Si le das los mismos créditos por la mitad del trabajo se va feliz. Este lo ponemos del otro lado del regulador.

Ya llevaban la mitad de la instalación cuando Han vio un deslizador que salía del cielo nocturno hacia ellos. Por un mal momento pensó que se había quedado sin tiempo, pero a medida que se acercaba el vehículo vio que era uno de ellos. Llegó al suelo y Dozer se salió del vehículo.

—¿Cómo vamos? —preguntó al acercarse a ellos.

—Casi acabamos —le dijo Han—. ¿Chewie dice que le conseguiste algo a Kell?

—Mejor que algo —dijo Dozer, protegiendo sus ojos de las luces citadinas del oeste al voltear a ver la fábrica—. Le encontré una Headhunter Z-95. Incluso una versión AF-4, con todos los aditamentos que necesitan para convertir edificios viejos en polvo. —Hizo una gesticulación—. Aunque si ese es el objetivo, hubiera podido darle un par de pistolas sónicas y ya. ¿Dónde me quieres?

—Ahí —dijo Han señalando un cobertizo medio colapsado—. Ahí debería haber suficiente espacio para ti y para el deslizador. Vas a manejar los dos E-Webs de este lado. Winter y yo vamos a estar del otro lado con los otros cuatro.

—Ok —dijo Dozer, dubitativo—. Entonces ¿atacamos cuando lleguen?

—No —dijo Han—. Esperamos a que entren.

—Ah —dijo Dozer, aún más dubitativo—. Y una vez que abramos fuego, ¿cómo evitamos que todo se caiga sobre ellos?

—De hecho —dijo Han—, no lo hacemos.

—Ahí —dijo Wolv, señalando a su derecha—. Deben ser ellos.

Lando siguió el dedo del otro. En la distancia, dos aerodeslizadores habían dejado los principales carriles aéreos y se dirigían hacia abajo, apuntando a algún lugar a la izquierda.

—Ya era hora —se quejó Folx.

Viró el deslizador hacia una curva estrecha, para cambiar de dirección hacia el punto de aterrizaje que los otros proyectaron. Acercándose entre los dos asientos, Lando trató de ver entre sus dos captores. Estaban volando sobre un área industrial que parecía que sólo se usaba a medias. Justo adelante, su destino más probable era un edificio monstruoso de tres pisos, solo, entre montones de escombros; parecía que lo habían abandonado desde el inicio de las Guerras de los Clones.

—Cuidado con cómo hablas —le advirtió Wolv y le dio una palmada a su compañero en el dorso de la mano.

—Si el jefe se escucha asustado, estás hablando con alguien con quien no te quieres meter —Folx afirmó—. El jefe es un viejo ugnaught —dijo con despecho—. Todos los jefes criminales se parecen.

—Si quieres decir lo que no debes y que se fría el cerebro de tu amigo, adelante —agregó Wolv—. Sólo hazme un favor y guárdatelo para cuando estés con Cran o Baar y no conmigo, ¿sí? —Folx hizo un ruido con la nariz otra vez—. Tú también eres un viejo ugnaught.

—Tal vez —dijo Wolv—. Pero un viejo ugnaught es viejo porque es listo. Así que hazme un favor: sé listo.

Folx movió la cabeza en señal de desaprobación y Lando se lo pudo imaginar torciendo los ojos.

—Está bien. Si te hace sentir mejor.

Además de algunos agujeros en las ventanas superiores de la fábrica, el lugar no parecía tener ninguna abertura y, por un momento, Lando se atrevió a esperar que el encuentro sucediera afuera. No había muchos lugares a donde correr ahí, pero al menos correr era una opción.

Pero al acercarse al edificio, una amplia puerta detrás de un muelle de carga medio colapsado comenzó a abrirse con parsimonia. Los otros dos deslizadores ya estaban entrando, el primero apenas se esperó a tener espacio antes de apresurarse con un desenfado que parecía arrogancia.

El segundo deslizador le dio a la puerta un par de segundos, después lo siguió.

Landio vio a Zerba. «El primer deslizador tiene a los guardaespaldas», le dijo moviendo la boca pero sin emitir sonido.

Zerba asintió y encogió sus hombros. «¿Dónde están?», gesticuló.

Lando le guiñó el ojo y se volvió. Después de todo, no había razón para que Zerba también se preocupara.

Porque tenía razón. Han y los otros ya deberían estar aquí. Chewie debería estar agachado en uno de esos cobertizos con su ballesta para láser sacando segmentos del aglomerado de repulsoascensores a fin de hacer que Folx hiciera un aterrizaje rápido pero controlado. Han debería estar más cerca del muelle, disparando su BlasTech DL-44 para mantener ocupados a los otros dos aerodeslizadores. Otro de su grupo, Dozer o Kell, debería estar sacando fuego para que ellos se escaparan, y alguien más, quien sea, debería estar pasando en otro deslizador para que se subieran y rápido huyeran.

Pero no había nada. Nadie estaba ahí disparando. Ni siquiera se veía a alguien. Ningún vehículo de ningún tipo en ninguna parte. Había bastantes cobertizos y escondrijos para esperar, pero ninguno con las necesidades de un golpe rápido que un rescate como este exigía.

Porque eso solo funcionaría con un golpe y partida. Una vez que él y Zerba estuvieran dentro del edificio, ya no se podía asegurar nada. Lando no era ningún ingeniero estructural, pero incluso desde aquí afuera era claramente visible que empezar una pelea con fuego ahí dentro haría que todo se derrumbara sobre los que estuvieran ahí.

Lando vio hacia adelante, a la puerta que seguía abriéndose. ¿Era posible que no hubiera ningún rescate porque el grupo no sabía dónde estaban él y Zerba?

Ridículo. Winter y Tavia seguro habían visto el secuestro desde la *suite* y Rachele quizá encontró alguna manera de rastrear el deslizador aéreo. Folx los había estado paseando por toda la ciudad por más de una hora, más que suficiente para que a Han se le ocurriera algo inteligente.

A menos que no hubiera rescate porque Han había decidido que no valía la pena.

Lando respiró profundo. No, eso era una locura. Han no haría eso. Sí, Lando se había peleado con él la última vez que se habían visto, y sí, algo había dicho de que nunca lo

quería volver a ver. Pero Han lo había invitado a este trabajo, y Lando ya se había retractado de sus palabras. Sin duda, Han pareció aceptar su disculpa.

Además, aun si Han no estaba listo para disculparlo, seguramente Chewie no abandonaría a dos compañeros en problemas. Él no era así.

Mínimo a alguien en el grupo le importaría Zerba lo suficiente para rescatarlo.

Entonces ¿dónde estaban?

—Véanlo bien —les aconsejó Wolv mostrando todo con la mano. Lando se distrajo de sus pensamientos sombríos para ver que ya casi llegaban a la puerta abierta—. Tal vez sea la última vez que vean el mundo.

—No te preocupes —dijo Lando con la mayor calma posible. Los hombres como él, se recordó a sí mismo, no se intimidan fácilmente—. Vamos a salir de aquí sin problemas. La pregunta es si ustedes también.

Wolv hizo un mohín.

Por fin cruzaron el umbral, dirigiéndose a una increíble extensión con un piso poco iluminado; el sonido de los deslizadores hacía eco en el techo. Adelante, los otros dos deslizadores habían aterrizado y media docena de hombres grandes estaban de pie en torno a ellos, con rifles blásters listos para usarse. Folx aterizó el deslizador aéreo con suavidad, a unos respetuosos cincuenta metros de distancia de los demás, y él y Wolv salieron del vehículo mientras Lando y Zerba se quedaban solos.

—¿Ahora? —murmuró Zerba. Movió sus dedos para mostrarle la ganzúa de tres picos.

—Aún no —murmuró Lando en respuesta, al tiempo que sus captores iban hacia el grupo que los esperaba—. Los otros guardias nos están viendo.

—Claro —dijo Zerba y su voz le temblaba un poco—. Vamos a necesitar una distracción, ¿verdad? —Le dio un golpe al maletín que llevaba en su regazo—. Sólo hay una oportunidad, pero no es cualquier cosa.

—Tranquilo —advirtió Lando—. Todavía no estoy listo para darme por vencido.

Uno de los guardias gesticuló hacia el segundo deslizador. La puerta se abrió y un señor viejo y de baja estatura emergió. Probablemente era el experto en explosiones. Se hizo a un lado para dejar pasar a alguien más.

Lando se tensó. El que salió del deslizador después del anciano era un falleen.

—¿Lando? —preguntó Zerba con desesperación.

—Aún no —dijo Lando, preguntándose por qué se tomaba la molestia de esperar.

Ni siquiera sabía si era el mismo falleen con el que había lidiado Dozer en el Corona Lulina, pero casi ni importaba. Era un falleen y casi sin duda del Sol Negro; de repente, una muerte súbita por detonita no parecía tan mal.

Pero a Lando le gustaba apostar. Un verdadero jugador no se retiraba de la jugada mientras aún tuviera cartas.

—Todavía no —repitió—. Han puede llegar.

Detrás de ellos llegó un golpe sordo. Lando volteó y vio que la puerta se había azotado, ahora la fábrica estaba aislada del universo. Han no había llegado. Él y Zerba estaban solos.

Del otro lado del parquet industrial llegó el ruido de la puerta que se cerraba.

—¿Ya? —preguntó Winter.

Han apretó el botón de su comunicador.

—¿Chewie, Kell, Dozer? *Ya*.

CAPÍTULO TRECE

Finalmente, la orden había llegado. *Al fin.*.

Prácticamente antes de que esa ansiada sílaba terminara de escucharse por el comunicador, Kell tenía el Z-95 en el aire, la combinación de repulsoascensores y motores principales lo presionaban en su asiento, las luces indicadoras de su tablero de controles parecían reflejar las estrellas de arriba y las luces citadinas a ambos lados.

La espera había acabado. Iba a la batalla. Tal vez no con la intensidad de los combates que acechaban sus sueños y pesadillas, pero igual eran combates.

Con el fin de la espera llegó el fin de, al menos, algunas de las dudas.

Le había preocupado que dudaría, o peor, que se helaría. Pero no fue así. Le preocupaba que no sería capaz de manejar una nave con la que, a pesar de haber dicho lo contrario, no tenía experiencia más allá de los simuladores. Parecía que todo iba bien. Le preocupaba que se acobardaría y abandonaría la misión. Eso tampoco se veía probable.

Le preocupaba que no sería capaz de enfrentarse a la muerte por el bien de uno de sus compañeros. Desafortunadamente, eso estaba por verse. Y si llegaba a eso, todavía no sabía cómo reaccionaría.

Pero no tenía que saberlo. No ahora. El valor no era una cuestión de llegar a la cima de la montaña de un solo golpe, sino un paso a la vez, hacer ahora lo que era necesario, prepararse para el paso siguiente, rehusándose a preocuparse si algún paso en el futuro lo haría doblegarse.

Estaba en el aire, volando su caza con buena habilidad y se dirigía en la dirección indicada. Ya llevaba tres pasos. Uno a la vez.

Conectó el comunicador del Z-95.

—¿Chewie?

Hubo un rugido en señal de afirmación, una confirmación no verbal de que el wookiee estaba en posición justo detrás de él.

Quizás esa era la clave para el valor, pensó Kell: tener a alguien cuidando tu espalda y la seguridad de que no te enfrentarás solo a la montaña.

Enderezó sus hombros. Demasiada filosofía. Estaba en un caza, con armas en las manos y compañeros que necesitaban ser rescatados.

—Quédate conmigo —le dijo a Chewie. Le ordenó o le suplicó, no sabía cuál era la diferencia—. Voy a entrar.

Wolv y Folx habían sido aprobados por los hombres del falleen y la conversación ahora era en torno a este último. De repente, parte de las ventanas de la planta baja explotó y toda la fábrica se alumbró con el fulgor de las armas de fuego.

—No, no, no —se quejó Zerba, agachándose como si quisiera desaparecer en su asiento—. Lando, ¿qué está haciendo?

—Nos está sacando de aquí —dijo Lando con los dientes apretados—. Anda, quítame esto.

—¿Sacarnos de aquí cómo? —exigió Zerba. Se libró de sus ligaduras y se acercó a Lando para ayudarlo con las suyas—. ¿En bolsas? Va a hacer que el lugar se derrumbe.

—Tiene un plan —insistió Lando volteando a ver el techo.

Hasta ahora el fuego sólo afectaba las ventanas y pasaba por encima de las cabezas de todos. ¿Se suponía que todo el ruido y la furia eran una distracción y que Han esperaba que tomaran el deslizador y huyeran?

Porque si ese era el plan, era pésimo. Ninguna de las ventanas rotas era suficientemente grande como para dejar pasar el deslizador. Y si lo fuera, el diseño de ese vehículo obligaría a que él o Zerba tuvieran que salirse del asiento trasero y llegar hasta los controles del asiento del conductor y dudaba mucho que Wolv o Folx o el falleen dejaran que eso pasara.

Hablando de lo cual…

—Apúrate —exclamó Lando torciendo el cuello para poder ver por el quemacocos del deslizador.

Con el primer disparo, el experto en explosivos y el falleen se habían metido en su vehículo y el resto del grupo tomó posiciones de defensa. Wolv y Folx se les unieron, pero ahora ambos veían hacia su vehículo.

Incluso a cincuenta metros, con todos esos rayos que se reflejaban en las láminas del deslizador y que no lo dejaban ver, Lando se dio cuenta de que ellos ya sabían que uno de sus prisioneros se había soltado de las ligaduras y que el otro estaba por hacerlo.

—¿Por qué? —dijo Zerba—. ¿Tienes que estar en otra parte?

—Sí, donde sea menos aquí —repuso Lando.

Wolv estaba moviendo la cabeza de aquí para allá intentando encontrar el patrón de los vectores de disparos que ardían por encima de su cabeza. En cuanto descubriera el ritmo, sospechó Lando, se estaría dirigiendo hacia ellos.

Del otro lado de la fábrica, uno de los castillos del edificio se quebró cuando el fuego que pasó por la ventana de al lado lo golpeó. La parte del techo justo arriba de este se hundió un par de metros; el repentino cambio en la presión hizo que otros dos soportes más pequeños se rompieran; los pedazos de metal salieron disparados por todo ese espacio abierto y cayeron a unos pocos metros de los tres deslizadores.

—Sí, donde sea menos aquí suena bien —dijo molesto Zerba—. Pero ¿cómo vamos a llegar allá? El lugar se está…

Se interrumpió porque otro castillo se quebró y más pedazos de metal salieron volando.

—Es una trampa mortal —terminó—. ¿Qué quiere, matarnos?

Lando estaba pensando en cómo responder a eso cuando, con un estruendo ensordecedor, varias ventanas bajo el techo estallaron. Sin duda el lugar se estaba viniendo abajo y, aunque los deslizadores del falleen seguramente estaban acorazados, el de Lando y Zerba, no. Vio en dirección del estallido, preguntándose si el escombro volaba hacia ellos. La bola de fuego de la explosión giraba entre el humo; en eso, un caza Z-95 irrumpió en la fábrica.

Kell parpadeó cuando pedazos de la pared que acababa de derrumbar chocaron contra el quemacocos del Z-95. Sin duda se había arriesgado mucho con eso. Había que tenerlo en mente para la próxima.

Suponiendo que hubiera una próxima. Apenas había pasado los escombros de la explosión cuando ya lo estaban atacando con fuego de blásters que raspaban la nave. Lo primero que pensó fue que Han o Dozer se habían equivocado al darle a él, pero un segundo después se dio cuenta de que el ataque venía de los hombres agachados junto a los dos deslizadores de allá abajo.

Era un ataque serio, además. Eran blásters con mucha potencia, demasiada para un equipo de civiles. Incluso la coraza del Z-95, que estaba diseñada para el combate espacial, crujía por el ataque.

Hubiera sido sumamente satisfactorio volar al otro lado de la fábrica, girar el caza y darle con un contraataque de los cañones láser de su KX5. Pero no se atrevería. El ataque del E-Web le había demostrado lo inestable que era el edificio. El estallido del motor y el calor que se necesitaría para realizar ese tipo de ataque podía hacer que todo se viniera abajo. Qué rescate tan patético si Lando y Zerba acabaran aplastados a muerte por estar atorados en esa cáscara de huevo. Afortunadamente, el problema ya se iba a solucionar.

—Malos a las sesenta y cinco y setenta y cinco —llamó, virando el caza un par de grados para ver mejor el piso de la fábrica.

Se tomó un momento para ver su pantalla, los planos que Rachele envió y el esquema de objetivos que Chewbacca había superpuesto.

—Amigos a las cincuenta y ocho. Objetivo: sesenta y siete. Repito, objetivo sesenta y siete.

Se estaba acercando rápido a la otra pared. El plan era que disparara otra vez, hiciera otro hoyo y saliera antes de que le dispararan a él. En cambio, pisó el acelerador, giró un poco para frenarse y detenerse. Era arriesgado y probablemente Chewie tendría algo que decir al respecto si sobrevivían.

Pero el plan de Han era tan loco y la ejecución tan imposible que tuvo que esperar y ver por sí mismo si en verdad funcionaría.

Por algunas cosas en la vida valía la pena arriesgarse. El resto… pues había que pensarlo.

Kell había derrumbado la pared y entrado, le dijo a Chewie cuál era la zona de los blancos y el fuego del E-Web aún no había derrumbado toda la fábrica. Hasta ahora, todo marchaba de acuerdo con el plan.

Ahora, surgiendo de entre la bruma, haciendo su camino a través del cielo nocturno, estaba el *Halcón*.

Han hizo un puño. Chewie era uno de los mejores pilotos que había visto, aunque este era el tipo de riesgo que normalmente hasta Han descartaría. Pero cuando no tienes opciones, haces lo que puedes.

—Vamos, Chewie —murmuró a medida que la nave se disparaba hacia el hoyo en la pared hecho por Kell. La abertura era demasiado pequeña para que cupiera el *Halcón*, desde luego, y ninguno de ellos iba a intentar hacerlo más grande dado el estado de la construcción. Hasta la entrada y salida de Kell habían sido riesgos calculados.

Pero Chewie no tenía que hacer más grande el hoyo. Lo único que necesitaba era jugar una ronda de la partida más grande en la galaxia de «atínale al hutt».

Y solo tenía una oportunidad para atinarle.

El *Halcón* ya estaba adquiriendo algo de altitud y Han podía escuchar a Chewbacca desacelerando para afinar su curso. Sintió una breve oleada de frustración y culpa al contemplar la acción; él era quien debería estar ahí arriba. Él debería estar volando su nave y haciendo que esto funcionara.

Pero si hubiera hecho eso, ¿quién estaría organizando la acción desde tierra? ¿Dozer? ¿Winter?

No. Para bien o para mal, tuviera sentido o no, él era el líder del grupo. Aquí abajo, donde los rayos de los blásters eran más tupidos, aquí era donde debía estar.

Ya casi, un poco más de altitud, un poco menos, desacelerar un poco más, virar el vector de aproximación sólo un poco…

Chewbacca ya estaba ahí, subiendo el arco con una fracción de segundo extra; la nave tomó una posición vertical y voló hacia el espacio partiendo del edificio.

Sólo porque Han lo buscaba específicamente fue que logró ver un rechoncho cilindro metálico que había salido de la retaguardia de la nave y entrado sin problemas por el hoyo en la fábrica.

El primer horrible pensamiento que Lando tuvo era que el rugido que se iba acercando desde afuera era un misil que se dirigía para arrasar con el edificio y destruir toda la evidencia de lo que ahí había pasado. Pero en el último milisegundo, ese bulto oscuro pasó por la abertura que el Z-95 había hecho. Sentía que todo el lugar retumbaba y más escombro cayó sobre ellos. Un pedazo extragrande de azulejo del techo golpeó el lado del

quemacocos de Lando, lo destrozó, y pedazos de transpariacero salieron volando por todas partes.

Sin advertencia alguna, una cosa grande y sólida se impactó contra el suelo justo en medio de su deslizador y los hombres del falleen; el choque hizo que se levantara una gran nube de polvo y duracreto. Lando hizo una mueca mientras intentaba ver; se preguntaba si en verdad era la punta del misil que desde hacía unos segundos anticipaba.

No era un misil.

Era una cápsula de escape CEC Clase 1, del tipo que se usaba en el *Halcón*.

Con eso, finalmente lo comprendió.

—¡Vamos! —gritó a Zerba, forzando la puerta del deslizador y corriendo hacia el polvo, los ladrillos y los pedazos de metal que caían. Se dirigió a la cápsula de escape agachado, para que no le diera el fuego de los blásters que seguía entrando por las ventanas.

Ya estaba a medio camino cuando Zerba lo alcanzó con el maletín del cryodex apretado contra su pecho.

—¿Adónde vamos? —alcanzó a suspirar.

—Adentro —le dijo Lando. Se apoyó en una rodilla y movió la cabina—. Esto es la idea que Han tiene de un santuario acorazado.

—Pero es una cápsula de un solo pasajero.

—Vamos a estar apretados —dijo Lando cuando se abrió—. Puedes quedarte aquí si prefieres.

Zerba no se tomó la molestia ni de responder.

—¡Ya están dentro! —gritó Kell por el comunicador—. La cabina está sellada.

—Perfecto —respondió Han y por primera vez en horas Kell escuchó un poco de alivio en su voz—. Kell, Dozer, derrúmbenlo.

Tan repentino que sorprendió a Dayja: los blásters múltiples del E-Web pasaron de proteger a demoler. Su comunicador se encendió.

—Dayja, ¿qué está pasando? —preguntó D'Ashewl—. Las redes de policías están indicando de aquí a Grackleton que hay reportes de fuego en tu área.

—Sin duda hay fuego —confirmó Dayja viendo la fábrica desde lo que él esperaba que siguiera siendo una distancia segura—. Pero hasta ahora, no está equilibrado. E-Webs desde fuera, un caza Z-95 desde dentro.

Ya no añadió que también había algún tipo de carguero coreliano, el cual buscaba en el cielo con el ceño fruncido. El carguero sólo se había dirigido al lugar y no había hecho nada más que virar en el último segundo; después se había ido y no había regresado. O estaba circulando muy ampliamente o había huido. Lo primero no tenía mucho sentido. Lo segundo no parecía concordar con lo que había visto del grupo de Eanjer.

Después entendió. El piloto del carguero no se había acobardado. Había hecho lo que tenía que hacer para la operación: distracción, reconocimiento, lo que fuera, y después se había ido para apresurarse a llegar al puerto espacial antes de que la policía y las autoridades portuarias reaccionaran ante todo aquel alboroto y pusieran atención a lo que sucedía en el cielo.

Lo cual quería decir que el carguero era el único objeto que el equipo de Eanjer había traído y que no pensaban abandonar después del rescate.

Qué interesante. Ahora se arrepintió de no haberlo observado mejor.

Una parte del techo de la fábrica se derrumbó con un estrépito, seguido inmediatamente por un colapso parcial de la pared norte. Parecía que los atacantes, deliberadamente, intentaban destruir el edificio, lo cual hacía a uno preguntarse cómo esperaban que sus amigos secuestrados sobrevivieran.

Tal vez ya estaban muertos. Tal vez para eso enviaron al carguero y al Z-95: para que lo confirmaran.

Otra sección del techo colapsó y pareció que dio con un viejo tanque, lo cual hizo que una columna de gas verde emergiera y, con el reflejo del fuego, daba la apariencia de algo malvado. Una segunda parte de la pared norte cayó.

Eso fue todo para los secuestradores. Aún cuando el fuego de los blásters siguió causando estragos, Dayja vio que los tres deslizadores salían disparados de los nuevos hoyos y se esforzaban por alcanzar altitud.

Esta vez estaba preparado y obtuvo buenas capturas de imágenes con sus electrobinoculares. Quienesquiera que fueran, él podría localizarlos.

—Dayja, ¿qué está pasando?

—Parece que ya se acabó —dijo Dayja cuando cesó el fuego del E-Web. El Z-95 salió y se estacionó. Pudo ver a tres figuras que, de distintas direcciones, corrían hacia las ruinas del edificio—. Pero no estaría de más mantener alejada a la policía unos minutos más. ¿Lo podrás hacer sin revelarte?

—Yo sí —gruñó D'Ashewl—. Pero tal vez tu equipo ya no tenga nada que revelar. Si los secuestradores sí eran policías corruptos, no sé cómo van a manejar este incidente sin que Villachor y Qazadi se den cuenta de que Eanjer está conectado con alguien oficial.

—Yo tampoco lo sé —admitió Dayja—. Pero tengo ganas de averiguarlo.

Lando ya había abierto la cabina e intentaba salirse de la cápsula de escape cuando Han y los otros lo alcanzaron.

—¿Estás bien? —preguntó Han y le ofreció la mano.

Le pareció que Lando dudó una fracción de segundo más de lo debido antes de aceptar la mano ofrecida, pero lo agarró con fuerza.

—Gracias —gruñó cuando Han le ayudó a salir—. Por cierto, buena movida, me imagino que Chewie estaba en el *Halcón*.

—Sí —dijo Han, viendo a su alrededor. La devastación se veía peor desde ahí que desde fuera—. Pensé que si te golpeaba la cápsula, no estarías tan enojado con él como conmigo.

—Probablemente no —respondió—. ¿Zerba?

—Aquí estoy. —Una mano delgada se alcanzó a ver por la escotilla—. ¿Ayuda, por favor?

—Dame el maletín —ordenó Dozer al acercarse a la cápsula.

La mano desapareció y resurgió con el maletín del cryodex. Dozer lo tomó y se lo dio a Winter, que estaba detrás de él, y después ayudó a Zerba.

—Gracias —suspiró Zerba. Vio con resentimiento a Han—. No vuelvas a hacer eso.

—¿Qué cosa? —preguntó Han—. ¿Quitarte a los malos de encima o salvarte la vida?

Zerba lo consideró.

—Okey, buen punto —concedió y pareció tranquilizarse un poco—. ¿Ya podemos irnos?

—Claro —dijo Han—. Dozer, llévalos a tu deslizador y regrésalos a la *suite*. Kell te puede acompañar también.

—¿Dejamos el equipo? —preguntó Dozer.

—Todo —confirmó Han—. Winter y yo vamos al puerto espacial por Chewie.

Se dio cuenta de que algunas órdenes sólo había que darlas una vez. Dozer ya estaba saliendo del escombro, y Lando y Zerba lo seguían.

—Qué interesante táctica —comentó Winter.

Han volteó a verla. Ella analizaba el golpe que tenía la cápsula; en su cara se veía una expresión extraña.

—Están diseñadas para el espacio profundo, penetración de municiones y aterrizajes accidentados —Han le recordó—. Pensé que aguantaría lo que lanzaran los secuestradores. —Movió una mano hacia arriba para enseñar el techo colapsado—. Y eso también.

—Parece que sí funcionó —dijo Winter—. Más bien me preocupaba qué pasaría si Chewbacca erraba.

—Que Lando nunca querría volver a verme —dijo Han—. Anda, vamos a ver si ya regresó Chewie.

—¿Así que ni idea de quiénes eran? —preguntó Tavia al darle a Lando una bebida.

—Sólo que había un falleen en el grupo —dijo Lando dándole un sorbo.

El coñac era una bebida famosa por ser impredecible, el sabor y la calidad variaban mucho entre sistemas e incluso entre diferentes regiones del mismo mundo. Afortunadamente, Tavia había elegido uno bueno.

—Ni idea de si era el amigo de Dozer, Lord Aziel, o este Qazadi, que según el contacto de Eanjer se esconde en Marblewood.

—Creo que no importa quién era —dijo Kell—. Los dos están en el mismo bando, ¿no?

—No era ninguno de ellos —dijo Zerba. Agarraba su propio vaso de coñac con ambas manos, evidentemente aún conmovido por los sucesos del día—. Probablemente era el guardaespaldas de alguien más.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Lando, tratando de hacer memoria. No había notado ningún arma o armadura que le hubiera podido hacer pensar eso a Zerba.

—Era joven —dijo Zerba—. Demasiado como para tener ese tipo de preeminencia.

—Corrió al deslizador en cuanto comenzó el fuego —señaló Lando.

—Metió al hombre de los explosivos en el deslizador cuando comenzó el fuego —lo corrigió Zerba—. Después entró él. Pero dejó la puerta abierta.

—Para dirigir sus disparos —Winter murmuró—. Y lo hizo bien, además. Incluso disparando a ciegas, derribaron uno de los E-Webs, antes de que Kell entrara.

—Bueno, quienesquiera que fueran, no estaban con Villachor —dijo Bink muy segura—. Ni Sheqoa ni ningún otro de los tipos de seguridad que yo vi mostró ni la más sutil señal de que supieran que algo grande estaba pasando.

—Seguramente no estaban monitoreando los comunicadores de la policía —dijo Tavia—. La red estaba vuelta loca con todos los reportes. Me sorprende un poco que no llegaran antes de que ustedes se fueran.

—¿Para qué? ¿Aparecerse en un interrogatorio del Sol Negro? —replicó Lando—. No era muy probable.

—Entonces, ¿qué quiere decir esto para la misión? —preguntó Eanjer.

Parecía calmado, pero el movimiento nervioso de sus dedos expresaba tensión.

—Nada —dijo Han—. Lo único que sabe quien esté detrás de todo es que Lando tiene una organización impresionante detrás de sí. Esa es la historia que queríamos vender.

—Excepto que, ahora que identificaron a Lando, tiene que mantener un perfil bajo —dijo Bink—. Supongo que le toca a Dozer, o a ti, Han.

Lando pensó haber visto que el labio de Han hacía un movimiento raro, sólo un poco.

—Tal vez —admitió Han—. Luego hablamos de eso. —Se dirigió a Rachele—. ¿Estás lista?

—Sí —replicó Rachele. Sus ojos se veían preocupados—. Pero no creo que les vaya a gustar.

—¿Lista con qué? —preguntó Zerba.

—El análisis del sensor de datos de la tarjeta que plantaste —le dijo Han viéndolos a todos—. ¿Dozer?

—Aquí —dijo y salió del pasillo de la cocina con un sándwich en la mano—. El trabajo de rescate me da hambre. —Se sentó en el sillón junto a Tavia y ella tuvo que moverse para hacerle espacio—. Estoy listo.

Han señaló a Rachele. Ella tocó su datapad y en el holoproyector apareció la imagen de un cuarto rectangular.

—La bóveda de Villachor —dijo—. Como ya habíamos dicho, se construyó dentro del salón de baile pequeño, nótense las esquinas curvadas y los camarines para conversación.

—Que ahora seguramente son puestos de vigilancia —murmuró Lando.

—La mayoría —confirmó Rachele—. También nótese el techo alto y ondulante. Esa es la capa de brillo original del salón, por cierto, junto con la capa de lámina acorazada que ya habíamos mencionado antes colocada en el espacio entre los pisos.

—Así que una capa de brillo… —comentó Bink amargamente—. Genial.

—¿Qué es eso? —preguntó Kell.

—La decoración de interiores favorita de un hombre elegante —le dijo Bink—. Bonita, pulida, resistente, brilla con todas las luces, ya saben. El problema es que es imposible cortarla sin soltar brillantina por todas partes.

—Lo que quiere decir que no vamos a poder llegar, agarrar e irnos sin que nadie se dé cuenta —añadió Tavia—. Una vez que comencemos la operación, nuestras huellas estarán en todas partes.

—¿Qué tipo de seguridad tiene dentro de la bóveda? —preguntó Bink.

—Oh, esto te va a encantar —dijo Rachele.

—¿Te acuerdas de esos droides zeds policiacos de los que habló Kell? Aquí es donde pasan el rato.

—Más los diez en guardia fuera de la puerta —dijo Lando—. Armados con blásters y látigos neurónicos Thol Corp OT-7, sólo para poner las cosas interesantes. Atravesar ese grupo es el primer paso en el proceso de ingreso.

Chewbacca volteó hacia Han y le farfulló una pregunta.

—No sé —dijo Han.

—¿Kell, tú conoces alguna manera de noquear un zed?

—Tendría que investigar, pero estoy seguro de que es posible. —Kell gesticuló con las manos—. Claro, todo es posible. Lo que cuesta trabajo es la ejecución.

—Lo que se necesita para la mayoría de los droides es un golpe de alta potencia en la fuente motivadora o de memoria —señaló Bink.

—Aunque es difícil hacerlo, por el tipo de armadura que tienen los zeds —dijo Kell.

—No te olvides de los látigos —dijo Lando—. Esas cosas son duras, y Villachor difícilmente se los hubiera dado a sus guardias si se pudieran usar en su contra, lo cual quiere decir que tienen un recubrimiento eléctrico adicional.

—De hecho, es aún peor —dijo Kell—. ¿Recuerdan que les dije que los zeds que vi tenían recubrimientos en los brazos, muslos y cintura? En esas partes los droides tienen delgados cilindros paralelos en lugar de un solo repuesto y la cintura es donde el torso se hace aún más estrecho.

—¿Y qué? —preguntó Bink.

—Que con ese recubrimiento, no puedes saber si hay tubos paralelos o algo más amplio —dijo Kell—. En otras palabras, te impide saber si es o no un zed.

—Ay —dijo Dozer olvidándose por un segundo de su sándwich—, ¿estás diciendo que algunos de estos zeds pueden ser guardias humanos con armadura?

—Exactamente —dijo Kell—. Es muy listo. Llegas con un golpe con motivador de rango angosto, como dijo Bink, todo preparado para derribar un droide. Sólo que el humano de dentro no sintió nada y te pone de rodillas.

—Mientras que algo diseñado para atacar a un humano no funciona en un droide —dijo Han.

—Y sólo Villachor sabrá cuál es cuál —dijo Kell.

—Hablando de droides, ¿qué se puede hacer con esos droides cámara que andan flotando fuera? —preguntó Dozer—. No me encanta la idea de que alguien en un monitor esté viendo todo lo que hacemos.

—No es un problema —le aseguró Tavia—. Tenemos un aparato diseñado para nublar su vista, pero no lo suficiente como para detonar alarmas o secuencias de autodiagnósticos, sólo lo suficiente para impedir el reconocimiento facial. Con todo el polvo, calor corporal y campos de contención de repulsores, van a suponer que eso es lo único que se está metiendo.

—¿Será suficiente con eso? —preguntó Dozer viendo a Han.

—Tendrá que serlo —dijo Han—. Sólo tendremos que asegurarnos de no destacar demasiado.

—Hasta que sea necesario —murmuró Lando.

—Sí —asintió Han.

—Entonces, ¿cómo lo metemos en la propiedad? —preguntó Kell.

—Listo —dijo Bink tranquila—. Lo planté hace dos días, la primera vez que fuimos.

—Nos pudiste haber dicho —gruñó Dozer.

Bink encogió sus hombros.

—Pensé que sería obvio.

—Regresemos con los zeds —pidió Zerba—. ¿Sabemos si los que estaban fuera de la bóveda eran humanos o droides? Más importante: ¿tenemos idea de qué tipo de código usan? Yo no pude ver nada evidente.

—Tienes razón, no lo era —dijo Rachele—. Resulta que había un olor en los dedos de Villachor que el zed percibió.

—¿Un olor? —repitió Lando y sentía que se le caía la quijada—. ¿Quieres decir como un perfume?

—Como colonia, de hecho —dijo Rachele—. Ya sea Rezi Ocho o Rezi Diez, las dos fórmulas son muy similares.

Kell vio a Tavia.

—Tienes que estar bromeando, ¿pusiste un olfateador?

Tavia se encogió de hombros.

—Han dijo rango completo —le recordó—. Le dimos rango completo.

—Aunque más bien buscábamos claves materiales que se transmiten vía aérea —añadió Winter—. No esperábamos conocer las preferencias de acicalamiento de Villachor.

—Estuvo bien —dijo Rachele—. Desafortunadamente, yo creo que cambia el perfume todos los días y, a menos que podamos entrar a su gabinete privado, no sé cómo vamos a saber cuál es el que se necesita.

Kell movió la cabeza.

—Esto cada vez se pone mejor.

—Todavía ni empezamos —advirtió Rachele. Presionó su datapad y en el centro del cuarto apareció un holograma de una esfera grande conectada a una plataforma a través de un pilar corto—. Aquí está la bóveda en sí —dijo—. Es una esfera de seis metros, la parte exterior está hecha de duracreto con una malla de metal como coraza.

—¿Una esfera? —preguntó Winter—. Suena un poco loco.

—Loco como un twi’lek —dijo Zerba, amargamente—. Un cuadrado o rectángulo tiene esquinas que puedes recortar para entrar rápido. Una esfera, no. Incluso, teniendo un sable de luz de tamaño completo, te tomaría una eternidad cortar apenas lo suficiente para entrar.

—Y en el camino, seguro te encontrarías con trampas de abeja —añadió Tavia—. El duracreto vertido es excelente para meter bolsillos ocultos de gas o cargadores de detonita.

—Dijiste que la parte exterior era de duracreto —dijo Han—. ¿Y la interior?

—Es todavía peor —dijo Rachele—. En el centro de la esfera está la verdadera caja de seguridad: un gabinete rectangular del tamaño de un clóset hecho todo de piedra de Hijarna.

Lando vio a todos y, por sus miradas perplejas, supo que, como él, tampoco estaban familiarizados con el término.

—¿Y eso qué es? —insistió Dozer.

—Una piedra dura y negra que es excepcionalmente difícil de cortar y absorbe el fuego de blásters sin ni siquiera sentirlo —dijo Rachele—. El ejemplo más importante es una fortaleza parcialmente en ruinas en el planeta de Hijarna. El punto es que ni el sable de luz de Zerba va a traspasar eso. No con el tiempo que tendremos.

—Bueno, Villachor no tiene que cortarla con una espada para abrirla —Bink señaló—. ¿Por qué habríamos de hacerlo nosotros?

—Exactamente —afirmó Tavia.

Su rostro expresaba la desaprobación habitual para este tipo de cosas, Lando lo notó. Pero al mismo tiempo podía ver algo de interés profesional que empezaba a asomarse. Este era un reto táctico, y si algo le gustaba a Tavia era un reto.

—¿Puedes resumirnos su rutina?

—Claro —dijo Rachele—. Entró a la bóveda después de que los zeds de fuera lo examinaron…

—O los guardias humanos —murmuró Lando.

—Quien sea que esté en la armadura —dijo Rachele—. El campo magnético de la bóveda se detona cuando él abre la puerta, por supuesto. Cruza el piso hacia la plataforma que se eleva y…

Chewbacca farfulló muy fuerte.

—Oh, sí —dijo Rachele—. Lo siento, se me olvidó decir eso. La bóveda está en una plataforma de diez metros de diámetro que flota un metro y medio sobre el piso con repulsoascensores y se mueve lentamente por la habitación. No sé si sigue un circuito constante o un curso aleatorio.

—Okey, esto ya está un poco ridículo —dijo Dozer.

—De hecho, no —dijo Tavia—. Cuando empezábamos esto, alguien mencionó la posibilidad de hacer un túnel desde abajo. La otra manera obvia es cortar el techo y tratar de caer sobre la caja sin que los guardias te vean. Si la caja está en movimiento constante, ambas tácticas son inútiles.

—Deben de ser unos repulsoascensores muy impresionantes —comentó Bink—. Una esfera de duracreto de ese tamaño seguro pesa más de ciento cincuenta toneladas.

—Sí, fácilmente —dijo Rachele—. Así que sí, los repulsoascensores son extremadamente poderosos, tanto que tienen su propio generador, probablemente dentro y bajo el pilar de treinta centímetros que une a la esfera con la plataforma.

—Sí que es listo el tipo —concordó Bink—. ¿Así que camina a la plataforma móvil?

—Al acercarse a la plataforma, los escalones más cercanos se despliegan debajo de ella —dijo Rachele—. Según lo que conté, hay cincuenta de esos, porque mientras la plataforma se está moviendo por la habitación, también está rotando.

—Al azar, me imagino —preguntó Rachele.

Rachele asintió.

—Vi dos pequeños cambios en la velocidad de rotación mientras se movía por la habitación, es una rotación lenta. Pero la velocidad no es un problema. Lo importante es que, debido a la rotación, un intruso cualquiera no tendrá manera de saber cuál es la ubicación de la entrada a la caja.

—Pero nosotros sí, ¿verdad? —preguntó Bink.

—Creo que sí —dijo Rachele—. Alrededor de toda la esfera hay múltiples pares de hoyos del tamaño de dedos, separados unos cuatro centímetros entre sí y colocados a la altura del pecho. Villachor va al grupo indicado e inserta los primeros dos dedos de su mano derecha y la parte inferior de uno de los segmentos de la esfera se desdobla de la plataforma, eso deja una brecha de un metro y medio de ancho y dos metros de alto a través del duracreto que se extiende hasta el centro de la piedra de Hijarna.

—¿Y el gabinete está exactamente en medio de la esfera? —preguntó Zerba.

—No, está un metro atrás —dijo Rachele con cara de asombro—. ¿Por qué preguntas?

Zerba encogió sus hombros.

—Sólo por curiosidad, ¿sabemos si los hoyos tienen claves específicas para dedos? —preguntó Tavia.

—No lo creo —dijo Rachele—. El posicionamiento de los dedos parecía casual y nunca los mantuvo lo suficientemente firmes para que se leyera bien una huella. Mi suposición es que es un detonador de calor corporal y sólo tienes que saber cuál usar.

—O usas todos —dijo Zerba.

—No es necesario —dijo Winter señalando—. Hay dos pequeños raspones sobre el par que está a la izquierda del que está usando.

—Los veo —dijo Bink—. ¿Qué sigue?

Rachele otra vez tecleó su datapad y el holoproyector hizo *zoom* en la esfera, donde un segmento se desarmó de la manera en que acababa de describir.

—Ya tenemos un pequeño túnel —continuó—, al final del cual está la puerta al clóset interior: otro bloque de piedra de Hijarna con un teclado alfanumérico estándar.

La imagen hizo otro *zoom* y se pudo ver de cerca el teclado.

—Con fuente Galáctica Antigua —comentó Zerba.

—Aurebesh es para la gente común —dijo Lando con frialdad—. Los esnobs como Villachor tienen demasiado nivel para eso.

—Conseguimos el código, ¿verdad? —dijo Tavia.

—Al menos el de esta tarde, sí —dijo Rachele—. Pero viendo cómo es el resto de la seguridad, me imagino que cambia constantemente.

—Probablemente dos veces al día —dijo Bink, levantándose y moviéndose hacia adelante para ver mejor la imagen—. Ese modelo en particular permite un patrón preestablecido con cambios dos veces al día.

—¿Qué quieres decir con «preestablecido»? —preguntó Kell.

—Quiero decir que en algún lugar de la casa hay una computadora que todos los días escupe un grupo de números al azar que le transmite al seguro…

—Y que Villachor tiene que memorizar —añadió Tavia.

—Y que Villachor tiene que memorizar —concordó Bink—. Él puede programar los códigos con días o, incluso, con meses de anticipación.

—¿Y cómo está al tanto de todos? —Dozer preguntó.

—Hay dos posibilidades —dijo Rachele—: primera, uno de los zeds de dentro también podría tener la secuencia y le da el código al entrar. No vi que eso pasara, pero quizá es por mi ángulo de visión.

—Parece riesgoso —dijo Kell—. Sobre todo tomando en cuenta que es probable que los droides vayan cambiando para que los recarguen o reparen.

—Y transmitir la secuencia a un droide es como hacerlo a un teclado —dijo Tavia.

—Estoy de acuerdo —dijo Bink—. Lo más probable es que la secuencia esté relacionada con algún patrón que Villachor ya conoce. Fechas de su historia familiar, nombres de exnovias, los años de sus cosechas favoritas, algo por el estilo.

—Así que ahora también tenemos que leerle la mente —dijo Dozer apesadumbrado—. Maravilloso.

—Su mente no —lo corrigió Winter—, sólo su historia. Y tenemos un código como punto de partida.

Dozer movió su cabeza.

—De todos modos, me parece como una vela alumbrando un cañón.

—Sí, pero sólo es un cañón —dijo Winter.

—Y una vez que pasemos eso —continuó Rachele—, parece que todo en la caja tiene sensor de salida.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Eanjer.

—Quiere decir que sacar cualquier cosa más allá de las paredes de la mansión detonará alarmas en todo Marblewood —explicó Zerba.

—Más que sólo alarmas —dijo Rachele.

—De los viejos registros de compras, parece que Villachor también instaló una reja de puntas de lanza que rodea la mansión. Es como un bosque de pértigas muy unidas entre sí que salen del suelo cuando se activan —explicó viendo a Eanjer—. Estas pértigas generalmente llevan suficiente corriente para inmovilizar o matar.

—A veces los lugares de alta seguridad las usan como la última defensa contra el robo —dijo Bink—. Necesitas un deslizador aéreo para sobrevolarlas y, aun así, no te puedes acercar tanto, porque la corriente se eleva y puede freír sus repulsoascensores.

—Dependiendo de qué tan alta sea puede presionarte lo suficiente contra el escudo paraguas de protección hasta que quedes atrapado dentro —dijo Tavia.

—Así que definitivamente queremos apagar el sistema antes de hacer nuestra movida —concluyó Eanjer asintiendo.

—Lo cual probablemente no podremos hacer —dijo Rachele—. Este tipo de sistema generalmente incluye una malla fina por todas las paredes, con un campo electrostático de bajo nivel por todas las ventanas y puertas. Está autocontenido y descentralizado, y la única manera de quitarlo es básicamente cortar la pared de atrás unos dos metros alrededor de la puerta que piensas usar. —Consideró—. Claro que una vez que haces eso, pues en realidad ya no necesitas la puerta.

—Así que lo que hay que hacer es asegurar que, cuando suene la alarma, nadie esté disponible para responder —dijo Zerba—. Tal vez con gas.

Bink negó con la cabeza.

—Nunca podrás meter tanto gas ahí sin que se den cuenta.

—Y además no funcionaría con los droides —añadió Kell—. También necesitaríamos suficiente detonita para hacer explotar una sección de la reja y suficiente tiempo para plantarla.

—Entonces, ¿sólo nos encargamos de que estén demasiado ocupados para responder? —preguntó Lando viendo a Han—. ¿Ese es el plan?

—Básicamente —dijo Han—. ¿Eso es todo, Rachele?

—Sí —dijo ella—. Oh, excepto que la habitación que está justo sobre la bóveda es la estación de los vigilantes, donde está la gente de seguridad de Villachor descansando cuando no trabaja.

—Por suerte, casi todos estarán de guardia durante los homenajes —señaló Han—. Gracias, Rachele. Al menos ya sabemos a qué nos enfrentamos.

—Sí, seguro hoy vamos a dormir más tranquilos —gruñó Dozer.

—Me da gusto escucharlo —dijo Han en ese tono inocente y no tan sarcástico que tenía—. Bueno, eso es todo por hoy. Hay que descansar, mañana será un día largo.

Se levantó para ir con Rachele y sentarse junto a ella. Le murmuraba y señalaba al holo. Los otros, obedeciendo, también se levantaron y salieron. Lando esperó hasta que todos se habían ido.

—¿Podemos hablar? —pidió.

—Claro —dijo Han.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó Rachele.

—No, agradecería tener tu opinión —dijo Lando—. Bink dijo hace rato que tú o Dozer tendrían que tomar mi lugar.

—Así es —afirmó Han—. ¿Quieres votar?

Lando asintió.

—Voto por mí.

Rachele parpadeó. La expresión de Han se tornó indescifrable, como si estuviera listo para jugar sabacc.

—Te acaban de atrapar —le recordó.

—Y me salvé —replicó Lando—. Soy parte de una organización que no piensa dos veces en ahuyentar a las oficiales del Sol Negro, ¿recuerdas? Un secuestro fallido no debería asustarme.

Han vio a Rachele.

—¿Tú qué piensas?

—Tiene razón —admitió—. Sobre todo si Bink tiene razón y Villachor no está involucrado. El que haya estado tras el secuestro tendrá que lidiar con la seguridad de Marblewood y ahora también con la del grupo de Lando y, como no saben qué tan grande es su equipo, deberán tener cuidado.

—Pero sin duda necesitarás más seguridad.

La voz de Eanjer venía del pasillo. Lando volteó y sintió un golpe de frustración. ¿Qué no había quedado claro que se había esperado porque quería hablar a solas con Han? Aparentemente no, al menos no para Eanjer.

—¿Te podemos ayudar en algo? —preguntó Han mucho más amable de lo que Lando hubiera podido ser.

—Estaba pensando en la seguridad de la persona que regrese a Marblewood —dijo Eanjer, entrando a la habitación.

Pareció querer tomar asiento, pero al ver la expresión de Lando, prefirió no hacerlo.

—Se me ocurrió que el depósito de armas que Winter encontró podría tener blásters más pequeños que podemos usar.

—No necesitamos más blásters —le aseguró Han—. Chewie acompañará a quien vaya y ya.

El único ojo de Eanjer se abrió.

—¿Chewie?

—Sí, ¿por qué no? —dijo Han—. Los dos días anteriores esto estuvo lleno de wookiees.

—Los wookiees se están usando mucho como guardaespaldas en Ciudad Iltarr —confirmó Rachele.

—Sí, pero… —Eanjer apretó los labios—. Mira, yo sé que tienes que reflejar estar seguro de ti mismo delante de —vio a Lando—… todos los demás. Pero esto es una locura. No puedes creer que seremos capaces de meternos en un lugar así sin que nadie sepa. —Señaló el holo que flotaba encima de ellos.

—¿Tienes una mejor idea? —preguntó Han.

—Un asalto directo y frontal —dijo Eanjer sin rodeos—. Traemos a más de tus amigos, entramos al lugar mientras los de seguridad están ocupados con los homenajes…

—Oye, oye —lo interrumpió Lando. Nunca le había gustado Eanjer, pero no sabía bien por qué. Ahora sí: era un idiota—. ¿Quiénes crees que somos? Atacar Marblewood sería un suicidio instantáneo.

—Claro que sería riesgoso —repuso Eanjer—. Pero recuerda el pago final. Puedes contratar a muchos mercenarios por 163 millones de créditos.

—Por créditos adelantados, sí —repuso Lando—. Una promesa de créditos no es una oferta tan atractiva.

—Lo sé —dijo Eanjer y espiró con fuerza—. Pero no veo otra manera de entrar.

—Yo tampoco —dijo Han—. Pero, por suerte, no tendremos que hacerlo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rachele.

—Quiero decir que no tenemos que entrar —repitió Han pacientemente—. Lo único que necesitamos es que Villachor saque todo.

—¿Qué? —exclamó Eanjer y cerró su ojo—. Ay, por favor, Villachor no va a sacar los créditos y los archivos y nos los va a dar así nada más.

—No dije que fuera a hacer eso —dijo Han—. Pero si él cree que la bóveda está amenazada, entonces tendría una buena razón para llevar todo a un lugar más seguro. Ahí es cuando se lo quitamos.

—No —insistió Eanjer—. No podemos hacerlo así.

—¿Por qué?

El ojo de Eanjer volteó hacia Lando.

—Porque no va a funcionar —dijo como si intentara explicar algo a un niño de cinco años—. Podría… podría mover los archivos de extorsión si lo pones nervioso, pero no es probable que se moleste en mover los créditos.

—Entonces sólo tomamos los archivos —dijo Han—. Pensé que habíamos dicho que eran más valiosos en el mercado que unos cuantos créditos.

—No lo son sin un cryodex —insistió Eanjer—. No, si vamos a lograr esto, tenemos que entrar ahí, tenemos que hacerlo.

—Está bien. Opinión anotada. —Han vio a Rachele y a Lando—. ¿Alguien tiene más ideas que quiera añadir?

Algo le dijo a Lando que la respuesta indicada era «no».

—Tal vez luego —dijo—. Creo que voy por un tentempié, suponiendo que Dozer nos haya dejado algo; luego me voy a la cama.

—Yo también —dijo Rachele, tocó su datapad y apagó su holoproyector—. Excepto por lo del tentempié. Buenas noches.

Lando esperaba que Eanjer lo siguiera a la cocina y tratara de darle más argumentos contra el nuevo plan de Han. Afortunadamente para él, no lo hizo.

***

Lando y Eanjer desaparecieron por el pasillo. Han esperó unos segundos más, sólo para asegurarse; después volvió a ver a Rachele.

—¿Estaremos listos en dos días?

—Para nada —dijo—. Zerba sigue haciendo los trajes de seda y Tavia y los otros sólo tienen la mitad de los mezcladores que van a necesitar.

—¿Y no hay manera de probarlos?

—No, a menos que quieras probar uno pasado mañana, el día de la Ofrenda del Agua Moviente.

Han negó con la cabeza.

—Demasiado arriesgado. Lo que nosotros veamos ellos lo verán.

—Sí. —Rachele estudió su rostro—. Está empezando a desmoronarse, ¿no?

—No lo sé —admitió Han—. Tal vez un poco. Nunca me creí esa historia de Qazadi que el amigo de Eanjer nos quería vender; al menos no la parte de que fuera de los principales de Xizor. Pero si en verdad es el que está al mando ahora, podría actuar más rápido de lo que esperamos.

—Pero también podría forzar la mano de Villachor —señaló Rachele—. Me doy cuenta de que esta oferta de hacer el intercambio era sólo para meter la tarjeta de datos de Tavia en la bóveda, pero si podemos convencerlo de que renuncie, podríamos conseguir los créditos y los archivos con menos trabajo.

—Para nada —dijo Han con firmeza—. No ahora que uno de los falleen está involucrado. Quienquiera que sea, demostró bastante bien que puede controlar los bienes del Sol Negro en Wukkar. Si tan sólo sospecha que Villachor está pensando en dejar el barco, se acaba todo para él. Eso es algo que seguramente sabe.

—Supongo —dijo Rachele, viéndolo atentamente—. Lo cual también quiere decir que no hay manera de convencerlo de que transfiera los archivos a otra parte, porque eso se vería exactamente como si él huyera con ellos.

—No, no hay oportunidad de eso, tampoco —concordó Han.

—Entonces, ¿por qué le dijiste a Eanjer que ese era el nuevo plan?

—Sobre todo para ver su reacción —dijo Han, poniéndose de pie—. Me voy a la cama. No dejes que Tavia duerma de más, sólo tenemos cuatro días para el homenaje al fuego y vamos a necesitar todos los mezcladores que podamos conseguir.

—Me aseguraré de que ella y los demás se levanten con el sol —prometió Rachele—. ¿Qué vamos a hacer respecto a Villachor? Está esperando encontrarse con el jefe de Lando en el Homenaje al Agua Moviente, pasado mañana.

—Supongo que tendré que distraerlo —dijo Han—. Mañana lo vemos.

Se dirigió al pasillo y a su habitación.

—¿Y lo lograste? —preguntó Rachele.

—¿Logré qué?

—¿Descubriste lo que sea que estabas buscando con Eanjer?

Hizo una especie de sonrisa.

—Sí, creo que sí —dijo—. Apaga las luces antes de dormirte, ¿sí?

CAPÍTULO CATORCE

El trabajo de alistarse para el Homenaje del Agua Moviente duró todo el día. Por lo que Dozer había visto desde las ventanas de la *suite*, parecía que sería tan espectacular como los dos homenajes anteriores.

Pero eso era para mañana. Ahora, durante los siguientes minutos, lo único en la mente de Dozer era el guardia de seguridad de Marblewood, que con cansancio salía del deslizador frente a su casa, en una zona de clase media de la ciudad.

Han le aseguró que el hombre no le dispararía en el lugar. Ni siquiera los del Sol Negro trataban así a la gente que hacía cosas extrañas, pero no amenazantes. Han le prometió que el hombre sólo escucharía, tomaría el paquete y dejaría que Dozer se fuera.

Han era siempre muy persuasivo, pero no siempre tenía la razón. Sobre todo porque no sabían nada del guardia, excepto que trabajaba en el turno matutino de Marblewood. No conocían su nombre, su historia ni nada más. Ni siquiera su dirección, sino hasta que Dozer lo siguió a su casa.

Afortunadamente, como estaban disponibles Rachele y su computadora para rastrear la dirección, ya sabían también que se llamaba Frewin Bromly.

Intentaba sacar una mochila del asiento trasero y el techo del deslizador hacía sombra sobre su cabello rubio. Dozer se le acercó y tosió para llamar su atención.

—¿Disculpe?

Bromly era tan bueno como uno esperaría de alguien que trabaja para Villachor. Dejó la mochila en el asiento, dio un giro fluido ante Dozer y acercó una mano a su bláster enfundado.

—¿Sí? —preguntó con un tono perfectamente natural.

—Servicio de Mensajería Línea Rápida —dijo Dozer tocando su placa—. Tengo un paquete para Frewin Bromly, ¿es usted?

—Sí —dijo Bromly, y sus ojos se cerraron un poco—. No he ordenado nada.

—Sólo sé que me contrataron para traerle esto —dijo Dozer, levantó su maletín de seguridad y abrió la tapa—. Aquí está.

Sacó un pequeño paquete envuelto y se lo dio. Bromly no intentó tomarlo.

—¿Qué es?

—¿Yo cómo voy a saber? —replicó Dozer. Sostuvo el paquete un segundo más, después se agachó y lo dejó en la calle—. Está bien. Si no lo quiere, déjelo ahí. Tengo que cumplir con mi horario. Bonita tarde.

Se levantó, asintió cortésmente, luego se volvió y empezó a caminar hacia su deslizador.

—¡Ey! —Dozer se detuvo y se le cerró la garganta.

—¿Sí?

—No lo quiero —gritó Bromly—. Ven y llévatelo.

—No puedo hacer eso —dijo Dozer—. Si no lo quiere, regálelo o déselo a los peces. Haga lo que quiera.

Otra vez empezó a caminar, toda su espalda era un bloque de músculos tensos. Tarde o temprano, seguramente antes de que Dozer se fuera, la curiosidad de Bromly lo alcanzaría y abriría el paquete. Y aunque quinientos créditos no deberían calificarse como algo extraordinario, debería ser más que suficiente para llamar la atención. Tanto de Bromly, como tarde o temprano, de Sheqoa o Villachor.

Esperaba que Bromly lo siguiera a su deslizador. Pero nuevamente, habían entrenado bien a ese hombre. Si Dozer era un mensajero inocente, no tendría mucho sentido confrontarlo; si era parte de un equipo que quería sobornarlo, quien intentara algo así con un guardia del Sol Negro de manera tan descarada debería ser lo suficientemente inteligente para llegar con refuerzos.

No, lo mejor que Bromly podía hacer ahora era tomar el paquete e inmediatamente reportar el incidente a sus superiores en Marblewood. O podía nada más meterse los créditos. Pero en verdad eso sería esperar demasiado. De cualquier manera, Dozer tenía en su lista dos guardias más que seguir a su casa antes de que acabaran sus turnos. Tal vez uno de ellos sería tan amable de aceptar el soborno; ojalá ninguno fuera tan descortés para dispararle en la espalda.

A Sheqoa nunca le había agradado el Festival de los Cuatro Homenajes. Incluso de niño, el espectáculo le parecía demasiado largo, las sedes muy atiborradas, la comida muy rara y los espectáculos entre exagerados y aburridos. De adulto había aprendido a disfrutar un poco de la comida y aún más de las bebidas. Pero los espectáculos le seguían pareciendo largos y predecibles.

Como jefe de seguridad de Marblewood había aprendido a detestar el evento.

Entendía por qué a Villachor le gustaba ser anfitrión de una de las celebraciones. Elevaba su estatus entre las clases superiores de Wukkar, lo cual a su vez atraía a más presas inocentes a las telarañas del Sol Negro. El festival también era una cubierta perfecta para encuentros clandestinos con las moscas que ya estaban atrapadas, y también le daba anonimato a nuevos posibles contactos con traficantes de armas, contrabandistas y mercaderes de especias. Si el precio de esas reuniones sólo era el costo de alimentar y entretener a una buena fracción de la población de Ciudad Iltarr, habría considerado bien invertidos sus créditos.

Pero la comida y los fuegos artificiales eran sólo la cima nevada de la montaña. Tener multitudes de ciudadanos sucios vagando por la propiedad era mucha presión sobre las fuerzas de seguridad de Sheqoa. El despistado o borracho golpeaba las puertas cerradas, se tropezaba con los muebles, dañaba los droides de servicio y a veces empezaba peleas.

Al menos una vez cada festival, sus hombres tenían que pelearse con uno o dos carteristas y desproveer a ladrones de objetos valiosos y no tan valiosos.

Era un costo y una presión adicional que Villachor nunca consideraba. Y era un costo que, si Sheqoa hacía bien su trabajo, Villachor no debería percibir.

Excepto este año. Este año era diferente, era oscuro y peligroso.

El misterioso mercader de brillestim. El hombre del cryodex. El incidente con la bomba afuera de la *suite* de Aziel en el hotel Corona Lulina. La pelea sin explicaciones del Complejo Industrial Golavere, que tal vez había tenido que ver con algo de lo anterior.

Ahora, hacía tan sólo unas horas, el raro intento por sobornar a tres de sus hombres. Era culpa de Qazadi, por supuesto. Sheqoa no tenía dudas de eso. Si el falleen había hecho algo directamente para ocasionar tal caos o si su propia presencia lo había provocado era irrelevante. De cualquier modo, Qazadi era el punto focal.

Así pues, como lo había hecho casi todas las noches anteriores, Sheqoa se quedó dormido con pensamientos poco amigables de Qazadi y de su gente. Lo cual, suponía vagamente, hacía apropiado y adecuado que el rostro de Qazadi fuera lo primero que viera cuando lo levantaron con violencia de ese profundo sueño.

—Te mantendrás en silencio —dijo Qazadi, con la voz suave, pero absolutamente malvada. La mano de Sheqoa instintivamente había tratado de agarrar el bláster bajo su almohada. Un esfuerzo inútil; ya tenía los brazos amarrados a la cama.

—Yo haré las preguntas. Tú las contestas. O morirás. ¿Entiendes?

Sheqoa asintió, un movimiento de su cabeza apenas imperceptible fue todo lo que pudo lograr con otra mano más en su cabello y una navaja en su garganta.

—Bien —dijo Qazadi—. Háblame de los dos hombres que vinieron a ver al Maestro Villachor ayer en su bóveda.

—Él no… —No terminó la frase, trataba de humedecer su boca y aún más que su voz no temblara del miedo. Una pequeña parte de él reconocía que su miedo no era real, sino provocado por las feromonas falleen. Pero no le sirvió de nada saber eso.

—No los llevó a la bóveda —logró decir—. Sólo a la antesala.

—¿Qué hicieron ahí?

Sheqoa tragó saliva; su garganta rozaba de manera desagradable la navaja del cuchillo y se preguntaba qué podría decir. Villachor era su superior y él le había ordenado no decir nada de esa visita. Pero no tenía opción. Una mentira o una verdad a medias y lo último que vería sería su propia sangre.

—Los visitantes dijeron que tenían un cryodex —exclamó.

Algo en el rostro de Qazadi cambió.

—¿Y sí?

—Sí —dijo Sheqoa—. El Maestro Villachor hizo que se lo llevaran para probarlo y ver si funcionaba.

—¿Probarlo cómo?

Otra vez Sheqoa luchó con su conciencia y sus órdenes. Pero una cosa eran las órdenes. La muerte era otra.

—Sacó una tarjeta de datos de la bóveda —admitió renuentemente—. Quería ver si el cryodex lo podía desencriptar.

Los ojos de Qazadi brillaron con ira, y Sheqoa se preparó para morir. Pero la navaja no se movía.

—¿Y sí se pudo?

—Sí —dijo Sheqoa.

—Desencriptaron un archivo de un houk llamado Morg Nar en Bespin. Supuestamente está tratando de sacar a la gente de Jabba, pero en realidad colabora con ellos.

—¿Me imagino que comprobaron esto?

Sheqoa empezó a asentir, pero se acordó del cuchillo.

—Sí.

Qazadi vio brevemente a alguien fuera del campo de visión de Sheqoa, después volteó otra vez.

—Háblame de Dorston, Bromly, Uzior y Tallboy.

Sheqoa frunció el ceño, tratando de pensar qué tenían en común esos cuatro guardias. Pero no se le ocurrió nada.

—Bueno, a los primeros tres les entregaron sobornos esta tarde —dijo tratando de hacer tiempo—. Pero a… —No terminó la frase porque se dio cuenta—. ¿A Tallboy también?

—Posiblemente —dijo Qazadi—. Sólo sé que el primer soborno se lo mandaron a él.

—No entiendo —dijo Sheqoa—. Nunca lo reportó.

—Porque nunca lo supo —dijo Qazadi—. Al menos, no de este soborno en particular. Sin que él lo supiera, Lord Aziel se había apropiado de su nombre para varias transacciones en el Corona Lulina. El incidente de hace seis días, cuando lanzaron la pequeña bomba en su *suite*, también involucró a un mensajero que entregaba un soborno a ese nombre.

Sheqoa sintió que sus ojos se le encogían a medida que algunos aspectos de ese evento se esclarecían.

—Por eso cerraron la investigación —dijo—. No querían que el soborno saliera a la luz en caso de que Tallboy sí estuviera involucrado en algo.

—Correcto —dijo Qazadi, con un poco de amenaza velada en su voz—. Y aún no quiero que se sepa.

—Entiendo —dijo Sheqoa.

Los ojos de Sheqoa otra vez se encogieron cuando volteó un segundo a otra parte.

—Pero Tallboy no es especialmente importante —dijo—. La pregunta importante no es cuáles de sus guardias recibieron sobornos y los reportaron, sino cuáles los recibieron y no avisaron.

—Mis hombres son leales, Su Excelencia —dijo Sheqoa, otra vez luchando contra el temblor en su voz. Ya sabía qué le pasaba a quienes traicionaban la fidelidad del Sol Negro.

—Estoy seguro de que lo son —acordó Qazadi—. Pero ¿son leales al Maestro Villachor o al Sol Negro?

Sheqoa tragó saliva otra vez.

—Ambas son la misma lealtad —dijo con la mayor firmeza que pudo.

—Tal vez —dijo Qazadi—. Tal vez no. Ahora que el Maestro Villachor ha confirmado que el cryodex del desconocido es genuino, ¿qué planes tiene para él y para ellos?

Finalmente, un territorio relativamente seguro.

—Está jugando con ellos, espera averiguar para quién trabajan —dijo Sheqoa—. Si no los puede destruir, espera al menos obtener un cryodex extra para el Príncipe Xizor.

—Un objetivo noble —dijo Qazadi—. Pero ayer tenía el cryodex en una mansión llena de hombres armados. ¿Por qué no lo tomó entonces?

Sheqoa tragó salivaotra vez antes de acordarse de que no debía hacer eso.

—El cryodex y el maletín tenían trampas —dijo—. Detonita. —Sintió que sus ojos se abrían cuando otra pieza encajó en el rompecabezas—. Esa pelea en el Complejo Golavere. ¿Pudieron abrir el maletín?

—No —dijo Qazadi. El ritmo cardiaco de Sheqoa volvió a la normalidad cuando el otro volteó la mirada.

—Pedí los servicios de dos de los policías locales para que se llevaran a los visitantes del Maestro Villachor y los interrogaran. Cuando supe de la detonita, también llamé al Maestro Dempsey.

Así que ahí era donde había desaparecido el experto en explosivos de Villachor y esa era la razón por la que había estado tan nervioso cuando regresó a su laboratorio en el ala norte unas horas después.

—Pero ¿sólo sus amigos intervinieron?

—Por primera y última vez —dijo Qazadi, con la voz cargada de amenaza—. La única pregunta que queda es si morirán despacio o rápido. —Movió su cabeza a un lado—. ¿Hay algo más que desees decirme? ¿Tal vez otros que estén involucrados en la conspiración contra el Sol Negro?

—Hay una joven —dijo Sheqoa—. Una mujer. Joven, cabello negro muy… pues, atractiva a los ojos humanos.

—¿Y crees que no sería atractiva para mis ojos no humanos?

—Yo… no lo sé —dijo rápido Sheqoa para cambiar de tema—. Me ha buscado, probablemente esperando que la pueda meter a la mansión. Dice que se llama Katrin, pero sin duda es un alias.

—¿Y crees que está con el mercader del cryodex?

—No lo sé —dijo Sheqoa—. Podría ser una ladrona cualquiera que espera robar la mansión. En todos los festivales hay unos de esos.

—La vigilarás con atención. —Una ligera sonrisa arrugó los labios de Qazadi—. Te encargarás personalmente de eso.

—Desde luego —confirmó Sheqoa—. Tal vez deberíamos…

De repente el cuchillo le presionó más la garganta y no pudo seguir.

—Silencio, a menos que se te haga una pregunta —le recordó Qazadi con frialdad.

Levantó la mirada y movió la cabeza. Hubo un ruido en aquella dirección, varios pies que se movían. De reojo, Sheqoa alcanzó a ver a Villachor, con un falleen armado a cada lado.

—Felicidades, Maestro Villachor —dijo Qazadi con cortesía irónica—. Como usted dijo, su gente es leal.

—Al igual que yo —respondió Villachor con la misma cortesía afilada. Estaba tieso y retador, pero Sheqoa podía ver un brillo de sudor en su frente.

—Como usted escuchó otra vez, mi objetivo era y será descubrir quiénes son Kwerve y Bib, y con quién trabajan. Nada más.

—Tal vez —dijo Qazadi, aún con el tono cortés—. De todos modos, la tentación de llevarte los archivos de extorsión debe de ser casi insuperable. Sobre todo si esos archivos sólo son accesibles para ti.

Sheqoa hizo un ruido con la garganta.

—Creo que el Maestro Sheqoa iba a hacer una sugerencia —dijo Villachor.

—Quisiera escucharla —consideró Qazadi y luego vio a Sheqoa—. Habla —dijo.

El cuchillo se aflojó un poco.

—Iba a sugerir que si Kwerve y Bib están intentando robar esos archivos, tal vez lo mejor sería solamente moverlos —dijo—. Hasta ahora, todas sus actividades han estado protegidas por las multitudes de los homenajes. Si movemos hoy los archivos, cuando nadie nos ve, todos los esfuerzos futuros que hagan serán por una bóveda vacía.

—¿Tienes una sugerencia de adónde llevarlos? —preguntó Qazadi.

—Su nave era lo suficientemente segura para protegerlo en el viaje hacia acá —señaló Sheqoa—. También está la propiedad campirana del Maestro Villachor en la provincia de Baccha. La bóveda de allá no es tan segura como la de Marblewood, pero los ladrones no pensarían en buscar ahí los archivos.

—¿Cómo sabes? —preguntó Qazadi—. ¿Cómo sabes que esa transferencia no es exactamente lo que esperan? ¿Cómo sabes que no tienen a personas colocadas en Baccha y el Puerto Espacial de Ciudad Iltarr, esperando que les entreguemos los archivos justo en sus manos? ¿Cómo sabes que no hay gente fuera de los muros de Marblewood, esperando que los deslizadores se lleven los archivos?

—Yo… —dijo Sheqoa y vio indefenso a Villachor.

Pero Villachor no lo veía, él veía a Qazadi. Pensaba, medía, quizá tramaba. Buscaba una manera de recuperar la confianza del falleen.

—Su punto es muy bueno y válido, Su Excelencia —dijo Villachor—. Hasta que sepamos el alcance de nuestro enemigo, no podemos suponer nada.

—Al contrario —dijo Qazadi—. Hay dos suposiciones que sí podemos hacer. Primero, le ofrecieron un cryodex funcional; por lo tanto, esperan seducirlo para que traicione al Sol Negro.

—Lo cual no sucederá —dijo Villachor con firmeza.

—Esperemos que no —dijo Qazadi sombríamente, y otra vez Sheqoa sintió que el corazón se le aceleraba—. Segundo, sabemos que intentan subvertir su fuerza de seguridad. —Vio a Sheqoa—. Y quizá triunfaron.

«Nunca», quería decir Sheqoa. Pero guardó silencio. Sólo habría una advertencia sobre comentarios no solicitados.

—Como ya no podemos confiar en sus hombres —continuó Qazadi—, va a retirar inmediatamente a todos los guardias humanos de la bóveda. A partir de ahora, sólo los droides 501-Z estarán en esa área.

Sheqoa sintió que el aliento se le atoraba en la garganta. Eso era una idea terrible. El punto de mezclar droides y humanos era que los potenciales intrusos no sabrían a quiénes se enfrentaban.

SoroSuub afirmaba que sus zeds eran imposibles de *hackear* o reprogramar. Pero nada en el universo era verdaderamente imposible. Si la gente de Kwerve se enteraba de que la bóveda sólo estaba vigilada por droides, podrían encontrar una falla en su mecanismo o programación y explotarlo.

Por la expresión en el rostro de Villachor, era claro que estaba pensando lo mismo. Pero también era evidente que no tenía intención de discutir el punto.

—Como quiera —dijo—. Daré la orden inmediatamente.

—Bien —dijo Qazadi—. Podemos reasignar a los guardias a tareas del festival. Tal vez un par de ojos extra nos dará mejor capacidad de observación sobre los que nos quieren robar. Dijo: «inmediatamente», ¿no es así Maestro Villachor?

Los labios de Villachor se movieron involuntariamente al sacar su comunicador y darle al oficial del turno nocturno la orden para el cambio de guardia.

—¿Algo más, Su Excelencia? —preguntó al regresar el comunicador.

—No por ahora —dijo Qazadi. Vio a Villachor y a Sheqoa—. El Homenaje al Agua Moviente comienza en ocho horas. Ambos deben descansar.

Se fue, seguido por los dos falleen que flanqueaban a Villachor. Unos segundos después, el cuchillo en la garganta de Sheqoa y las manos que agarraban sus brazos y cabello también desaparecieron.

Se escuchó que una puerta se abría y luego se cerraba. Sheqoa y Villachor estaban solos. Sheqoa vio a su jefe, tratando de pensar en algo qué decir. Si Villachor consideraba las confesiones a Qazadi como una traición, estaba muerto. Pero las palabras no salían.

Incluso, ahora que ya no estaban Qazadi ni sus trucos con feromonas, su pulso siguió latiendo con fuerza. Porque, muy en el fondo, Sheqoa sabía que sus afirmaciones a Qazadi eran una traición.

Finalmente, Villachor reaccionó. Sheqoa se preparó.

—Tiene razón sobre el homenaje —dijo Villachor tranquilo—. Regresa a dormir. Te veo en la mañana.

Sin decir nada más, se fue. Sheqoa respiró hondo, viendo la puerta cerrada. Sabía que algo crucial había pasado. Villachor había tomado una decisión, sólo que Sheqoa no tenía idea de cuál era.

Lentamente se acomodó en la cama. Como si fuera a lograr dormir algo.

CAPÍTULO QUINCE

Se decía que en la vida había sólo tres absolutos: la muerte, los impuestos y el licor malo. Pero mientras Lando paseaba por Marblewood, decidió que podía añadir un cuarto a la lista. Cuando viajabas con un wookiee, la gente se apartaba de tu camino.

Desde luego que los más de dos metros de altura también hacía que fueran más fáciles de identificar por los hombres de Villachor. Pero esa era la idea.

Chewie farfulló.

—Sí, ya los vi —dijo Lando haciendo un gesto. Esperaba que toda la fuerza de seguridad de Marblewood los estuviera siguiendo. No esperaba que también un par de falleen los observara. Mucho menos que uno de esos fuera el posible interrogador de hacía dos noches.

Chewie farfulló de nuevo.

—No te preocupes, no van a intentar nada —le aseguró Lando—. Aquí no.

Chewie murmuró un comentario no muy convencido.

—Sí, seguro están enojados —dijo Lando—. Pero nos quieren interrogar, no matar. Al menos no inmediatamente.

Cuando menos eso era lo que él esperaba. La lógica cuadraba, y la mayoría de la gente a la que Lando se había enfrentado en las mesas de sabacc a lo largo de los años pensaría de la misma manera.

Pero allá afuera había especies que, sin dudarlo, dejarían pasar ganancias y beneficios a favor de la venganza inmediata. Los hutts eran así. Tal vez también los falleen. Aun así, estaban en el terreno de Villachor y en medio de uno de sus esfuerzos favoritos para autopromoverse. Sin duda, los mantendría a raya. Lo cual tampoco quería decir que él y Chewie debían arriesgarse.

—Hacia allá —dijo y señaló hacia el lado contrario del falleen—. Esa cascada colgante se ve interesante. Vayamos y veámosla de cerca.

Chewie gruñó.

—Sí —confirmó Lando con una sonrisa estrecha—. Parece que hay un lugar justo al lado de esos dos wookiees.

—Debo decir —comentó Bink al asomarse al rostro de Sheqoa—, que de verdad te ves cansado.

—Gracias —dijo secamente—. Tú también te ves bien.

—Qué amable —dijo Bink y sonrió con alegría. Dejó que la sonrisa se desvaneciera en señal de preocupación—. Pero hablaba en serio —continuó—. Me imagino que la gente no se da cuenta de lo duro que es algo como esto para la gente que dirige el espectáculo. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste bien?

—Hace un tiempo —admitió—. Como tú dijiste, hay mucho trabajo durante el festival.

—Bueno, pues tienes que hacerte un tiempo —dijo con seriedad y tocó su brazo—. Si no descansas…

No terminó de hablar, porque él torció su brazo para librarse de su mano y al mismo tiempo la empujó con su mano izquierda.

—Es la mano de la pistola —dijo escuetamente—. Nunca hagas eso.

—Lo siento mucho —Bink se disculpó e hizo una mueca de pena—. Mira, veo que no estás de humor para relajarte y pasártela bien. Mejor me voy y te dejo concentrarte en tu trabajo.

—No, está bien —dijo rápidamente, cuando ella empezó a alejarse—. Sólo estoy un poco nervioso esta mañana, eso es todo.

Le tomó la mano y con suavidad la jaló a su lado izquierdo.

—Anda, veamos si ya tienen la vaporera de ambrosía andando.

—De acuerdo —dijo Bink y amarró su mano sobre el brazo izquierdo de él. Esta vez no la alejó—. Pero sólo si prometes relajarte y tomarte una conmigo.

—Sólo una pequeña —dijo. Caminaron dos pasos hasta que repentinamente cambiaron de dirección—. Pensándolo bien, déjame mostrarte antes algo más —dijo y se dirigió a la multitud—. La cascada colgante es una de las atracciones principales de los homenajes y va a empezar el espectáculo de un cuarto de hora. Lo vemos y después vamos por la ambrosía.

—Suena interesante —dijo Bink, pero una señal de alerta se encendió en su cerebro. Algo estaba tramando. ¿Órdenes nuevas del comunicador? Probablemente. Lo agarró de otra manera para abrazarlo más estrechamente. Si la bocina del comunicador no estaba bien puesta, tal vez podría acercarse lo suficiente para escuchar qué pasaba.

Desafortunadamente, los técnicos de Villachor no eran tan descuidados. Pero, incluso al alejarse como si nada, le llegó a su nariz un aroma particular. No tanto como para poder identificarlo, pero sí para percatarse de que ya lo había olido antes y que era algo importante.

Sería riesgoso acercarse tanto otra vez. Pero tenía tiempo. El aroma estaba en Sheqoa, a quien se le había ordenado que la vigilara de cerca. Ya habría oportunidades para rastrearlo. Ahora era más importante saber por qué este cambio repentino en su agenda. De repente, justo adelante, dos kubaz se hicieron a un lado y la dejaron ver momentáneamente la cascada colgante que Sheqoa había mencionado, al igual que la figura grande y peluda de Chewbacca, que sobresalía de entre la multitud.

Aparentemente, quienquiera que estuviera viendo a Lando había decidido que sería divertido juntarlo con Bink para ver si ambos se conocían.

Mentalmente movió la cabeza. De todos los del grupo, probablemente ella y Lando eran los que menos mostrarían la reacción que él esperaba.

Pero se le daban puntos por esforzarse. Tocaba el brazo de Sheqoa, platicaba como si nada del modo despreocupado que él esperaba de ella y se hizo a la idea de la tarea que tenía que realizar.

—… en la cascada colgante —decía Villachor en el comunicador cuando Han comenzó a espiar—. Lleva a la chica, pónsela enfrente y fíjate si se reconocen.

Han sintió que su garganta se le cerraba. Ya sabía que Villachor complicaría más las cosas hoy, y si él no lo hacía, lo harían Qazadi o Aziel. Era obvio que el primer paso sería averiguar cómo esos nuevos personajes en sus vidas se relacionaban.

Aun así, poner a un ladrón fantasma frente a un jugador profesional sería una pérdida de tiempo total. Tanto Bink como Lando eran más que capaces de controlar sus expresiones y comportamiento.

Ahora era el turno de Han.

Enderezó sus hombros. Él podía hacer esto. Ya se había enfrentado a Jabba antes, al comandante imperial Nyklas el sádico y a un sinnúmero de malhechores. Villachor era el más reciente de una larga línea. Algunas personas se acercaban a Villachor para saludarlo y desearle bien. Han esperó hasta que se fueran y después se acercó.

—Buen espectáculo, Maestro Villachor —dijo.

—Gracias —repuso Villachor viéndolo rápido de arriba abajo—. Me da gusto que lo esté disfrutando.

—Escuché que tiene una excelente colección de deslizadores aéreos y terrestres —continuó Han, señalando hacia la cochera en el extremo norte de la mansión—. ¿Alguna posibilidad de que los saque para mostrárnoslos?

—No, no lo creo —dijo Villachor con la misma sonrisa forzada que lucía para todos los demás—. No hasta que se agregue al festival el Homenaje al Vehículo Moviente.

—Me imagino que no —dijo Han. Dio un paso más hacia adelante y bajó la voz—. ¿Y los archivos de extorsión? ¿Esos los va a sacar?

La sonrisa de Villachor se desvaneció y ambos guardaespaldas pusieron las manos sobre las armas ocultas.

—¿Disculpe? —dijo Villachor en voz baja.

—Tranquilo —dijo Han—. Sólo vine a hablar.

—Entonces hable rápido —gruñó Villachor—. ¿Los trajo?

—No y no lo haré —dijo Han—. No después de lo que pasó hace dos noches.

—Ese no fui yo —insistió Villachor. Empezaba a reponerse, y Han veía cómo los chips de su mente empezaban a trabajar—. ¿Eres el jefe que Kwerve prometió traerme?

—No y no lo vas a ver —dijo Han—. Si no fuiste tú, ¿quién fue?

—Un colega equivocado —dijo Villachor—. Alguien que sentía que debíamos saber más acerca de ustedes antes de que continuaran nuestras discusiones. Si no trajiste el objeto y no van a discutir términos, ¿entonces qué haces aquí?

—Estoy aquí por amabilidad —dijo Han—. Quería advertirte que otro se unió al juego.

El rostro de Villachor cambió lo suficiente para mostrar que los guardias ya le habían informado sobre las visitas de Dozer.

—¿Qué quieres decir?

—Tú sabes qué quiero decir —dijo Han—. Alguien está sobornando a tus guardias.

—*Intenta* sobornarlos —lo corrigió Villachor—. Todos los hombres entregaron los créditos.

—¿Estás seguro de eso? —replicó Han—. Porque los números que yo tengo dicen que al menos cinco tomaron los paquetes y se callaron la boca.

Súbitamente, un cañón de bláster fue presionado contra las costillas de Han.

—¿Quiénes? —exigió Villachor—. Dame sus nombres.

—No tengo sus nombres —dijo Han, enojado, viendo al guardia que lo amenazaba con su arma—. Te lo dije, alguien más está haciendo eso.

—¿Una chica, tal vez? —sugirió Villachor—. ¿Cabello negro, estatura media?

—Yo… no… sé —dijo Han recalcando cada palabra—. No sabemos quiénes son.

—¿O tal vez son ustedes? —gruñó el guardia.

—Usa tu cabeza —respondió Han—. Nuestro grupo quiere un reclutamiento calmado y civilizado. ¿Por qué arriesgaríamos eso dándole créditos a empleados que ni siquiera importan? —Alzó sus cejas—. Sin ofender.

—Por supuesto —dijo Villachor—. Guárdalo, Tawb. —Renuentemente, el guardaespaldas regresó el bláster a su escondite.

—Suficiente charla —continuó Villachor—. Esta es la cuestión: antes de tomar una decisión, me encontraré con alguien que tiene la autoridad para hacer un acuerdo. Y quiero ver el cryodex funcionar una vez más.

—Ya tuviste una demostración —le recordó Han—. ¿Qué, no fue buena?

—Oh, fue muy buena —le aseguró Villachor—. Las averiguaciones en Bespin confirmaron que este Morg Nar que identificaron sí trabaja para el hutt.

Han sintió que el estómago se le hacía un nudo. Conocía bien cómo hacía las cosas el Sol Negro. Sólo esa averiguación bastaba para descubrir la cubierta de Nar. Jabba no iba a estar contento. Y cuando Jabba no estaba contento, todos los que estaban relacionados con él pagaban el precio. Entre más pronto tuvieran las fichas de crédito de Eanjer y más pronto pagara él su deuda, mejor.

—Pero cualquiera que gana a la primera puede sólo tener suerte —continuó Villachor—. Una segunda muestra hará más definitivas las cosas.

—Eso depende del jefe —dijo Han—. Y antes de que preguntes, sí, ya está en Wukkar.

—Entonces, ¿cuál es la demora?

Han lo vio directamente a los ojos.

—Está esperando la confirmación de que quien haya detenido a Kwerve y Bib está bajo control.

—Puedo asegurarte que ese incidente no se repetirá.

—Sin ofender, Maestro Villachor, pero él no quiere que tú lo confirmes —dijo Han—. Quiere que nosotros lo hagamos. No te preocupes, en eso andamos.

—Ya veo. —Su voz cambió de tono sutilmente—. ¿Alguna idea de cuándo tú y él considerarán que es el momento para tal conferencia?

—Pronto —aseguró Han—. En dos días espero traerlo al Festival del Fuego Moviente.

—¿Y si no puedes?

—Sí podremos —prometió Han—. Si eso no funciona…

—Disculpa un segundo —murmuró Villachor, sus ojos veían hacia una parte arriba del hombro de Han al sacar su comunicador—. ¿Sheqoa?, ¿viste algo? Olvídalo. Me informaron que un hombre que podría ser el mensajero misterioso de ayer está en la propiedad. Sí, ese. Creo que deberías llevar a tu amiga y ver si quisieran saludarse. —Escuchó otro momento más, luego cerró el comunicador y volteó a ver a Han—. Lo siento, ¿qué decías?

—Decía que si no podemos asegurar el área para cuando acabe el festival, deberíamos poder establecer una reunión uno o dos días después —dijo Han, tratando de mantener su voz baja y despreocupada.

Así que los de seguridad habían visto a Dozer, o eso creían, y Villachor enviaba a Sheqoa y a Bink para enfrentarlo. El problema era que Han podía confiar en Bink y Lando para que jugaran a que no se conocían, pero no estaba tan seguro de que Dozer pudiera hacerlo sin que se le saliera una de las señales que Sheqoa estaría esperando.

Pero no había nada que él pudiera hacer. Villachor estaba viendo, y si él hacía el más ligero movimiento para advertir a Dozer o concluir la conversación, el otro se daría cuenta.

De hecho, probablemente esa era la razón por la cual había hecho esa llamada en primer lugar. Si reaccionaba, probaría la relación entre él y Dozer que Villachor evidentemente sospechaba.

Han no podía hacer nada. Por suerte, no tenía que hacer nada.

—Pero si tienes un momento —continuó con tranquilidad—, tengo otra idea que mi jefe quería que consultara contigo.

—Por supuesto —dijo Villachor—. Vamos, caminemos.

—Ay, no —dijo Winter en voz baja.

Pensó que lo había dicho tan bajo que nadie escucharía, pero obviamente los oídos de Rachele eran mejor que el promedio. Del otro lado de la habitación, de pie sobre una mesa de centro, la otra mujer alcanzó a escuchar el murmullo.

—¿Problemas? —preguntó.

—Nada serio —le aseguró Winter y ajustó un poco sus electrobinoculares al sacar su comunicador—. Parece que el intento de Sheqoa de hacer que Lando y Bink reaccionaran al verse no tuvo éxito. Así que lo va a intentar con Bink y Dozer.

—¿Con Dozer? —dijo Rachele y se escuchó preocupada—. Eso no es «nada serio».

—No te muevas —dijo Zerba con irritación—. Vas a jalar las costuras de los brazos otra vez.

—Sólo quería…

—Está bien —Winter dijo para calmarla y tecleó a Kell en el comunicador.

Estaban observando a Dozer, así que no podía llamarle y advertirle, porque se vería sospechoso. Pero a Kell no lo estaban vigilando.

—Kell, tienes que sacar a Dozer de ahí —dijo cuando él contestó—. ¿Lo puedes hacer sin alertar a los chicos de seguridad?

—Claro —dijo Kell—. ¿Lo quieres afuera o sólo en otra parte de la propiedad?

—Mejor sácalo —dijo Winter.

Dozer quería estudiar una vez más la disposición de los de seguridad, pero con Sheqoa buscándolo era mejor cancelarlo.

—¿Estás segura? —preguntó Kell—. Podría jugar a las escondidas mucho rato sin que Sheqoa lo vea.

—Afuera y ahora —dijo Winter cortante; por su memoria pasaban todos los operativos de los Rebeldes que se la habían jugado demasiado.

—Okey, okey —dijo Kell a la defensiva—. No tienes que gritar. ¿Quieres que yo también salga?

—Si te ven —dijo Winter molesta.

No debió dejar que los recuerdos la perturbaran. Sobre todo no con Kell, que pasaba por el mismo dolor de pérdida que ella.

—Lo siento.

—Está bien —dijo él—. No te preocupes, yo lo saco.

—No seas tan dura con él —dijo Rachele cuando Winter guardó el comunicador—. Es joven. Los jóvenes siempre creen que la suerte les favorece.

—Eso es suficiente razón para regañarlo —replicó Winter, enfocando sus electrobinoculares en Dozer—. Quiero que viva lo suficiente para superar esa fase.

—O lo suficiente para saber cómo hacer que los dados caigan a su favor —dijo Zerba—. ¿Cómo se ve?

El primer impulso de Winter fue recordarle que tenía trabajo que hacer, que no estaba nada más admirando la vista. Pero había prevenido a Kell con suficiente tiempo, Bink tenía a Sheqoa razonablemente bajo control, y Lando, Chewbacca y Han parecían estar bien. Seguro podía darse un momento para contemplar la obra maestra de Zerba.

Lo valía. La última vez que Winter había visto el traje, era una pila de delicadas piezas de seda roja. Ahora, dos horas después, Zerba había transformado los retazos en un elegante vestido de ocasión que hubiera llamado la atención en una de las recepciones formales de la Reina Breha.

De hecho, a no ser por la cintura más marcada, el cuello más alto y el tono ligeramente distinto, era idéntico al que la reina había usado para el cumpleaños doce de la Princesa Leia.

—¿Y luego?

De un brinco Winter se dio cuenta de que se había quedado pasmada mientras los recuerdos la inundaban.

—Es hermoso —dijo—. El color te queda, Rachele.

—Gracias —dijo Rachele—. Haría una reverencia, pero seguro jalaría más costuras. —Movió la cabeza en desaprobación—. No puedo creer que me haya dejado convencer de hacer esto.

—Tavia está ocupada, Bink está ocupada y tú eres de su talla —le recordó Zerba.

—Lo sé —dijo Rachele con un suspiro—. Pero está mal pedirle a una mujer que se pruebe un vestido que no va a poder usar.

—Mira —le ofreció Zerba—, cuando esto acabe, hago uno para ti.

—¿De verdad?

—Claro que sí. —Zerba acarició la seda con suavidad—. Hasta te hago uno parecido al de Tavia, pero que lo puedas usar más de una vez.

Rachele se rio.

—Eso sería bonito —dijo, seria.

Winter regresó a la ventana y enfocó sus electrobinoculares. Dozer ya estaba en movimiento, caminando entre la multitud y dirigiéndose hacia el flujo de gente que entraba y salía de la propiedad. Dos de los guardias estaban cerca y en posición paralela a él, sin perderlo de vista.

Había un lugar, justo antes del portón, donde el posicionamiento de los árboles y arbustos temporalmente lo bloquearía de la vista de ellos. Tecleó el número de Dozer en su comunicador y se preparó.

—Entonces, ¿qué es lo que haces para Mazzic, exactamente? —le preguntó Rachele.

—Adquisiciones, generalmente —dijo Winter—. Busco en los registros de cargamentos y de almacenes y le encuentro cosas que necesita y a gente que intenta ocultar su mercancía. A unos los contacta para trabajo de contrabando y a otros les roba.

—Parece el tipo de trabajo en el que estás en una computadora y no te disparan —dijo Zerba, con añoranza—. Debe de ser agradable.

—No es tan fácil —le dijo Winter—. También me encargo de alarmas y sistemas de seguridad. Ese trabajo requiere que estés en el lugar. Pero tienes razón, en general no nos disparan.

—Espero que te pague bien —dijo Zerba—. No pareces del tipo que viva por la emoción del reto.

Winter encogió sus hombros. De hecho, el tabulador de pagos de Mazzic era tibio. Lo que la mantenía en el trabajo era el hecho de que podía usar sus recursos para encontrar y robar almacenes de provisiones y armas y que los contrabandistas se llevaran lo que quisieran. Lo importante era dejar el camino libre para que sus socios de la Alianza Rebelde entraran después y se llevaran el resto.

Estaba bastante segura de que al menos Mazzic sospechaba su afiliación secreta, pero nunca había dicho nada. Aparentemente era lo suficientemente rico para ver las ventajas mutuas de su relación. Aunque tal vez por eso le pagaba tan poco.

—En realidad, no —le dijo a Zerba—. Pero vale la pena.

Dozer casi llegaba al portón caminando al lado de un grupo de lepi de orejas grandes y dientes de conejo. Gesticulaban mucho con sus brazos al caminar, platicando entre ellos. Winter verificó las posiciones de los hombres de seguridad, después las plantas encubridoras y a los alienígenas conversadores.

Mientras Dozer se escondía momentáneamente, Winter tecleó en su comunicador. Sin perder la compostura, Dozer se quitó la chamarra, la volteó de adentro hacia afuera para mostrar el patrón azul y plata que tenía en el revés y se la volvió a poner. Después, sacó del bolsillo un sombrero que se doblaba y se lo puso en la cabeza.

Un momento después pasó por el portón al lado de dos guardias que se veían confundidos al buscarlo entre la multitud que marchaba delante de ellos.

Winter sonrió satisfecha. Sin lugar a dudas había droides de cámara flotando allá abajo del escudo paraguas de Villachor y alguien en el cuarto de monitores seguro se había dado cuenta del cambio. Pero la inevitable tardanza de comunicación entre monitor e ingreso le dio a Dozer suficiente tiempo para salir.

Desde luego que ahora sabían que no era un mensajero inocente, sino parte de una pandilla misteriosa que mandaba sobornos a la gente de Villachor. Pero eso estaba bien. Esa parte del plan ya había acabado. Con suerte cumplió con su objetivo de hacer que Villachor dudara de la confianza de sus guardias.

Su sonrisa se desvaneció. Confianza. Sin duda ese era el cimiento de duracreto de cualquier organización. Junto con el compromiso, la confianza era lo que de verdad definía si un grupo llegaba a la victoria o se destruía.

Confiaba en sus amigos y socios de la Alianza Rebelde. Confiaba en ellos ciegamente. ¿Podía decir lo mismo de este grupo de ladrones y bandidos que Han y Rachele habían reunido? Volvió a sonreír, esta vez era una sonrisa muy íntima. Sí, podía confiar en ellos. Porque Han era más de lo que parecía. Mucho más. Y antes de que esto se acabara, se prometió a sí misma que se aseguraría de tener la historia completa.

—¿Qué está pasando? —preguntó Rachele.

—Ya salió —dijo Winter—. Van a… parece que van a mandar a alguien afuera del portón para ver si lo encuentran.

Zerba hizo un ruido que expresaba confianza.

—Buena suerte con eso.

—No con el zigzag que hizo para regresar —dijo Rachele suspirando—. Estuvo cerca.

—Y todos estamos contentos de que haya acabado —dijo Zerba, tratando de no escucharse tan irritado—. Ahora, ¿puedes por favor dejar de moverte?

—Piénsalo como una póliza de seguridad —dijo Han—. Tu propio juego de archivos de extorsión, ya desencriptados y listos para tu uso personal.

—Quieres decir para mi ejecución personal —dijo Villachor sombríamente—. Si tuviera ese tipo de copias y el Sol Negro se enterara, moriría en el espacio de unas horas. Tal vez minutos.

—Probablemente —acordó Han.

Villachor ya había mencionado dos veces la rápida retribución del Sol Negro. De los rumores que Han había escuchado a lo largo de los años, estaba seguro de que no era una exageración. Pero Villachor seguía escuchando.

—Por otra parte, no hay razón de que se tengan que enterar —continuó Han—. Yo traigo el cryodex, hacemos copias y tú las guardas en un lugar seguro. Tal vez mezclarlo con tus otros documentos encriptados.

—Sí —murmuró Villachor—. Me imagino que te das cuenta de que tu socio Kwerve ya hizo esa sugerencia.

—Lo sé —dijo Han—. Pensé que valía la pena volver a hacerla.

—Vale la pena desde *mi* punto de vista —dijo Villachor—. Me haces una oferta aparentemente atractiva, pero ¿no pides nada a cambio?

Han se encogió de hombros.

—Es un gesto de buena fe —dijo—. Claro, nos interesan los archivos, pero nos interesas más tú. Si ese tipo de trato hace que trabajes con nosotros, lo veremos como una inversión a largo plazo.

Caminaron unos pasos más antes de que Villachor hablara de nuevo.

—Permíteme ofrecer un punto medio —sugirió—. Cuando traigas a tu jefe, también trae el cryodex. Veré que funcione una vez más y te dejo hacer copias de cinco archivos que te puedes llevar. —Sonrió ligeramente—. Considera eso mi gesto de buena fe.

—Eso suena razonable —dijo Han asintiendo como si lo estuviera pensando.

Las grietas de la determinación de Villachor se empezaban a escuchar en su voz. Pero no eran grietas muy grandes. A menos de que algo drástico sucediera en los próximos dos días, no había manera de que Villachor estuviera listo para abandonar el Sol Negro o mover los archivos de la bóveda. Lo cual quería decir que a fin de cuentas iban a tener que seguir con el plan original. A Eanjer le daría gusto eso.

—De acuerdo —dijo—. Déjame consultarlo con mi jefe y veré qué dice.

Villachor hizo un ruido con la garganta.

—Más demoras.

—No se puede evitar —dijo Han—. Si de algo te sirve, tenemos tantas ganas como tú de acabar con esto.

—Estoy seguro de eso. —Villachor suspiró profundamente al detenerse—. Confío en que tendrás algo que decirme para el Homenaje al Fuego Moviente pasado mañana.

—Sin duda —prometió Han—. Si el jefe no puede venir, aunque sea traeré una propuesta de cuándo pueden encontrarse.

—Muy bien —dijo Villachor. Vio a los ojos de Han, y por un momento a Han le asustó la intensidad de su mirada—. Estamos en el precipicio, amigo mío. Riquezas y poder sin comparación o una muerte larga y aterradora. Asegúrate de que desees continuar.

Con esfuerzo, Han le regresó la mirada. No, no quería la muerte, ni lenta ni rápida. Pero tampoco quería riquezas y poder, al menos no en el sentido que Villachor decía. Lo único que quería era librarse de Jabba y luego poder hacer lo que quisiera. Este era el camino para esa meta.

—Lo estoy —dijo con firmeza.

—Bien.

La intensidad láser de la mirada de Villachor se desvaneció.

—Hasta el Homenaje al Fuego Moviente, entonces.

Han asintió.

—Buen día, Maestro Villachor.

Se forzó a caminar con compostura hacia el portón. A los guardias de ahí evidentemente se les había puesto en alerta y observaron a Han con mucho cuidado. Pero ninguno intentó detenerlo. De igual manera, siguió la ruta en zigzag que Dozer había creado para el viaje de regreso a la *suite*. Por si acaso.

Sheqoa intentó negarlo, pero por los cambios en su expresión durante la última hora, Bink sabía que la tarde había sido un fracaso.

No que eso le sorprendiera. Ella y Lando habían jugado muy bien sus papeles, caminando sobre la delgada línea que dividía el reconocimiento culposo y el opuesto pero igualmente sospechoso acto de ignorarse mutuamente. Le preocupaba que Sheqoa la lanzara delante de Dozer, pero por lo que pudo comprender de las comunicaciones de Sheqoa, parecía que Dozer había salido de Marblewood antes de que pudieran ubicarlo bien.

Dado el humor cada vez más sombrío de Sheqoa, Bink decidió, mientras charlaba animadamente, que tal vez no le caería mal un buen y cálido abrazo.

—Así que entonces… Oh, santas estrellas, mira la hora —dijo viendo su reloj—. Lo siento, Lapis, pero tengo que irme. Mi jefe tiene algunos clientes anómidas de visita en la ciudad y quiere que los acompañe a un restaurante elegante. Ya sabes lo curiosos que son sobre culturas nuevas.

—Si quieres mostrarles la cultura wukkar deberías traerlos aquí —dijo Sheqoa, pero con la mente concentrada en otras cosas.

—Eso es lo que yo sugerí —afirmó Bink y movió su dedo para mayor énfasis—. Pero él es necio y siempre anda buscando una excusa para comer cosas sofisticadas. Vas a estar para el Homenaje al Fuego Moviente, ¿verdad?

Con un esfuerzo evidente, Sheqoa volvió a verla y se concentró.

—Por supuesto —dijo con una sonrisa ligera—. ¿Tú?

—No me lo perdería ni por la galaxia entera —prometió Bink—. Te veo en un par de días, entonces.

Ella se acercó y envolvió sus brazos en él, asegurándose de no atrapar su brazo derecho, y se acercó a su pecho.

—Fue un día maravilloso —le susurró al cuello—. Gracias por todo.

Su primer instinto fue tensarse por la sorpresa. Una fracción de segundo después, se relajó y disfrutó el momento. Su tercer instinto, una fracción de segundo más corta que la anterior, fue acordarse de que estaba de guardia y con firmeza y gentileza a la vez la alejó.

Entre todas esas reacciones, finalmente ella pudo reconocer el aroma que había notado antes.

—Te veo entonces —dijo él, con las manos en los hombros de ella para mantener cierta distancia.

Por un momento la miró, después volteó y desapareció entre la multitud. Bink también giró y se fue al portón.

Así que, además de no confiar en ella, Sheqoa había decidido hacerse el lindo. El olor que había percibido era tinte rastreador, una capa invisible de colorante que deja manchas indelebles y que sólo se ven con luz ultravioleta.

No era sorprendente que Sheqoa sospechara que su atención fuera únicamente para tener acceso a la llave que pendía de la cadena que llevaba en el cuello, tampoco que tuviera la intención de comprobar su culpabilidad cuando y si ella intentara agarrarla. Simple, diabólico y casi infalible.

Bink sonrió para sí misma. En cierto sentido, casi le daba lástima. Casi.

El gran final estaba al máximo: el ruido de las tempestuosas cascadas del agua opacaba al de la multitud que gritaba con alegría por toda la propiedad de Marblewood. Los brillos y destellos en los arroyos relucían, brillaban y aparecían como prefigurando los enormes fuegos artificiales que serían el culmen del Homenaje al Fuego Moviente en la conclusión del festival en dos días. Las fuentes subían al cielo, disparadas a los lados y luego regresaban, todo cuidadosamente controlado y contenido por los campos de repulsión que se movían, lo cual aseguraba que ni una gota cayera en la audiencia de abajo.

De pie en el balcón de presentación, absorbiendo los ruidos y las vistas, Villachor se permitió un momento de regodeo. ¿Así que Kwerve y su organización secreta estaban arrastrando los pies, no? Esperando, sin duda, que la tentación de su cryodex, aunada a la presión de Qazadi, lo metiera en un lodazal del cual la salida sólo podía ser una: la suya.

Pero estaban equivocados. También Qazadi. Villachor no tenía que escoger entre la potencia y crueldad conocidas del Sol Negro y el ambiguo poder y libertad de Kwerve y su grupo de desconocidos.

Porque, de hecho, sí había una tercera ruta: un camino que ninguno de ellos se imaginaría que podría tomar.

Él tampoco estaba convencido de que pudiera tomarlo, mucho menos que fuera necesario. Pero las opciones eran vida, y en este camino una precaución básica insistía que al menos la explorara.

Esperó hasta el clímax del espectáculo acuático, cuando prácticamente todos los ojos y pensamientos de Ciudad Iltarr estaban concentrados en su presentación y en otras parecidas en el resto de las sedes del festival. Después sacó su comunicador y tecleó un número.

Le tomó a Donnal Cuciv casi medio minuto responder. Probablemente estaba ocupado viendo una ceremonia similar en las otras sedes de la ciudad.

—Cuciv. Avrak Villachor —se identificó a sí mismo—. Quizá recuerdes nuestra conversación de hace unos días.

El silencio fue lo suficientemente largo para confirmar que Cuciv, en efecto, recordaba aquella incómoda, embarazosa y dolorosa sesión.

Villachor había visto a víctimas de chantaje responder con furia, vergüenza y terror, pero nunca había visto a nadie que saliera de Marblewood tan completa y desesperadamente abatido.

Qazadi había especulado en ese momento que Cuciv simplemente se iría a su casa y se mataría, aunque no parecía que al falleen le importara de una u otra manera. Villachor le había recordado que el suicidio era un acto vergonzoso en la cultura wukkar y que Cuciv no añadiría otra vergüenza más a su nombre. Hasta ahora, Villachor había tenido razón.

—Me acuerdo —dijo Cuciv, su voz tensa pero firme. Aparentemente había hecho las paces con su situación y se había hecho a la idea de que pasaría el resto de su vida bajo el martillo del Sol Negro—. ¿Qué quieres?

—Algo muy pequeño, te lo aseguro —dijo Villachor—. Escuché que hay un miembro de la Corte Imperial en Ciudad Iltarr. Quiero todo lo que sepas de él: su nombre, su rango y posición exacta, cómo llegó, su ubicación actual y la mejor manera de contactarlo de manera privada.

Hubo otra pausa. Del otro lado de la propiedad, se formó una tromba de agua, después se dividió en cinco brazos, cada uno con su propio color de destellos relucientes.

—¿Qué le vas a hacer? —finalmente preguntó Cuciv.

—Eso no es de tu interés —dijo Villachor—. Sólo dame la información.

Escuchó un suspiro profundo de Cuciv por sobre el ruido de la multitud.

—Me imagino que lo quieres hoy en la noche.

—Mañana está bien —dijo Villachor—. Sólo asegúrate de que sea fidedigno.

—Todo lo que yo hago es fidedigno —dijo Cuciv, el orgullo profesional eclipsó momentáneamente su vergüenza y resentimiento.

—Bien —dijo Villachor—. Entonces, mañana.

Cerró el comunicador y lo guardó, se dio permiso de sonreír ligeramente. Sí, a Kwerve le gustaba pensar que su cryodex era una gran seducción. Quizá Qazadi pensara que el Sol Negro era la peor amenaza.

Pero había otra jugada en este asunto. Una jugada que seguramente sobreviviría a ambos.

Porque si era cuestión de vida o muerte, Villachor podría hacer algo peor que abandonar el Sol Negro: llevar información de su organización a los imperiales para ver qué tipo de protección le podían ofrecer.

Era momento de ver qué tipo de trato estaba dispuesto a ofrecer Lord Vader.

CAPÍTULO DIECISÉIS

La grabación de la conversación del comunicador concluyó y Dayja levantó la vista del datapad.

—Debes de estar bromeando —dijo, sin rodeos—. Él debe de estar bromeando.

—Parece broma, ¿verdad? —contestó pensativo D'Ashewl—. Pero si no lo es, esto podría ser el comienzo del final para el Sol Negro. Un jefe de sector como Villachor seguramente conoce todo tipo de secretos sucios y si además trae consigo los archivos de extorsión de Qazadi… —Alzó sus cejas.

—Tal vez —dijo Dayja cansado, viendo el datapad. No podía ser tan fácil. Había una especie de truco—. Veo que aunque usó muchas palabras, hay una falta de afirmaciones o promesas sólidas.

—Lo cual es comprensible para alguien que sólo está viendo cómo están las cosas —dijo D'Ashewl.

—O para alguien que quiere un trato unilateral —dijo Dayja—. También puede ser una táctica para hacer que volteemos en la dirección errónea.

—Es posible —dijo D'Ashewl—. Pero sin importar qué está pasando, hay que tratarla como si fuera una oferta genuina. —Hizo una sonrisa forzada—. Tan sólo porque entre más nos metamos en cualquier plan que esté tramando, mejor veremos y mejores oportunidades tendremos para cobrársela.

—A menos que el plan sea matar a un par de agentes de Inteligencia —advirtió Dayja.

—Nunca dije que confiara en él —dijo D'Ashewl encogiendo los hombros—. Ya mandé la orden de retirada al Capitán Worhven. Él y el *Dominator* deberían estar aquí para el anochecer.

—¿Y luego?

D'Ashewl frunció sus labios.

—Puesto que Villachor sigue sin saber de nuestra conexión, creo que es momento de que ustedes se vean cara a cara. Tal vez como parte del plan del brillestim.

Dayja lo pensó.

—Tal vez —dijo—. Aunque eso podría chocar con lo que sea que Eanjer y su equipo estén tramando.

D'Ashewl hizo un ruido desaprobatorio.

—Si Villachor viene, no necesitaremos a Eanjer y su colección de bandidos.

—Si Villachor nada más está jugando, entonces sí —replicó Dayja.

D'Ashewl movió una mano.

—Tú eres el agente en acción —dijo—. No te discutiré nada de lo que quieras hacer respecto a Eanjer.

—Gracias —dijo Dayja.

D'Ashewl tenía razón, por supuesto. Esta era la misión de Dayja; D'Ashewl sólo estaba para apoyarlo y como cubierta. Al final de cuentas, todas las decisiones eran suyas.

—¿A quién le llamas? —preguntó D'Ashewl cuando Dayja sacó su comunicador.

—A Eanjer —dijo Dayja tecleando en el comunicador de D'Ashewl—. No puedo creer que Villachor nada más se despertó esta mañana y decidió que estaba harto de trabajar para el Sol Negro. Si alguien lo está presionando, tal vez es el equipo de Eanjer. Tal vez sea buena idea descubrir qué están haciendo exactamente.

El comunicador se conectó.

—¿Sí? —dijo Eanjer.

—Es Dayja. ¿Puedes hablar?

—Un momento. —El comunicador se apagó un momento, luego regresó—. Está bien, ya puedo —dijo Eanjer en voz baja.

—Llamo para actualizarme —dijo Dayja—. Y para darte una posible advertencia.

—¿Qué tipo de advertencia?

—Tú primero —dijo Dayja.

—Hasta donde yo sé, el plan marcha bien —dijo Eanjer—. Se dice algo de tratar de presionar a Villachor para que mueva los archivos a otra parte en Wukkar, pero no lo veo tan asustado como para tomar esa ruta. Si eso no funciona, tendremos que irrumpir en la bóveda.

—Ya veo —dijo Dayja sonriendo para sí. Así que ese era el ángulo que buscaba Villachor—. El homenaje seguro aporta suficientes distracciones para ese trabajo.

—No tienes ni idea —dijo Eanjer—. ¿Qué decías de una advertencia?

—Villachor puede tratar de arrasar con ustedes —dijo Dayja—. Ha estado buscando a un miembro de la Corte Imperial que actualmente está en la ciudad. Si de verdad decide desertar, lo que sea que estén usando para seducirlo o presionarlo va a dejar de ser relevante. Cuando eso suceda, tú y tu equipo pueden meterse en problemas.

—Ya veo —dijo Eanjer despacio—. Gracias por el aviso. ¿Cuándo sabes si eso va a pasar o no?

—Hasta ahora están en los preliminares —dijo Dayja—. Si algo cambia, te aviso.

—Lo agradecería —dijo Eanjer—. Me tengo que ir, luego hablamos.

La comunicación se desconectó.

—Qué interesante —dijo D'Ashewl.

—Así es —concordó Dayja—. Entonces de la nada la oferta de Villachor es un poco más compleja.

—Está pensando en mover los archivos, sin duda —dijo D'Ashewl—. Pero no lo hará sin la seguridad adecuada.

Dayja asintió.

—¿Y qué mejor seguridad que una Escolta Imperial?

—Así es —dijo D'Ashewl—. Así que finge que deserta, nos hace escoltar algunos objetos personales a algún lugar y de repente cambia de opinión.

—Y como no hay manera de que pueda hacer eso sin que Qazadi malinterprete su movida y le corte la cabeza —dijo Dayja—, entiendo que Qazadi sabe del plan.

—Así que mueven y resguardan los archivos y el equipo de Eanjer se queda con las manos vacías —concluyó D'Ashewl—. Y como bono para el Sol Negro, un par de agentes de Inteligencia son identificados.

—A los que posiblemente se les dé su trato habitual —dijo Dayja con amargura—. Adiós a la estrategia de Eanjer.

—Sí —concordó D'Ashewl—. La pregunta es: ¿regresas a la tuya?

Dayja se golpeó el labio.

—Supongo que tendré que hacerlo —dijo—. Si Villachor de verdad está planeando desertar, no tiene sentido ensuciar más el asunto. Pero si es una trampara que nosotros hagamos el trabajo pesado, entonces de todos modos necesitaremos un vector en Marblewood.

—Y tú lo vas a necesitar antes de que saque los archivos —advirtió D'Ashewl—, porque a donde sea que nos pida que los transportemos, va a estar listo para llevárselos a donde no los encontraremos.

—A menos que podamos robarlos en tránsito, como lo iba a hacer Eanjer —indicó Dayja—. Pero de seguro también pensó en eso.

—Definitivamente. —D'Ashewl lo vio—. ¿Entonces?

—Supongo que mañana asistiré al Homenaje del Fuego Moviente en Marblewood —dijo Dayja levantándose de su silla—. Tengo que hacer otra muestra para llevársela a Villachor.

—Tienes un día para pensar cómo te vas a acercar —le recordó D'Ashewl—. Y que no se te olvide que el *Dominator* ya estará aquí para entonces. Si necesitas refuerzos, los habrá.

—Sólo si quieres que se descubra toda la operación.

D'Ashewl se encogió de hombros.

—Si llega a ese punto, ya estará descubierta —dijo—. Mejor una operación muerta y un operador vivo que la otra opción.

—Qué manera tan tranquilizadora tienes de expresar las cosas —dijo Dayja—. ¿Me imagino que querrás que te sirva en el almuerzo?

—Si tienes tiempo —dijo D'Ashewl—. Si no, puedo explicar tu ausencia.

—No, hay que seguir con las apariencias —dijo Dayja—. Te veo entonces.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó Bink del otro lado de la sala de juntas.

Eanjer estaba de pie junto a la ventana y la vista de la ciudad, pero volteó a verla.

—¿Disculpa?

—Esa llamada —dijo Bink.

Empezó a señalar el comunicador que estaba guardando, pero se acordó a tiempo de que ya había jalado dos puntadas de la costura que Winter intentaba terminar con tanto esfuerzo, así que mejor señaló con la cabeza y no con la mano.

—Era mi contacto —dijo Eanjer—. Quería advertirme que…

—¿Le cuentas nuestros planes a tu contacto? —interrumpió Bink.

—Ya los sabe —dijo Eanjer con paciencia—. Él es el que nos dijo de Qazadi y los archivos de extorsión, ¿te acuerdas? Como sea, quería advertirme que Villachor tal vez iba a conseguir más droides de policía.

Bink y Winter se voltearon a ver, ambas con un poco de nerviosismo.

—¿Cuántos? —preguntó Bink.

—¿Y qué tan pronto? —añadió Winter.

—No lo sabe —dijo Eanjer—. Ni siquiera está seguro de que sí los vaya a conseguir o si sólo piensa hacerlo. Me lo dirá si escucha algo más. —Señaló hacia el pasillo—. Voy a la cocina, ¿alguna de ustedes quiere algo?

—No, gracias —dijo Bink.

—Yo tampoco —dijo Winter.

—De acuerdo. —Eanjer dudó un poco—. Díganme si hay algo con lo que puedo ayudar.

Salió de la habitación.

—Unos cuantos zeds más no van a estropear el plan, ¿o sí? —preguntó Winter.

—No —dijo Bink. Pero no se escuchaba cien por ciento convencida—. Un zed o cincuenta, todos trabajan con el mismo sistema maestro de control.

Winter asintió. Había supuesto que ese era el caso y estaba muy segura de que Han ya lo había pensado. Pero se estaba guardando muchos secretos, sobre todo desde el secuestro, y no estaba absolutamente segura de cómo o dónde cambiarían los planes. Eanjer, por lo que pudo vislumbrar, sabía menos que ella.

Pero si Eanjer estaba platicando sin tapujos sobre sus planes a su contacto desconocido, quizá era mejor que Han no le estuviera comunicando todo.

—Últimamente no he tenido oportunidad de hablar con Tavia —dijo Winter al estudiar la costura en la que estaba trabajando. No sabía qué tanto se fijaba Sheqoa en los detalles, pero era mejor prevenir que lamentar—. ¿Está bien?

—Sí —dijo Bink.

—¿Estás segura? —Winter insistió mientras seguía con la otra costura. Sabía que esta tenía que estar un poco chueca para que fuera igual a la del otro vestido—. Se veía muy cansada cuando la vi ayer en la cena.

—Cansada pero feliz —le aseguró Bink—. Estar sentada armando electrónicos es lo que más le gusta, aunque sean las mismas piezas, como ahora, ponerlas de la misma manera una y otra vez. Para mí es aburrido, pero, bueno, las diferencias son lo que hace girar la galaxia, ¿no?

—Eso dicen —contestó Winter—. Pero sí parece que le gusta más una vida tranquila.

Bink se quedó en silencio para que Winter terminara con esa costura y continuara con la siguiente.

—Me imagino que ha estado hablando contigo —dijo, finalmente—. Qué interesante, seguro le agradas. No se abre con cualquiera. ¿Supongo que te ha estado diciendo cuánto me gusta la vida del ladrón fantasma y cómo nunca estoy contenta haciendo otra cosa por mucho tiempo?

Winter dudó.

—Dijo que eres muy buena en lo que haces —dijo de manera diplomática—. Hablamos un poco de cómo a la gente le gusta hacer aquello para lo que es buena.

—¿Y me imagino que te dijo lo buena que es con la electrónica?

—A nadie nos tiene que decir eso —respondió Winter, intentando ponerle un poco de humor a la conversación—. Todos hemos visto lo que puede hacer.

—Ah, es buena en su trabajo, sin duda —dijo Bink—. Para lo que no es buena es para darse cuenta de lo horrible que es el universo.

Winter frunció el ceño. En el rostro de aquella joven mujer había una expresión sumamente seria que nunca le había visto.

—No entiendo.

—Déjame darte un ejemplo —dijo Bink con amargura en su voz—. ¿Me imagino que te dijo sobre la Compañía Electrónica Rivordak?

—No de nombre.

—Es la que generalmente saca como ejemplo de que yo destruyo todo lo bueno que tiene en la vida —dijo Bink—. La paga era buena, el jefe estaba contento con su desempeño y le gustaba mucho el trabajo. Por fuera, parecía perfecto.

—Entonces, ¿qué estaba mal? —preguntó Winter—. ¿Hacían mucho ruido al sorber la sopa?

—Lo que estaba mal es que ese lugar no existía —dijo Bink apesadumbrada—. O al menos el lugar para el que creía trabajar no existía. Toda la operación era una encubierta para uno de los sindicatos hutt. Lavaban especias, armas de contrabando e incluso esclavos a través del negocio, todo embellecido con inocentes como Tavia.

Winter hizo una mueca. Había visto varias operaciones como esa al buscar lugares para que la Alianza robara.

—Pudiste haberle dicho.

—Sí, pude —afirmó Bink con un suspiro—. Tal vez debí hacerlo, pero es tan inocente que… Mira, me imagino que ya te diste cuenta de que yo soy lo suficientemente cínica para ambas. Incluso, tendría suficiente si fuéramos trillizas. Sólo no quiero que sea como yo.

—Entiendo —dijo Winter y, curiosamente, se dio cuenta de que eso era verdad. A ella y a la Princesa Leia les habían arrancado la inocencia juvenil de sus almas por la lucha contra el Imperio.

—Quiero que sea feliz —siguió hablando Bink con honestidad—. De verdad. Pero también quiero que coma regularmente, y no quiero decir en la cafetería de una prisión en Kessel. Hasta que tengamos lo suficiente para tenerla en un lugar seguro —encogió sus hombros—, tenemos que seguir haciendo esto.

Pareció que de repente regresó en sí.

—Disculpa. ¿Jalé alguna de las costuras?

—No, está bien —le aseguró Winter—. Pero no hagas eso otra vez.

—Sí —dijo Bink. Su humor más oscuro se había desvanecido y otra vez estaba alegre—. Disculpa.

Otra vez se quedó en silencio la habitación. Winter siguió trabajando, preguntándose cómo el universo podía ser distinto ante dos pares de ojos tan parecidos. También se preguntaba si este era el botín que Bink y Tavia esperaban. El premio que finalmente les daría la libertad. O si mañana sería el último día que compartirían juntas.

CAPÍTULO DIECISIETE

La mañana había amanecido sin nubes y todo indicaba que sería un día glorioso; aunque algunas habían aparecido alrededor del mediodía, se habían ido en la tarde. Ahora, con el sol casi en el horizonte ya comenzaba a oscurecer, por lo que todo indicaba que los fuegos artificiales que cerrarían el Festival de los Cuatro Homenajes se llevarían a cabo con un cielo cubierto de estrellas.

Era un buen día para ganar 163 millones de créditos, pensó Han.

No era un buen día para salir con las manos vacías.

Sería un muy mal día para que le dispararan.

Tenía un gesto de mal humor al caminar junto a las multitudes que hablaban con emoción; las escuchaba exclamar ante las llamaradas y tornados de fuego que volaban por el cielo sobre el terreno de Marblewood. Su humor había sido muy volátil hoy, desde estar locamente optimista hasta paralizado del miedo al pensar que se dirigían hacia un fracaso catastrófico. Ahora, al caminar hacia la mansión entre los edificios más altos de la ciudad, su humor se aproximaba a la parte más negativa de la escala. Lo cual no tenía sentido. Había hecho todo lo que podía. El equipo estaba listo, había repasado todos los detalles del plan y con habilidad o pura suerte había logrado juntar al mejor equipo para hacer esto.

Tal vez ese era el problema. Tal vez el equipo era demasiado bueno. Además de la planeación, Han no tenía mucho qué hacer. Una vez que entregara a Villachor la tarjeta de datos especialmente preparada, su parte terminaría. De hecho, iba a regresar a la *suite*, sentarse en una silla cómoda junto a la ventana y vería cómo se desarrollaba todo con los electrobinoculares. Iba a tener toda la espera, todo el estrés y la preocupación, pero nada de la acción.

Hizo una mueca. Él había sido el que había estado al mando cuando él y Chewie hicieron el negocio de Kessel. Él era el que disparaba cuando había piratas o mercenarios que ahuyentar del *Halcón*.

Y aunque durante casi toda esa cosa de Yavin se la había pasado sentado con el sol a su espalda, sabía que, cuando fuera necesario, él sería el que llegaría para quitar esos determinados cazas TIE de la retaguardia de Luke.

Estar sentado todo el día, esperando mientras alguien más era el que se divertía, no era a lo que estaba acostumbrado. Pero por una vez en su vida tendría que conformarse con eso.

Como siempre, no fue difícil encontrar a Villachor. Lo único que Han tenía que hacer era buscar el lugar con los fuegos artificiales más elaborados y saber a dónde se dirigía la gente cuando no veían los fuegos o iban a los pabellones de comida y bebida. Como casi

todas las personas importantes que Han había conocido, y casi todos los líderes criminales, a Villachor le gustaba que lo admiraran.

Como era de esperarse, el hombre y sus dos guardaespaldas estaban fuera de una multitud que con la boca abierta por la fascinación veía una fuente de fuego que parecía igualar exactamente los movimientos de la fuente de agua que había estado ahí dos días antes. Un lindo truco, tuvo que admitir Han al esperar que la fila de personas que lo querían saludar se hiciera más corta.

Finalmente hubo una oportunidad.

—Ah —dijo Villachor cuando Han se le acercó. Su voz se escuchaba un poco extraña—. Me preguntaba si ibas a venir.

—Dije que lo haría —Han le recordó—. Te traje…

El labio de Villachor se alzó ligeramente.

—En voz baja, por favor —dijo. Se volvió y se dirigió a una de las puertas de servicio de la mansión, los guardaespaldas y Han iban tras él.

Han no vio a ninguno de los otros guardias de seguridad. Aparentemente Villachor quería mantener oculto este evento de su propia gente.

La razón de esto fue rápidamente evidente. A unos metros cruzando la puerta esperaban tres falleen. El de en medio vestía una bata elaborada y de capas con un amplio cinturón. Tal vez era el personaje ese Qazadi que Eanjer había mencionado, sobre todo porque los dos falleen a su lado tenían la pinta de ser guardaespaldas. Durante el primer segundo, Han pensó en intentar decir la primera palabra, después decidió que un silencio tranquilo era la mejor manera de jugar esto.

De todos modos, Qazadi evidentemente quería ser el primero en hablar.

—Aquí está —dijo, justo antes de que la puerta se cerrara tras el pequeño grupo—. El humano que, por su arrogancia y orgullo, piensa que puede subvertir a un oficial del Sol Negro de sus lealtades.

Han vio a Villachor. Su expresión era firme, pero sudaba de la frente.

—Sólo soy un empleado, Maestro Qazadi —dijo Han, volteando a ver al falleen—. No se me permite tener arrogancia y orgullo. Sólo entrego mensajes.

—Tal vez yo mismo deba transmitir un mensaje —sugirió Qazadi—. Tu cuerpo, por ejemplo, despedazado en pequeños pedazos de carne y hueso. ¿Esa comunicación sería un mensaje lo suficientemente claro del costo de habernos desafiado?

Han tragó saliva. Podía sentir que el corazón se le aceleraba y el miedo que fluía por su cuerpo se convertía en pánico. Eran las feromonas del falleen, lo sabía, lo que provocaba esas emociones. Pero saber eso no ayudaba.

—Estoy seguro de que hay mejores maneras de conseguir lo que quieres —dijo con la voz lo más tranquila posible.

—¿Qué es lo que quiero? —preguntó Qazadi, alzando sus cejas con sorpresa fingida—. ¿Qué te hace pensar que quiero algo excepto tu muerte y la de todos en tu organización?

—El hecho de que está hablando y no disparando.

Han alzó sus manos, no podía gesticular más porque los guardias de Villachor seguían agarrándole los brazos.

—¿Entonces?

Qazadi sonrió.

—Sí que es listo, Maestro Villachor —comentó—. Muy bien. Quiero el cryodex.

Aunque sabía que eso iba a pedir Qazadi, Han de todos modos sintió el miedo que lo hacía temblar.

—¿Y a cambio? —preguntó, también sabiendo cuál sería la respuesta del falleen.

—Una muerte rápida —dijo Qazadi—. O, dependiendo de qué me puedas decir de tu gente y tus bienes, hay una posibilidad muy pequeña de que salgas de Marblewood con tu vida intacta.

—Parece ser una oferta razonable —dijo Han—. Necesitaré llamar a mi contacto.

Qazadi hizo un pequeño gesto y los guardias soltaron los brazos de Han. Sacó su comunicador y tecleó el número de Lando. Esto no le iba a gustar. Para nada.

—¿Pero por qué llevarlo adentro? —preguntó Rachele preocupada, viendo con sus electrobinoculares desde la ventana de la sala de juntas.

—Lo único que tenía que hacer era entregar una tarjeta de datos, ¿por qué no hicieron eso afuera?

—Tal vez Villachor quería privacidad —dijo Lando, preguntándose si a los demás les sonaba tan tonto como a él. Así era.

—¿Desde cuándo? —replicó Winter. Su voz tenía mejor control que la de Rachele, pero Lando podía escuchar la misma preocupación—. Hasta ahora siempre había preferido dejarnos afuera, de ser posible. Es mala señal cambiar ese patrón.

Chewbacca farfulló con seriedad.

—Tranquilo —dijo Lando—. Han es un chico grande. Lo que sea que Villachor tiene en mente, estoy seguro de que se puede salir de esta.

Al lado de él, su comunicador se encendió. Lando lo sacó y tecleó.

—¿Sí?

—Oye, Kwerve. —La voz de Han era demasiado casual—. Tenemos una situación.

—¿Qué tipo de situación? —preguntó Lando, señalando a los demás para que pusieran su comunicador en las bocinas.

—Estoy en una reunión con el Maestro Qazadi —dijo Han—. Le gustaría ver nuestro cryodex.

Oh, oh.

—¿Quieres decir que lo quiere ver funcionando? —preguntó Lando con cuidado.

—Sí, algo así —dijo Han—. Creo que nos convendría mostrárselo.

Lando volteó a ver a los demás. Rachele y Tavia estaban impactadas. Winter se veía controlada y calculadora. Dozer se veía nervioso. Chewbacca parecía que estaba listo

para embestir. Y Eanjer… Lando frunció el ceño. Eanjer se veía culpable. ¿Por qué habría de verse Eanjer tan culpable?

—Le puedo preguntar al jefe —dijo Lando en el comunicador—. Se le tendrá que mostrar que habría algo a cambio que valiera la pena.

—Digamos que si no lo hacemos, el pago será muy desagradable —dijo Han sombríamente.

Por un instante, Lando se acordó de aquella escena incómoda en Nar Shaddaa, justo después del fiasco ylesio, cuando había estado tan enojado con Han, que había amenazado con traspasar la cabeza de su amigo con un rayo de bláster. Han solía provocar esa reacción en la gente. Pero Lando había hablado por ira, frustración y traición. La amenaza de Qazadi era fría, calculada y muy, muy seria.

—Le diré —prometió Lando—. Te llamo tan pronto tenga su respuesta.

—Apúrate —dijo Han—. El Maestro Qazadi no me parece del tipo paciente.

—Entiendo —dijo Lando—. Te llamo pronto.

Chewbacca farfulló una amenaza.

—Claro que lo vamos a sacar —dijo Rachele—. Pero creo que la pregunta es cómo.

—De hecho, creo que la pregunta es por qué, ¿por qué se nos movió el piso de esta cosa? —dijo Lando—. ¿Eanjer? ¿Tienes algo que decir?

Eanjer se asustó.

—¿Qué quieres decir?

—Ayer recibiste una llamada de tu contacto —dijo Winter—. ¿Te dijo algo de esto?

Eanjer tragó saliva.

—Yo… —Se detuvo—. Quiero decir…

Chewbacca dio un paso hacia él.

Eanjer otra vez se asustó y luego pareció encogerse.

—Lo siento —dijo casi demasiado bajo para que Lando escuchara—. No creo… Mencionó que Villachor estaba buscando a los imperiales.

—¿Y no creíste que valía la pena decírnoslo? —dijo Tavia enojada—. Maldita sea, Eanjer, si hace un negocio con los imperiales, no tenemos nada sobre él. Puede jugar con nosotros sin tener que apostar nada, sabe que tiene otra oportunidad si su primera jugada no resulta.

—Lo sé, lo sé —dijo Eanjer y se veía compungido—. Sólo que no pensé que esto pasaría tan rápido, eso es todo.

—Supongo que sí fue así —dijo Dozer apesadumbrado—. ¿Y ahora qué?

—Ya escucharon a Chewie —dijo Lando—. Lo sacamos.

—¿Cómo? —replicó Dozer.

—De alguna manera —dijo Lando con paciencia forzada; su mente trataba de inventar un plan—. Winter, ¿hay más depósitos de armas en la ciudad que podamos saquear?

—Hay dos que yo conozca —dijo Winter—. Pero cualquier cosa lo suficientemente pequeña para poder infiltrarse por las entradas no será tan poderosa para atravesar las puertas, paredes o ventanas de la mansión.

—Sin mencionar todos los guardias de seguridad —señaló Dozer.

—El escudo paraguas tendrá que ser desactivado para los fuegos artificiales —señaló Rachele—. Tal vez podamos conseguir algo lo suficientemente grande para romper el muro desde aquí.

—No podemos esperar tanto —dijo Lando—. No sé cuánta paciencia tenga Qazadi, pero dudo que dure más de una hora.

Eanjer se aclaró la garganta.

—Tengo una idea —dijo dubitativo—. Winter, ¿con cuánta fidelidad replicaste el otro cryodex?

—Completamente —dijo Winter.

—Quiero decir, ¿realmente fiel?

—¿Qué parte de «completamente» no entiendes? —gruñó Lando.

—No, no, lo entiendo —dijo Eanjer—. Sólo pensaba, si dejamos que Qazadi vea el cryodex y si ha visto el de Aziel muchas veces…

Se detuvo, viendo a los demás con expectativas. Rachele fue la primera en entender.

—Va a pensar que es el de Aziel —dijo ella—. Y que Aziel… no. No haría eso, ¿o sí?

—¿Qué? ¿Pensar que Aziel es el que está detrás del esfuerzo de Lando por obtener los archivos? —preguntó Winter—. Claro, ¿por qué no?

—Tiene razón —concordó Tavia—. Si sospecha de Villachor como posible traidor, ¿por qué no de Aziel?

—Enfrentarlos entre ellos —dijo Lando. La idea de Eanjer no era tan mala—. Así que podemos convencer a Qazadi de que Aziel es el traidor…

—No va a dejar ir a Han tan fácilmente —dijo Tavia despacio.

—Pero se dará cuenta de que vale más vivo que muerto.

—Especialmente si cree que Han puede darle los detalles del plan de Aziel —añadió Rachele—. Eso debería comprarnos un poco de tiempo.

Chewbacca farfulló una advertencia.

—Buen punto —concordó Lando con tristeza—. Sólo funciona hasta que Aziel llega a Marblewood con el cryodex de verdad.

—Lo cual quiere decir que tenemos que llegar con Aziel ahora y robar el verdadero —dijo Rachele.

—¿Y qué hay con los guardias y las alarmas de los vidrios? —objetó Dozer.

—Tendremos que correr el riesgo —dijo Rachele.

—Si Villachor ve los dos cryodex juntos, Han muere. Tavia, ¿crees que Bink lo pueda hacer?

—No lo sé —dijo Tavia pensativa—. Así de rápido y antes de que oscurezca… no lo creo. Pero si es la única manera, creo que estará dispuesta a intentarlo.

—Si la sacamos ahora, podremos perder nuestra posibilidad de entrar a la bóveda de Villachor —advirtió Winter. Agarrando los electrobinoculares regresó a la ventana.

—Han vale más que todos los archivos de la galaxia —le dijo Rachele. Volteó a ver a Eanjer—. Y que todos los créditos también.

—No hay que escoger todavía entre uno u otro —dijo Lando—. ¿Winter? ¿La ves?

—Sí —dijo Winter, moviendo la cabeza—. Lo siento, ya está con Sheqoa, si la sacamos ahora, sobre todo ahora que él ya sospecha, se acabó.

—A menos que podamos traerla de regreso —dijo Dozer.

—Para nada —dijo Tavia.

—Lo cual sólo nos deja una opción —continuó Winter—. Dozer y yo no tenemos nada que hacer ahora. Vamos al Corona Lulina y mantenemos ahí a Aziel.

—¡Qué! —dijo Dozer abriendo mucho los ojos—. Nosotros contra… No. En absoluto.

—Relájate —dijo Winter. No estoy sugiriendo que le demos una golpiza a él y su colección de guardaespaldas. Sólo tenemos que dejarlo encerrado en su *suite*.

—Oh, claro, eso va a funcionar —dijo Dozer sarcásticamente—. No va a tener un comunicador ni nada con lo que pueda llamar a Qazadi. Para nada.

—Espera —dijo Lando, sintiendo que surgía en él un poco de esperanza—. Winter tiene razón. Llamarle a Qazadi no le sirve de nada. Claro que va a decir que todavía tiene el cryodex. Pero diría eso aunque fuera cierto o no.

—Entonces, ¿cómo encierras a alguien en su cuarto? —dijo Rachele.

—Aún no lo sé —dijo Lando—. Hagamos un inventario rápido de lo que tenemos a la mano para ver qué se nos ocurre.

—A menos que sigas demasiado temeroso del falleen para hacer esto —añadió Rachele a Dozer, como retándolo.

Dozer vio la espalda de Winter y enderezó sus hombros.

—Primero pensemos en un plan plausible —dijo—. En cuanto a equipo, tengo controles para vehículos, unos abridores universales para desencriptar puertas…

—Disculpen —dijo Winter, que seguía parada junto a la ventana—. ¿Uno de ustedes sabe si Han fuma?

—No que yo sepa —dijo Lando, frunciendo el ceño—. ¿Chewie?

Chewbacca farfulló una negación.

—Tal vez hace mucho, pero no últimamente —dijo Lando—. ¿Por qué?

—Porque creo —dijo Winter pensativa—, que nos acaba de enviar un mensaje.

Apagó el comunicador. Cuando empezaba a guardarlo, uno de los guardias se lo quitó de las manos.

—Ok, mandé el mensaje —Han dijo a Qazadi—. Supongo que esperamos.

—Sí —dijo Qazadi—. Esperemos que tu superior te considere más valioso que a su cryodex. —Esbozó una sonrisa—. Especialmente porque los subordinados se sustituyen mucho más fácilmente que los artefactos especiales.

—No los buenos —replicó Han viendo a Villachor. El hombre estaba a dos pasos. Debería funcionar—. Me imagino que seré tu invitado un rato.

—Un rato breve —dijo Qazadi. Sus ojos voltearon hacia los guardias de Villachor—. Ustedes dos, llévenlo a las habitaciones de los guardias frente a mi *suite*. El clóset se puede cerrar con llave. Métanlo ahí.

—Manning lo puede llevar —dijo Villachor con firmeza—. Tawb se queda conmigo.

—Los dos lo llevan —dijo Qazadi.

Por un segundo los dos se quedaron viendo a los ojos. En ese segundo, Han hizo su movida. Los guardaespaldas seguían agarrando sus brazos, pero los antebrazos estaban libres. Para distraer, Han subió un poco su hombro izquierdo, metió su mano derecha en el bolsillo y sacó la tarjeta de datos. Con un solo movimiento la sacó y se la lanzó a Villachor.

Apenas tuvo tiempo de ver que Villachor instintivamente la agarraba antes de que ambos guardaespaldas lo aventaran boca abajo contra el piso.

—Tranquilos —dijo Han, haciendo una mueca por el dolor en sus hombros, mientras parecía que toda la habitación estaba de repente poblada por blásters—. Sólo es una entrega de mi jefe. Se me ordenó dar la tarjeta al Maestro Villachor.

Por un buen tiempo nadie se movió. De reojo logró ver que Villachor movía entre sus dedos la tarjeta.

—¿Qué es? —preguntó Qazadi.

—Los detalles de su oferta —dijo Han—. Aunque eso ya no importa, supongo.

—Nunca dije que me les iba a unir —insistió Villachor, lanzándole de vuelta la tarjeta, como si se estuviera deshaciendo de un bebé gundark.

Han levantó los hombros.

—Como dije, me pidieron que la entregara.

Durante unos latidos más, nadie se movió o habló. Han contenía la respiración. Después Qazadi se movió y sonrió a Han.

—Admiro a un hombre que agota su respiración cumpliendo sus órdenes —dijo—. Levántenlo.

Las manos que lo tenían pegado al piso lo levantaron para que estuviera de pie otra vez.

—Yo me llevo esa tarjeta —añadió el falleen—. ¿Dygrig?

Uno de los guardias de Qazadi tomó la tarjeta y se la dio a su jefe.

—Ustedes tienen sus órdenes —continuó Qazadi viendo la tarjeta con atención.

—¿Señor? —uno de los guardaespaldas preguntó.

—Sí, adelante, Manning —dijo Villachor con algo que parecía un suspiro—. Tawb, acompáñalo.

—Muévete —gruñó Manning al oído de Han cuando otra vez las manos apretaron sus brazos.

Su aliento olía a tabaco, aparentemente fumaba.

Lo llevaron por un largo pasillo y subieron tres escaleras hasta llegar al cuarto piso. En el camino, Han notó con algo de interés que pasaron sólo a una persona, un hombre mayor con traje de chef que se dirigía apresurado al área de las cocinas.

Aparentemente, toda la gente de Villachor estaba afuera o laborando en las estaciones de trabajo de la mansión.

—¿A dónde vamos? —preguntó Han, viendo hacia los tragaluces mientras caminaban por el pasillo hacia el ala noreste.

—Escuchaste a Su Excelencia —gruñó Tawb.

—Sí, a un clóset en el cuarto de los guardias. —Han vio de reojo a Manning—. Me imagino que no podrías darme un cigarro para pasar el tiempo.

Manning hizo un ruido con la nariz.

—Claro, cómo no.

—No, de verdad —insistió Han—. De verdad necesito uno y sé que tú fumas, lo huelo. Anda, ayúdame, lo necesito.

—¿De verdad necesitas un cigarro? —Soltó el brazo de Han y dio un paso hacia adelante para estar junto a él; sacó un cigarro largo y delgado de su bolsillo—. ¿Como este?

—Cuidado —advirtió Tawb—. A Qazadi no le va a gustar si se mete humo en sus habitaciones.

—No lo haré —le aseguró Manning. Prendió el cigarro y sacó el humo—. ¿Fumar así? —preguntó a Han, sacando otra nube.

—Sí, así —dijo Han, luchando contra el agarre de Tawb mientras intentaba acercarse a los espirales de humo, esperando ocultar el hecho de que en realidad le disgustaba fumar—. Vamos, déjame al menos olerlo.

—Porque estaría en problemas de verdad si te doy lo que sea —continuó Manning, caminando hacia atrás mientras inhalaba más humo y lo exhalaba en dirección a Han, permaneciendo lo suficientemente lejos para que Han sólo sintiera un ligero vapor antes de que se desvaneciera—. Sobre todo un cigarro, sobre todo en la *suite* de Qazadi.

—Vamos —imploró Han. Casi podía sentir que los vellos de la nariz se le erizaban al inhalar el humo y sus pulmones estaban al borde de un violento ataque de tos. Pero tenía que hacer que pareciera real para que Manning le siguiera el juego.

—Suficiente —dijo Tawb irritado—. Vamos, ya estamos muy cerca.

—Relájate —lo tranquilizó Manning. Le dio una última fumada y después puso una tapa en el cigarro para extinguirlo.

—Guardo el resto para después —dijo y lo guardó en su bolsillo.

—Disfruta los recuerdos. —Se detuvo ante una puerta abierta y señaló hacia adentro—. Aquí dentro.

—Claro —dijo Han.

Winter y Rachele estarían en la *suite*, vigilando de cerca la mansión y el terreno, y un extraño patrón de bocanadas de humo sería justo lo que una de ellas notaría, y de ser así, podrían llegar a la conclusión de que Han les estaba indicando en qué parte de la mansión estaba.

No era muy probable, pero a veces ese tipo de cosas daban resultado.

El cuarto al que lo llevaron era sorprendentemente grande, equipado con una pequeña mesa y cuatro sillas, un par de lámparas de piso y seis camas repartidas por todas partes. Sin duda parecían cuartos de guardias, amuebladas para hombres o falleen que no usarían mucho el lugar, salvo para dormir.

Manning lo dirigió hacia una puerta amplia en la pared de al lado que tenía un teclado grande junto. Puso un código fácil (uno, dos, tres) y la puerta se abrió para revelar un amplio clóset. Tawb metió a Han de un empujón.

—Tienes que estar bromeando —protestó Han al recuperar el equilibrio y echar una mirada.

No había ropa ni cajas; el clóset estaba completamente vacío, excepto por un par de tubos para colgar ropa, algunos estantes movibles y una docena de perchas.

—¿Qué tal si de perdida me dan una de esas sillas?

—¿Qué tal si no? —dijo Tawb, echándole una mirada él también antes de retroceder.

—Disfruta tu estadía. Regresaremos cuando el Maestro Villachor te busque.

—Más bien cuando lo haga el Maestro Qazadi —dijo Han cuando cerraban la puerta—. Él parece ser quien decide todo.

No hubo comentario de ninguno de los hombres. Tampoco esperaba uno.

El clóset estaba totalmente oscuro, pero Han había visto un interruptor cerca de la puerta al entrar. Lo tocó y unas suaves luces se encendieron en las esquinas.

Han estuvo los siguientes minutos viendo el lugar, esperando encontrar algo útil que se le hubiera pasado. Pero no había nada. Las perchas eran elegantes, de madera pulida con agarraderas de cromo, tal vez útiles para golpear, pero nada que sirviera contra una pesada puerta de madera.

Los estantes y los tubos de la ropa eran de la misma madera pulida; tampoco ofrecían mucho como material de escape. Las paredes y el suelo también eran de madera dura, un tipo diferente al de las estanterías, pero igual de sólida. El techo…

El techo.

Han levantó la vista. El techo parecía estar hecho de algún tipo de cerámica. Pero cuando Rachele habló de la bóveda, había mencionado una brecha entre el techo y el suelo. Si el mismo diseño estuviera en juego aquí, ese techo no debería soportar ningún peso y podría no ser tan grueso.

Y si el espacio entre los pisos era lo suficientemente grande para que él cupiera… Tardó un par de minutos en bajar los estantes y colocarlos contra las paredes laterales, inclinados desde el suelo hasta el techo en direcciones opuestas para crear una especie de andamio improvisado. Escogió la que parecía la más robusta de las perchas de madera, subió a los estantes y dio al techo un golpe experimental.

No pasó nada. Golpeó un poco más fuerte, y luego un poco más, preguntándose si el ruido iba a llamar la atención indeseada. Pero nadie se apresuró a entrar. Lo siguió haciendo hasta que, finalmente, con un golpe medio duro, la percha atravesó la cerámica.

Había tenido razón: el material no era muy grueso. Desde la tela de araña de las grietas que irradiaban hacia fuera desde el punto de impacto, rompió lo suficiente para hacer un hueco de veinte centímetros. Subió el resto del camino hasta su andamio y con cuidado metió la cabeza.

Sin duda había una brecha entre los pisos. Por desgracia, no tenía más de veinte o treinta centímetros de profundidad, con un marco más estrecho por encima de la puerta del armario. Bink podría haber sido capaz de pasar, especialmente con el equipo adecuado para escalar, pero no había manera de que Han lo hiciera.

Pero si lograra arrancar lo suficiente del techo, podría ser capaz de usar uno de los tubos de ropa para alcanzar el teclado y abrir la puerta. El código de uno-dos-tres que Manning había insertado era probablemente un ajuste por defecto y sería bastante fácil de duplicar.

Al bajar de nuevo, trasladó su andamio a un lugar justo frente a la puerta, y se puso a trabajar.

De todo lo que Dayja había leído en los folletos para visitantes, el Homenaje al Fuego Moviente era el clímax del festival, el día en que las diversas sedes alrededor del planeta se esforzaban más para superarse. Algún día, decidió Dayja, tendría que tomarse el tiempo para venir aquí y verlo.

Pero hoy no era ese día. Hoy sólo tenía ojos para la multitud que vagaba por los terrenos de Marblewood. Sabía que había once personas en el equipo de Eanjer. Mirando desde su balcón nueve días antes, los había visto en la sala de juntas de su *suite*. Y aunque había visto a una de las mujeres sólo por detrás, había tenido una visión clara de todos los rostros de los demás. Hoy, en este momento, era su última y mejor oportunidad para irrumpir en la mansión de Villachor y entrar a su bóveda. Deberían estar aquí, listos para jugar sus partes en cualquier plan que Eanjer hubiera tramado.

Ya había visto a tres de ellos. Dos de ellos, el varón humano más joven del equipo y el balosar que evitaba hacer contacto visual parecían tener la misma tarea: dar un paseo y subrepticiamente sujetar algo debajo de los vestidos con motivos de llamas de los diversos droides de servicio y mantenimiento. Los pernos de contención, supuso Dayja, o posiblemente pequeñas cargas de detonita. El tercer miembro del equipo, una joven de cabello negro, con un vestido rojo largo y vibrante, se había unido a Sheqoa, el jefe de seguridad de Marblewood. Ella, obviamente, se estaba preparando para ser la distracción.

Entonces, ¿dónde rayos estaban los otros tres?

A su izquierda, un súbito géiser de llama azul-amarilla estalló hacia el cielo, enviando una ola de calor a través de la multitud reunida. Dayja le echó a la fuente una mirada

distraída, luego cambió de dirección y se dirigió hacia los pabellones de bebidas. El sol estaba a punto de bajar, con la oscuridad total y el espectáculo culminante de fuegos artificiales quizá a una hora y media de distancia. Decidió que daría a Eanjer esa primera hora para hacer su jugada. Después de eso, si todavía no sucedía nada, iría a buscar a Villachor y trataría de recoger los hilos de su plan original de penetración.

Mientras tanto, los pabellones de comida y bebida de Marblewood estaban todavía impresionantemente abastecidos. Podría aprovecharse de eso.

El techo de la habitación justo afuera de la puerta era tan fácil de romper como el techo del armario, aunque Han se estremeció con cada ruptura y ruido que hacía la cerámica a medida que las piezas se soltaban. Podía ver que la puerta de la habitación estaba parcialmente abierta, y se sintió ligeramente sorprendido de que nadie había notado el ruido que estaba haciendo. Sin embargo, como ya se había dado cuenta, la mayor parte de la gente de Villachor estaba ocupada en otro lugar. Eso, además del ruido de la multitud y el espectáculo de afuera, era aparentemente suficiente para encubrir sus actividades.

El primer obstáculo vino cuando se dio cuenta de que los postes de ropa eran demasiado largos para maniobrar a través de los agujeros, hacia el hueco entre los pisos y por abajo a través del agujero de la puerta. También obstinadamente se negaron a romperse, incluso cuando inclinó uno de ellos contra la pared y saltó sobre él.

Pero aún quedaban las perchas elegantes. Enganchándolas, fue capaz de hacer una cadena flexible lo suficientemente larga para atravesar la abertura y golpear contra el teclado.

No es que fuera fácil. Requirió una gran cantidad de intentos y más paciencia de la que Han pensó que tenía. Pero, al final, abrió la puerta.

Afortunadamente, la habitación principal estaba todavía vacía. Con una de las perchas listas como un palo, una pequeña parte de su mente reconoció lo ridículo que sería esa arma contra cuchillos, látigos neurónicos y blásters. Cruzó la habitación y echó un vistazo hacia afuera.

Y se encontró bien y verdaderamente bloqueado. A quince metros por el pasillo, de pie en lados opuestos de una de las puertas, estaban los dos guardaespaldas falleen que había visto antes.

Evidentemente, Qazadi era la única persona en Ciudad Iltarr que no estaba afuera viendo los fuegos artificiales de Villachor.

Maldiciendo, se alejó de la puerta. De acuerdo, entonces estaba atrapado aquí. Pero eso no duraría para siempre. Tan pronto como Lando apareciera con su cryodex falso, Qazadi seguramente bajaría a echar un vistazo. A donde Qazadi se movía, los guardaespaldas irían.

Y con el resto de la gente de Villachor fuera y alrededor, una vez que los falleen se fueran, Han básicamente estaría libre en la mansión. Suponiendo que Lando efectivamente trajera el cryodex.

«Métetelo en la cabeza, Solo. Hemos sido amigos en el pasado, así que no voy a hacer lo que tanto te mereces: volarte la cabeza. Pero no vuelvas a acercarte nunca más», las palabras enojadas de Lando susurraron a través de su memoria.

Lando le había dicho antes que ya se había enfriado desde aquel discurso, que había comprendido a regañadientes que Han no lo había molestado a propósito. Teniendo en cuenta su larga historia, Han había aceptado el alto al fuego como genuino.

Pero ¿y si no lo era? ¿Qué pasaría si la no-disculpa hubiera sido simplemente las palabras que Lando pensó que tenía que decir para conseguir una oportunidad con los 163 millones de créditos de Eanjer?

En ese caso, todo lo que Lando tenía que hacer era seguir el plan original, ayudar a los otros a atacar la caja fuerte de Marblewood, y dejar a Han a lo que Qazadi decidiera hacer con él. Limpio y ordenado, sin necesidad de que Lando se ensuciara las manos.

Y garantizaría que nunca tendría que preocuparse de que Han se acercara de nuevo a él. Han respiró hondo. No, Lando no le haría eso. No de esa manera. Definitivamente no con Chewie cerca.

Sólo tenía que esperar. Eso era todo. Nada más esperar.

Retrocediendo por la habitación a una de las camas, se sentó en el suelo detrás, lo suficientemente pendiente como para poner la mirada justo encima del colchón, donde podía ver el pasillo, pero no sería visible a menos que quien pasara viera con cuidado. Lando y los demás pensarían en algo. Sólo necesitaba estar listo cuando lo hicieran.

Cuidadosamente, Lando colocó su cryodex falso en su caja y la selló.

—¿Todo el mundo está listo? —preguntó, mirando alrededor de la habitación.

Un coro de afirmaciones recorrió el grupo. Sin duda, parecían listos, decidió Lando. Incluso con un sombrero café de ala ancha que oscurecía la mitad de su rostro y la tensión de lo que estaba por venir, Tavia estaba impresionante en su conservador vestido café. Rachele había trasladado su computadora a la ventana, dispuesta a proporcionar cualquier apoyo que necesitaran, ya fuera buscando datos o en el trabajo visual de alto cielo. Winter y Dozer estaban vestidos con trajes que no atraerían una segunda mirada en la calle, pero que habían sido diseñados para permitir la facilidad de correr, esquivar o disparar. Chewbacca, como siempre, sólo parecía impaciente para ponerse en marcha.

—De acuerdo —dijo Lando, ajustando cuidadosamente el borde de la indescriptible chamarra de seda que Zerba había hecho para él—. Hagámoslo.

—¡Esperen! —gritó Eanjer desde el pasillo.

Lando se volvió, preguntándose irritado qué quería ese hombre ahora. Se quedó con la boca abierta. Eanjer se había puesto una larga chaqueta de color azul oscuro, con el

cuello hacia arriba, ocultando gran parte del medisello que cubría la mitad derecha de su rostro. Tapando dramáticamente la otra parte de su cabeza, traía una boina ancha color vino con plumas a los lados que caían abajo ocultando casi todo lo demás.

—¿Para qué estás vestido? —preguntó Lando.

—Voy contigo —dijo Eanjer, con voz firme—. Es mi culpa que Han esté metido en este lío. No voy a quedarme aquí sentado sin hacer nada.

—¿Y si la gente de Villachor te reconoce? —preguntó Tavia.

—No lo harán —le aseguró Eanjer.

—¿Y si sí? —insistió Tavia.

El único ojo de Eanjer pareció algo que hubiera sido cortado del cuarzo mientras volteaba lentamente hacia ella.

—Entonces, tú y Bink tendrán que distraer un poco más, ¿no?

Chewbacca gruñó e hizo un gesto con impaciencia hacia la puerta.

—Sí, y no tenemos de sobra —dijo Lando, a regañadientes.

No quería que Eanjer estuviera allí con él. Pero a menos que lanzaran ligaduras en las muñecas de ese hombre u ordenaran a Rachele que se sentara sobre él, no había manera práctica de mantenerlo en la *suite*.

—Está bien. Pero te quedarás en segundo plano, harás lo que uno de nosotros te diga que hagas y no te desviarás del plan de ninguna manera.

—Entendido —Eanjer sonrió cínicamente—. Después de todo, si Villachor me descubre, sus 163 millones se reducen repentinamente a 800 mil. No podemos tener eso, ¿verdad?

—No importa la reducción —gruñó Lando—. Sabemos lo que estamos haciendo. Tú no. Así que mantente fuera del camino.

—Confía en mí —dijo Eanjer suavemente—. No tengo intención de morir hoy.

—Bien —dijo Lando—. Porque tampoco nosotros —suspiró profundamente—. Muy bien. Vámonos.

Hubo otra ronda de silenciosos acuerdos mientras todos se dirigían hacia la puerta.

Cuando los alcanzó, Lando sintió que un ceño arrugaba su frente. Había sido difícil distinguirlo entre el resto de las murmuraciones. Pero podría haber jurado que Winter acababa de decir…

—¿Winter? —preguntó.

—¿Sí? —dijo, mirándolo.

Lando sintió que sus labios se contraían.

—Nada —dijo, y siguió caminando.

Porque, de verdad, nadie decía ya «que la Fuerza nos acompañe». Nadie sino Rebeldes y religiosos locos. Y si Winter era de uno de los dos grupos, realmente no quería saberlo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Dozer descendió el deslizador en el área de aterrizaje del techo, a media cuadra del hotel Corona Lulina y apagó el motor y las luces.

—En posición —Winter reportó por medio de su comunicador. Ella escuchó un momento y después afirmó con la cabeza—. Muy bien. Avísanos cuándo. —Lo apagó y lo guardó—. Los otros ya se dirigen adentro —dijo a Dozer—. Lando nos hablará cuando quiera que hagamos la jugada.

Dozer asintió, mientras miraba a través de la oscuridad que se juntaba en la entrada del garaje de deslizadores del Corona Lulina.

—Genial —susurró.

—¿Estás listo para esto?

Dozer apretó la quijada. No, claro que no estaba listo para esto. Y si Winter tuviera un dedo de frente, ella tampoco estaría lista.

Porque eso de ahí dentro era un falleen. Un falleen. Más que eso, un falleen que ya en alguna ocasión había provocado que Dozer dijera cosas que no quería decir. Y lo había hecho tan sólo con sonreír, pidiendo de buen modo y llenándole los pulmones con veneno bioquímico.

Dozer siempre se había enorgullecido de estar en control. Siempre. Aun cuando trabajaba para otra persona, poseía algo de libertad que nunca entregaría. *Él* era el que decidía o no obedecer órdenes peligrosas o cuestionables. Él era quien decidía cómo y cuándo cerrar el trato que se necesitaba cerrar. Él era quien sabía cuándo tenía que continuar o cuándo tenía que salirse.

Con los falleen ya no tenía esas libertades. Los falleen podrían quitárselas todas.

Vio de reojo a Winter. Miraba hacia la entrada del garaje, pero él sabía que podía sentir sus ojos sobre ella.

No se veía miedo en su cara. Pura calma y determinación.

Dozer sintió que se le torcía la boca. Apenas tenía la mitad de años y de estatura que él. Pero hasta ella debía de ser lo suficientemente inteligente para preocuparse por las posibilidades de enfrentarse a un oficial del Sol Negro y a sus guardias.

Tal vez *sí* estaba nerviosa. Tal vez simplemente no lo demostraba. O simplemente no le importaba. Tal vez lo único que le importaba era terminar con el trabajo.

Dozer estaría mal si dejaba que una chica a medio cocer le enseñara.

Es más, pensándolo bien, todos ellos habían estado ignorándolo desde el día en que todo esto empezó. Lo habían convocado como hombre delantero, y luego se presentó Calrissian y le dieron su trabajo. Él esperaba robar deslizadores, pero Eanjer fue y rentó las cosas. Aparte del Z-95 y de ese otro trabajo que Han le pidió que hiciera, básicamente

no había hecho nada para ganarse su parte del premio, excepto repartir los sobornos que todos sabían que los hombres de Villachor ni siquiera aceptarían.

Bueno, eso iba a cambiar. Él, Dozer Creed, iba a hacer que los 163 millones de Eanjer parecieran cambio suelto. Y cuando lo hiciera, los otros lo tratarían con más respeto. *Mucho* más respeto.

—Claro —le gruñó a Winter—. Estoy listo.

Para su propia sorpresa, se dio cuenta de que realmente lo estaba.

Un rizo sibilante de llama pasó directamente por encima de ellos como una serpiente llameante. Lando se agachó por instinto, aunque la lumbre estaba contenida por un campo repulsor y dos metros arriba de su cabeza. Chewbacca, quien estaba aún más cerca de la flama, ni siquiera se inmutó.

Pero claro, Chewbacca estaba seriamente concentrado en ese momento. Como ya lo había visto de ese humor antes, Lando se alegraba de que la atención del wookiee no estuviera en él.

La lumbre sopló al pasar y Chewbacca retumbó.

—Aquí está —dijo Lando.

—¿Dónde? —preguntó Eanjer.

—Ahí, por la estación de seguridad al extremo sur del pabellón de juego de niños — le dijo Lando.

Eanjer gruñó.

—Me sorprende que estuviera dispuesto a vernos en terreno abierto.

—No le estaba ofreciendo opciones —dijo Lando en tono grave—. Dudo que esté muy contento al respecto.

—No siempre tenemos lo que queremos —dijo Eanjer filosóficamente—. ¿Está Qazadi con él?

Chewbacca farfulló otra vez.

—No hay señal de ningún falleen —reportó Lando—. Muy bien. Diez pasos más y será tiempo de que tú y Chewie se separen y vayan a buscar a Bink.

—Aguarda un minuto —objetó Eanjer, frunciendo el ceño con su ojo bueno—. Creí que yo iba a ir *contigo*.

—No sé de dónde sacaste esa idea —dijo Lando—. Tú irás con Chewie.

—Pero…

—Y si nos das a cualquiera de nosotros quejas al respecto, él te pondrá sobre su hombros y te cargará fuera de aquí como a un niño haciendo berrinche —le advirtió Lando—. ¿Está claro?

Eanjer echó una mirada hacia arriba a Chewbacca.

—Entendido —dijo, renuente.

—Viniste a sacar a Han —le recordó Lando—. Ese es el trabajo de Chewie y sé que necesita tu ayuda.

Chewbacca gorgoriteó su opinión sobre eso.

Por única vez, Lando decidió que sería mejor no traducir.

—Yo sólo entrego un paquete y luego me voy —prefirió decir.

Que tampoco era del todo cierto. Aunque Eanjer no tenía por qué preocuparse con los detalles.

Chewbacca gruñó una advertencia.

—Hora de irse —dijo Lando, subrayando su orden con un empujón firme al hombro de Eanjer—. Buena suerte.

Con gesto brusco, Eanjer se desvió hacia la muchedumbre, Chewbacca lo seguía a zancadas. Lando esperó hasta que el wookiee era tan sólo una cabeza sobre la multitud, luego sacó su comunicador.

—¿Rachele?

—Parece que hay un total de ocho guardaespaldas en la muchedumbre —reportó—. Pero hay por lo menos cuatro tipos de seguridad rezagados en un anillo veinte metros fuera del grupo principal. Podría haber más que no he visto.

Lando asintió. Había esperado que Villachor llegara fuertemente preparado y tuvo razón.

—¿Qazadi?

—No hay señales de él. Villachor estará planeando llevarte dentro para esa parte de la junta.

—Estoy seguro de que es así —dijo Lando con amargura. Entrar a la mansión fue lo que hizo que encerraran a Han, y Lando no tenía intenciones de ofrecer a Villachor una promoción especial de dos por uno, en especial con lo que traía puesto debajo de su traje desprendible—. ¿Pudo Tavia entrar sin problema?

—Entró y está por el géiser del fuego principal —dijo Rachele—. Espera. Sí, ya vio a Chewbacca. Está yendo hacia el sureste. Okey, al este. Ya veo a Bink, saliendo del pabellón de bebidas con Sheqoa. Chewie y Tavia están yendo a interceptarlos.

—Bien —dijo Lando. Pensó brevemente en que Rachele le hiciera una llamada rápida para recordarle sobre los tiempos modificados; luego decidió en contra. Ella y Chewbacca sabían lo que estaban haciendo, y Bink ya sabía que tenía que esperar su pista. Mientras no se arriesgaran, el tiempo debía estar bien.

—Voy a entrar —dijo—. ¿Cómo se ve el extremo norte del pabellón de los niños?

—Despejado, hasta donde puedo ver —dijo Rachele—. Pero no puedo ver desde aquí a toda la gente de Villachor. Ten cuidado.

—Lo haré —dijo Lando—. No lo olvides, lo más probable es que Villachor no haya repartido mi cara a todo el mundo, ni siquiera a toda su fuerza de seguridad.

—Eso es lo que *tú* calculas —dijo Rachele—. Yo no estoy tan segura.

—Estaré bien —dijo Lando—. Tengo esos cargadores de bocinas del paquete de Kell. Si pasa lo peor, puedo empezar a aventarlos y tratar de escaparme en la confusión.

—Sólo no hagas mucha confusión. —Rachele le recordó—. Lo último que queremos es que cunda el pánico.

—Lo sé —dijo Lando—. Me reportaré otra vez después de hacer la entrega.

El pabellón de niños fue fácil de identificar, lleno de equipo de juego muy colorido y reventando de gritos y risas. Lando se aproximó por el extremo norte con precaución, pero no vio a ningún hombre alrededor. A través del laberinto de escaladoras y estructuras de juegos pudo vislumbrar a Villachor y su grupo de guardias, que lo esperaban en el extremo sur, donde él le había pedido que esperara.

Villachor no iba a estar contento de que lo dejaran plantado de esta manera. Pero la gente no siempre conseguía lo que quería.

Mientras caminaba por el pabellón, dejó caer como si nada el maletín dentro del pilar de la esquina noroccidental.

Caminó durante otro minuto, zigzagueando entre la muchedumbre; en un momento se metió en una línea doble mientras se movían de un lado a otro entre una fuente de fuego y el pabellón de bebidas. Sólo en ese momento sacó su comunicador y marcó el número de Villachor.

El otro hombre contestó rápidamente.

—Villachor.

—Kwerve —Lando se identificó—. El paquete te está esperando en la esquina noreste del pabellón de niños.

Hubo una breve pausa.

—Creí que tendríamos una discusión cara a cara como los caballeros civilizados que somos.

—Lo sé —afirmó Lando—. Mi jefe decidió que realmente no había nada más que tuviéramos que decirnos en este momento. Él también quiere saber cuándo puede ser liberado su otro empleado.

—Después de que revisemos el dispositivo —dijo Villachor—. Y si no está donde ustedes dicen, o si ocurre una explosión cuando lo abramos, les aseguro que su liberación será una muerte *muy* lenta.

—No habrá ninguna explosión —prometió Lando estremeciéndose. Más valía que funcionara el plan de Chewie para sacar a Han—. Mi jefe me pidió que le dijera que si alguien de su gente sale lastimada, usted será el que morirá muy lentamente.

—Estoy seguro de que se lo dijo —dijo Villachor con una calma engañosa—. Dígale que espero conocerlo algún día.

—Algún día —prometió Lando, tratando de imitar su tono de voz—. Disfrute el paquete. Estaremos ansiosos por ver pronto a nuestro amigo.

Cuando pasó, pasó todo al mismo tiempo.

Un minuto, y el pasillo afuera del cuarto de Han estaba tan muerto como una lista de amigos de un hutt. Al siguiente minuto, había un desfile ahí. Manteniéndose tan oculto como podía, vio pasar a seis humanos y tres falleen. Uno de los falleen vestía como si le fueran a dar una cita imperial, los otros y los humanos iban armados hasta los dientes.

En algún lugar allá afuera, aparentemente Lando había entregado el cryodex.

Esperó hasta que pasó la procesión y les dio otro minuto más sólo para estar seguro. Después se levantó de su postura encorvada, se dirigió silenciosamente hacia la puerta. Un vistazo en ambas direcciones le mostró que el pasillo estaba otra vez vacío. Tratando de ver en ambas direcciones al mismo tiempo, se dirigió de vuelta a la sección central de la mansión.

Él sabía que aún no había mucho que pudiera hacer. No hasta que el plan comenzara en serio. Sin armas, aliados o comunicador, todo lo que podía hacer era encontrar un lugar para esconderse un rato.

Afortunadamente, al tener tiempo de pensarlo, se le ocurrió el lugar ideal.

Sólo los cuartos importantes estaban en los planos de Rachele, pero su análisis de este montón de cuartos en el segundo piso sugería que probablemente eran una estación de seguridad. Por el momento, con la contingencia de guardianes de Marblewood estirada al máximo, daba a entender que las subestaciones más pequeñas estarían probablemente abandonadas.

La sala principal de seguridad dentro de este grupo de habitaciones, donde guardaban el equipo y las armas, estaba bajo llave. Pero la sala de descanso de al lado estaba abierta y vacía.

Lo mejor de todo era que estaba localizada convenientemente al final del pasillo de las habitaciones de los guardias y del salón de espera, la habitación justo arriba del pequeño salón de baile.

La habitación donde, si todo salía según el plan, el equipo se estaría juntando para irrumpir en la bóveda.

Había buenas probabilidades; Han sabía que nadie lo molestaría hasta que empezara afuera el entretenimiento inesperado que Kell y Zerba habían organizado. Pero sólo en caso de que alguien sí lo hiciera…

La sala resultó estar llena de golosinas y botellas de agua, jugos de fruta y bebidas de caf. Al encontrar una charola, Han la llevó al aparador y la llenó de botellas y de un plato de frutas. Después, posicionándose con la espalda hacia la puerta, deslizó la percha que había tomado del clóset hacia su cinturón, donde podría ser útil.

Un guardia probablemente sospecharía inmediatamente de un extraño paseando por los pasillos de la mansión, pero no debería ser tan sospechoso un simple trabajador que estuviera regresando de resurtir las botanas.

Con suerte, permanecería sin ser sospechoso el tiempo suficiente para que hiciera el primer tiro.

Echando un vistazo a las botanas y preguntándose si se vería extraño si un guardia viera a un servidor de comida comiendo en el trabajo, Han se sentó a esperar.

Dayja seguía rondando el terreno, buscando en vano al resto del equipo de Eanjer, cuando finalmente vio a uno de ellos.

No es que el descubrimiento fuera algo de lo cual estar especialmente orgulloso. Los wookiee sobrepasaban a casi todos los humanos y casi todos los otros alienígenas que había mezclados en la multitud. Tan alto, de hecho, que él y los otros de su especie corrían peligro de que algunas de las exhibiciones de fuego volador los incendiaran. Dayja vio que se dirigía al noreste caminando entre la muchedumbre con una determinación que confirmaba que no sólo estaba disfrutando el espectáculo.

Apretando los labios al sonreír, Dayja trazó un camino de interceptar-rastrear y se dirigió a ver qué estaba tramando el wookiee.

Había dado cuatro pasos cuando un objeto pinchó sus costillas obligándolo a frenarse de inmediato.

—Vaya, vaya —una voz murmuró a su oído—. Ya era hora de que mostraras tu cara.

Dayja se tragó una maldición. Con todo lo que había pasado en los últimos días, casi se le había olvidado esa voz.

—Hola, Crovendif —dijo casualmente—. ¿Disfrutando el espectáculo?

—Ya lo estoy disfrutando más —gruñó Crovendif—. El Maestro Villachor me ha estado presionando; quiere más de ese brillestim que me obligaste a aceptar. Excepto que tú nunca volviste a aparecer por ningún lado.

—He estado muy ocupado —dijo Dayja, mirando casualmente sobre su hombro. Si pudiera quitarse de la mira de Crovendif, debería poder derribarlo sin que la multitud se diera cuenta.

Desafortunadamente, la falta de percepción probablemente no se extendería a los dos hombres de seguridad de Marblewood que lo veían a unos cuantos metros.

Él había juzgado a Crovendif como muy estúpido o descuidado para asegurar refuerzos antes de confrontarse a un sospechoso potencialmente peligroso. Claramente lo había subestimado.

—Confío en que al Maestro Villachor le pareció interesante la muestra.

—No lo sé —dijo Crovendif—. ¿Qué te parece si le preguntamos? —Presionó el bláster aún más fuerte contra su costado—. Ahora.

Villachor había mirado furiosamente el pabellón de los niños durante casi dos minutos, planeando con exquisito detalle exactamente lo que haría con su prisionero si Kwerve estaba mintiendo, cuando finalmente llegó la confirmación.

—Lo tienen —anunció Manning en voz baja, inclinándose un poco más hacia su broche del comunicador—. El mismo maletín que trajo antes.

El mismo maletín. ¿Eso también significaba la misma trampa?

—¿Lo abrieron?

—No, señor —dijo Manning—. Lo llevan al salón de guardia.

Ahí, Dempsey y su equipo de exploración de bombas ya estaban instalados.

—Bien.

Villachor miró a su alrededor, esperando ver a Kwerve observándolo desde la orilla de la multitud. Pero el hombre no se veía en ninguna parte.

—Regresen dentro —ordenó—. Alerta a Su Excelencia de que tendremos el cryodex en el vestíbulo del suroeste dentro de unos minutos.

—Él ya está allí —dijo Manning, incómodo—. Bromley dice que se ve impaciente.

Villachor tragó una maldición. Por supuesto, Qazadi estaba impaciente. Quería a alguien muerto.

Pero al menos ese alguien no sería Villachor. No una vez que demostrara que Kwerve realmente le había mostrado un cryodex.

Aunque todavía le inquietaba que Kwerve lo hubiera entregado tan fácilmente. ¿Su prisionero era tan valioso para su jefe? ¿O había algo más por debajo de la superficie?

—¿Quiere que lo persigamos, señor? —preguntó Tawb—. ¿O enviaremos una alerta completa? Tenemos la descripción de Kwerve.

—Pero no su rostro —gruñó Villachor.

Tawb se estremeció.

—No, señor.

Villachor miró hacia el cielo por encima de él. Malditos droides de cámara inútiles, y los técnicos aún no habían descubierto por qué no podían tomar fotografías decentes.

—Olvídalo —decidió. Sus dos guardaespaldas y Sheqoa eran los únicos que realmente habían visto al hombre y ahora mismo necesitaba que los tres se quedaran exactamente donde estaban—. No hay ningún daño serio que pueda hacer aquí. No ahora. —Señaló a los otros hombres de seguridad—. El resto de ustedes, regresen a sus áreas de patrulla —dijo, alzando su voz sobre el ruido de la multitud—. Y mantengan los ojos abiertos.

Alguien más, incluso otro señor del crimen, podría haber expresado su impaciencia caminando de un lado a otro del vestíbulo. Pero los vigos no paseaban. Al menos este no. Qazadi estaba completamente inmóvil mientras Villachor y sus dos guardaespaldas entraban por la puerta; sus ojos fríos atravesaban a Villachor.

—El cryodex está en nuestras manos, Excelencia —anunció Villachor—. Ahora mismo se está comprobando si hay trampas.

—¿Y el tal Maestro Kwerve? —preguntó Qazadi.

—Se saltó la reunión y dejó el maletín en un lugar diferente —dijo Villachor—. Probablemente ya dejó la propiedad.

—¿Sin su compañero? —Un esbozo de una sonrisa helada se dibujó en los labios de Qazadi—. Yo no lo creo. Alerta a tus guardias para vigilar las puertas cuidadosamente. Tarde o temprano intentará entrar en la mansión.

—Los guardias ya están en alerta —dijo Villachor, tratando de no fruncir el ceño. No necesitaba un vigo para decirle cómo manejar su propio territorio—. Las puertas están bastante seguras.

—Bien —dijo Qazadi—. Deseo ver este supuesto cryodex. ¿Cuánto tardará la revisión? —Al otro lado del vestíbulo, la puerta del cuarto de guardia se abrió y Dempsey emergió, su paso era una ominosa mezcla de urgencia y reticencia. Sostenía el cryodex frente a él con ambas manos como si fuera una obra de arte invaluable.

—Diría que la revisión acaba de terminar —dijo Villachor, haciendo señas a Dempsey—. Tráiganlo aquí —llamó—. ¿Supongo que no había explosivos? —Los ojos de Dempsey se dirigieron a Qazadi. Pero en lugar de contestar, simplemente caminó más rápido.

Villachor sintió un revuelo de ira. No estaba acostumbrado a que ignoraran sus preguntas.

—Le pregunté si había explosivos —repitió con dureza.

—No hay explosivos, Maestro Villachor —dijo Dempsey mientras se detenía a pocos metros del grupo. Parecía estar esforzándose para no mirar a Qazadi—. Pero sí había una trampa: una bombona de gas presurizada instalada para explotar en un patrón de nube cuando se abriera la caja.

Así que Kwerve sí había tenido un último truco letal en la manga. Él y su gente pagarían caro por eso.

—¿Qué tipo de gas?

—Tendré que llevarme la lata a mi laboratorio para realizar un análisis químico adecuado —dijo Dempsey—. Pero el rótulo… —Su lengua pasó por su labio superior—. El rótulo decía que era fieljine blanco.

Un siseo violento estalló desde algún lugar en el grupo de Qazadi, un sonido diferente a cualquier cosa que Villachor hubiera escuchado antes. Se sacudió en reacción, girándose para mirar. Había pensado que había visto a Qazadi enojado antes. Se había equivocado. Así se veía un falleen enojado.

—¿Su Excelencia? —preguntó con cautela.

—Encontrarás a este Kwerve humano y me lo traerás —dijo Qazadi con una voz que provocó escalofríos en el cuerpo de Villachor—. Después encontrarás a todos los de su organización y me los traerás también.

—Comprendo, Excelencia —dijo Villachor, deseando que fuera cierto. Se volvió hacia Dempsey—. Por la galaxia, ¿qué es fieljine blanco?

—Es un veneno —dijo Dempsey, temblando visiblemente ahora—, que sólo mata a los falleen.

Villachor lo miró fijamente, sintiendo que la sangre se le escurría de la cara. En un solo latido de corazón esto había ido de la rivalidad del negocio a algo amargamente personal.

Kwerve estaba muerto, eso sin duda. Lo mismo que todos los miembros de su organización y probablemente todos los que su organización había tratado.

Y a menos que Villachor clavara al hijo de sith, y rápido, muy probablemente se uniría a ellos.

—Ya veo —se las arregló para decir—. Bueno…

Se interrumpió de nuevo cuando la puerta detrás de él se abrió repentinamente. Giró, medio esperando ver a Kwerve y un equipo de asalto fuertemente armado entrando para rescatar a su camarada.

Pero sólo eran dos de su equipo de seguridad, Becker y Tarrish, de pie en la puerta, con un hombre desconocido que llevaba amarras de campo presionado entre ellos.

—¿Qué? —gruñó.

—Alguien afuera llamado Crovendif nos dijo que se lo trajéramos, señor —dijo Becker; su actitud profesional flaqueaba al notar la tensión que emanaba del vestíbulo—. Dijo que es el hombre que le dio la muestra de brillestim hace unos días.

Villachor sintió un poco de alivio. Finalmente, algunas buenas noticias y el momento no podría haber sido mejor.

—Preguntó usted por la organización de Kwerve, Excelencia —dijo, indicándoles que pasaran—. Aquí está el primero.

—¿Sí? —dijo Qazadi, mirando al recién llegado. Villachor notó, inquieto, que su breve estallido de ira había terminado, aparentemente. Sabía que en los falleen esto podía ser una mala señal o una muy mala señal—. Tráiganmelo a mí. —Qazadi le hizo señas a Dempsey—. *También* el cryodex.

Villachor asintió con la cabeza, confirmando la orden. Becker y Tarrish llevaron a su prisionero a Qazadi, deteniéndose a pocos metros de distancia, mientras dos de los guardaespaldas del falleen los interceptaban y, en silencio, pero firmemente, tomaban al hombre bajo su propia custodia. Al mismo tiempo, Dempsey se acercó cautelosamente al grupo y también entregó el cryodex a uno de los falleen de Qazadi, quien a su vez se lo dio.

—Como puede ver, Excelencia, es un cryodex —dijo Villachor, observando cómo Qazadi estudiaba el instrumento—. Y como también le dije, mi única intención era descubrirlo a él y a su organización.

—¿Qué es esto? —Qazadi gruñó; su rabia había regresado repentinamente—. ¿De dónde sacaste esto? —Le dirigió al preso una mirada filosa—. ¿De dónde sacaste esto? —exigió.

—No lo sé —protestó el prisionero, alejándose de la furia del falleen—. Quienquiera que sea esta gente, no estoy con ellos…

De repente, Qazadi dio un largo paso hacia adelante y le dio una fuerte bofetada en el rostro. Se tambaleó hacia atrás, sólo las manos de los guardias le impidieron caer sobre el suelo de piedra.

—Su Excelencia, ¿qué ocurre? —preguntó Villachor con cuidado. Qazadi volvió sus ojos viciosos hacia él—. Esto no es un cryodex cualquiera —dijo—. Este es de Aziel. *¡Aziel!*.

—¿Es de *Aziel*? —repitió Villachor, completamente confundido ahora—. ¿Tiene uno propio?

Y llegó a una repentina y horrible conclusión. Aziel no tenía los códigos llave para el cryodex que Qazadi mantenía en su *suite*, como le había dicho Qazadi. Él nunca los tuvo. Más bien, Aziel era el guardián del cryodex en sí.

Pero si este era el cryodex de Aziel, entonces la oferta de Kwerve para copiar los archivos del chantaje…

Contuvo el aliento. Era imposible. Era totalmente imposible que un ayudante de un vigo del Sol Negro siquiera *pensara* en la traición.

Y, sin embargo, ahí estaba, entregado a ellos mismos por Kwerve. El cryodex de Aziel.

O algo que *parecía* el cryodex de Aziel.

—Tiene que ser una copia —dijo, rompiendo el silencio tenso—. Uno falso.

—¿Cómo? —preguntó Qazadi—. Hay marcas en el reverso que sólo tiene su cryodex. Marcas que nadie más vería. Ciertamente que nadie más notaría. ¿Por qué habrían de incluirse?

—No lo sé —dijo Villachor—. Pero tiene que ser un truco. Porque si es realmente el cryodex de Lord Aziel… —Se interrumpió a sí mismo, dándose cuenta de que no se atrevía a decirlo.

Qazadi no tenía tales compunciones.

—Entonces Aziel es un traidor —dijo en voz baja—. Y entonces, tal vez, usted también.

—No —dijo Villachor rápidamente. Tal vez demasiado rápido—. Si estuviera planeando algo con Lord Aziel, él y yo no tendríamos que pasar por toda esta complicación. Podría haberle dado los archivos hace mucho tiempo.

—Quizá lo hizo —dijo Qazadi—. Quizá esto no es más que su método preferido para atraer mi interés hacia este asunto y luego arreglar mi muerte. —Levantó ligeramente el cryodex—. Ciertamente, una vez que estuviera muerto, sería improbable que la verdadera propiedad de este dispositivo pudiera probarse.

Villachor sintió que su estómago se hacía nudo. Todo era una locura total.

Pero un vigo del Sol Negro no necesitaba pruebas a nivel de audiencias para tomar decisiones y emitir juicios. Podía hacerlo por sus propias sospechas.

—Pero no creo que el veneno sea su estilo —continuó Qazadi—. Si no usted, tal vez uno de sus hombres está confabulado con el traidor.

El primer impulso de Villachor fue negarlo. Sus hombres eran leales, verificados por el propio Sheqoa.

Su segundo impulso fue mantener la boca firmemente cerrada. Si la amenaza de muerte de Qazadi apuntaba a otra persona, no lo señalaría a él.

Qazadi también lo sabía.

—Veo que no niegas la posibilidad —comentó.

—Lamentablemente, todo es posible, Excelencia —dijo Villachor, escogiendo cuidadosamente sus palabras—. Ayer, yo habría dicho que todos mis hombres eran incuestionablemente leales al Sol Negro. Ahora… —Sacudió la cabeza.

—Sí —dijo Qazadi; la palabra salió como un silbido de serpiente—. ¿Has quitado todos los guardias humanos de la bóveda, como ordené?

—Sí, Excelencia —confirmó Villachor. En ese momento, pensó que la orden era peligrosamente estúpida. Ahora estaba muy contento de haberlo obedecido—. Y revisé la bóveda después de que se fueron. Las tarjetas de datos estaban todavía en su lugar. —Asintió con la cabeza al prisionero, que se había vuelto a poner de pie y estaba temblando entre sus guardias—. ¿Qué quiere que haga con él?

—Yo me encargaré de él —dijo Qazadi, mirando al hombre con frialdad—. ¿Dices que no estás con esa gente, humano?

—Nunca he oído hablar de este tal Kwerve —dijo el hombre, con la voz tensa, la respiración superficial y rápida—. Ni de este tal Aziel, o un cryodex, o cualquiera de lo demás. Sólo tengo una buena fuente de brillestim y estoy buscando a alguien que lo distribuya para mí. Incluso traje otra muestra, él la tiene ahí mismo. —Comenzó a levantar una mano para señalar a Becker.

Y soltó un suspiro adolorido cuando el guardia de Qazadi dobló su brazo.

—No estoy con ellos —gimió el prisionero—. Lo juro.

Qazadi lo miró un momento más. El hombre se retorcía bajo la mirada del falleen, tratando de evitar verlo a los ojos; parecía que estaba a punto de llorar. Villachor pensó con desdén que el hombre no era nada como el narcotraficante arrogante que describió Crovendif.

—Llévenlo a mis aposentos —dijo finalmente Qazadi—. ¿Qué llevaba consigo?

—Un comunicador, una holocámara y una ampolleta —contestó Becker—. Tal vez el brillestim. No porta armas.

—Traigan todo aquí.

Becker miró a Villachor una vez más para su aprobación, pasó al frente y entregó las cosas a uno de los hombres que detenían al prisionero.

—También lleven esas cosas a mis aposentos —ordenó Qazadi—. Espérenme ahí.

—Obedecemos, Su Excelencia —contestó uno de los guardias. Empujó al prisionero y los tres se dirigieron al elevador de servicios en la parte trasera del vestíbulo.

Qazadi los vio irse, luego volteó hacia uno de sus cuatro guardias humanos.

—Toma a otros dos y mis aerodeslizadores y posiciónense en sitios de observación alrededor del hotel Corona Lulina —ordenó—. Le exigiré al Maestro Aziel que traiga su

cryodex aquí. Si el Maestro Villachor tiene razón y este es solo una copia, él responderá a mi pedido sin vacilar o temer.

Miró a Villachor.

—Pero si el Maestro Villachor está equivocado y esto es de hecho el cryodex de Aziel, intentará huir. Por sus propias acciones será condenado.

El guardia se inclinó.

—Obedezco, Excelencia —dijo. Sacó su comunicador y salió enérgicamente del vestíbulo, dirigiéndose al garaje.

—¿Puedo ofrecer la ayuda de mis propias fuerzas de seguridad? —Villachor preguntó, vacilante.

—¿Hay alguno en quien puedas confiar con tu vida? —replicó Qazadi.

Dadas las circunstancias, Villachor supo cuál era la única respuesta correcta.

—No.

—Entonces tus hombres no pueden dar asistencia —dijo Qazadi—. Te haré saber los resultados de mis interrogaciones a su debido tiempo.

Dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras, los tres humanos y los dos falleen estaban en formación defensiva a su alrededor.

Villachor lo vio irse y empezó a sentir un vacío en el estómago. Notó que, en las casi tres semanas desde que había arribado Qazadi junto con su séquito, el falleen y sus guardias sólo caminaban en tal formación al salir de la mansión hacia campo abierto. Claramente, Qazadi ya no se sentía a salvo dentro del hogar de Villachor.

No lo podía culpar; si el cryodex era falso, ¿cómo se construyó? Si era real, ¿qué motivó a Aziel a realizar tan alocada toma de poder?

A no ser que la gente de Kwerve estuviera amenazando a otros, además de a Villachor; tal vez estaban timando a ambos bandos: a Aziel por su cryodex y a Villachor por los archivos.

O tal vez no había traición alguna; después de todo, sólo tenía la palabra de Qazadi de que el cryodex de Kwerve era idéntico al de Aziel. ¿Podría ser este un atentado por parte de Qazadi de culpar a Villachor de traición?

De ser el caso, lo más probable era que no hubiera nada que pudiera hacer al respecto. Era un jefe de sector, Qazadi era un vigo.

Aun si Aziel era un traidor o si Qazadi estaba manipulando evidencia inexistente para implicar a Villachor, era la palabra de una parte contra la otra y no había duda de a cuál de las dos le creería el Príncipe Xizor.

De repente, hacer un trato con los imperiales parecía una buena idea.

—¿Señor? —dijo Tawb.

Villachor salió repentinamente de sus pensamientos oscuros y una determinación renovada empezó a correr dentro de él. No se iría corriendo a los brazos de Lord D'Ashewl o de Darth Vader ni a los del Emperador mismo. Haría frente y pelearía por el poder y territorio que tanto había sufrido por conseguir; el poder y territorio que le correspondían. ¿Cómo pudo haber pensado en rendirse?

Entonces, se dio cuenta de por qué razón consideró perderlos y peló los dientes en una sonrisa feroz.

«*Maldito sea* Qazadi y sus feromonas falleen».

—¿Señor? —repitió Tawb, con más urgencia.

—¿Qué quieres? —gritó Villachor.

—Me están llegando informes de un alboroto afuera —contestó el guardia urgentemente.

—¿Qué clase de alboroto? —La voz de Qazadi resonó a lo largo del salón.

Villachor volteó. El falleen y sus guardias se habían detenido al pie de las escaleras y estaban volteando a ver a Villachor y a los demás.

Villachor miró a Tawb. «Maldito sea Tawb y su bocota, también».

—Ya lo oíste —gruñó—. ¿Qué clase de alboroto?

—Parece que… —Tawb frunció el ceño y se acercó más a su comunicador—. Parece que algunos droides… se están volviendo locos.

El cielo se oscurecía y Bink se preguntaba si algo había salido mal, cuando finalmente vio a Chewbacca moviéndose casualmente hacia ellos.

Suspiró de alivio. El clip del comunicador de Sheqoa había estado escupiendo nuevas órdenes o actualizaciones cada pocos minutos durante la última hora, y aunque no podía oír ninguna de ellas claramente al acurrucarse a su lado, podía notar por sus músculos faciales y tensión corporal que algo no estaba bien en el pequeño rincón del paraíso de Villachor. El hecho de que Sheqoa aparentemente estuviera ignorando las actualizaciones a favor de seguir vagando entre las multitudes y pretendiendo disfrutar de la charla de Bink confirmó que ella seguía siendo su actual asignación.

Lo cual era, por supuesto, exactamente lo que Bink quería.

Chewie se acercaba más, con su atención aparentemente en algo a un lado. Bink todavía no había visto a Tavia, pero no tenía ninguna duda de que su hermana se movía detrás de ella, exactamente como debía ser.

Casualmente, ella sacó su mano derecha del brazo izquierdo de Sheqoa, extendiéndose para apartar un mechón de pelo de sus ojos y aprovechando la oportunidad para una última inspección visual de las navajas dactilares sujetas casi invisiblemente debajo de sus uñas. Estaban listos para actuar. Por el rabillo del ojo, vio que Chewbacca se movía desde la izquierda.

Y de repente apareció completamente, inclinándose hacia un costado en su dirección, mientras miraba algo a su izquierda. Bink se apartó bruscamente de la gran muralla peluda que se abalanzaba sobre ella y lo esquivó hacia un costado adelante de Sheqoa. Giró para mirarlo mientras ella continuaba su movimiento evasivo, su mano izquierda agarraba el hombro de Sheqoa, la derecha le presionaba levemente el pecho superior mientras ella suspiraba asustada sobre el rostro de él.

Mientras continuaba hacia su otro lado, las navajas de su mano derecha cortaban hábilmente la pequeña cadena que conectaba el pendiente con la llave a la gargantilla alrededor de su cuello. La piedra acristalada del tamaño de la punta de un dedo cayó en su mano, y mientras la tocaba, continuó hacia la derecha, agarrando su brazo derecho con ambas manos.

Su mano derecha era la de su pistola, y de la cual él ya le había advertido que no se agarrara. Efectivamente, antes de que Bink pudiera plantar sus pies, el antebrazo de Sheqoa se movía reflexivamente hacia arriba y hacia atrás, esquivando las manos de ella, por lo que la aventó; Bink cayó hacia atrás sobre la masa fluida de personas detrás de ella. Se dio la vuelta y alguien la agarró. Bink vio un vestido café, un sombrero de ala ancha y la cara de Tavia. Mientras las dos giraban, luchando por ganar equilibrio contra la inercia de Bink, su mano derecha se elevó bajo el ala del sombrero de Tavia, volteándolo y apartándolo de la cabeza de su hermana. Cuando el sombrero salió al aire, la mano izquierda de Bink se deslizó a un pliegue de su falda y agarró el huevo mágico de Zerba. Ella apretó el activador.

Y en un abrir y cerrar de ojos, cuando las dos cayeron al suelo, el vestido de seda roja de Bink fue arrancado instantáneamente hacia el huevo, dejándola vestida con un duplicado del vestido café de Tavia, pues el vestido café de Tavia se desvaneció de manera similar para revelar una copia del vestido rojo de Bink.

Su movimiento giratorio al caer había hecho que Bink terminara en el suelo y Tavia encima. Tavia se alejó un instante, rodando para darle a Bink la libertad de movimiento necesaria para acostarse boca abajo y apartar su cara de la vista de Sheqoa. Terminó su maniobra, luego puso sus manos debajo de ella y se empujó temblorosamente sobre sus rodillas. Un segundo después, media docena de manos se cerraron alrededor de sus brazos, otra media docena alrededor de los de Tavia, y un momento después ambas mujeres volvieron a ponerse de pie. De pie detrás de su hermana, escuchando tensamente las señales que significarían que Sheqoa no se había dejado engañar por el truco, Bink se apartó y se adentró en la multitud, murmurando a la gente ansiosa alrededor de ella que estaba bien. Al pasar, alguien le tendió el sombrero flexible de Tavia; ella sonrió en agradecimiento y lo puso cuidadosamente sobre su cabeza.

—¿Estás bien? —dijo Sheqoa con brusquedad detrás de ella.

Bink se puso tensa.

—Estoy bien —dijo Tavia, se escuchaba sin aliento—. Lo siento mucho. No quería agarrarte así.

—Está bien —dijo Sheqoa. Su voz seguía siendo áspera, pero Bink podía oír que el gruñido venía de vergüenza, no de sospecha—. Una estúpida torpeza de un wookiee. ¿Te lastimó?

—No, no, estoy bien —dijo Tavia de nuevo—. Estaba segura de que iba a atropellarme.

—Ya estás bien —dijo Sheqoa, y Bink pudo visualizarlo tomando su brazo y tirando suave, pero firmemente, de nuevo a su lado. En algún lugar a poca distancia, audible

sobre el rugido de la multitud y el silbido de los varios chorros de chispas, llegó el sonido de la vajilla que se estrellaba.

—Uy, suena a que alguien va a tener que hacer limpieza —comentó Tavia—. Creo que hoy los wookiees no son los únicos torpes aquí.

Las palabras apenas salieron de su boca cuando dos choques más resonaron en la propiedad, cada uno procedente de una dirección diferente. Medio segundo después, un eco aún más fuerte resonó en la fachada de la mansión, acompañado por el grito de una mujer o de un niño.

—Eso no es torpeza —dijo Sheqoa—. Ven.

Por el rabillo de su ojo, Bink vio cómo Tavia y Sheqoa se dirigían con rapidez hacia el origen del estruendo más reciente, desapareciendo dentro de la multitud.

Sonrió sutilmente a sí misma mientras salía con calma del área. Y pensar que se había preocupado tanto de que algo pudiera salir mal.

El plan estaba de nuevo en pie. Chewbacca y Tavia hicieron sus trabajos y, juzgando por la cacofonía de ruidos y estruendos y gritos, era obvio que Kell y Zerba habían hecho un buen trabajo también.

Era hora de que Bink hiciera el suyo.

Los demás la esperarían en la puerta del garaje. Acelerando su paso, y preguntándose exactamente qué tanto relajo estaban haciendo los droides, se dirigió al norte.

Dayja nunca había sido golpeado por un falleen. Si la bofetada de Qazadi era un golpe típico de su especie, estaba seguro de que no quería que otro falleen lo tocara. Ese golpe singular aún resonaba en su mejilla, su cara y casi toda la parte superior de su cuerpo.

Los efectos secundarios de la bofetada no se comparaban con el mareo mental que las revelaciones recientes estaban creando en su mente.

Un cryodex. Así fue como Xizor encriptó sus archivos de chantaje. El Cuerpo de Inteligencia Imperial había logrado recolectar supuestas partes de esos archivos durante años, pero nunca se logró romper la encriptación de los mismos, o siquiera averiguar cómo se había logrado todo. De hecho, hubo varios analistas que rechazaron de manera tajante tales archivos como provenientes del Sol Negro y asumieron que en realidad eran un engaño diseñado para mantener al Cuerpo de Inteligencia corriendo en círculos.

Un cryodex explicaba todo. Si se podía con los archivos de extorsión, ¿por qué no con todo? ¿Por qué no con toda la red de información del Sol Negro?

Dayja aún no se sentía convencido; todo parecía muy intrigante pero poco probable. Existía la posibilidad de que hubiera más cryodex rondando por ahí; cualquiera de los cuales podía vencer el código invencible. Xizor era demasiado astuto como para poner todos sus engendros en la misma canasta.

Pero, aun si sólo se trataba de los archivos de extorsión, conseguir ese cryodex sería un gran logro. Sobre todo porque la mayoría de los modelos restantes formaban parte de

la nube de polvo que una vez fue Alderaan. Dayja no tenía la menor idea de cómo había podido el equipo de Eanjer conseguir el dispositivo de Aziel, pero tampoco tenía intenciones de permitir que Qazadi o alguna otra persona lo regresara a las sombras.

Siempre y cuando aquello que le dio a Qazadi fuera el verdadero cryodex.

Aún no estaba totalmente convencido; de hecho, pensaba lo mismo que Villachor. Robar el cryodex de Aziel o duplicarlo estaban dentro del mismo grado de imposibilidad. Cada vez más, todo parecía ser el juego de cartas de un gran timador. Y, hasta no saber cuál carta escondía el cryodex real, no había razón de hacer una jugada.

Excepto, claro, la primera jugada de cualquier juego futuro: escaparse de los secuaces de Qazadi.

—Métete —gruñó un guardia al abrirse las puertas del elevador. Dayja obedeció, bajando la cabeza, como lo haría un hombre realmente desamparado. Los guardias entraron junto a él y subieron juntos.

Durante los años, Dayja notó que los escritores de holodramas tenían una fijación muy fuerte con los turboascensores. Les gustaba mostrar que los turboascensores eran lugares ideales para que el héroe o la heroína se rebelaran en contra de sus captores malvados, mostrando una habilidad increíble con las armas para liberarse de tales captores. Tal vez era el drama del combate cuerpo a cuerpo que tanto les gustaba a los productores, o tal vez era porque las peleas en turboascensores son muy fáciles de presupuestar, ya que dejaban poco daño a facturar.

Claro, todo era una ridiculez. El combate en un lugar cerrado significaba que no había a dónde escaparse, además de la desventaja añadida de tener que pelear con un grupo entero de enemigos a la vez. La falta de muebles y decoración significaba que no habría armas improvisadas. Era imposible determinar qué escenario o situación se desarrollaría una vez que se abrieran las puertas del ascensor. Aun si el héroe sobrevivía a todo lo anterior, el ascensor no tenía dónde esconder los cadáveres.

Para terminar, el hecho de que los villanos veían los mismos holodramas significaba que estaban igual de preparados en caso de que estallara la violencia dentro de un turboascensor. Como resultado, los guardias tenían la tendencia a agarrar a un prisionero con más fuerza en tal situación y sus sentidos se encontraban más alerta a cualquier amenaza.

Desafortunadamente para ellos, el hecho de estar alerta a cualquier amenaza eminente tendía a hacerlos menos precavidos de todo lo demás. Lo cual hacía de los turboascensores el lugar ideal para que un prisionero pudiera abrir sus amarras.

Dayja ya tenía aflojadas las suyas cuando se abrieron las puertas del turboascensor en el cuarto piso.

—¿A dónde vamos? —preguntó, asomándose nerviosamente por la entrada. El pasillo tenía decoraciones exquisitas, incluyendo macetas con plantas y piezas finas de arte a lo largo de las paredes, una alfombra muy gruesa en el piso y un techo moldeado. Sin duda era un piso para visitas y sin duda las únicas visitas por el momento eran Qazadi y sus

secuaces. Varias de las puertas del piso se encontraban abiertas, aunque no se veía a nadie más.

—A tu infierno personal —contestó un guardia, empujándolo fuera del elevador—. Muévete.

Los turboascensores eran pésimos lugares para pelear. Los pasillos a los que da un elevador, por lo contrario, eran ideales.

La puerta más cercana abría a un cuarto para dormir que estaba aún mejor decorado que el pasillo. El clóset enorme tenía un candado, pero había suficiente espacio al otro lado de la cama masiva para esconder dos cuerpos. Dayja se tomó el tiempo suficiente para quitarles a los guardias ya difuntos su comunicador y su holocámara; luego regresó al ascensor. Hubiera estado bien quitarles un arma, además de sus cosas, pero lo más probable era que Qazadi pudiera rastrear todas las armas de sus guardias. Una vez que sonara la alarma, comenzaría la cacería. No había razón para hacérsela más fácil a los cazadores.

Los planes originales de la mansión del gobernador incluían una escalera de acceso a la azotea al lado del ascensor de servicio que salía de la cocina en la sección central del edificio. Existía la posibilidad de que Villachor lo sellara por ser innecesario y un posible riesgo para la seguridad de la mansión, pero valía la pena intentarlo. Para su ligera sorpresa, tal escalera aún existía, con su entrada escondida detrás de una pintura de cuatro paneles. Abrió la puerta del elevador de servicio y se metió; cerró la pintura detrás de él lo mejor que pudo.

Las azoteas eran, tradicionalmente, un mal lugar para que un fugitivo se encontrara atrapado; sobre todo azoteas altas de las cuales un salto resultaría en una muerte segura o heridas graves. Pero lo más probable es que su escape sería descubierto en unos minutos y la misma lógica de las azoteas llevaría a los guardias a buscar primero en el resto de la mansión. Por lo menos Dayja había ganado un poco de tiempo.

En ese momento, tiempo era lo que más se necesitaba.

Mientras subía las escaleras de la manera más silenciosa posible, sacó su comunicador. Tenía la esperanza de no estar haciendo su llamada demasiado tarde.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Desde el otro lado de la propiedad llegó el sonido de madera al ser aplastada.

—Ahí —dijo Tawb, señalando esa dirección—. Ahí va otro.

—Suena como un droide de mantenimiento pateando un banco —agregó Manning—. Sí, eso es afirmativo. Tallboy se dirige hacia allá para intentar hacerse cargo.

Con esfuerzo, Villachor logró mantener lo que le quedaba de paciencia. ¿Un par de droides que no funcionaban bien y sus supuestos hombres de seguridad entraban en pánico?

—Para eso tenemos técnicos —refunfuñó, se dio media vuelta y se dirigió a la puerta abierta que estaba detrás de él—. Llámenlos a *ellos*.

—No —la voz de Qazadi provenía de dentro del umbral de la puerta.

Villachor se detuvo y se tragó una maldición.

—Son droides que no funcionan, Su Excelencia —dijo entre dientes—. Sucede todo el tiempo. Lo más probable es que una frecuencia se haya filtrado en sus motivadores.

—O que sea un ataque deliberado —lo interrumpió Qazadi—. Tu jefe de seguridad parece pensar lo mismo.

Villachor frunció el ceño.

—¿Qué?

—Viene hacia acá en este momento —dijo Qazadi.

Villachor volvió a girar. Efectivamente, Sheqoa había salido de entre la multitud y se dirigía rápidamente hacia él, con una mano en la muñeca de una joven de vestido rojo a la que parecía arrastrar. Su cara definitivamente era seria.

Villachor mostró los dientes. Traición y perfidia lo rodeaban. Prisioneros que podrían tener la clave estaban esperando ser interrogados y ¿de lo único que se preocupaban estos tontos era de un par de *droides* fuera de control?

Pero Qazadi estaba preocupado y él estaba a cargo. Todo lo que Villachor podía hacer era arreglar ese desastre lo más pronto posible y regresar a los problemas reales.

—Son los droides, señor —dijo Sheqoa al acercarse—. De servicio y de mantenimiento.

—Sí, puedo escucharlos —refunfuñó Villachor al tiempo que se escuchaba otro choque y un grito sobresaltado en algún lugar al noroeste—. Ya llamé a Purvis. Si hay una falla de programación, él la arreglará.

—No creo que sea una falla —insistió Sheqoa—. Creo que es una distracción deliberada. Mis hombres están ya demasiado extendidos y esto los está distrayendo aún más.

—¡Sheqoa! —espetó Villachor, sintiendo un arranque de terror y furia. El cuello del hombre…—. ¡Tu llave pendiente!

Sheqoa llevó su mano libre a la garganta; sus ojos se abrieron aterrorizados al tocar el espacio donde debería estar el pendiente. Luego, con una maldición, arrastró a la mujer frente a él.

—¿Dónde está? —escupió las palabras mientras ella se detenía entre él y Villachor—. Maldita seas. *¿Dónde* está?

—¿Dónde está qué? —protestó, tratando de alejarse de la furia de su mirada—. No sé de qué estás hablando.

Sheqoa maldijo de nuevo y la aventó hacia Tawb.

—Sostenla —le ordenó, mientras buscaba en el bolsillo su vara de luz. Cambiando la selección a ultravioleta, tomó la mano derecha de la mujer, la acercó y encendió la luz. Villachor se acercó y observó la mano.

Nada. Sólo piel, el calcio de sus uñas brillaba de blanco, sin señales en ningún lado del tinte rastreador que cubría todas las llaves.

Sheqoa le lanzó una mirada indescifrable a Villachor, soltó la mano derecha de la chica y probó la luz ultravioleta en la izquierda. Tampoco nada.

—¿Entonces? —inquirió Qazadi todavía dentro.

—Ella la tomó —dijo Sheqoa sombríamente—. No sé por qué no está el tinte, pero sé que la tomó.

Soltó su mano, casi aventando su brazo.

—Quizá con… —Tomó de nuevo su mano izquierda, está vez dándole la vuelta para poder ver de cerca bajo sus uñas. Maldijo entre dientes y la cambió por la derecha, revisando ese conjunto de uñas con la misma atención.

—¿Navajas dactilares? —preguntó Villachor.

De nuevo Sheqoa aventó la mano de la mujer.

—Debió deshacerse de ellas de alguna manera —gruñó.

—¿De qué están hablando? —reclamó la mujer—. Miren, no quiero causarles problemas, pero ya es suficiente. Tengo derechos y no necesito…

—Cierra la boca —la interrumpió Sheqoa. Se dio la vuelta, examinó a la multitud y tomó su comunicador—. Kastoni debe de ser el más cercano. Haré que la lleve dentro y le haga una inspección completa.

—No —dijo Qazadi tranquilamente—. La llevaré yo.

Villachor se dio la vuelta, sintiendo una oleada de frustración.

—Con todo respeto, Su Excelencia, usted tiene otros prisioneros que interrogar —dijo con toda la civilidad que le fue posible—. Prisioneros que sabemos que estuvieron involucrados.

—Ella también estuvo involucrada —insistió Sheqoa.

—Los otros se resistirán, Maestro Villachor —dijo Qazadi—. Pero esta es hembra. Los falleen tenemos cierto modo con las hembras.

Villachor vio a la mujer. Su cara se había puesto tensa.

—¿Hay algo que quieras decirnos? —dijo como una invitación.

Ella tragó saliva.

—No tengo nada que ver con lo que sea que estén hablando —dijo con firmeza—. Yo vine hoy a rendir honor al fuego moviente…

—Llévala dentro, Sheqoa —dijo Villachor, apuntando a la puerta con un movimiento de cabeza—. Si Su Excelencia la quiere, Su Excelencia puede tenerla.

—Sí, señor. —Sheqoa la tomó por la muñeca y de nuevo medio la jaló, medio la arrastró hacia la puerta donde estaba esperando el falleen.

—Y después trae algunos hombres del terreno y hagan una búsqueda en la mansión —le indicó Villachor—. Empezando con los prisioneros.

—Sí, señor.

Villachor giró de nuevo hacia el terreno, mascullando cada vez que se escuchaba un choque lejano o un golpe o un grito. Aparentemente, el jefe de Kwerve quería a su gente de regreso. Era hora de ver cuánto estaba dispuesto a pagar por ellos.

—La llevaron dentro. —La voz tensa de Rachele llegó por el comunicador de Lando—. Alguien se la llevó. No pude ver quién.

Lando contempló lo ancho del terreno mientras oscurecía; se agachó por reflejo cuando una bola de fuego pasó por encima, iluminando brevemente el área.

—Te apuesto a que fue Qazadi —dijo—. Al menos espero que así sea.

—¿*Esperas* que así sea? Lando, ¿tienes idea de lo que los falleen les hacen a las mujeres?

—Sí, he escuchado las historias —dijo Lando sombríamente—. Espero que él la tenga, porque supongo que él también tiene a Han. Y sabemos dónde está Han.

—Tal vez —dijo Rachele—. Si es que Winter tenía razón sobre el humo.

—Hasta ahora no he visto que se equivoque —le recordó Lando—. Rogar por un cigarro sólo para poder mandar un poco de humo por un tragaluz es justo el tipo de cosa que Han haría.

—Está bien —dijo Rachele—. Pero más te vale que vayas y los saques a ambos. Y rápido.

—Lo más rápido que podamos —prometió Lando—. Dame la señal.

—Cierto —dijo de mala gana—. Sólo cuídense y no olvides el encuentro de Dozer con Aziel. Son casi igual de malos con los hombres que con las mujeres.

—Tendremos cuidado.

Se desconectó y volteó a ver el cielo. La noche caía rápidamente, faltaba poco menos de media hora para el espectáculo principal de fuegos artificiales. Necesitaban terminar esto antes de que empezara.

Sólo que él y Chewbacca no podían moverse. Aún no. No hasta que Bink y los otros se encontraran a salvo dentro de la bóveda. Por el bien de su hermana, más le valía a Bink estar a tiempo.

Kell y Zerba estaban esperando cerca de la puerta del garaje cuando llegó Bink.

—¿Lo traes? —preguntó Kell.

Bink asintió, llevando su mano a la boca y sacando la llave de donde la había escondido bajo su lengua. El tinte rastreador sabía exactamente igual a como olía, sólo que más potente.

—Buen trabajo con los droides, por cierto —dijo, mientras se apresuraban para llegar a la puerta y atravesarla. Del otro lado había un simple pasillo de servicio color café claro.

—¿A dónde?

—El cuarto de reparación de droides está de este lado —murmuró Kell, empezando a caminar por el pasillo de servicio—. El control de droides y el de operaciones usualmente se encuentran agrupados en la misma área.

—Ustedes sigan —le dijo Bink a Zerba, tirando de las bandas selladoras de su vestido café—. Yo los alcanzo.

—Cierto —dijo Zerba, tomando un bláster de su cinturón—. ¿Sable de luz?

Bink levantó el dobladillo de su falda y desató el sable de luz que tenía sujeto al interior de su pantorrilla. Se lo dio a Zerba y aceptó el bláster a cambio. Mientras corrían por el pasillo detrás de Kell, regresó a la tarea de deshacerse de su vestido.

No estaba hecho del mismo material fácil de desprender que el vestido rojo que había usado encima de este. Pero Zerba se había asegurado de que por lo menos no tuviera complicados cierres, cintas, amarres, o cualquiera de las otras molestias que usualmente se asocian con este tipo de vestidos. En menos de un minuto se había quitado el vestido y había colocado nuevamente en lugares más convenientes de su cinturón y en la cadera las herramientas y demás partes del equipo que había amarrado a la parte baja de sus piernas.

Su última tarea era incrustar la llave pendiente en un pedazo de masilla de roca, abrir un poco la puerta y lanzar la masilla en el piso junto a la puerta.

Ahora, cuando Lando estuviera listo para hacer su jugada, podría entrar sin tener que intimidar a algún guardia para que le abriera la puerta.

Iba menos de dos minutos detrás de los demás. Pero esos dos minutos habían marcado toda la diferencia del universo. Un poco más allá del cuarto de reparación de droides, descubrió una puerta con un corte largo y negro en ella. Haciendo una mueca, la abrió y entró.

Zerba se dio la vuelta en el momento en que abrió la puerta, con su bláster apuntando hacia ella. Bajó su arma cuando vio quién era.

—¿Qué hizo que te tardaras tanto? —preguntó.

—Intenta tú quitarte uno de esos vestidos —contestó y señaló la puerta con un movimiento de cabeza—. No sabía que los sables de luz hacían tanto desastre.

—El mío lo hace —dijo Zerba, todavía sonaba un poco molesto—. ¿Por qué crees que no quería usarlo con la puerta de afuera? Ven y dime qué tengo que hacer.

—Probablemente nada —dijo Bink, pasando cautelosamente por encima de los cuerpos—. Espero que hayas recordado las órdenes de Han de no matar a nadie si no era necesario.

—No te preocupes; sólo están desmayados —le aseguró Kell—. Creo que esta es la consola zed. Pero se ve muy sólida.

—No es problema —dijo Bink, viendo la consola que estaba adelante de él—. Zerba, en ese teclado de ahí, teclea ocho o nueve números, cualquier ocho o nueve, luego repítelo tres o cuatro veces.

—Muy bien —dijo y se puso a trabajar.

Se acercó a la consola de Kell, una versión más fuertemente blindada que la de Zerba.

—Lo mismo —dijo, apuntando a uno de los teclados—. Zerba, pásame el sable de luz, ¿no?

—Lo haré yo —dijo Zerba. Tecleó un último número y luego se acercó a ellos, sacando su sable de luz del cinturón—. Lo siento, pero es bastante caprichoso. ¿Qué necesitas?

—Un pequeño corte aquí —dijo, deslizando un dedo a lo largo de una de las conexiones traseras—. De más o menos tres centímetros, y no cortes ninguno de los cables que están detrás de él.

—Entendido —encendió el sable de luz, el cual hizo un silbido borboteante que no se parecía nada a los que aparecían en los antiguos holodramas. La hoja tampoco se veía como algo que hubiera visto antes; tenía un color amarillo enfermizo y no medía más de catorce o quince centímetros.

—Ya sé —gruñó Zerba al tiempo que lo colocaba cuidadosamente en el lugar que Bink le había señalado.

Probablemente se disculpaba por esa arma todo el tiempo. Aun con lo inútil que sería en una pelea, era perfectamente adecuada para lo que la necesitaba. La punta de la hoja cortaba fácilmente, aunque con mucho ruido, el metal, dejando otra cicatriz negra como la de la puerta.

—Bien —dijo—. Ciérralo y vámonos de aquí.

—¿Descubriste un lugar donde podamos salir a la superficie? —preguntó Kell cuando caminaron de nuevo hacia la puerta.

—Creo que sí —dijo Bink. Abrió la puerta con cuidado y miró hacia afuera. El pasillo seguía vacío—. Unas escaleras de servicio a veinte metros en esa dirección y arriba hacia el segundo piso.

—Esperen un momento —dijo Kell, sacando un disco plano de su bolsillo y volteando a ver el techo—. ¿Alguna idea de dónde estarían los intercomunicadores y los cables de la alarma?

—¿Para qué en el espacio necesitas eso? —preguntó Bink.

—Cierto… no sabes —dijo Kell—. Lando llamó mientras estabas platicando con Sheqoa. Villachor atrapó a Han cuando vino hace rato.

Bink sintió que el aire se le atoraba en la garganta.

—¿Qué? Oh, maldición.

—Está bien; tenemos un plan —se apresuró a asegurarle Zerba—. Te contamos luego.

—Ahora necesitamos una excusa para que Lando venga a hacer algo de ruido —dijo Kell—. Para eso es esto. —Y sacudió el disco.

Bink apretó los dientes y pasó una mirada entrenada a la parte de arriba de la puerta. Si el sistema tenía el diseño usual…

—Probablemente ahí —dijo, apuntando a la esquina superior derecha de la puerta—. Ese debería ser uno de los puntos de conexión, de cualquier modo.

—Está bien. —Estirándose lo más posible, Kell puso el disco en su lugar junto a la pared—. Muy bien, vámonos.

Bink asintió, volteó a ver sobre su hombro el disco con el ceño fruncido y empezó a correr de nuevo por el pasillo.

—¿Qué hace?

—Absolutamente nada —dijo Kell—. Pero ellos no saben eso.

—Ahora deberíamos estar silenciosos, ¿no? —sugirió Zerba.

Bink asintió. Tenía muchas preguntas, pero tendrían que esperar.

Las escaleras de servicio llegaban a un hermoso pasillo y, mientras Bink mostraba el camino a través de una mullida alfombra, decidió que este era, sin duda, el blanco más bello que jamás había atacado.

—¿A dónde vamos? —murmuró Kell.

Bink sonrió. ¿Ellos tenían secretos? Bueno. Ella también.

—Ya verán.

—¿Qué quieres decir con que se han ido? —demandó Villachor—. ¿Los *dos*?

—Sí, señor —dijo Kastoni, con un tono de furia apenas controlada—. *Además*, dos de los guardias del Maestro Qazadi están muertos. Parece que nuestro vendedor de brillestim es más que sólo un narcotraficante normal.

Villachor apretó su comunicador tan fuerte que le dolió la mano. Eso, o habían tenido ayuda de quienquiera que hubiera robado la llave pendiente de Sheqoa.

—Encuéntrenlos —ordenó. Su enojo y frustración disminuyeron a un fuego lento. Una furia explícita sólo evitaría que pudiera pensar claramente, y eso era lo último que podía permitirse.

—Tomen tantos hombres de las patrullas como sea necesario, pero *encuéntrenlos*.

—Señor, probablemente ya no se encuentran en el área.

—Si eso es cierto, lidiaremos con ellos después —Villachor lo interrumpió—. Ustedes concéntrense en estar seguros de que no están escondidos en algún lugar de mi casa. ¿Está claro?

—Sí, señor.

Villachor se desconectó, mascullando una maldición y sintonizó a Sheqoa.

—Los prisioneros están sueltos —dijo cuando el otro contestó.

—Sí, acabo de escuchar —dijo Sheqoa amargamente—. Le envié cinco hombres más a Kastoni y estoy intentando traer suficientes guardias de los terrenos para poner uno en cada puerta.

—Bien —dijo Villachor—. Que quede claro que nadie entra o sale sin una orden mía.

—Sí, señor —dijo Sheqoa—. ¿Quiere que le asigne un par de hombres más a usted?

—¿Quieres decir en caso de que atrapen a Manning y Tawb tomando una siesta, como pasó con los últimos guardias del Maestro Qazadi? —dijo Villachor mordazmente—. Me parece muy poco probable.

—Sí, señor —dijo Sheqoa—. Si siguen aquí, los encontraremos.

Han había reacomodado los refrigerios y las botellas de agua en la bandeja quizá por séptima vez ya; se estaba preguntando cuánto más debería tentar su suerte, cuando escuchó el sonido suave de pasos que venían hacia él por el pasillo.

Se congeló con una de las manzanas todavía en la mano. Luego, deliberadamente, la puso de nuevo en la bandeja y empezó a poner los artículos de nuevo en el aparador. Decidió que, si quienquiera que fuera decidía acercarse más, la bandeja sería su apuesta más segura. Golpearía con ella al primero en la fila, arrojando su contenido a la cara del guardia, luego intentaría darle al segundo guardia rápidamente con la misma bandeja. Las pisadas se acercaron y pasaron de largo sin detenerse.

Han respiró profundamente; la tensión empezó a aligerarse. Había estado cerca. Frunció el ceño e inhaló de nuevo. Flotando por el pasillo venía un ligero, pero muy distintivo aroma. El perfume que Bink y Tavia llevaban puesto esa mañana.

En tres pasos llegó a la puerta. Efectivamente, por el pasillo iban corriendo Bink, Kell y Zerba. O al menos supuso que era Bink.

—¡Bink! —susurró fuertemente, saliendo al pasillo para seguirlos.

Los tres se dieron la vuelta, sus blásters los siguieron. Los tres pares de ojos se abrieron con sorpresa al reconocer quién era. Bink le hizo señas de que se acercara rápidamente, luego la mano con la que hacía el gesto cambió a una advertencia cruzando un dedo por los labios. Han asintió. Ya había descifrado esa parte.

Los tres se habían detenido frente a una sencilla puerta de metal cuando Han los alcanzó.

—Pensamos que eras un prisionero —susurró Kell mientras Bink se agachaba por la puerta con su ganzúa.

—Lo era —susurró Han a su vez, mirando el anuncio de «ARMARIO DE ELECTRICIDAD» en la puerta—. ¿Va a haber espacio para todos ahí dentro?

—Fácilmente —le aseguró Bink. Se oyó un suave clic y la puerta se abrió—. Adentro. En silencio.

Han había visto antes armarios de electricidad. De hecho, había pasado bastante tiempo escondido en lugares así a través de los años. Pero nunca había visto uno tan grande. Medía casi dos metros cuadrados, con un techo que podía llegar a los tres metros y había una docena de cables de veinte centímetros alineados verticalmente a lo largo de la pared trasera.

—¿Qué están alimentando, un destructor estelar? —murmuró al ver los enormes cables.

—Algo así —respondió Bink. Había sacado su dispensador de sinteticuerda y estaba fijando la punta del cable a un pequeño pedazo de masilla de roca—. Estos son los cables del generador en el subsótano del norte para la sección sur de escudos paraguas del techo.

Desdobló una pequeña resortera y disparó el pedazo de masilla de roca a una esquina del techo; el dispensador dejó salir una pequeña línea de sinteticuerda detrás de él.

—Kell, ese es tuyo —dijo. Cortó el cable con sus navajas dactilares y volvió a poner algo de masilla de roca en el dispensador—. Cuenta hasta diez, luego engancha tu cinto y sube hasta el techo.

Para cuando la masilla estuvo lo suficientemente sólida para que Kell pudiera levantarse, Bink ya había colocado dos líneas más.

—Supongo que tú y yo vamos a tener que compartir —dijo Bink y se quitó su cinturón de escalar para pasárselo a Han—. ¿Alguna vez te has sentado a alguien en las piernas a dos metros del suelo?

—No últimamente —dijo Han, mientras se ajustaba el cinturón. Cuando terminó, Kell y Zerba ya estaban en el techo, sus cuerpos pegados a la cerámica—. ¿Qué hacemos si voltean para arriba?

—Lo tengo cubierto —le aseguro Bink. Caminó hacia él, metió la sinteticuerda por la argolla del cinturón, luego se dio la vuelta y se acomodó demasiado íntimamente frente a él.

—¿Quieres manejarlo? —le preguntó—. ¿O lo hago yo?

—Yo lo hago —gruñó, sintiendo una súbita descarga de molestia y vergüenza. Ya sea que haya sido a propósito o no, había un tiempo y un lugar para coquetear y este no era. Encontró el controlador y los mandó a volar lejos del suelo mientras el cinturón enrollaba la sinteticuerda. Unos segundos después, ambos se encontraban pegados contra el techo, entre Kell y Zerba.

—¿Y ahora qué? —preguntó Han.

—Toma esto —dijo Bink, entregándole un pedazo de algo grueso del tamaño de su mano, que parecía la seda que Zerba había utilizado para hacer los atuendos desprendibles de las mujeres. Al centro, a un lado, estaba un anillo flexible del tamaño de un dedo—. Sujeta el anillo, sostenlo debajo de ti y quita el cordón que tiene en las orillas. Y no lo vayas a tirar.

Bajando la mano, Han siguió las instrucciones y se sobresaltó cuando el material empezó a desdoblarse en todas direcciones, cada orilla expandiéndose hasta que llegó a todas las paredes.

—Tela camaleón —explicó Bink—. Techo o pared instantáneo de tamaño portátil.

—¿No van a notar que el techo es más bajo de lo que debería ser? —preguntó Kell.

—La gente nunca se fija en qué tan altos deben ser los techos —dijo Bink, encogiéndose de hombros—. Ustedes dos, sujeten las orillas y estabilícenlo. Muy bien. Ahora todo lo que tenemos que hacer es esperar a que los buscadores pasen esta parte de…

Dejó de hablar en el momento en que se escuchó un suave clic debajo de ellos. Un segundo después, se abrió la puerta y brilló una vara de luz, parpadeando tenuemente a lo largo de las orillas de la tela camaleón al tiempo que alguien la movía por la habitación. Han se puso tenso, esperando el inevitable grito de descubrimiento…

Luego, sin ese grito, la puerta se cerró. Bink contó hasta veinte antes de volver a hablar.

—Y después estaremos casi listos para irnos.

—No exactamente —dijo Zerba, sacando su comunicador—. Tengo que llamar a Rachele y darle la señal de inicio.

—¿Inicio de qué? —preguntó Han.

—Después de que te agarraron, decidimos que no podíamos esperar a que Villachor descifrara lo de los droides por sí mismo —explicó Zerba—. Así que Lando va a ayudar.

—*¿Lando?*.

—Sí —dijo Zerba—. Qué mal que no veremos su actuación. Podría ser el punto más alto de su carrera.

—¿En serio? —preguntó Han, frunciendo el ceño—. ¿De qué va a ir?

—Lo último que esperarías —dijo Zerba. Han se pudo imaginar su sonrisa en la oscuridad—. Va a ir como alguien *respetable*.

CAPÍTULO VEINTE

A Lando nunca le había gustado la idea de Bink de esconderse en el armario de electricidad. Le había gustado aún menos conforme la tarde se convertía en noche, y habían agarrado primero a Han y luego a Tavia. La seguridad de Marblewood estaría aún más alerta después de eso. Una demostración de la tela camaleón no había disminuido sus dudas.

Así que cuando finalmente recibió la llamada de Rachele, sintió tanto alivio como sorpresa. Incluso había un alivio extra.

—¿Han está con ellos? —preguntó, sólo para estar seguro.

—A menos de que Zerba se haya equivocado en el código de golpeteo —dijo Rachele—. No envió ningún detalle, pero si Han estuviera herido creo que hubiera dicho algo.

—Probablemente —dijo Lando. Así que Han se había soltado por su cuenta. Debió haber adivinado que no podían tenerlo encerrado por mucho tiempo—. ¿Qué pasó con Tavia?

—No hay noticias —dijo Rachele sombríamente—. Pero si Qazadi ha tomado el mando, y ciertamente le hemos dado razones suficientes para hacerlo, es probable que tanto ella como Han fueran llevados a donde sea que él esté instalado. Zerba confirmó que el humo que vimos era una señal de Han, así que probablemente Tavia se encuentre en la misma área.

—De cualquier manera, es por donde debemos empezar —coincidió Lando.

Se asomó por un lado de la estación sanitaria portátil para ver la puerta del garaje que se encontraba a cincuenta metros. Uno de los hombres de Villachor se había colocado ahí, con la espalda derecha y tiesa, su cabeza se movía de un lado a otro al tiempo que revisaba continuamente el área a su alrededor. Villachor y Qazadi ciertamente estaban nerviosos. Era el momento de llevarlos al límite.

—Muy bien, voy a entrar —dijo—. Dile a Chewie y a Eanjer que la puerta debe estar libre en unos minutos.

—Entendido. Suerte.

Lando apagó el comunicador y lo guardó. Regresó al lado de la estación y echó una mirada casual a su alrededor. Los técnicos de Villachor y sus hombres de seguridad habían atrapado a la mayoría de los droides manipulados que Kell y Zerba habían soltado, pero aún había suficientes de ellos por ahí para que hubiera un dejo de preocupación distraída entre la multitud que a pesar de todo seguía disfrutando la fiesta. Entre eso, los *jets* lanzafuego y las fuentes que seguían encendidas por todo el terreno, no

se podía prestar mucha atención a alguien como Lando, que sólo estaba parado tranquilamente. Preparándose, sacó el huevo de Zerba y apretó el activador.

Había esperado sentir una descarga o un estremecimiento cuando la ropa de seda fuera jalada hacia el huevo. Pero apenas hubo una ligera sensación. Un bonito truco, decidió Lando; uno que tendría que investigar para usos futuros.

Se tomó un momento para examinar el uniforme de policía de Ciudad Iltarr que ahora llevaba puesto, se quitó un pedazo de desecho de seda que de alguna forma se había desprendido durante el proceso y sacó la gorra que estaba escondida bajo la túnica. Se colocó la gorra en la cabeza, asegurándose de que la visera le cubriera los ojos, y envió una última plegaria al cielo para que el dispositivo que Bink y Tavia habían colocado para interferir con los droides cámara hiciera su trabajo. No funcionaría si el guardia de la puerta lo reconocía como el mismo hombre que había traído un cryodex de contrabando para que su jefe lo viera.

Con una profunda inhalación, tomando la postura oficial tiesa y arrogante que había visto tantas veces en policías y agentes de seguridad, rodeó la estación y caminó hacia la puerta del garaje.

La primera reacción del guardia al avistar la figura que se aproximaba fue llevar su mano debajo de la túnica al lugar donde estaba escondido su bláster. Su segunda reacción, cuando un *jet* lanzafuego pasó por el área, iluminando brevemente la escena y el uniforme de Lando, fue no mover un solo músculo de esa postura.

—¿Qué quiere? —le gritó.

—Sargento Emil Talbot, policía de Ciudad Iltarr —dijo Lando de modo cortante—. Necesito verificar una llamada de emergencia que recibimos de alguien dentro.

Otro *jet* lanzafuego explotó en algún lugar detrás de él, era una espiral sibilante y con la luz Lando pudo ver que el guardia fruncía el ceño.

—Lo siento, oficial, pero tengo órdenes de no admitir a nadie sin la autorización de…

—Es *sargento*, no *oficial* —espetó Lando—. Y no necesito tu permiso para investigar una situación de emergencia. Alguien en tu cuarto de control de droides llamó para decir que estaban siendo atacados. Yo ya estaba en el área, así que…

—¿El cuarto de *droides*? —preguntó el guardia, recuperando su postura.

—Sí, el cuarto de *droides*. —Lando apuntó bruscamente a la puerta detrás del guardia—. Ahora, abre esa puerta en este momento o te juro que…

—Sí, por supuesto —dijo el guardia. Dio un paso hacia atrás y tomó el comunicador que tenía en el hombro—. Sólo necesito avisar… Señor, aquí Pickwin. Tengo a un sargento de la policía de Ciudad Iltarr que dice que hubo una llamada de emergencia del cuarto de control de droides… Sí, señor, de inmediato.

Se volvió y abrió la puerta.

—El Maestro Villachor envió a algunos de nuestros hombres a revisarlo —dijo.

—Aun así, necesito revisarlo yo mismo —insistió Lando.

—Entendido, señor —dijo Pickwin—. Como siempre, al Maestro Villachor le complace cooperar con la policía. Si usted pudiera seguirme, me dieron órdenes de que lo acompañara a la escena.

—Gracias —dijo Lando. Pasó después del guardia y cruzó el umbral de la puerta; luego se detuvo sólo lo suficiente para esperar a Pickwin. El otro hombre lo siguió y cerró la puerta detrás de él.

Justo antes de que se cerrara, Lando alcanzó a ver un par de figuras que se movían por el terreno hacia la puerta: una de ellas del tamaño de un humano normal; la otra, la figura imponente de un wookiee.

—Por aquí, señor —dijo Pickwin, caminando por el pasillo.

Lando lo siguió, luchando contra el impulso de mirar rápidamente detrás de él. Si Bink había seguido el plan y dejó la llave pendiente robada donde Chewbacca pudiera encontrarla, él y Eanjer deberían estar justo detrás de él.

Si no, Lando estaba solo.

—Confirmado, señor —dijo Kastoni sombríamente—. Alguien definitivamente entró al cuarto de control de droides. Probablemente una antorcha de plasma, aunque el corte se ve un poco extraño. Tres técnicos caídos, incluido Purvis. La buena noticia es que sólo estaban desmayados.

—Sí, maravilloso —gruñó Villachor al tiempo que lanzaba una mirada furiosa al oscuro terreno, a los focos de caos que aún se veían entre la multitud. Purvis era el jefe de droides, con más conocimiento útil de las malditas máquinas que cualquier otro de los cinco hombres de Villachor. Con Purvis fuera de servicio, los droides de servicio y mantenimiento descontrolados de afuera probablemente tendrían que ser derribados uno a uno.

—¿Por qué diablos no pidieron ayuda? Incluso un *jet* de plasma necesitaría algo de tiempo para atravesar esa puerta.

—Probablemente lo intentaron —dijo Kastoni—. Hay algo en la pared sobre las líneas de intercomunicadores y de alarma. Probablemente, un bloqueador de señal de algún tipo.

—¿Y no pensaron utilizar sus comunicadores?

—Seguro. Así fue como los policías se enteraron —dijo Kastoni amargamente—. Supongo que no pudieron contactar a nadie hasta que fue demasiado tarde.

Porque todos los demás hombres de seguridad también habían estado usando sus comunicadores, mientras perseguían droides que no funcionaban bien y buscaban prisioneros perdidos. Villachor miró con furia a un grupo de fuentes de llamas que se movían al ritmo de una canción demasiado lejana como para poder escucharla.

—¿Qué hay de ese policía? ¿Lo investigaste?

—Sí, señor —dijo Kastoni—. Sargento Emil Talbot. No lo conozco personalmente, pero su identificación se ve bien y está en el sistema. Además, parece saber cómo manejar una escena de crimen.

—Mantenlo vigilado, de cualquier manera —ordenó Villachor, recordando el incidente en el hotel Corona Lulina y cómo Qazadi había manipulado a los contactos de Villachor en el departamento de policía para enterrar esa investigación—. ¿Ya regresó Pickwin a la puerta?

—Sí, señor —confirmó Kastoni—. Lo envié de regreso en cuanto nos entregó a Talbot.

—Bien —dijo Villachor, aunque no había nada bueno sobre la situación—. Enviaré a Sheqoa para que se haga cargo. En cuanto llegue, tú y Bromley regresen al equipo de búsqueda.

—Sí, señor.

Villachor se desconectó, haciendo otra mueca frente a la oscuridad llena de llamas, y llamó a Sheqoa.

—¿Has escuchado algo de Qazadi sobre Aziel y su cryodex? —preguntó cuando el otro contestó.

—De él no, señor —dijo Sheqoa—. Pero nuestros hombres del hotel acaban de reportar que Lord Aziel y sus guardias acaban de salir de la *suite* y se dirigen al garaje de aerodeslizadores. Apenas iba a llamarlo.

—Haz que los sigan —ordenó Villachor. Si esto era un juego entre Qazadi y Aziel, por lo menos quería tener la situación vigilada—. Luego ve al cuarto de control de droides. Alguien entró y quiero que supervises al policía que vino a investigar.

—Sí, señor.

Villachor se desconectó y envió a otro agente al terreno. Pronto empezarían los fuegos artificiales. Normalmente esa era la parte más festiva y más anhelada del festival. Pero Villachor no la estaba esperando para nada; pues un verdadero espectáculo de fuegos artificiales requería que apagara su escudo paraguas.

Volteó a ver el cielo. Cancelar el espectáculo los haría perder credibilidad en la comunidad. Pero si Qazadi o Aziel tenían planeado algún tipo de ataque aéreo… Afortunadamente, todavía no era necesario tomar esa decisión. Aún no. Podía esperar hasta que atraparan a los prisioneros o confirmaran que habían salido de Marblewood. O hasta que los hombres de Sheqoa averiguaran qué estaba haciendo Aziel en el Corona Lulina.

Y definitivamente no iba a tomar ninguna decisión hasta que Sheqoa y el Sargento Talbot descubrieran qué estaban haciendo los intrusos en el cuarto de control de droides.

***

—¿Ya casi estamos listos? —preguntó Dozer.

—Creo que sí —dijo Winter, mientras bajaba sus binoculares eléctricos y masajeaba sus ojos rápidamente con los dedos. Cuatro aerodeslizadores habían entrado al estacionamiento del hotel Corona Lulina, tres habían salido, y con ellos había perfeccionado la técnica y los tiempos.

—Debemos empezar a movernos en cuanto el aerodeslizador pase la cuarta abertura después de la puerta —continuó, apuntando a uno de los respiradores de la pared—. Eso debe permitirnos embestirlo sin darle tiempo suficiente para que se escape, y que no deje de parecer un accidente.

—¿Nuestro ángulo está bien?

Winter le hizo una mueca. Había estado mirando intensamente el estacionamiento desde que llegaron; tan intensamente que prácticamente podía escuchar los engranes dando vuelta en su cerebro.

—El ángulo está bien —dijo—. Los golpearemos en su punto ciego y, como el encargado estará volteando hacia el otro lado para ocuparse del procedimiento de salida, tampoco nos vendrá venir. ¿Estás bien?

—Estoy bien —le aseguró—. Estoy pensando que después de que los embistamos y bloqueemos la entrada, tal vez deberías quedarte un rato para mantener ocupado al encargado mientras yo voy a bloquear la salida del otro lado.

—Pensé que querías que te ayudara.

—No creo que te necesite —dijo—. Es mejor que te quedes de este lado, donde no estorbas.

—¿Donde no *estorbe*? —repitió Winter— ¿Qué se supone que significa…?

—Ahí viene uno —la interrumpió Dozer; luego ajustó la mano sobre el volante y encendió las luces—. Sujétate.

El aerodeslizador pasó el respirador que Winter había señalado.

Ella sujetó sus amarras en el momento en que el vehículo se impulsó hacia adelante, acelerando hacia la entrada del estacionamiento. Por reflejo, se tensó, luego obligó a sus músculos a relajarse. Era más probable evitar una lesión de esa manera. El objetivo apareció en el campo de vista, pasó la estación del encargado y empezó a dar una vuelta lenta hacia la abertura. Dozer aceleró medio segundo más, luego pisó el freno como si acabara de notar el obstáculo.

Con un choque que le dio un vuelco en el estómago, el mundo entero pareció incrustarse en el pecho de Winter, dar una vuelta sobre su cabeza y caer como un costal de verduras sobre sus hombros. Hubo un chirrido horrible de metal y plástico y cerámica que trituró sus oídos como una lija. Luego, súbitamente, todo era silencio.

Winter parpadeó dos veces; con el segundo parpadeo su confuso mundo se esclareció. El aerodeslizador estaba inclinado en un ángulo de treinta grados a la derecha; apuntaba hacia arriba con su nariz casi tocando el techo. Algo cerca emitía un silbido; por debajo del siseo Winter escuchaba a personas gritar. Había columnas de humo blanco por todos lados; probablemente una mezcla de refrigerante de un turbojet roto y aerosol de los sistemas de supresión de fuego del aerodeslizador. Dozer ya no estaba.

Winter sacudió la cabeza, el movimiento le ayudó a despejarse, y soltó sus amarras. Si Dozer creyó que se quedaría ahí indefensa, que lo pensara dos veces.

La conmoción era incluso más estrepitosa y tenía un sonido más frenético con la puerta abierta. El aire apestaba a refrigerante y fuego. Winter escuchó con cuidado mientras salía por la abertura y se acomodaba en el piso, pero los gritos parecían más de preocupación y enojo que de dolor o lesiones. Al menos Dozer había seguido *esa parte* del plan correctamente. Se tomó un segundo para confirmar que los dos aerodeslizadores estuvieran bloqueando completamente esta entrada, luego se perdió entre el humo. Manteniéndose escondida detrás de las ordenadas líneas de autos estacionados, se dirigió a la entrada que estaba del lado opuesto del hotel.

El encargado de esa cabina estaba observando con ansiedad el humeante accidente al otro lado del piso, pero no había hecho ningún movimiento para ir a ayudar. Winter supuso que probablemente tenía instrucciones rigurosas de quedarse en su puesto sin importar lo que sucediera.

Eso probablemente cambió cuando el vehículo más grande del estacionamiento se dirigió bramando hacia él, se volcó y se incrustó sólidamente a lo largo de la entrada. Winter observó que había tres candidatos perfectos para ese trabajo, todos ellos dentro de las cuatro filas más cercanas a la entrada. Dozer no era ninguno de ellos.

Por un momento, se recostó en el último de los aerodeslizadores grandes, inhalando los tenues gases que venían del otro lado del estacionamiento, del humo del fuego; su pulso retumbaba en sus oídos. ¿Qué diablos pretendía Dozer? Todo lo que Lando les había pedido era que evitaran que Aziel le llevara el cryodex verdadero a Qazadi. Tal vez había decidido ponerse creativo.

Efectivamente, lo encontró en la parte trasera del estacionamiento, acostado de espaldas, bajo uno de los cuatro aerodeslizadores negros de Aziel.

—*¿Qué haces?* —exigió saber al tiempo que se arrodillaba junto a él.

—Ya era tiempo de que aparecieras —dijo con un gruñido—. Tú eres la que tiene esa descabellada atención en los detalles. ¿Hay alguno de estos en especial que Aziel use siempre?

—Dozer…

—Ya sé, ya sé —la interrumpió—. Me puedes gritar después. En este momento, sólo dime cuál es.

Tragándose una palabra que alguna vez las había metido a ella y a Leia en problemas, Winter observó los aerodeslizadores. Las marcas pequeñas y sutiles…

—Ese —dijo, apuntando al que estaba a la derecha de Dozer—. Los acomodan en un orden aleatorio cuando viajan, pero Aziel siempre anda en ese.

—Lo sabía —dijo Dozer, gruñendo de nuevo al tiempo que salía de abajo del aerodeslizador y se metía debajo del que Winter había identificado—. Estos tipos siempre son tan predecibles.

—Claro —dijo Winter—. Hablando de cosas *descabelladas*, ¿has perdido completamente la razón? Aziel puede llegar en cualquier momento, ¿y tú estás intentando hacerle un puente a su aerodeslizador?

—No lo estoy *intentando* —la corrigió Dozer, con su voz marcada por el sonido de herramientas—. En cualquier caso, todos estuvimos de acuerdo en que los archivos de extorsión son mucho más valiosos si tenemos un cryodex que vaya con ellos, ¿no?

Winter sintió cómo se le abría la boca.

—¿Estás *demente*?

—Ya me preguntaste eso —le recordó Dozer—. Toma. Quítale el aislante de cada lado, ¿sí?

Un cilindro del tamaño de un dado apareció rodando por abajo del aerodeslizador.

—Dozer, no estás pensando bien esto —insistió Winter. Se agachó y empezó a quitar el aislante de las puntas de los alambres que salían de cada lado del cilindro—. ¿Siquiera tienes un bláster? Porque yo no.

—No necesito un bláster —dijo Dozer. Se escuchó un tintineo doble cuando dio un golpecito al armazón del vehículo con una de sus herramientas—. Tengo esto. ¿Ya terminaste con eso? Muy bien, gracias.

Winter se colocó en cuclillas y por encima del cofre del aerodeslizador observó el grupo de puertas de turboascensores alineadas en la pared.

—¿Cuánto va a tardar esto?

—No tanto —dijo Dozer, la última palabra fue un gruñido—. Sólo necesito pasar el sistema de seguridad, lo cual es ridículamente sencillo; el Sol Negro debería invertir sus créditos en un sistema *real*. Luego sólo debo conectar el control remoto. Terminaré en unos segundos.

Del otro lado del garaje, se abrió una de las puertas del turboascensor.

—Espero que tengas razón —murmuró Winter, con urgencia—. Porque ya vienen.

—No lo sé —dijo Kastoni, viendo de un monitor a otro y luego los teclados—. Estoy seguro de que cambiaron alguna configuración en *algún* lado. ¿Qué otra razón tendrían para venir aquí? Pero no tengo idea de cuál de todas.

—Vamos a necesitar un técnico —coincidió Lando, pretendiendo echar un vistazo. Había visto la consola cortada de Zerba en cuanto entró al cuarto. Pero, claro, había sabido qué buscar. También sabía que no debía señalarla demasiado rápido.

—Hice un llamado, pero todos nuestros técnicos están dispersos por la ciudad, en los distintos sitios del festival. Tomará un tiempo antes de que alguien regrese.

—Está bien —dijo Bromley, el otro guardia, desde el otro lado del cuarto—. No creo que el Maestro Villachor quiera que tu gente ande husmeando por acá. Nuestro jefe de droides lo arreglará cuando se despierte.

—Espero que sí —dijo Lando, volteando a ver distraídamente la puerta.

Se congeló. Del otro lado del pasillo, hablando atentamente por su comunicador mientras caminaba hacia el cuarto de control, estaba Sheqoa. Una de las pocas personas en Marblewood que conocía a Lando de vista. De pronto se le había acabado el tiempo.

—Espera un momento —dijo, apuntando hacia la consola dañada—. Esa consola… ¿ves el corte?

—Sí —dijo Kastoni y se dirigió a ella—. Parece que fue lo mismo que usaron para cortar la puerta.

—Seguro —dijo Lando, se acercó a él y examinó la consola. No había nada que la identificara como un panel de control 501-Z, al menos nada que él pudiera ver. Pero obviamente Bink la había identificado y, si ella podía hacerlo, entonces ciertamente el Sargento Talbot también podía.

—Parece una consola de control 501-Z —comentó—. ¿Tienen algunos zeds patrullando el área?

Observó de reojo cómo la cabeza de Kastoni se sacudió hacia él.

—¿Esta cosa controla zeds? —respiró—. Oh, demonios.

Presionó su clip comunicador. Lando contuvo la respiración…

—Aquí Kastoni, señor —dijo rápidamente—. Parece que atacaron el panel de control de zeds… Sí, señor.

Dio un paso atrás y estiró el cuello para poder ver el pasillo.

—Sí, lo veo… ¿Maestro Sheqoa? —llamó—. El Maestro Villachor quiere hablar con usted.

Kastoni cruzó la puerta. Lando les dio la espalda; metió la cabeza detrás de la consola zed, pretendiendo examinar la cortada irregular que el sable de luz de Zerba había hecho. Detrás de él, los dos hombres conversaban en voz baja y, aunque Lando no podía entender las palabras, podía escuchar el cambio en el tono de Sheqoa cuando dejó de hablar con Kastoni y empezó a hablar con Villachor. La conversación terminó y Lando escuchó pisadas que se alejaban rápidamente.

—¿Van a revisar sus zeds? —preguntó Lando por encima de su hombro.

—Sí, si aún los encontramos —gruñó Kastoni, acercándose a él.

—¿Ustedes los policías conocen alguna manera de sacar a alguien de un desmayo de arma paralizante? —preguntó Bromley—. ¿Alguna droga o algo que podamos usar?

—Nada legal —dijo Lando—. Lo siento. Bien, ayúdenme a mover esta consola. Necesitamos ver si también llegaron a los conductos de la pared.

***

El eco del duro pasillo de servicio dio paso al silencio suave y acolchado de los pasillos de la parte principal de la mansión. Sheqoa apenas lo notó.

Así que habían ido tras los zeds. Obvio en retrospectiva, especialmente después de que Villachor reemplazó todos los guardias humanos en la bóveda con krifados droides.

Todo eso había sido idea de Qazadi. De cualquier forma, maldito falleen de escamas verdes, idiota.

A menos que no hubiera sido una idiotez. A menos que fuera parte de cualquier plan demente que Qazadi y Aziel y Kwerve, y quizás el mismo krifado Príncipe Xizor, habían armado para derrocar a Villachor y poner a alguien más en su lugar.

Bueno, pues podían seguir soñando. Cualquiera que fuera el éxito que el misterioso intruso tuviera con los droides de servicio y mantenimiento de afuera, encontraría que los zeds son mucho más difíciles de alterar. Eran terriblemente difíciles de reprogramar o deshabilitar, especialmente sin los códigos de acceso general que sólo tenían Villachor y Purvis, el jefe de droides. Una vez que Purvis se recuperara, podría revisar los zeds y arreglar cualquier daño que el intruso hubiera hecho. Mientras tanto, Sheqoa y Villachor irían a la bóveda, sólo ellos dos si era necesario, y cuidaría la caja fuerte y los preciosos archivos de extorsión de Xizor.

A menos de que Purvis fuera parte del plan.

Sheqoa lanzó una mirada furiosa al lujoso pasillo. Un lindo y complicado Festival de los Cuatro Homenajes se había convertido en un laberinto de ruletas dentro de otra ruleta dentro de otra ruleta. Con Qazadi y sus intenciones ocultas, por un lado, y alguien intentando sobornar con créditos al personal de Marblewood, por el otro, ya no tenía idea de en quién confiar.

—¿Maestro Sheqoa?

Sheqoa hizo una mueca. En este no confiaba en absoluto.

—¿Qué quieres, Barbas? —gruñó, sin molestarse siquiera en voltear o detenerse.

—Tenemos un mensaje de Su Excelencia —dijo Barbas.

Escuchó el suave golpeteo de veloces pisadas. Eran Barbas y uno de los otros guardias de Qazadi, Sheqoa lo identificó tentativamente como Narkan. Flanquearon a Sheqoa uno a cada lado.

—Su Excelencia solicita el placer de su presencia.

—Su Excelencia tendrá que esperar —le dijo Sheqoa de manera cortante—. En este momento tenemos una posible crisis en nuestras manos.

—¿Una crisis para el Maestro Villachor y Marblewood? —preguntó Barbas directamente—. ¿O una crisis para el Maestro Lapis Sheqoa?

Sheqoa sacudió la cabeza.

—No tengo idea de qué estás hablando.

—Entonces permítame hacerlo más claro —dijo Barbas—. La mujer que nos envió ha estado haciendo declaraciones fascinantes ante Su Excelencia. Una de esas declaraciones es que no recuerda haber visto la llave pendiente, incluso una hora antes de que el Maestro Villachor finalmente notara que la había perdido.

Sheqoa sintió una oleada de desprecio por encima de la ira.

—¿Y le creyeron? Es una krifada ladrona, ¿en verdad le creyeron?

—Sí, sobre eso —dijo Barbas—. La hemos examinado minuciosamente y no encontramos nada. Ni una pista del tinte rastreador, nada de navajas dactilares, ni siquiera

marcas donde las navajas dactilares podrían haber estado, ningún arma, herramienta o contrabando de ningún tipo. Hasta donde podemos ver, no es nada más que la descerebrada visitante que parece ser.

—Entonces investiguen más a fondo —gruñó Sheqoa—. Es una ladrona. Estoy seguro.

—Y a Su Excelencia le encantaría que demostrara eso —dijo Barbas—. Esto sólo tomará unos minutos de su tiempo.

—No lo creo —dijo Sheqoa y se detuvo.

Eso tomó completamente por sorpresa a Barbas y Nakan, quienes dieron un paso más antes de poder reaccionar. Se detuvieron, voltearon a ver a Sheqoa… y se congelaron ante la vista de su bláster desenvainado.

—Les voy a decir qué va a suceder —dijo Sheqoa ante el silencio tenso—. Voy a ir a la bóveda a confirmar que la caja fuerte y sus contenidos se encuentren seguros. Después de eso, si el Maestro Villachor siente que puede prescindir de mis servicios por los minutos que ustedes mencionan, entonces estaré encantado de contestar cualquier pregunta que Su Excelencia tenga para mí. —Elevó el cañón de su bláster unos centímetros—. Pueden venir conmigo, pueden ir a esperar con Su Excelencia o pueden morir. Decidan.

—No te atreverías —dijo Barbas en un tono oscuro.

—Tenemos dos prisioneros que se escaparon y otro posible intruso dentro de estas paredes —le recordó Sheqoa—. Alguno de ellos pudo haber tomado fácilmente un bláster.

Los labios de Barba se contrajeron en una leve sonrisa.

—Muy bien —dijo—. Aceptamos su amable invitación. Después de todo, el objeto más valioso en la caja fuerte es de Su Excelencia, así que tiene sentido que vayamos a ayudar a cuidarlo —señaló el pasillo—. Muestre el camino.

Sheqoa se adelantó, metiendo su bláster de nuevo en la funda. Podía sonreír todo lo que quisiera, pero Sheqoa sabía que Barbas no olvidaría esto.

No importaba; Sheqoa tampoco lo haría.

El aerodeslizador de Aziel no había sido tan sencillo de intervenir como Dozer había dicho. Ni de cerca. Pero Dozer era el mejor, estaba decidido y el Sol Negro realmente necesitaba gastar más créditos en su seguridad.

Aun así, Dozer pudo escuchar los pasos acercándose en el duracreto para cuando finalmente terminó y rodó por el piso para ponerse a salvo.

Winter estaba esperándolo a cinco filas de distancia, escondida detrás de un clásico T-24 restaurado con amor.

—Nada como terminar en el último minuto —murmuró.

—Hace que te corra la sangre —respondió Dozer.

Se asomó por el lado de la aleta ventral del T-24, preguntándose si el dueño de este vehículo había optado por un sistema de seguridad decente. Había doce de ellos caminando por el piso, incluyendo a Aziel. Todo el grupo, si el cálculo anterior de Rachele sobre su cantidad era correcto. Amarrado a la cintura de Aziel había un bolso que supuestamente contenía el cryodex.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Winter.

—La primera parte es igual en todos los planes —le dijo Dozer, desdoblando el panel de control remoto que había instalado en el sistema del aerodeslizador. Los tiempos iban a ser esenciales—. Hay que separar el regalito de las personas contratadas para cuidarlo.

—Si quieres decir que esperas que Aziel se suba completamente solo al aerodeslizador, eso no va a suceder —le advirtió—. En Marblewood, el conductor y dos guardias siempre se subían al mismo tiempo que él.

—Lo sé —dijo Dozer—. Tendremos que hacer lo que podamos con lo que tenemos.

El primer humano de la fila se detuvo junto al deslizador terrestre de Aziel y se subió por el lado del conductor. Mientras hacía eso, el siguiente hombre de la fila se adelantó y abrió la puerta trasera del lado del pasajero. Se subió y Aziel lo siguió, y detrás de él, el siguiente hombre de la fila. El resto de los guardias esperaron hasta que ambas puertas se cerraron, luego se dirigieron hacia los otros tres aerodeslizadores. Haciendo un esfuerzo con sus oídos, Dozer escuchó cuando el motor del primer deslizador se activó.

En el medio segundo entre la activación y el momento en que el conductor tecleara su acceso al sistema de propulsión, Dozer presionó el interruptor de redireccionamiento en su panel de control. Con un rugido, los motores se encendieron al máximo poder. Activando la propulsión y girando el nivel de control hasta arriba, Dozer mandó el vehículo a volar estampándolo directamente contra el techo de duracreto.

Los guardias realmente eran buenos. Ninguno de ellos perdió el tiempo mirando los movimientos repentinos e inexplicables del deslizador terrestre. En cambio, los ocho tomaron sus blásters y se dispersaron, para buscar a los responsables del atentado. Un segundo después, estaban buscando frenéticamente cómo protegerse, pues Dozer dejó caer el deslizador justo entre ellos.

—Le diste a uno —dijo Winter suavemente desde su nueva posición del lado de la nariz del T-24—. El resto se está protegiendo entre los vehículos.

Era un lugar donde Dozer no podía darles, pero esa era una jugada defensiva obvia, y Dozer la había esperado. Lo único que en realidad había querido hacer era retrasarlos y hacer que reaccionaran, en vez de pensar.

Porque ahora era el momento de hacer que se alejaran de él. Elevando de nuevo el deslizador terrestre por encima de la altura general de los vehículos, moviéndolo bruscamente de un lado a otro, para que los pasajeros siguieran sacudiéndose dentro, lo envió volando hacia el lado opuesto del estacionamiento, al lugar del accidente que él y Winter habían causado hacía poco. Con la mezcla perfecta de enojo, frustración y reacciones, sin saber lo que Dozer había previsto, todos los guardias salieron de sus escondites y corrieron detrás del deslizador.

Dozer sonrió ligeramente. Perfecto. Ahora todo lo que necesitaba hacer era mantener el vehículo brincando de un lado a otro lo suficiente para que el conductor no pudiera activar el interruptor para apagar el motor; dejar que los guardias buscaran al rufián, que seguramente creerían que se encontraba en algún lugar cercano a donde el vehículo había volado; y luego hacer que el deslizador regresara volando. Antes de que los guardias pudieran regresar, tendría que poner de cabeza el vehículo, abrir la puerta, tomar el cryodex del bolso de Aziel, mientras el falleen y sus guardias estaban todavía demasiado aturdidos como para hacer algo, y salir de aquí.

—Con cuidado. Tres de ellos están entrando a uno de los otros deslizadores terrestres —le advirtió Winter.

Dozer sintió cómo su sonrisa se convirtió en una mueca. Está bien, así que los guardias de Aziel no eran tan tontos como había pensado. Estaban cubriendo sus bases: un grupo se haría cargo de la búsqueda al nivel del suelo, mientras el otro iría por el aire. Lo cual significaba que tenía menos tiempo del que había pensado para terminar esto.

—¿Puedes echar a andar un aerodeslizador? —le preguntó a Winter.

—Probablemente —le contestó. Vio de reojo cómo ella empezaba a mirar alrededor—. ¿Alguno en especial?

—Olvídalo —dijo Dozer. Se acercó a ella y le puso el panel de control en las manos—. Adelante, atrás, a los lados, sacudir, propulsión —dijo rápidamente, tocando cada control para identificarlo—. Mantenlo de ese lado y no permitas que deje de moverse.

—Dozer…

—Si se cae del cielo, quiere decir que el conductor apagó el motor; entonces nos rendimos y nos vamos —agregó, volteando a ver los vehículos que estaban estacionados cerca.

El OS-20 que estaba a dos vehículos, decidió.

—Dozer… ¡Tenemos visitas!

Dozer se dio la vuelta. Un aerodeslizador negro llegó rugiendo por la entrada que no habían bloqueado; otros dos se encontraban flotando en posición de guardia detrás de él. El primer vehículo se había detenido justo dentro del garaje mientras el conductor aparentemente evaluaba la situación.

—Son hombres de Villachor —dijo Winter tensa—. Las placas de identificación…

—Sí, sí —la interrumpió Dozer, arrebatándole el panel de control—. Consíguenos un vehículo. Yo los detendré.

Los recién llegados habían terminado su evaluación; comenzaron a moverse hacia el deslizador flotante de Aziel… Y viraron bruscamente hacia un lado, tratando de quitarse del camino, pues Dozer les había enviado directamente el vehículo intervenido.

El otro piloto casi evita el choque. El deslizador de Aziel logró darle un golpe lateral, haciendo que el otro vehículo rebotara hacia la pared de al lado con un impacto demoledor. Un movimiento lo hizo voltear la cabeza: el otro deslizador terrestre de Aziel

había dejado el suelo, con los propulsores al máximo poder, dirigiéndose al vehículo intervenido.

Y así, las posibilidades de Dozer habían bajado repentinamente a cero. Con otros dos vehículos participando, y dos más flotando afuera, esperando su oportunidad para entrar, sólo era cuestión de tiempo hasta que lograran encerrar el vehículo de Aziel el tiempo suficiente para que el conductor pudiera despegarse de los asientos y llegar al interruptor de apagado. Era ahora o nunca.

—Cúbrete —espetó, y giró el control con fuerza. El vehículo secuestrado se dio la vuelta para chocar de nuevo con el vehículo entrante. Dozer cambió de nuevo la dirección y lo movió rápidamente hacia el lugar donde él y Winter estaban escondidos. De reojo pudo ver que los otros dos vehículos de afuera habían desaparecido. Trajo el vehículo casi hasta donde estaban, lo estrelló una última vez contra el techo, luego lo volteó de cabeza y lo dejó caer justo frente a ellos. No tenía idea de cuánto les tomaría a los hombres y al falleen que estaba dentro recuperarse de ese doble golpe. Tampoco tenía pensado quedarse lo suficiente como para averiguarlo. Saltando del lugar donde estaba, corrió hacia el vehículo que estaba boca arriba, presionó el control del seguro y abrió la puerta.

El interior del deslizador estaba casi tan dañado como el exterior. Aparentemente, Aziel había instalado un bar miniatura de bebidas para su conveniencia y su contenido ahora se encontraba tirado o goteando por los lujosos asientos.

Pero nada de eso importaba. Todo lo que importaba era que el cryodex se encontraba sujeto en la cintura del falleen y no había ningún bláster apuntándole a la cara. Dozer desató el bolso de la cintura, retrocedió y empezó a correr hacia los turboascensores. Ya no había tiempo de conseguir un aerodeslizador, lo sabía, aunque hubiera algún lugar a donde ir con él. Su única oportunidad era intentar escapar de la persecución del garaje y arriesgarse en tierra.

Winter estaba en cuclillas junto a uno de los aerodeslizadores, intentando abrirlo. Dozer le tomó la muñeca al pasar, la puso de pie y empezó a arrastrarla detrás de él. A sus espaldas, la puerta del garaje explotó con el destello y furia de varios disparos de blásters. Dozer se sacudió cuando varios de los rayos pasaron por encima de ellos. Pensó en mirar atrás para ver qué tan cerca los venían siguiendo, pero decidió que necesitaba concentrar toda su atención en correr. Los turboascensores se encontraban a no más de treinta metros. Las puertas se abrieron, todas al mismo tiempo… y con una maldición de terror, Dozer se detuvo. En un abrir y cerrar de ojos, la situación se había acabado repentinamente.

El juego se había acabado; él y Winter habían perdido.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Villachor había estado esperando impacientemente en la antesala de la bóveda casi dos minutos cuando Sheqoa finalmente apareció. Pero no venía solo. Había traído invitados.

—¿Qué están haciendo ellos aquí? —exigió saber—. No le llamé a nadie más que a ti.

—Yo tampoco le llamé a nadie, señor —gruñó Sheqoa—. Ellos se invitaron solos. Y no pensé que tuviera tiempo de matarlos.

Villachor lanzó una mirada furiosa a los dos matones, con una verdadera tentación de ordenarles que se fueran y reforzar el mando con los zeds que ahora se encontraban inmóviles frente a la puerta de la bóveda. Pero Sheqoa tenía razón. Habría tiempo de lidiar con los matones de Qazadi luego.

Con un resoplido burlón, les dio la espalda. ¿Querían ver? Bueno, que vean. Él seguía siendo el Maestro de Marblewood, de la bóveda de Marblewood y de todo lo que había dentro. Y por el momento, no había nada que los hombres de Qazadi o incluso Qazadi pudieran hacer al respecto. Se dirigió hacia el zed llave, llevó su mano al rostro del droide para la confirmación usual de aroma. Sheqoa y él entrarían, decidió, revisarían dos veces que la caja fuerte estuviera segura, luego reconfigurarían a los zeds de dentro por cualquier posible intrusión. En ese momento, podrían irse o quedarse a esperar con ellos.

Frunció el ceño. Su mano todavía se encontraba junto a la cara del zed, pero el zed sólo estaba parado ahí.

—Huele —le ordenó, acercando un poco la mano. La contraseña de colonia no podía haberse desvanecido. *Jamás* se desvanecía—. Dije que *olieras* —repitió, esta vez presionó su mano al metal.

Apenas tuvo tiempo de quitarla antes de que el zed cobrara vida. Una de sus enormes manos se estiró hacia el brazo de Villachor y la otra tomó el látigo neurónico que tenía enrollado a su lado.

—¡Señor! —dijo Sheqoa, saltando hacia adelante.

—Ya sé, ya sé —masculló Villachor al tiempo que se movía rápidamente hacia atrás para estar fuera del alcance del látigo. Los zeds estaban programados para reaccionar fuertemente si alguien los tocaba.

Y las implicaciones plenas de esa reacción le helaron la sangre. El intruso había modificado la programación de los zeds; era cierto, justo como el policía del cuarto de control de droides les había advertido. Pero no nada más los había apagado, como un ladrón sin imaginación hubiera hecho, sino que había reprogramado sus lealtades, cambiándolos de bando, para que, en vez de mantener fuera a los intrusos, mantuvieran fuera a Villachor.

Sólo había una razón para hacer algo tan complicado y tan tardado: para conseguir más tiempo del otro lado. El intruso no estaba esperando entrar a la bóveda. *Ya estaba dentro.*.

Maldijo, tomó su comunicador y se contactó con Kastoni.

—¿Ya se despertó Purvis? —gritó.

—No lo sé, señor —dijo Kastoni—. Bromley y otros dos técnicos lo llevaron a él y a los demás a la enfermería.

—No importa —lo interrumpió Villachor. ¿Así que el intruso pensaba que podía poner a los zeds en contra de su amo? Bueno. Dos podían jugar ese juego—. Ve al panel de control zed y abre la pantalla de estado.

—Sí, señor.

Villachor le hizo una seña a Sheqoa para que se acercara.

—¿Todavía tienes hombres en la sala de espera? —le preguntó en voz baja.

—Sí, señor, cinco —confirmó Sheqoa—. Uzior está a cargo.

—Diles que se alisten —ordenó Villachor—. Armadura completa, y que vengan para acá lo más pronto posible.

—Sí, señor. —Sheqoa puso la mano en su clip comunicador, volteando a ver a los hombres de Qazadi que estaban a un lado—. ¿Señor?

—Lo sé y no me importa —gruñó Villachor—. El intruso está ahí dentro, o estará pronto, y está haciendo que los zeds intercedan a su favor. Así que los quitaremos de la operación.

Sheqoa observó las dos filas de zeds.

—Sí, señor —dijo, sin sonar muy contento con la idea—. Señor, ¿acaso cree que…?

—Tengo la pantalla de estado, señor —interrumpió Kastoni.

—Ve a la casilla de entrada de la esquina superior izquierda —ordenó Villachor. Cerró los ojos y visualizó la secuencia—. Introduce los siguientes números: ocho, cuatro, cinco, cinco, dos…

Dijo la secuencia completa, luego hizo que Kastoni la leyera.

—Muy bien —dijo Villachor—. Ahora presiona el botón de activar.

—¿Puedo preguntar qué está haciendo, Maestro Villachor? —preguntó uno de los hombres de Qazadi.

—Estoy resolviendo un problema —respondió Villachor con una mueca—. Confío en que ustedes no estén planeando convertirse en otro.

—No, señor, en absoluto —le aseguró el hombre, sonriendo ligeramente. Pero Villachor notó que la sonrisa no se extendía a sus ojos. Y su mano se encontraba muy cerca de su bláster.

No fue hasta que las pisadas empezaron a sonar en el pasillo fuera del armario de electricidad cuando Han realmente empezó a creer que todo esto podía funcionar.

Era un pensamiento asombroso. La mayor parte del tiempo pensaba que sus planes tenían más o menos una probabilidad de éxito del 50 por ciento, e incluso sólo si trataba de resolver todo como loco cuando la idea original comenzaba a venirse abajo. Pero este, por alguna razón, parecía estar funcionando justo como debía. Sin contar algunas pequeñas fallas que habían tenido en el camino, claro.

—Parece que son cinco —murmuró Bink, con la oreja pegada a la puerta—. Y tienen prisa.

—Parece que Han y su tarjeta mágica de datos lo lograron —dijo Zerba. Parecía incluso más sorprendido que Han de que el plan estuviera funcionando—. ¿Qué tenía, en todo caso?

—Sólo una base simple de flujos de perfume —dijo Bink, luego introdujo una delgada línea óptica por debajo de la puerta y se colocó la pieza del ojo—. Del tipo que se adapta a la química de tu cuerpo a lo largo del día. Con tocarlo una vez fue suficiente para introducir los reactivos solventes en la colonia de la mano de Villachor y alterarla lo suficiente para que los zeds no pudieran reconocerla. Muy bien, parece que no hay nadie.

Han asintió.

—Yo iré primero —dijo.

El pasillo, en efecto, se encontraba desierto. Los guardias que acababan de pasar retumbando se habían acordado de activar la cerradura de la puerta de la sala de espera al salir, pero era una cerradura sencilla, así que Bink la abrió en segundos. Los cuatro se introdujeron a la sala, cerrando la puerta detrás de ellos.

Era una copia tan cercana a una sala de espera de clase militar como cualquiera que Han había visto. Dos de las paredes estaban cubiertas con los trajes de imitación de droides zeds que Kell les había advertido, montados en el mismo tipo de estructura de autovestimenta de varios brazos que los stormtroopers imperiales utilizaban para ponerse sus armaduras. Las otras paredes estaban cubiertas con casilleros para ropa, armarios de equipo y un aparador de refrigerios como el de la estancia donde Han se había escondido antes. En el centro del cuarto había un par de mesas de juego y sillas; un grupo de literas de tres pisos se podía ver a través de una puerta abierta en el cuarto trasero.

—¿Dónde empezamos? —preguntó Bink.

Estaba agachada entre dos mesas, sosteniendo un sensor pequeño justo al ras del suelo.

—Aquí estaría bien —dijo y dibujó un pequeño círculo con su dedo sobre la delgada alfombra—. ¿Zerba?

—¿Qué tan profundo? —preguntó, agachándose después de ella y activando su sable de luz.

—Unos diez centímetros —dijo, mientras colocaba un gancho en la alfombra en ese punto—. No tiene que ser muy preciso, no hay cables sensores debajo.

Asintió y cortó con cuidado un círculo alrededor del gancho, cerró el sable de luz y Bink sacó el tapón.

—Ahora, si hicieron esto bien —comentó, mientras introducía una punta de su línea óptica en el agujero y la movía—, debería haber una red entrecruzada de cables sensores… Sí, aquí están. Muy bien, Zerba: un círculo de un metro de diámetro de *aquí* a *aquí*. De esta profundidad. —Le mostró el tapón como ejemplo—. Esta vez, es importante ser preciso.

—Claro. —Zerba encendió su sable de luz de nuevo y se puso a trabajar.

Han empezó a examinar la habitación; de pronto lo asaltó un pensamiento extraño. Su parte del trabajo de campo terminó con la entrega de la tarjeta de datos falsa a Villachor. De hecho, en el plan original, debería estar en este momento en la *suite*, viendo el terreno de Marblewood con electrobinoculares y ayudando a Rachele y a Winter a coordinar el resto de la operación. Aquí, en este momento, realmente no tenía nada que hacer.

Sus ojos se posaron en la fila de trajes blindados. O tal vez sí tenía.

—¿Kell? —dijo suavemente, caminando hacia el traje más cercano. No parecía demasiado complicado ponérselo.

—¿Qué? —preguntó Kell, acercándose a él.

—¿Sabes algo sobre estos?

—Nada específico —dijo Kell, pasando sus dedos pensativamente por el metal del casco—. Soporte vital completo, probablemente. Seguro también tiene potencia de refuerzo de ecomovimiento, pantalla de medio rostro, capacidad de comunicador y un repertorio parcial de sensores. Quizá puntería óptica también.

—Gracias —dijo Han lacónicamente. Lástima que el chico no supiera nada específico—. Ayúdame con esto, ¿no?

—¿Vas a algún lado? —preguntó Bink, levantando la vista de lo que estaba haciendo Zerba.

—Pensé en bajar a ver qué está haciendo Villachor —le dijo Han, jalando tentativamente el torso de la armadura. Era fácil levantarlo con el contrapeso del brazo del marco de autovestimenta—. Parece que ustedes tres tienen todo bajo control aquí, ¿no?

—Prácticamente —dijo Bink mientras ella y Zerba levantaban el pedazo circular del piso y lo hacían a un lado.

Han estiró el cuello para ver el interior del agujero al mismo tiempo que introducía su pierna izquierda y cadera en la parte inferior de la armadura. Debajo del piso principal había una multiplicidad de redes entrecruzadas de cables, separadas por unos centímetros y montadas en el subsuelo.

—¿Esa es la alarma?

—Esa es —confirmó Bink—. Un campo de fluctuación aleatoria de pulso variable, para ser específicos. Puedes poner puentes en las líneas todo el día y aun así no encontrar todas las combinaciones posibles.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Kell.

—Primero nos aseguramos de que no haya sorpresas indeseables esperándonos ahí abajo —respondió. Luego tocó una parte del subsuelo entre dos cables—. ¿Zerba? Un agujero justo aquí, si es posible. Tan pequeño como puedas hacerlo.

Zerba asintió y encendió de nuevo su sable de luz. Esta vez, en lugar de cortar con el filo, insertó la hoja directamente en el piso. Luego, rápidamente lo guardó.

—Supongo que un sable de luz corta placas reforzadas con sellos magnéticos sin problema —comentó.

—Nunca pensé que no lo haría —le aseguró Bink. Introdujo su línea óptica en el agujero; le dio varias vueltas.

—¿Entonces? —preguntó Han.

Con una exhalación, Bink sacó la línea y se reclinó hacia atrás.

—Lo hizo —anunció—. Villachor apagó a los zeds por nosotros.

—Eso es muy amable de su parte —dijo Kell—. ¿Qué hay de la alarma?

—Paciencia, criatura, paciencia —dijo Bink. Respiró profundamente, exhaló de nuevo y volvió a asomarse—. La primera tarea es desacelerar todo a una velocidad manejable —continuó, introduciendo su línea óptica en el agujero de nuevo y girándolo lentamente—. Mira, el interruptor de cascada del regulador y generador aleatorio para todo el circuito se encuentra… de ese lado. —Apuntó a la pared que estaba bajo el aparador—. Darles en el lugar correcto hará más lento el patrón de pulso variable sin apagarlo por completo y, por lo tanto, no se activará ninguna alarma.

—¿Necesitas que haga un agujero de ese lado? —preguntó Zerba, al tiempo que empezaba a ponerse de pie.

—No te molestes —dijo Bink. Sacó su bláster de la funda, lo bajó por el agujero, lo alineó minuciosamente con la línea óptica y presionó el gatillo con cuidado. El agujero se iluminó brevemente con el tiro, ajustó un poco la puntería y disparó de nuevo. Colocó el bláster en el piso junto a ella y analizó los cables entrecruzados de nuevo con su sensor.

—Perfecto —dijo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Zerba.

—Hay un par de maneras de deshabilitar una red como esta —respondió—. Pero todas toman tiempo y tenemos prisa. Así que vamos a ser listos —señaló con la cabeza uno de los armarios de equipo que se encontraban detrás de ella—. Zerba, pásame uno de esos látigos neurónicos, ¿sí?

—Un látigo neurónico —repitió Zerba, frunciendo el ceño, al tiempo que se levantaba.

Han volteó a ver la colección de armas que se encontraba junto a su armadura. Junto a una docena de blásters había dos látigos.

—Toma —dijo, quitando uno de su clavija y aventándoselo a Bink—. No puedo esperar a escuchar esto.

—En realidad es muy simple —dijo al tiempo que lo desenroscaba—. Los látigos neurónicos se adaptan a las características neurales de cualquier piel que toquen, ¿no?

La boca de Kell se abrió de asombro.

—Estás bromeando.

—Para nada —le aseguró mientras colocaba cuidadosamente el látigo en un círculo encima de la red de cables—. No es lo suficientemente rápido para adaptarse a un campo de pulso variable normal, por lo que nadie se preocupa por ellos. Pero si desaceleramos el generador aleatorio, el látigo debe captar los pulsos entrantes y repetirlos sin problemas.

Después de hacer un último ajuste a la posición del látigo, introdujo su mano y activó el interruptor.

Hubo un chisporroteo en el látigo, acompañado de un destello de luz azul clara. El látigo brilló de nuevo, luego la luz se convirtió en un parpadeo azul.

—Y eso debería ser suficiente —concluyó Bink.

—¿Necesitamos preocuparnos por el «debería ser» de esa oración? —preguntó Zerba.

—Vamos a averiguarlo —Bink señaló el agujero—. Haz otro agujero, Zerba. Asegúrate de mantenerte dentro del círculo del látigo.

Zerba lo hizo lentamente y con cuidado, claramente esperando que el estruendo de alarmas sonara en algún lugar a la mitad de la operación e igualmente sorprendido cuando eso no sucedió. Mientras Zerba trabajaba, Bink desdobló un pequeño pero firme elevador de trípode y lo colocó sobre el agujero. Han podía ver el esfuerzo de sus piernas cuando comenzó a tomar el peso de la sección de subsuelo y de la placa reforzada que se encontraba debajo. Para el momento en que Kell colocó el casco en la cabeza de Han, ya habían cortado el agujero y sacado el tapón. Ahora estaban quitando el material circular del camino.

—¿Cómo se ve? —preguntó Han.

—Velo tú mismo. —La voz apagada de Bink llegaba débilmente a través del casco.

—¿Cómo? —gruñó Han, mirando con ira la oscuridad frente a él.

De pronto, el interior del casco se iluminó con una vista del cuarto, sobrepuesta con marcas de distancia. Había un pequeño recuadro con una versión infrarroja de la vista en la esquina superior derecha y otro recuadro igualmente pequeño de la vista trasera en la esquina izquierda.

—¿Está mejor? —la voz de Kell se escuchaba normal en sus oídos.

—Sí —dijo Han, revisando la pantalla. Había una barra de estado a lo largo de la parte inferior de la imagen que marcaba la configuración del comunicador, los niveles de energía, los niveles acústicos y opciones de sensor avanzadas.

—Los controles deberían estar justo aquí —dijo Kell, dándole la vuelta al brazo de Han y señalando la parte interior de la muñeca—. ¿Ves algo?

—Ahora sí —dijo, sonriendo. Donde antes sólo había visto metal, desde afuera del traje, la pantalla ahora mostraba una media docena de botones y deslizadores táctiles. Para probar, intentó tocar con su mano derecha el botón del telescopio, luego movió su dedo por el deslizador. La imagen frente a él saltó, haciendo *zoom* a los controles, el brazo y la sección del piso que se encontraba detrás de ellos.

—Sí, ya entendí —dijo. Regresó el deslizador y apagó el botón del telescopio—. ¿Hay un lugar aquí dentro donde pueda poner un comunicador extra? Supongo que este está conectado al circuito de seguridad.

—Sí, debe haber espacio aquí —dijo Kell, tocando el casco detrás del reborde de la mejilla derecha—. Hay una entrada de aire escondida detrás del reborde. A ver si puedo introducir el mío ahí dentro… Muy bien, ya debe estar. ¿Zerba?

Zerba sacó su comunicador.

—¿Probando?

—Listo —dijo Han. El sonido del comunicador era débil, pero mientras no hubiera demasiado ruido afuera, debía ser capaz de escucharlo bastante bien—. Muy bien, buena suerte con la bóveda.

—Espera un momento. —Bink sacó un pequeño controlador de su bolsillo y se lo pasó a Kell—. Mientras estás agregando accesorios, Kell, ve si puedes encontrar un lugar para esto.

—No hay problema, debe caber debajo del comunicador —dijo Kell—. Déjame ver… ahí. Justo bajo el comunicador, Han. Empújalo para activarlo.

—Un momento —dijo Zerba, haciéndole una mueca a Bink—. Pensé que tú ibas a hacerte cargo de esa parte.

—Han va a bajar a ver el espectáculo de cualquier manera —señaló Bink—. Más vale que tenga el honor. Además, tendrá una mejor vista y ángulo que yo.

—Tiene razón —dijo Han al tiempo que veía el estante de armas. Lo único que le faltaba para completar su nuevo atuendo era algo que tuviera mucho poder en distancias cortas.

Sus ojos detectaron una pistola bláster pesada Caliban Modelo X: cincuenta tiros con carga completa, un alcance de sesenta metros y casi tan poderosa como un fusil bláster.

Colocó la Caliban en la funda derecha de su armadura. Luego, casi sin pensarlo, tomó el segundo látigo neurónico y lo colocó en su cadera izquierda.

—Cuídense —dijo al salir.

—Tú también —contestó Kell.

Un momento después, Han estaba en camino, andando con dificultad por el pasillo, con un mal presentimiento. Esta era la parte de la operación de Bink y, si lograba hacerlo, sería el punto más alto de toda su carrera. No había oportunidad en la galaxia de que ella le pasara su gran momento a él. No a menos de que tuviera una buena razón para hacerlo.

Desafortunadamente, esa razón no era difícil de adivinar. En el momento en que abriera la caja fuerte, iba a dirigirse a la mansión a buscar a su hermana.

Murmuró una maldición y sintió que el aliento rebotaba en la pantalla hacia sus labios. El problema era que jamás lo lograría. No sola. De ninguna manera sola y no con toda la fuerza de seguridad de Marblewood tan agitada como se encontraba. La división de tareas en la operación había sido muy clara: Lando y Chewbacca en el norte de la mansión irían por Tavia; Bink, Zerba y Kell en el punto sur se encargarían de la caja

fuerte. Ese había sido el arreglo desde el inicio y ninguno de los últimos ajustes de Lando había cambiado eso. Bink, aparentemente, iba a ir de cualquier manera.

Y no había nada que Han pudiera hacer al respecto. No a menos que quisieran dejar el trabajo e ir todos en grupo por Tavia, pero habían llegado demasiado lejos para hacer eso.

Su única esperanza era que Bink se calmara y pensara bien las cosas. Mientras Qazadi no supiera quién estaba de qué lado y cuáles eran los lados, sería un tonto si presionaba demasiado a Tavia. Especialmente con la cuestión del cryodex todavía en el aire. Si Bink se relajaba un poco, tal vez se daría cuenta de que podía dejar que Lando y Chewbacca sacaran a su hermana. Porque si no lo hacía, podrían acabar con dos prisioneros en vez de rescatar uno.

Y era muy probable que Qazadi decidiera que no había razón para mantenerlas a *las dos* vivas.

Con el chisporroteo del antiguo propulsor químico, el primero de los fuegos artificiales voló del suelo del terreno de Marblewood. El propulsor se quemó y hubo un momento de anticipación, pues no parecía suceder nada. Luego, con un estallido de colores vibrantes, el cohete explotó, lanzando pequeñas estrellas al aire para que volaran, bajaran y se difuminaran en el olvido.

Sentado junto a una de las torres de chimeneas, donde las sombras eran más oscuras, Dayja frunció el ceño. Los fuegos artificiales, sabía, eran la conclusión tradicional del Festival de los Cuatro Homenajes. Pero esa conclusión debía esperar a que fuera completamente de noche, y todavía faltaban quince o veinte minutos para eso. ¿Había salido algo mal?

Quizá. Por otro lado, tal vez alguien había notado que la avalancha de droides descontrolados amenazaba con provocar un éxodo masivo de los visitantes y estaba intentando frenarlos adelantando un poco el inicio de los fuegos artificiales.

Si ese era el plan, definitivamente parecía estar funcionando. Cuando un segundo cohete chisporroteó hacia el cielo y estalló, Dayja pudo ver que el flujo de personas que se dirigían hacia las salidas había disminuido, pues los visitantes regresaban a ver el espectáculo. Aunque…

Con el ceño fruncido, Dayja abrió su holocámara falsa y extrajo un cuchillo y unos pequeños pero poderosos electrobinoculares que estaban dentro. Introdujo el arma en su manga, donde podía alcanzarla fácilmente si la necesitaba, activó los binoculares y enfocó el pequeño muro que rodeaba el terreno. De acuerdo con las tenues luces indicadoras, el escudo paraguas de Marblewood seguía activo.

Un tercer cohete explotó en el cielo; formando con sus estrellas una flor serise. Dejar el escudo encendido para estos cohetes pequeños no era problema. Pero los cohetes más grandes y elaborados de más tarde estaban diseñados para viajar mucho más alto antes de

explotar. Si el escudo seguía encendido para entonces, iban a explotar muy pronto o posiblemente incluso rebotar hacia el público.

Tal vez Villachor ya había pensado eso e iba a quitar el escudo antes de que el espectáculo llegara al punto de poner en peligro a los visitantes. O tal vez poner en peligro a los visitantes era exactamente lo que alguien más tenía en mente.

De cualquier manera, sería muy interesante de ver.

La grande y redonda caja fuerte estaba en medio de la habitación, moviéndose laboriosamente en su plataforma flotante, cuando Bink se deslizó por el agujero en el techo.

Sintió alivio cuando vio que los zeds, desperdigados por el cuarto, permanecían inmóviles y en silencio. Siempre había existido la posibilidad, no importa cuán remota, de que Villachor reconsiderara su estrategia y los reactivara. Observándola desde el agujero sobre ella, Zerba y Kell estaban casi tan silenciosos como los droides. Lo cual estaba bien, pues Bink no tenía humor para hablar con nadie en este momento.

¿Acaso Han se había dado cuenta? Probablemente. Podía ser muy bueno para juzgar a las personas cuando se lo proponía y la conocía lo suficiente como para poder leer sus reacciones. Por supuesto, el hecho de haberle dado el gatillo extra debió ser toda la pista que necesitaba.

Pero no había hecho nada para detenerla. Ni siquiera había dicho nada. Probablemente porque sabía que era una pérdida de tiempo. Pues Tavia estaba en peligro, y Bink había sido quien la había puesto en esa situación. Por más que le cayera bien y confiara en Chewbacca, no tenía ninguna intención de dejar que él se hiciera cargo solo.

Pero primero tenía un trabajo que hacer, aunque sólo fuera para asegurarse de que su hermana nunca más estuviera en esta clase de peligro.

Llegó al piso con un ligero golpe, volteó a ver la puerta una vez y luego se dirigió hacia la caja flotante, estudiándola mientras caminaba. Justo como Rachele la había descrito, la plataforma se encontraba rotando lentamente mientras seguía su camino alrededor del salón de baile. No iba muy rápido, probablemente daba una vuelta cada tres minutos. Desafortunadamente, en este punto cualquier rotación era un problema. Por lo tanto, su primera tarea era detenerla. Escuchó un golpe sordo detrás de ella y volteó para ver a Kell desenganchándose de la sinteticuerda.

—¿Hay algún lugar en especial donde quieras que empiece? —le susurró.

—No necesitas susurrar —le dijo Bink—. Este lugar está completamente aislado.

Kell miró hacia arriba, como si fuera a señalar que el agujero encima de ellos definitivamente no estaba aislado. Afortunadamente, pareció pensarlo dos veces.

—Estaba pensando que debemos detener el movimiento de la plataforma —continuó en una voz sólo un poco más fuerte, al tiempo que se acercaba apresuradamente a ella—. De otra manera, los tiempos…

—Exactamente —lo interrumpió Bink—. ¿Crees que puedas hacerlo sin tirar todo?

Kell asintió.

—No hay problema.

—Entonces hazlo.

Asintió de nuevo y se adelantó. Sacó su caja de herramientas compacta y una carga pequeña de detonita. Bink observó a Zerba bajar por la cuerda; aterrizó con mucha mayor facilidad que ella o Kell.

—¿Estás listo? —preguntó.

—Claro —dijo, acercándose a ella rápidamente—. ¿Podrás encontrar la puerta? No me encanta la idea de empezar a picar esa cosa aleatoriamente.

—A mí tampoco me encantaría —dijo Bink—. No te preocupes; la encontraré.

Las escaleras se abrieron cuando se acercaron, como Rachele había dicho que lo harían. Bink subió a la plataforma y empezó a darle vueltas, pasando sus dedos por la superficie del duracreto, buscando las marcas delatoras que Winter había identificado. A la mitad de la operación, sintió que la plataforma se detuvo suavemente.

—Listo —dijo Kell desde abajo—. Empezaré a poner las cargas.

—Muy bien —le respondió Bink, haciendo una mueca a la caja fuerte. Sería sólo mala suerte si había empezado a buscar justo después de las marcas y tuviera que recorrer el diámetro de nueve metros y medio de la esfera antes de encontrarlas. Pero hoy el universo había decidido jugar limpio. Dos pasos más adelante, encontró las marcas.

Los agujeros están a la derecha, había dicho Winter. Preparándose, Bink introdujo sus dedos en los agujeros.

Y con una gratificante facilidad, el segmento inferior se dobló hacia abajo, justo como la simulación de Rachele había mostrado. Bink dio un paso hacia un lado para quitarse del camino mientras se acomodaba en la plataforma y luego se asomó dentro.

El túnel tenía su propio sistema de iluminación: un conjunto de luciérnagas fijadas en el techo con un panel brillante más grande sobre la puerta de piedra negra y el teclado al final.

—Espero que no me vayas a pedir que corte eso —le advirtió Zerba detrás de ella—. Estuve leyendo sobre la piedra de Hijarna. Dudo que mi sable de luz pueda con ella.

—No pensaría poner tu sable de luz a hacer eso —le aseguró Bink. Sacó su sensor y se introdujo en el túnel. El spitmisor que se encontraba dentro de la tarjeta de datos falsa había estado mudo desde que Villachor lo había encerrado en la caja fuerte, por lo que su transmisor de baja potencia era incapaz de enviar una señal a través de la piedra de Hijarna y las paredes selladas magnéticamente de la bóveda. Pero Tavia había calculado que podría hacer llegar la señal a través de la piedra si el recibidor estaba lo suficientemente cerca de la caja fuerte.

Como era usual, había tenido la razón. La señal era débil pero legible.

—¿Qué tenemos? —preguntó Zerba.

—Villachor abrió la caja fuerte tres veces más en los últimos cuatro días —dijo Bink con satisfacción.

—Así que cuatro veces en total, contando la vez que lo puso dentro —dijo Zerba, dudoso—. No lo sé. Va a ser difícil extraer un patrón con sólo cuatro puntos.

—Rachele y Winter pueden hacerlo —dijo Bink con firmeza saliendo de nuevo hacia la plataforma—. ¿No tienes trabajo que hacer?

—Sólo estaba esperando ver que no se fuera a ningún lado —dijo Zerba. Se asomó por la orilla de la plataforma—. ¿Kell?

—No se va a ir a ningún lado —confirmó Kell—. Y si no terminamos esto antes de que lleguen los hombres de Villachor, ninguno de nosotros iremos a ningún lado tampoco.

—Buen punto —dijo Zerba. Se asomó a ver la puerta, luego le dio la espalda y se agachó junto al corto pilar que conectaba la bola de duracreto con la plataforma. Encendiendo su sable de luz, se puso a trabajar.

Bink dio unos pasos hacia atrás para alejarse de él y del ruido de su sable de luz, luego prendió su comunicador. Rachele contestó casi antes de que sonara la alerta de llamada.

—¿Bink?

—Sí —confirmó Bink—. Ya estamos aquí. ¿Puedes conectar a Winter?

—Lo estoy intentando —dijo Rachele tensamente—. No he escuchado de ella ni de Dozer desde que entraron.

Bink apretó su comunicador.

—¿Crees que les sucedió algo?

—No lo sé —dijo Rachele—. Empiezo a preguntarme si vamos a tener otra misión de rescate en nuestras manos.

Bink siseó entre sus dientes.

—Espero que no.

—Yo igual —dijo Rachele—. De cualquier manera, creo que tú y yo vamos a tener que trabajar solas.

Los cinco guardias acorazados entraron con dificultad por la puerta de la antesala, para el alivio y molestia de Villachor. Ya era la krifada hora.

—Quiero entrar a mi bóveda —gruñó—. Esos zeds están en mi camino. Muévanlos.

—Sí, señor. —La voz filtrada de Uzior venía del guardia líder—. Los quitaremos inmediatamente.

Villachor vio de reojo a Barbas y Narkan, que seguían parados en silencio junto a la puerta, con una expresión ilegible. Probablemente ya estaban pensando cómo iban a informar de esto a su jefe.

Que lo hagan. Que digan lo que quieran. De una u otra manera, Villachor iba a salir adelante.

—Háganlo rápido —le dijo a Uzior—. Muy rápido.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

El juego terminó, pensó Winter fríamente. Lo había jugado bien y había sobrevivido mucho más tiempo del que había esperado. Definitivamente más que muchos de sus compañeros. Pero ahora había terminado. Y ella había perdido.

Eran por lo menos, calculó impávida, mientras los veía salir de los turboascensores, 30 stormtroopers imperiales; sus armaduras blancas brillaban más de lo que deberían bajo la luz opaca del estacionamiento, sus fusiles blásters estaban listos, mientras se dispersaban con una eficacia silenciosa por el estacionamiento.

—Hasta aquí llegó nuestro intento de escape —murmuró Dozer junto a ella—. Por lo menos sabemos por qué esos dos aerodeslizadores de pronto encontraron otro lugar donde estar.

Winter miró por encima de su hombro. Flotando afuera de la entrada del estacionamiento, reluciendo como las armaduras de los stormtroopers en las difusas luces de la ciudad, se encontraba una nave imperial de aterrizaje, clase Sentinel; sus cañones láser y blásters giratorios cubrían la entrada del estacionamiento.

—Ustedes —dijo bruscamente una voz filtrada.

Winter se dio la vuelta. Dos de los stormtroopers se habían acercado a ella y a Dozer, sin apuntarles *exactamente* con sus fusiles blásters.

—Vengan con nosotros.

Y ahora el juego *realmente* había terminado.

Otro hombre había salido de los turboascensores para cuando Winter y Dozer llegaron. Él causaba cierta sorpresa: era un hombre mayor con el rostro rubicundo, cuerpo mucho más ancho de lo que podía permitirse un oficial superior de la flota y un atuendo casual, pero costoso. Alguien importante, a juzgar por la manera en que la escolta de stormtroopers se enderezó con atención cuando se detuvieron frente a él.

—Oh —dijo el hombre, sus labios sonreían perspicazmente, sus ojos agudos, claros y atentos—. ¿Eso es todo?

—¿Todo qué? —preguntó Dozer, con un genuino asombro en su voz—. No sé qué está pasando aquí, maestro, pero estoy contento de que usted y sus tropas hayan llegado. Esas personas —señaló con un pulgar por encima de su hombro—, se estaban volviendo locas ahí dentro. Simplemente *locas*.

—Es cierto —dijo el hombre con calma—. Volando como unos maniacos, ¿no es verdad?

—Y chocando contra el techo y contra los vehículos estacionados y simplemente destruyendo todo el lugar —dijo Dozer, adornando su historia—. Estaba seguro de que íbamos a morir.

—Seguramente una experiencia aterradora —se conmiseró el otro, casi como si realmente lo creyera—. Pero no se preocupen. Todo terminó. Nos llevaremos a todos y arreglaremos todo. —Señaló el costado de Dozer con la cabeza—. Y muchas gracias por recuperar mi bolso por mí. No sé cómo lo hizo, pero estoy muy complacido de que haya podido recuperarlo antes de que esta conmoción lo dañara aún más.

Winter sintió que su corazón se detenía. Así que los imperiales sabían del cryodex.

—¿Su bolso? —preguntó Dozer. Volteó a ver su mano con el ceño fruncido—. No, no, este es…

—Ese es mi bolso, el cual me fue robado —el hombre lo interrumpió con firmeza—. Por eso es que cuando recibí informes de su localización, llamé de inmediato al Capitán Worhven, del destructor estelar *Dominator*, y le pedí que lo recuperara. —Sonrió de nuevo. Esta vez la sonrisa tenía un borde frágil—. Estoy seguro de que entiende lo difícil que a veces puede ser trabajar con los locales.

Winter pasó saliva. Especialmente cuando los locales estaban prácticamente pagados y bajo el mando de Villachor y del Sol Negro. Este hombre ciertamente sabía. Lo sabía todo.

—Nos dio gusto poder ayudar —dijo Winter, dándole un empujón a Dozer. Bajo las circunstancias, realmente no tenía sentido alargar más la situación.

Con un suspiro de resignación, Dozer le entregó el bolso.

—Un enorme gusto —dijo.

—Gracias —dijo el hombre. Abrió el bolso y revisó su contenido—. Sí, este es, comandante —confirmó.

Lo cerró y lo entregó al stormtrooper que se encontraba a su lado.

—Que sus hombres atrapen a todas las personas y las lleven al cuartel Tweenriver para interrogación. ¿Qué sucedió con esos dos aerodeslizadores, por cierto? Confío en que no haya dejado que se escaparan.

—No, señor, los tenemos —dijo el stormtrooper.

—Excelente —dijo el hombre—. No se permitirá ninguna comunicación por parte de los prisioneros, por supuesto.

—Sí, señor. —El stormtrooper señaló con la cabeza a Dozer y Winter—. ¿Qué pasará con estos dos?

El hombre volteó a ver a Winter y Dozer, y le pareció a Winter que esta vez su sonrisa tenía un dejo de placer irónico.

—El Maestro y la Maestra Smith pueden irse —dijo—. ¿Necesitan ayuda con su vehículo?

Hubo una breve pausa en la que Dozer aparentemente intentaba encontrar su voz.

—No —dijo—. Gracias. Nosotros nos las arreglaremos.

—Muy bien —dijo el hombre enérgicamente—. Adiós.

Se dio la vuelta y caminó de regreso hacia el turboascensor, con uno de los stormtroopers siguiéndolo respetuosamente.

El otro stormtrooper les hizo una seña con el bláster.

—Ya lo escucharon —dijo bruscamente—. Muévanse.

Sin esperar una respuesta, se adelantó y se dirigió hacia donde estaban los demás imperiales recolectando a los furiosos hombres de Aziel en pequeños grupos para desarmarlos y amarrarlos.

—Vamos —murmuró Dozer. Tomó el brazo de Winter y se dirigió de vuelta hacia el aerodeslizador en el que ella había estado trabajando—. ¿Está abierto?

—Sí —dijo Winter. Su cabeza daba vueltas. Esto debía ser un truco. Alguna especie de juego en que el depredador jugaba con su presa.

Todavía estaba esperando que el martillo cayera, cuando Dozer echó a andar el aerodeslizador, despegó y se dirigió cautelosamente hacia la salida, bajo la mira silenciosa de los láseres del Sentinel que estaba en guardia.

—Hasta ahí llegó nuestro secreto —dijo Dozer amargamente, mientras se elevaba hacia el tráfico que cruzaba por las luces de la ciudad.

—¿A qué te refieres? —preguntó Winter.

—¿No es obvio? —gruñó—. Los imperiales saben todo. Dejaron que tomáramos el cryodex por ellos y ahora nos dejaron libres porque tienen la esperanza de que también les podamos conseguir los archivos de extorsión.

Winter sintió un nudo en el estómago. Por supuesto. Había estado tan concentrada en su vida con la Alianza que había olvidado por un momento que esta vez estaba en un lado completamente distinto.

—El contacto de Eanjer —murmuró.

—¿Quién más? —dijo Dozer sombríamente—. Por eso sabía tanto sobre el Sol Negro y Qazadi.

—Me pregunto qué clase de trato hizo con Eanjer.

—Cualquiera que haya sido, no lo va a cumplir —dijo Dozer con seguridad—. Nosotros llegamos primero. Aun así, esto va a ser un buen acertijo para entretener a Villachor y a Qazadi un rato.

—¿Hablas de que Aziel y el cryodex hayan desaparecido sin dejar rastro? —preguntó Winter. Sacó su comunicador y lo probó. No servía; debían seguir dentro del campo de interferencia imperial—. No va a ser por mucho tiempo, ¿sabes? Tendrán que soltarlo.

—Claro, pero espero que sea hasta que nos hayamos ido.

—Espera —dijo Winter cuando su comunicador funcionó.

Se conectó.

—¿Rachele?

—Sí —dijo Rachele con alivio—. ¿Están bien? He estado llamando y llamando.

—Estamos bien —le aseguró Winter—. Los imperiales pusieron un campo de interferencia sobre el hotel.

—¿Los *imperiales*?

—Es una historia larga; no hay tiempo —dijo Winter—. ¿Qué pasó con Bink?

—Espera un momento —intervino Bink—. No puedes sólo decir eso. ¿Qué pasó con Aziel?

—Los imperiales llegaron y lo capturaron —dijo Winter—. A él y al cryodex.

—Lo cual puede beneficiarnos —agregó Dozer—. Dependiendo de qué tan rápido la red de espías de Villachor se entere de esto. Va a pensar que Aziel se ha unido al Imperio o que se ha escapado.

—No veo cómo eso nos beneficia —dijo Rachele—. Si creen que Aziel se escapó, podrían decidir presionar a Tavia para averiguar qué está haciendo.

—Excepto que sólo tienen la palabra de Sheqoa de que Tavia está involucrada en algo —señaló Dozer—. Sheqoa significa Villachor, y Qazadi no confía en Villachor más allá de su caja fuerte. No va a interrogar a alguien solamente porque Sheqoa dice.

—Miren, podemos hablar de esto después de que Bink abra la caja —dijo Winter—. ¿En qué vamos?

—Tres secuencias más de código —dijo Bink, leyéndolas—. Notarás que son de diferente extensión, lo cual quiere decir que no son sólo variantes de un código estándar de varios dígitos o algo así.

—Hasta ahora la computadora no ha encontrado patrones —dijo Rachele—. ¿Alguna idea?

Winter miró la ciudad que se extendía bajo ellos, visualizando el teclado estándar Superior Galáctico que Villachor estaba usando y superpuso las cuatro secuencias conocidas sobre él.

—Las series parecen estar en orden alfabético —dijo.

—Sí, ya habíamos captado esa parte —dijo Bink lacónicamente—. Tú eres quien ha leído todo lo que hay sobre Villachor. ¿Podría ser una lista de batallas famosas, o sus mascotas viejas, o escuelas…?

—Lo tengo —dijo Winter, pues todo cayó de pronto en su lugar—. Intenta esto: siete, dos, nueve, dos, tres, cuatro.

Hubo un breve silencio.

—No sirve —dijo Bink.

Winter frunció el ceño. ¿No sirve? Sonrió ampliamente. Por supuesto que no sirve. Eso le pasaba por no seguir las demás secuencias hasta el final.

—Intenta la misma secuencia, seguida de tres, dos, cinco, cinco, tres, tres, seis.

Otro breve silencio. Dozer los elevó a la siguiente aerovía y aumentó la velocidad.

—Esa es —dijo Bink, casi alardeando—. Está abierta… aquí vamos. Una caja de tarjetas del Sol Negro de chantaje, una caja *muy* bonita, más una pila de tarjetas de datos que sin duda Villachor odiaría perder. *Además* de un puñado de las fichas de crédito más bellas que jamás hayas visto.

—Me rindo —dijo Rachele, con una voz emocionada y desconcertada al mismo tiempo—. La computadora no puede encontrar ninguna cosa con esa secuencia.

—Es porque la computadora puede buscar palabras estándar pero no puede cubrir toda la gama de nombres propios —dijo Winter—. El código de hoy es *Qazadi Falleen*. Villachor está siguiendo una lista alfabética de los nueve vigos del Sol Negro, junto con sus respectivas especies.

—Hermoso —dijo Dozer—. Un sirviente lame botas. Además, es una lista que debe tener memorizada de cualquier manera.

—Exacto —dijo Winter—. ¿Cómo van las demás tareas?

—Vamos según el plan —dijo Bink—. Kell tiene mi sensor y está colocando las últimas cargas; Zerba está limpiando la caja fuerte y yo voy de regreso a la sala de espera.

—Sólo asegúrate de estar justo detrás de ellos cuando detonen las cargas —le advirtió Rachele—. Esa parte del universo va a ser un lugar muy insalubre por mucho tiempo después.

—No te preocupes, estaré bien —dijo Bink suavemente—. Nos vemos.

—Espera un momento. Todavía no termino de hablar sobre Tavia —dijo Rachele—. Quizá deberíamos enviar a Lando y a Chewie antes de lo planeado.

—Si hacemos eso, corremos el riesgo de perder los dos equipos —advirtió Dozer—. La idea era que todo sucediera al mismo tiempo para que Villachor no supiera a dónde ir. ¿Recuerdas?

—¿Han? —dijo Rachele—. Este es tu plan, en realidad. ¿Tú qué piensas?

—Hay que esperar el momento. —Llegó la voz de Han, suave y con un extraño eco—. No creo que Qazadi haga algo sin decirle primero a Villachor. Si nos enteramos de eso, lo sabremos lo suficientemente rápido como para empezar a mover a Chewie y a Lando.

Winter le hizo una mueca a Dozer.

—¿Cómo espera saber lo que Villachor haga o deje de hacer?

Dozer se encogió de hombros.

—Es Han —dijo, como si esa fuera la única explicación necesaria. O, más bien, la única explicación que había.

—Así que esperaremos —dijo Rachele. Seguía sin sonar contenta, pero parecía dispuesta a aceptar la decisión de Han—. Pero quédate con él, ¿está bien?

—Claro —dijo Han—. Fin de la conferencia. Todos regresen a sus tareas.

Winter volteó a ver a Dozer con una mirada de interrogación. Él se encogió de hombros e hizo un gesto. Ella lo dejó por la paz.

—¿Y ahora qué? —preguntó Winter.

—No lo sé —respondió lentamente—. El contacto de Eanjer probablemente sabe dónde está la *suite*. Aunque igual, puede ser que no. *Realmente* espero que no sepa dónde está el punto de reunión.

—Entonces no vamos a la *suite* ni al punto de reunión.

Se encogió de hombros de nuevo.

—Estaba pensando que era una bonita noche para pasear. ¿Te gustaría acompañarme?

Winter vio la ciudad. A lo lejos, uno de los fuegos artificiales principales estaba empezando.

—Sí, ¿por qué no?

***

Con un suave suspiro de alivio, Kell acomodó la última carga de detonita en su lugar y la activó con cuidado. Trabajar con explosivos era una cosa. Trabajar con los explosivos que tenían trampas de otra persona era otra completamente.

—¿Zerba?

—Todo en su lugar —anunció Zerba, dando un paso por la curva de la caja fuerte y sujetando su bolsita de cadera, ahora abultada, alrededor de su cintura—. ¿Tú?

—Listo —dijo Kell, volteando a ver el agujero en el techo. Bink debería estar ahí, viendo hacia abajo para asegurarse de que estuvieran a tiempo. Sólo que no estaba. No estaba en ningún lado—. ¿Bink? —dijo con suavidad.

—No te molestes —dijo Zerba con un gruñido—. Se fue hace mucho.

Kell sintió que su boca se abría.

—¿Se *fue*?

—Por supuesto —dijo Zerba—. ¿Por qué crees que le dio el gatillo a Han? No había planeado quedarse después de abrir la caja fuerte.

—Pero… —Kell volvió a ver hacia arriba—. ¿A dónde fue?

—¿A dónde crees? —le dijo Zerba amargamente—. Fue a rescatar a su hermana.

Una mujer sola, con un atuendo de ladrón y herramientas de ladrón, sin ningún arma, excepto un pequeño bláster.

—No lo va a lograr —murmuró Kell.

—No —coincidió Zerba sombríamente—. Sólo espero que no la atrapen en el momento justo en que arruine las cosas para los demás.

Kell se le quedó viendo.

—¿Cómo puedes…?

—Porque así es este tipo de negocio, chico —dijo Zerba suavemente—. Puedes juntarte con otros para un trabajo como este, pero aprendes a no hacer compromisos a largo plazo. Ni siquiera en tu propia mente.

Le hizo una seña.

—Vamos. Es hora de alistarse.

Han no había intentado detenerla, pensaba Bink mientras cruzaba la mansión. Zerba tampoco. Kell quizá lo habría hecho, pero probablemente no se había dado cuenta de que planeaba irse.

Esa parte le molestaba. Había trabajado con muchas personas a lo largo de los años; nunca antes le había fallado a nadie.

No le estaba fallando a Zerba ni a los demás tampoco, por supuesto. En realidad no. Han tenía el gatillo y él sabía lo que estaba haciendo. La mayor parte del tiempo. Pero a veces la percepción de culpa es más importante que la culpa misma.

Su mandíbula se tensó. Era su hermana. Si ellos no podían ver eso o no les importaba, entonces al diablo con todos ellos. Y especialmente al diablo con cualquiera que se

opusiera pensando que simplemente iba a ir a la puerta de la *suite* de Qazadi a dejar que la mataran. Eso no sólo era un malentendido, era un insulto profesional.

Justo adelante, el espacio entre los pisos se convertía en otra puerta como las que ya había pasado dos veces. Soltó las abrazaderas de escalar del techo, introdujo su cabeza y hombros por la abertura, volvió a colocar las abrazaderas del otro lado y siguió moviéndose. Han, por lo menos, no debía preocuparse por eso. Por lo que había escuchado de su historia, cuando estaba esperando en el armario de electricidad, claramente ya había revisado este lugar y había visto que había bastante espacio para que ella pudiera moverse por la mansión sin ser vista.

Para ser justos, quizá lo que le había preocupado era cómo iba a salvar la distancia vertical entre el segundo y cuarto piso. Los huecos de los ascensores eran la ruta más obvia, lo cual significaba que la gente de Villachor seguramente los tenía vigilados. Por suerte, existía una ruta que probablemente a nadie más se le había ocurrido.

Siempre le asombraba cuántos edificios de más de cien años de antigüedad contaban con cuartos o pasillos escondidos. Tal vez los ricos y poderosos de esas épocas eran más paranoicos que sus descendientes modernos, o tal vez sólo les gustaba el antiguo romance y encanto de todo aquello. Puesto que la mansión de Villachor había sido en algún momento hogar de un gobernador de sector, había apostado que había toda una gama de pasajes secretos escondidos modestamente entre sus paredes.

Desafortunadamente, los esquemas de Rachele no habían incluido escondites secretos y no tenía tiempo de buscarlos. Afortunadamente, esos esquemas sí mostraban el montacargas.

Rompió la pared con muy poco esfuerzo y aún menos ruido. El hueco era tan angosto como había previsto. También era transitable para una persona de su tamaño que sabía lo que estaba haciendo.

Entró a ese pequeño espacio y empezó a subir.

***

Los zeds eran objetos pesados y voluminosos. Incluso con la potencia asistida de los trajes blindados, les tomó a Uzior y sus hombres casi diez minutos mover la primera fila de cinco zeds. Villachor los observó en silencio, junto a Sheqoa, escuchando cómo pasaban los segundos. Con una furiosa ansiedad de saber qué estaba pasando detrás de esa puerta, estaba decidido a que su frustración y sus miedos no fueran vistos por los hombres de Qazadi.

Uzior había empezado a mover la segunda fila, cuando de pronto Villachor notó que un sexto guardia con un traje blindado había entrado a la antesala y los estaba viendo en silencio desde la pared contraria a la puerta de la bóveda.

—¿Tú quién eres? —preguntó—. ¿Quién es él? —repitió, lanzando una mirada fulminante a Sheqoa.

—Supuse que usted le había llamado —dijo Sheqoa confundido—. Antes, cuando les estaba dando instrucciones a los demás.

—Si le hubiera llamado, estaría ayudando —gruñó Villachor. Volteó a ver furiosamente al recién llegado—. ¿Quién eres?

—Mi nombre es Dygrig —dijo la voz filtrada del otro—. Su Excelencia, el Maestro Qazadi, me ordenó que viniera a observar.

Villachor volteó a ver a Barbas y Narkan. Toda la antesala empezaba a apestar a vigo del Sol Negro.

—¿Ordenó que te pusieras una de *mis* armaduras para venir?

—Usted ya había dicho que podría haber problemas dentro de la bóveda —le recordó Dygrig—. Su Excelencia pensó que sería buena idea si alguien más venía preparado.

Villachor respiró profundamente, sentía como si todo su sistema sanguíneo fuera a explotar. Que Qazadi enviara a uno de *sus* guardias, con una armadura de *Villachor*…

—Muy considerado por parte de Su Excelencia —contestó, luchando ferozmente por controlarse. Desquiciarse frente a testigos era la única excusa que Qazadi necesitaría para botarlo y poner a alguien más en su lugar—. Ya que estás aquí, puedes ayudar a mis hombres.

—Me ordenaron que estuviera listo para enfrentar lo que sea que encontremos ahí dentro —replicó tranquilamente Dygrig—. Mis órdenes no decían nada sobre ayudar con los preparativos.

No, claro que Qazadi no querría que sus hombres se ensuciaran las manos.

—¿Uzior?

—Tendremos el área limpia en ocho minutos —prometió Uzior.

—Podría llamar a más hombres —ofreció Sheqoa.

—¿Los equipos de búsqueda ya encontraron al intruso?

Sheqoa se estremeció.

—No, señor.

—Entonces lo haremos con estos —dijo Villachor.

Miró con odio a Dygrig, quien ahora estaba observando la escena con el mismo desinterés condescendiente que Barbas y Narkan. Si sobrevivía este desafío, Villachor se prometió sombríamente que encontraría la manera de hacer pagar a Qazadi su mano dura, vigo o no.

—Que el equipo de búsqueda más cercano vaya a la sala de espera —le ordenó a Sheqoa—. Si Qazadi y sus hombres están tomando nuestro equipo, quiero saberlo.

***

El comunicador de Rachele sonó.

—Repórtate —dijo.

—Problemas —dijo Han, con una voz tan suave que apenas se escuchaba—. Zerba, ¿cómo cerraste la puerta después de que salí?

—Con el seguro que tenía puesto —dijo Zerba—. No la sellamos ni nada, si eso es lo que preguntas. ¿Por qué?

—Villachor mandó a alguien para allá —dijo Han—. En cuanto vean el hoyo, todo se acabó. Bajarán diez hombres a la bóveda antes de que Villachor dejé de gritar.

—Y será el fin de Zerba y Kell —dijo Rachele sombríamente—. ¿Así que la volamos ahora?

—No podemos —dijo Han—. Villachor aún no ha abierto la puerta de la bóveda.

—¿Están seguros de que *necesitamos* que esté abierta? —preguntó Kell—. El sello magnético no detuvo al sable de luz.

—Esta vez no vamos a usar un sable de luz —le recordó Rachele—. No sé qué haría el sello magnético, pero preferiría no arriesgarme.

—Si tú no quieres arriesgarte, menos *nosotros* —coincidió Zerba—. Yo voto por que soltemos a Chewie y Lando.

—Esperen un momento —interrumpió Bink—. No pueden soltarlos; no estoy en posición todavía.

—Tienes dos minutos para *ponerte* en posición —le dijo Han bruscamente—. Uzior dice que la bóveda estará abierta en ocho. Necesitamos algo para distraer a los guardias de esta parte de la mansión. Chewie y Lando harán eso.

—¿Puedes llegar, Bink? —preguntó Kell.

—¿Tengo otra opción? —escupió Bink—. Está bien; hazlo. Pero si algo le pasa a Tavia, me iré sobre tu cabeza. Y lo digo literalmente.

—Lo sé —dijo Han—. Dos minutos, Rachele.

—Entendido. —Rachele se preparó y se cambió a la frecuencia de comunicador más segura de Chewbacca—. Chewie, Eanjer: dos minutos.

A lo largo de los años, Bink había acumulado una amplia colección de palabras que eran apropiadas para esta clase de situación. Al subir por el hueco del montacargas, las recordó todas.

Dos minutos. Todavía estaba a media mansión de donde tenían a Tavia, Han le estaba dando dos krifados minutos para llegar hasta allá.

No había forma de que pudiera llegar a tiempo por el hueco entre los pisos. Su técnica con la abrazadera era perfecta para este tipo de movimiento subrepticio, pero este tipo de operación tenía un límite de velocidad. Y esa velocidad no iba a ser suficiente.

Lo cual le dejaba sólo una opción. Una que, como el mismo montacargas, le habían dado los diseñadores originales de la mansión.

Los conductos horizontales se encontraban en la punta del montacargas, y se dirigían en direcciones opuestas: uno hacia el ala sudeste y el otro hacia el ala noreste. En un conducto completamente cerrado, incluso uno tan pequeño como ese, no necesitaría las abrazaderas. Sus guantes de fricción antideslizantes estándar serían la única herramienta

necesaria. Fácilmente podría cubrir la distancia en la mitad del tiempo que por la ruta de entre los pisos. Quizás incluso en el margen de tiempo de dos minutos que Han le había dado.

El problema era que la ruta entre los pisos le permitía escoger dónde salir por el otro lado. El conducto de entrega de comida, desafortunadamente, sólo tenía una salida. Si Qazadi o sus guardias estaban viendo el lugar equivocado en el momento equivocado, ni siquiera vería venir el tiro. Pero tenía que intentarlo. Era Tavia. Era su hermana.

Dobló su cuerpo por la esquina en la punta del hueco del montacargas y empezó a moverse por el conducto, poniendo sus hombros en un ángulo diagonal, para aprovechar mejor el espacio. Jalándose de las paredes de metal con sus guantes, empezó otra vez su lista de maldiciones y siguió su camino en la oscuridad.

Kastoni empezaba a perder peligrosamente la paciencia, y Lando estaba usando ya su penúltima técnica dilatoria, cuando toda el ala pareció explotar en una cacofonía de destrucción de cerámica, madera y piedra.

Cuando él y Kastoni voltearon a ver la puerta, un aerodeslizador pasó rugiendo por el pasillo, rebotando entre las paredes de cada lado. Kastoni tuvo tiempo para ladrar una maldición de sorpresa antes de que un segundo vehículo pasara volando detrás de él. Y justo detrás de los vehículos, corriendo a máxima velocidad, iban Chewbacca y Eanjer.

Lando suspiró con alivio. Finalmente.

—¿Qué demonios está…? —empezó a decir. Se detuvo cuando el estruendo de los aerodeslizadores fue reemplazado por el rugido de las alarmas.

—¡Emergencia! —gritó Kastoni en su comunicador al tiempo que sacaba su bláster—. El garaje ha sido invadido. Dos aerodeslizadores están sueltos en el norte y se dirigen al comando. Repito, dos aerodeslizadores se están moviendo por el ala norte y se dirigen al comando.

Obtuvo una confirmación y se dirigió a la puerta.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Lando, acercándose a él.

—Puedes llevar tu trasero hacia afuera —gruñó Kastoni—. Ya terminaste aquí.

Se detuvo en la puerta, sacó la cabeza para echar un vistazo… Y cayó al piso después de que Lando le plantó un golpe directamente detrás de la oreja derecha.

Sacudió la mano para quitarse la súbita palpitación; se hincó junto al hombre inconsciente y tomó su bláster. Por un momento pensó en comunicarse con Rachele, decidió que no tenía tiempo y empezó a correr tras Chewbacca.

Había pensado que el interior de la mansión estaría prácticamente desierto, excepto por el personal de cocina que estaría preparando los refrigerios para los visitantes de afuera. Ciertamente la mayoría de las fuerzas de seguridad se encontraban afuera, controlando a la multitud y tratando de atrapar a los últimos droides descontrolados. Pero, mientras seguía a Chewbacca, Eanjer y los aerodeslizadores, se topó con un número

sorprendente de personas asomándose con temor, precaución o incredulidad por las distintas puertas. La mayoría parecían ser técnicos de algún tipo, lo cual no era sorprendente, pues se encontraban muy cerca del garaje y los centros de reparación de droides. Un par de ellos le ayudaron señalándole el camino al policía con uniforme que perseguía a los intrusos. Ninguno intentó detenerlo o cuestionarlo.

Había dejado el ala norte e iba subiendo las anchas escaleras que conducían hacia la sección central y más allá hacia el ala noreste, cuando escuchó los primeros tiros de blásters.

El comunicador instalado en la armadura de Han estaba configurado para el canal de seguridad de Marblewood, por lo que recibió las noticias de los aerodeslizadores descontrolados al mismo tiempo que Sheqoa y unos segundos antes que Villachor.

Esperaba que Villachor perdiera la cabeza ante el reporte de que otra cosa había salido mal. Pero en lugar de disolverse en una furia, la actitud del mafioso se transformó en hielo.

—Informen a Su Excelencia que es posible que algunos intrusos se dirijan hacia donde está —le dijo a Sheqoa con ecuanimidad. Señaló a Barbas y Narkan—. Es posible que quieran ir a apoyar la defensa de su maestro —agregó.

Han hizo una mueca. Con suerte, Chewbacca y Lando sabrían que debían cuidarse las espaldas.

—Tú puedes ir con ellos —agregó Villachor.

Han parpadeó para borrar las visualizaciones tácticas. Villachor estaba mirándolo intensamente, con la misma frialdad en sus ojos.

—Me ordenaron que estuviera aquí —dijo Han—. Me iré sólo cuando reciba nuevas órdenes.

—Te irás cuando *yo* te ordene que te vayas —dijo Villachor con tranquilidad—. Este sigue siendo mi territorio. Aquí mi palabra es la ley, no la del Maestro Qazadi.

—Entiendo, Maestro Villachor —dijo Han, tratando de encontrar la mezcla correcta de respeto y arrogancia que tantos oficiales de rango medio habían dominado—. Y no tengo intención de violar esa orden. Pero…

—¡Alerta! —una voz tensa llegó súbitamente por el comunicador del traje—. La bóveda ha sido comprometida desde arriba. Repito, la bóveda ha sido comprometida.

—Señor, han entrado a la bóveda —le comunicó con urgencia Sheqoa a Villachor—. Parece que entraron por la sala de espera.

Por un instante, Villachor simplemente se le quedó viendo. Luego se dio la vuelta hacia los hombres que estaban forcejeando con todos los zeds congelados.

—¡Abran esa puerta ya! —gruñó.

Señaló bruscamente a Han.

—Y arresten a este hombre.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

El sonido del fuego de los blásters era cada vez más fuerte y más intenso, notó Lando con preocupación mientras subía por las escaleras de tres en tres. Hasta ahora no había visto ningún guardia de Villachor siguiéndole las espaldas. Pero eso estaba a punto de cambiar.

Idealmente, el sonido de los blásters debió haber cesado para cuando llegó al cuarto piso del ala noreste. Más adelante, a la mitad del pasillo estaba la razón por la que aún seguía. Uno de los dos aerodeslizadores se había detenido en medio del camino, bloqueando al que estaba detrás. Chewbacca y Eanjer se encontraban escondidos detrás del segundo vehículo, Chewbacca manipulaba el control remoto para intentar mover el aerodeslizador y pasar el vehículo dañado. Del otro lado del pasillo, un falleen y dos guardias humanos se encontraban detrás de un bláster de repetición F-Web, que enviaba ráfagas de fuego continuo hacia los aerodeslizadores, mientras un segundo falleen se encontraba después de ellos con algo que parecía una copia barata de un Blastech T-21.

Lando derrapó al detenerse junto a Eanjer.

—¿Qué los detuvo? —gritó por encima del escándalo del fuego de los blásters.

—Tuvieron suerte con un tiro —respondió Eanjer con otro grito—. Chewie piensa que puede arreglarlo, pero va a tomar algo de tiempo, y necesitamos que el otro siga adelante si queremos mantener la presión en los artilleros que están al final del pasillo.

—¿Acaso no puedes…? —Lando ahogó la pregunta. Por supuesto que Eanjer no podía hacerlo. El control remoto se manejaba con dos manos y la mano derecha medisellada de Eanjer era inútil.

—Chewie, dámelo a mí —le dijo al wookiee—. Yo lo moveré. Tú arregla el otro.

Chewbacca refunfuñó y puso el control en manos de Lando, luego se tiró al piso y gateó hacia el aerodeslizador. Con un aerodeslizador normal, Lando podría simplemente haber embestido el primero contra el segundo, aplastando y destruyendo la cubierta del primero para crear el espacio necesario. Pero los aerodeslizadores de Villachor estaban demasiado reforzados y blindados; no era coincidencia que todavía no los destruyeran por completo los disparos de los blásters que venían del otro lado del pasillo. Los esfuerzos de Chewie ya habían derrumbado la mitad del techo; desafortunadamente, el espacio entre los pisos no bastaba para poder mover el aerodeslizador.

Pero aún no había intentado romper las paredes. Si eran lo suficientemente delgadas y los costados de los pasillos eran amplios, esa podía ser la solución. Moviendo el aerodeslizador unos metros hacia atrás, Lando lo posicionó en un ángulo hacia la pared y se preparó para embestir.

El fin del conducto del montacargas se encontraba más o menos a veinte metros; de repente, el pasillo a la izquierda de Bink explotó con el sonido sordo de disparos de blásters.

Maldijo de nuevo, intentando aumentar la velocidad de su desplazamiento horizontal. Lando y Chewie habían empezado su ataque; el tiempo de Tavia se estaba terminando. Incluso un vigo del Sol Negro podía sumar dos más dos, y un ataque a la suite de Qazadi mientras tenía un prisionero era una conexión demasiado obvia.

La guerra de fuera había adquirido un ritmo constante, con al menos un bláster de repetición pesado en uso, para cuando llegó al final del conducto. Se quitó los guantes de fricción y desenvainó su bláster. Apretando los dientes, puso la otra mano en la puerta del conducto y empujó.

Se había preocupado de que estuviera cerrada y de que tuviera que perder preciosos segundos introduciendo una sonda alrededor de los sellos de goma para activar el cerrojo. Pero no había cerrojo ni seguro. Abrió la puerta con cuidado, tratando de escuchar lo mejor posible por encima del ruido cualquier indicación de que alguien había visto la maravillosa puerta que se abría sola. Nada. Tomó los bordes del conducto y se impulsó el resto del camino.

Probablemente se encontraba en el comedor más hermoso que había visto en su vida. Había dos puertas de salida; una se encontraba entreabierta. Se movió en silencio hacia la puerta medio abierta y se asomó por el hueco.

Sintió que su estómago se tensaba. Tavia ciertamente estaba ahí; sentada en un sillón de espalda baja de espaldas a la puerta de Bink, quien no podía ver su rostro, pero podía ver la tensión en los hombros de su hermana. Sentado en una silla de respaldo alto frente a Tavia, se encontraba un falleen en un traje real completo bastante intimidante. Sin duda era Qazadi. Sus ojos estaban posados en la puerta al pasillo a su derecha, su expresión era calmada y calculadora, y tenía un dejo de sonrisa macabra en sus labios. Entre él y la puerta, dando la cara al sonido sordo de los disparos de blásters, con sus propias armas desenvainadas, había dos guardaespaldas falleen.

Bink era una ladrona fantasma, no soldado, asesina o siquiera una contrabandista. Usualmente cargaba un bláster cuando trabajaba, pero sólo porque a veces era un arma útil. Le había disparado a otro ser vivo solamente dos veces en su vida; en ambos casos, su única intención había sido mantener a la persona sometida para poder huir. Hasta donde sabía, ninguno de esos dos tiros había hecho contacto, mucho menos había causado daño. Ahora tenía que dispararles a dos falleen por la espalda para matarlos.

Pero no había otra manera. No si ella y Tavia iban a salir vivas de esto. Con la garganta tan tensa que sentía como si se estuviera ahogando, sostuvo el bláster con las dos manos, alineó la boca con el primer guardia y jaló el gatillo.

Se sacudió como si le hubieran dado una cachetada, sus piernas se colapsaron y cayó al piso sin hacer ningún sonido. El segundo guardia empezaba a darse la vuelta con un

salto cuando el segundo disparo creó una pequeña nube de tela y piel vaporizada en su torso. Cayó de cuerpo entero al piso, con un golpe lo suficientemente duro para que Bink se estremeciera de dolor. Terminó de abrir la puerta con el pie; movió el bláster para apuntarle a Qazadi.

—No te muevas —le advirtió.

—No lo pensaría —dijo el falleen con tranquilidad.

Ahora él y Tavia miraban a Bink, Qazadi desde la profundidad de su silla, Tavia por encima del respaldo de su sillón. Qazadi sonreía abiertamente. Sus ojos se movían de Bink a Tavia. La expresión de Tavia, en contraste, era de tensión y miedo.

—Por fin tenemos la solución al enigma —continuó Qazadi—. Muy astuto —extendió una mano hacia Bink—. ¿Supongo que tú eres la ladrona con el tinte rastreador en las manos?

—Sólo no te muevas —le ordenó Bink.

La descarga de adrenalina de la breve batalla empezaba a desvanecerse y ahora que su cerebro empezaba a funcionar de nuevo, se dio cuenta de que no tenía idea de lo que iba a hacer ahora. Obviamente, Tavia y ella no podrían regresar por el mismo camino por el que Bink había llegado. Qazadi sólo necesitaría salir al comedor, enviar unos disparos por el conducto y terminar con todo.

Pero con la escandalosa guerra que se desarrollaba en el pasillo, tampoco esa era una dirección demasiado saludable para escapar. A menos que las dos mujeres llevaran un rehén.

—De pie —le ordenó a Qazadi, entrando a la habitación. La sonrisa del falleen era completamente radiante, notó de pronto. Era extraño que no hubiera notado eso antes—. Vas a salir por esa puerta…

Su voz se apagó. La sonrisa no era sólo radiante, era casi de un santo. De un santo, indulgente, amoroso… y de pronto, entendió todo. Pero era muy tarde, demasiado tarde. Malditas krifadas feromonas de falleen.

—Por favor —la invitó Qazadi, señalando el sillón que estaba junto a Tavia—. Tenemos tanto de qué hablar. El Maestro Villachor, el Maestro Aziel y esto.

Señaló el buró con la cabeza, donde se encontraba en exhibición el cryodex falso. Bink volteó a ver el rostro tenso de Tavia. Ahí no había esperanza; su hermana se encontraba tan sumergida en el hechizo químico de Qazadi como ella. Tal vez más.

Bink tenía un bláster listo en su mano. Ya lo había usado dos veces. Seguro que podía usarlo de nuevo.

Sólo que no podía. Mientras su cerebro le ordenaba a su mano levantarse y disparar; su corazón le ordenaba a la mano que se quedara donde estaba. Y por primera vez su corazón era más fuerte.

Lo cual significaba que todo había terminado. Ella y Tavia estaban acabadas. Probablemente igual que el resto del equipo de Han. Y cuando se sentó en el sillón junto a su hermana, de pronto pensó que acababa de matar a dos seres vivos para nada.

Todavía había dos zeds congelados frente a la puerta de la bóveda, pero el camino estaba lo suficientemente libre para que Villachor llegara al teclado de control. Lo desdobló de la pared e introdujo el código de acceso, presionando las teclas tan fuerte que a Han le sorprendió levemente que sus dedos no atravesaran por completo el teclado. La puerta se abrió, y Han estiró el cuello para asomarse.

La caja fuerte se había detenido casi en el centro de la bóveda, la plataforma que usualmente la transportaba por el cuarto ahora flotaba sin moverse. El segmento de la esfera que se desdoblaba para abrir una puerta hacia el gabinete de piedra de Hijarna al interior estaba completamente abierto. Han no necesitó el refuerzo de audio de su casco para escuchar las brutales maldiciones de Villachor cuando vio que su caja fuerte había sido abierta. Han pudo ver de reojo que dos hombres de seguridad bajaron por la línea de sinteticuerda que Bink había dejado colgando, con sus blásters listos para examinar la habitación.

—Cuidado, señor —gritó uno de ellos hacia la puerta—. Permítanos asegurarnos de que es seguro.

Villachor los ignoró. Le hizo un gesto a tres de los guardias blindados para que avanzaran; mientras entraban a la bóveda, señaló a los otros dos para que fueran con Han, en caso de que hubieran olvidado que debían arrestarlo. Villachor se dio la vuelta y entró a la bóveda detrás de los tres guardias; Sheqoa y los otros dos guardaespaldas normales de Villachor iban detrás de él.

Los dos guardias llegaron junto a Han, con sus enormes manos reposando en sus blásters envainados. Han llevó sus manos a su cabeza, para mostrar que sabía el procedimiento usual de los prisioneros.

Y cuando su mano pasó el reborde de la mejilla derecha de su casco, deslizó un dedo hacia el detonador de Bink y lo presionó con delicadeza.

Con una última embestida y un estallido de madera y cerámica, el aerodeslizador destruyó un pedazo de la pared gracias al cual se abrió camino y pudo rebasar el vehículo detenido. Presionando el control una última vez, Lando rebotó el vehículo contra un último medio metro de pared y lo colocó frente a su compañero caído.

Y con eso, finalmente estuvieron listos para arremeter contra el campo de tiro que estaba del otro lado. Los F-Webs venían equipados con generadores de escudo, pero estaba dispuesto a apostar que un escudo diseñado para proteger contra armas de fuego pequeñas no serviría de nada contra un aerodeslizador blindado que se dirigía hacia ellos a cien kilómetros por hora.

Empezó a mover el aerodeslizador, y el fuego de los F-Webs se intensificó súbitamente, cuando los guardias de Qazadi vieron que la muerte blindada de negro venía

hacia ellos; entonces, de pronto, Eanjer se puso de pie de un salto y empezó a correr tras el estruendoso vehículo.

—Eanjer —le gritó Lando—. ¡Regresa aquí!

Pero era demasiado tarde. Eanjer ya iba corriendo, sus piernas se movían con una velocidad y fuerza que Lando no habría imaginado que el hombre tenía dentro de sí; persiguió el aerodeslizador como un burócrata del Centro Imperial tratando de alcanzar un aerobús.

Lando susurró una maldición. Había planeado mantener el aerodeslizador junto al techo hasta el último segundo, mostrando la parte interior blindada el mayor tiempo posible, con la esperanza de protegerlo de algún tiro que con suerte pudiera derribarlo como al primer vehículo. Pero con Eanjer corriendo como un loco hacia la línea de fuego, eso ya no era una opción. Haciendo una mueca, bajó el vehículo al piso, colocando su masa en la posición apropiada para darle a Eanjer la máxima protección posible.

Y, por supuesto, dejando al aerodeslizador más vulnerable a un ataque. Si los guardias lo detenían antes de que pudiera voltearlo y barrerlos a ellos y al F-Web para que quedaran fuera de acción, como había previsto, él y Chewbacca tal vez tendrían que usar al mismo Eanjer como escudo cuando atacaran la *suite* de Qazadi.

Con una violencia que parecía decirle a Dayja que había sido planeada, el espectáculo masivo de fuegos artificiales de Marblewood empezó en toda su completa y brillante gloria. No sólo los cohetes pequeños que había visto antes, sino también los explosivos grandes, elaborados y casi al estilo militar.

El problema era que el escudo paraguas aún estaba activo. Cuando los cohetes chocaron contra el campo invisible de energía, explotando antes de tiempo y derramando fuego hacia el piso, el público finalmente perdió la cordura. Con gritos, maldiciones y una expansión de histeria, la masa se disolvió en caos.

Un pedazo de escombro en llamas se estrelló contra el techo a cinco metros de la aguja de la chimenea donde estaba Dayja. Dio un salto hacia atrás, tomando su comunicador. Ya era suficiente. Si esto era obra de Eanjer o un accidente, ya no podía quedarse sentado.

Otro cohete explotó contra el escudo, haciendo llover fragmentos sobre la multitud, y con un sentimiento de resignación, Dayja guardó el comunicador. Era demasiado tarde. El pánico había empezado; no había nada que él, la policía o cualquier otro de los servicios de emergencia de Ciudad Iltarr pudieran hacer ahora. Todo lo que podía hacer era quedarse a ver.

Han le había advertido a Kell que la cosa debía caer rápido. El chico le había tomado la palabra. La detonita bajo la plataforma flotante había explotado primero, con una serie de cargas engañosamente pequeñas que habían eliminado las líneas de poder de todos los turboascensores de repulsión de la parte frontal. La plataforma se sostuvo tal vez por medio segundo, luego la parte del frente cayó al piso con un choque atronador. Casi enterrado bajo el estruendoso eco, se escuchó un crujido más profundo cuando los pilares conectores que habían sido debilitados por los sables de luz se doblaron y se distorsionaron bajo repentina e inesperada presión. Medio segundo después, las últimas cargas de Kell estallaron, volando grandes pedazos de duracreto de la parte trasera de la caja fuerte y activando un par de ensordecedoras cargas explosivas que habían estado escondidas como trampas justo bajo la superficie.

Con un estruendo que pareció sacudir toda la mansión, como una Estrella de la Muerte en miniatura con quemadores de poscombustión, la caja fuerte se soltó de su pilar, rodó por la plataforma inclinada y se dirigió al piso.

Por un largo segundo, Villachor y sus hombres se quedaron viendo, incrédulos, la esfera de seis metros que se dirigía hacia ellos. Luego, con una sincronización casi perfecta, se movieron maniáticamente para salir del camino. Villachor y dos de sus guardaespaldas lo lograron. Sheqoa y los otros tres guardias no.

Incluso antes de que desaparecieran bajo la esfera, Han ya se estaba moviendo. Dio un paso adelante y se colocó en medio de los dos guardias que miraban el drama que se desenvolvía en la bóveda. Puso una mano en medio de cada uno de sus torsos y los empujó hacia los lados lo más fuerte que pudo.

Los trajes eran pesados, pero los refuerzos de potencia del traje de Han eran más que adecuados para el trabajo. Los dos guardias volaron tres metros hacia atrás antes de caer al piso, quizá lo suficiente para quitarse del camino de la esfera rodante, pero a Han realmente no le importó ni lo uno ni lo otro.

Ahora estaba más preocupado por las vidas de los miles de ciudadanos que estarían, sin saberlo, parados o caminando en la trayectoria del gigante esférico que estaba a punto de atravesar las paredes de la mansión. Los detonadores de los fuegos artificiales que Kell y Zerba habían instalado antes deberían tener a la mayoría de la gente corriendo hacia las salidas, pero siempre había unos cuantos que eran demasiado valientes, demasiado despreocupados o demasiado estúpidos para no saber cuándo era tiempo de irse. Para esas personas, la caja fuerte rodante sería el último error de su vida.

La caja fuerte estaba a punto de llegar a la pared blindada. Han se dio la vuelta y empezó a correr hacia la puerta lateral de la antesala, vaciando el bláster Caliban que había tomado prestado mientras corría. El arma se quedó sin tiros; Han la aventó a un lado y se estrelló contra la puerta, esperando que su armadura fuera tan resistente como parecía.

Lo era. Atravesó la puerta con una pequeña sacudida; una buena parte de la pared se vino abajo con él. La salida más cercana al exterior se encontraba treinta metros al sur. Recuperó su equilibrio y se dirigió a ella, deseando fervientemente poder llegar al

exterior antes que la esfera. Escuchó un crujido violento detrás de él cuando la esfera demolió el revestimiento blindado de la bóveda… Llegó a la puerta, salió y cambió su dirección de nuevo para dirigirse hacia la trayectoria de la esfera.

Había tenido razón sobre la multitud. La mayoría de ellos se encontraba ya lejos, corriendo hacia las salidas mientras los cohetes continuaban explotando espectacularmente contra el escudo paraguas sobre ellos. Pero unas cuantas docenas seguían sin moverse, observando los accidentes con una despreocupación o valentía estudiadas.

Han hizo un gesto de irritación. Incluso él sabía que no debía salir a la lluvia, especialmente cuando la lluvia consistía en carbones en llamas. Aun así, si las explosiones ocasionales sobre sus cabezas no hacían que estos testarudos restantes se fueran, quizás algo más cercano y más personal lo lograría.

Tomó el látigo neurónico de su cinturón y lo empezó a girar sobre su cabeza. La mayoría de las personas que permanecían ya habían visto a Han y su brillante armadura. Todos vieron las chispas azules y blancas del chisporroteante látigo.

—¡Muévanse! —rugió Han, girando el látigo sobre su cabeza—. ¡Largo de aquí! ¡Ahora!

Finalmente empezaron a moverse, corriendo como toongs asustados, cuando la esfera atravesó la pared exterior de la mansión y rodó por el patio, aplastando las losas a su camino. Diez metros más adelante, donde las losas terminaban y empezaba el pasto texturizado y una cerca de anillos con púas que se elevaba hacia el cielo, rodeando la mansión en un bosque de seis metros de altura de muerte electrizada. La caja fuerte la atravesó rodando sin siquiera detenerse.

Han pasó por la abertura que aún chisporroteaba. Llevó la velocidad y los refuerzos de su armadura al límite, se adelantó a la caja fuerte y se puso frente a ella. Empezó a mover de nuevo el látigo descontroladamente sobre su cabeza y siguió corriendo.

Era una de las acrobacias más disparatadas que había hecho en su vida. Pero estaba funcionando. En la oscuridad, con la distracción de los fuegos artificiales, muchas personas que se encontraban en la trayectoria de la esfera jamás hubieran visto el peligro antes de que fuera demasiado tarde. Pero era imposible no ver una figura con una armadura y un látigo azul brillante. Se dispersaron frente él. La mayoría entendió y se dirigieron hacia las salidas, los demás corrieron en todas direcciones, excepto el vector en el que se encontraban Han y la caja fuerte.

Siguió corriendo, viendo la caja fuerte en su pantalla retrovisora, esperando poder mantenerse frente a ella hasta que finalmente se quedara sin energía. Deseando también que no alcanzara la parte de atrás de la masa que se dirigía hacia las salidas y segara un camino de muerte entre ellos, para luego atravesar el muro exterior y rodar hacia el tráfico de Ciudad Iltarr.

Realmente deseaba que eso no sucediera.

Se escuchó un horrendo choque en el pasillo, acompañado del agudo chillido que hacía el metal cuando raspaba contra el duracreto; un ruido que Bink había escuchado algunas veces, cuando un aerodeslizador dañado golpeaba una plataforma y patinaba sobre ella. Y mientras el sonido disminuía, se dio cuenta de que el fuego de los blásters también había cesado.

Volteó a ver a Qazadi. Sus ojos estaban fijos en la puerta; su expresión era dura y fría.

—Silencio —dijo a las dos mujeres—. Nada de ruido.

Introdujo su mano en sus ropajes y sacó un bláster.

—Quédense sentadas viendo en silencio cómo mueren sus amigos.

Bink tragó saliva con fuerza, luchando contra la calma irracional y la todavía más irracional sensación de amor y felicidad que corría por ella. Los de afuera eran sus amigos. No podía dejar que entraran y encararan el fuego del bláster de Qazadi así nada más. Tenía que hacer algo para detenerlo.

Sólo que no podía. Ni siquiera podía hacer que su voz funcionara, menos su mano.

Su mano. Volteó a ver su regazo, al bláster que tenía ahí. Qazadi había permitido que se quedara con su arma, pues sabía que no iba a ser capaz de usarla contra él.

Y tenía razón. Quiso mover su mano; lo intentó con toda la fuerza de voluntad que había dentro de ella, pero la mano se quedó donde estaba. El bláster se quedaría ahí completamente inservible. Ella se quedaría sentada ahí como una inútil y vería cómo sus compañeros entrarían por esa puerta y morirían.

—Hay una cosa que olvida, Maestro Qazadi —dijo Tavia.

Bink sacudió su cabeza, mirando con incredulidad a su hermana. El rostro de Tavia estaba contraído y tenso, tanto que era difícil reconocerlo. Su voz era baja y titubeaba. Las palabras sonaban como si cada una hubiera sido sacada de la piedra de molino de un granjero.

Qazadi les había ordenado no hablar. Y con todo, ella estaba hablando. De reojo, Bink pudo ver a Qazadi darse la vuelta para investigar lo que pasaba, aparentemente tan sorprendido como ella.

—Te dije que guardaras silencio —le dijo.

—Olvida —dijo Tavia entre dientes, casi jadeando por el increíble esfuerzo mental—, que no venimos aquí solas. Olvida… que ellos son nuestros amigos.

—¡Dije que guardaras silencio! —rugió. Apuntó el bláster hacia Tavia.

Con una violenta explosión de madera y piedra, la puerta del pasillo voló hacia dentro del cuarto. Tomó por sorpresa a Qazadi; su brazo se sacudía con el impacto de los escombros mientras intentaba poner en posición de nuevo su bláster. A través de la nube de humo, Bink vio entrar con calma a una figura a la habitación.

Contuvo el aliento. Había supuesto que sería Chewbacca o Lando quien arriesgaría su vida para salvarlas. Pero no era ninguno de ellos dos.

Era Eanjer. Tenía las manos extendidas frente a él, como si se estuviera entregando; su mano derecha deforme envuelta en su medisello, su mano izquierda abierta y vacía.

—Le traigo una oferta, Excelencia —exclamó sobre el ruido amortiguado de fragmentos de puertas que golpeaban el suelo y los muebles.

—No hago tratos —gruñó Qazadi. Consiguió apuntar su bláster al intruso.

Un disparo de color verde salió de la mano derecha distorsionada de Eanjer, destellando a través de la habitación en ángulo recto hacia el centro de la cara de Qazadi. Con un desafiante gruñido que todavía alcanzó a emitir, el falleen se desplomó en su silla.

Muerto.

Bink miró a Eanjer, sus ojos se dirigieron al agujero de donde salía humo, en su mano medisellada. La mano no se veía de esa manera porque estuviera destrozada, se daba cuenta ahora, o incluso porque hubiera sido reemplazada por una extraña prótesis alienígena. Se veía así porque era una mano humana normal y completamente funcional enrollada alrededor de un bláster.

Miró al ojo bueno de Eanjer.

—Tú…

—Era él o nosotros —dijo con calma—. ¿Están bien?

—Estamos bien —le aseguró Tavia. Su voz seguía sonando irregular, pero Bink podía oír que empezaba a recuperarse. Como el propio cerebro de Bink.

Sin las feromonas, podía sentir la niebla levantándose rápidamente.

—¿Cuál es el plan? —preguntó, agarrando el bláster de su regazo y levantándose.

—Salir de aquí —dijo Eanjer, asintiendo hacia el agujero desigual detrás de él. Lando y Chewie están esperando al lado del otro aerodeslizador. Muévanse.

Bink asintió, tomando el brazo de su hermana y ayudándola a levantarse.

—¿Qué hay de ti? —preguntó mientras guiaba a Tavia por los escombros.

—Quiero el cryodex —dijo Eanjer. Su boca medio sonreía—. Puedo dejarlos pensando. Vayan, anden.

Bink llevó a su hermana al pasillo, señalando periféricamente el aerodeslizador medio destrozado a su derecha y el bláster F-Web mutilado saliendo de debajo. A su izquierda, Lando y Chewbacca estaban agazapados detrás de un aerodeslizador que giraba, con sus ojos y blásters enfocados en el otro extremo del pasillo. Hizo girar a Tavia en esa dirección. Cuando se alejaban de la *suite*, hizo una pausa para echarle una última mirada a Qazadi, preguntándose cómo su mente podía haber sido engañada pensando que era bueno, amable y cariñoso.

Y porque estaba mirando en esa dirección, vio a Eanjer de pie sobre el cuerpo del falleen.

No podía estar segura, no con el simple vistazo que echó, pero parecía que estaba tomando holos.

Era como algo salido de un holodrama descabellado, Dayja pensó entumecido mientras observaba cómo la escena se desarrollaba por debajo de él. Una figura acorazada chasqueó un látigo neurónico sobre los últimos restos de la multitud de la tarde, y los expulsó del sendero de la gigantesca esfera que rodaba inexorablemente por los terrenos de Marblewood.

Había esperado que el equipo de Eanjer robara el contenido de la caja fuerte de Villachor. Nunca había soñado que pudieran intentar robar la caja fuerte en sí.

Tampoco había soñado que cuando el robo sucediera, estaría atascado en el tejado de la mansión a medio kilómetro de la acción.

Adiós a su idea de entrar y agarrar los archivos de extorsión antes de que los ladrones huyeran.

Sin embargo, aún no había terminado. Eanjer le había prometido los archivos, y Eanjer seguramente todavía estaba en la escena. En algún lado.

La caja fuerte era casi invisible ahora, ya que rodaba fuera de la mansión más allá de la gama de las luces y del crepitar chispeante de la cerca de varas. Pero el resplandor distintivo del látigo neurónico lo compensó, y la propia caja fuerte fue esporádicamente visible en los breves brotes de los fuegos artificiales.

Recogiendo sus electrobinoculares, Dayja comenzó una cuidadosa exploración de la zona. Si Eanjer estaba allí, lo iba a encontrar.

Han pensó más de una vez que esto había sido como un holodrama descabellado.

Había esperado que la caja fuerte rodara en una linda línea recta. No lo hizo. El segmento abierto de la esfera ocasionalmente se atoraba con el suelo, a veces ralentizaba su impulso hacia adelante, otras veces cambiaba drásticamente su dirección. Han tenía que vigilar de cerca la pantalla trasera de su casco para evitar perder la bola por completo, mientras seguía jugando el papel de droide enloquecido para dispersar a la gente y que no estuviera en el camino del daño.

Un par de veces pensó haber visto a algunos de los hombres de seguridad de Villachor, pero corrían tanto como los visitantes. Ninguno de ellos hizo ningún esfuerzo para detenerlo. Aproximadamente a la mitad del camino, el segmento que colgaba finalmente golpeó el piso lo suficientemente fuerte como para desprenderse. Después de eso, la ruta de la esfera se hizo mucho más predecible.

Por un angustioso momento, Han pensó que su preocupación anterior se confirmaría, que la esfera, de hecho, chocaría contra la pared y saldría hacia la ciudad. Pero por una vez no sucedió lo peor. La esfera desaceleró y finalmente se detuvo a unos cincuenta metros de la pared. Cerrando el látigo, Han volteó y se dirigió hacia ella.

Estaba mirando el gabinete de piedra de Hijarna a través del túnel cuando la puerta se abrió y Zerba y Kell se arrastraron inestablemente.

—¿Están bien? —preguntó Han.

—Simplemente genial —dijo Kell, se escuchaba y parecía borracho—. Recuérdame nunca hacer eso de nuevo.

—De todos modos es mejor que caminar —dijo Zerba—. Sobre todo si hay gente disparándote.

—Siempre y cuando tu puerta no termine abajo —dijo Han mientras los ayudaba a salir del túnel al suelo.

—Para nada —le aseguró Zerba—. El gabinete estaba descentrado y la piedra de Hijarna es mucho más densa que el duracreto. El mismo principio que los dados de la suerte.

—Tomaré tu palabra —Han dijo.

Un repiqueteo de explosiones amortiguadas vino de la dirección de la mansión, Han se volvió para ver un deslizador de varios pasajeros que se acercaba a través de la barrera que la caja fuerte había hecho en la cerca de varas y se dirigía hacia ellos.

Detrás de él, un aluvión de fuegos artificiales estaba derribando las paredes de la mansión.

—Bien —dijo Zerba aprobando—. Supongo que no habrá alguna posibilidad de quemar el lugar.

—Probablemente no —dijo Han—. Pero seguro hará que la seguridad se quede en el interior, donde no nos molestarán.

—A menos que estos sean algunos de ellos —le advirtió Kell, señalando con un dedo aún inestable hacia el vehículo entrante.

—Sólo es Chewie —le aseguró Han.

—¿Estás seguro? —preguntó Kell.

Han asintió con la cabeza.

—Yo conozco su estilo de vuelo.

Igualmente, no haría daño comprobarlo. Tecleó el telescopio de su traje e hizo zoom al deslizador. Sin duda era Chewbacca, con Lando y las gemelas sentadas detrás de él.

No había rastro de Eanjer.

Frunciendo el ceño, trató de ver más de cerca, en caso de que no hubiera visto a Eanjer sentado en las sombras de uno de los asientos traseros. Pero el hombre no estaba allí. Frunciendo el ceño aún más, Han cambió su atención a la propiedad detrás del deslizador, luego a la mansión. Todavía no había señales de Eanjer.

Mientras revisaba las ventanas de la mansión para ver si este hombre estaba atrapado en su interior, algo por encima de ellas llamó su atención.

Había un hombre sentado en el techo. Han aumentó un poco la visión de su telescopio.

El hombre no sólo estaba sentado tranquilamente allí, sino que tenía unos electrobinoculares presionados a sus ojos. ¿Alguna clase de observador?

Pero esos no eran unos electrobinoculares ordinarios, se dio cuenta cuando se concentró en ellos. Eran pequeños y compactos, del tipo que una persona podía llevar en

un bolsillo lateral sin que ni siquiera se notaran. Del tipo caro que un importante oficial imperial podría usar.

Un oficial superior o un agente imperial.

Han desvió la mirada despreocupadamente. Dozer había especulado antes que el contacto de Eanjer podría ser un imperial. Parecía que tenía razón.

—¿Tienes todo? —le preguntó a Zerba, quitándose el casco y abriendo los broches de la armadura.

—Aquí mismo —confirmó Zerba, acariciando el bolso que llevaba a la cadera—. Los archivos de extorsión, algunas otras tarjetas de datos variadas y todas las fichas de crédito de Eanjer.

—Bien —dijo Han, dejando caer el brazo y la armadura del torso en el suelo—. Dámelo. Kell, dame una mano para salirme de esta cosa, ¿quieres?

En la luz reflejada vio a Zerba fruncir el ceño. Pero este se limitó a desabrochar la bolsa y se la entregó.

Estaba fuera de la armadura y rebuscaba en la bolsa cuando el deslizador frenó hasta detenerse junto a ellos. La puerta se abrió y Chewbacca gruñó.

—Sí, casi —dijo Han—. ¿Dónde está Eanjer?

—Se quedó atrás para dirigir unos cuantos lanzadores de fuegos artificiales hacia la mansión —dijo Lando, saliendo por el otro lado y caminando hacia Han—. Dijo que llegaría a la cita por su cuenta —le tendió la mano—. Si no te importa, voy a tomar mi parte ahora.

Han hizo una mueca. Supuso que Lando sacaría ese truco.

—¿Qué tal si esperamos hasta que todos estemos en la cita? —sugirió.

—¿Qué tal si me los das ahora? —replicó Lando—. Así puedo saltarme la cita y seguir con mi vida.

—¿De qué está hablando? —preguntó Zerba.

—Quiere intercambiar su parte de los créditos por los archivos de extorsión —dijo Han.

—¿Puedes hacer eso? —preguntó Kell, frunciendo el ceño.

—Sí, puede hacerlo —dijo Lando con firmeza—. Ya lo hemos acordado. Y no te ofendas, Han, pero tienes un mal hábito de perder el premio ante otras personas. Así que dámelo.

No había forma de evitarlo.

—Bien —dijo Han con un suspiro. Sacó la caja de extorsión y se la entregó.

—Gracias —dijo Lando, metiéndola en su túnica de policía—. Ahora, si me dejan en mi deslizador, me voy a casa. Ha sido divertido.

Un momento después estaban dentro del deslizador, y Chewbacca se dirigía hacia una de las salidas. Probablemente todavía había guardias de seguridad en servicio, pero Han no esperaba que ellos causaran problemas. No con uno de los propios vehículos de Villachor. Estaba más preocupado por Lando y por lo que Lando diría. Y lo que Lando podría hacer.

—Aproximadamente un metro sesenta y cinco, cabello oscuro, piel oscura, bigote tipo tres —dijo Dayja apresuradamente en su comunicador mientras el aerodeslizador atravesaba la puerta y salía al bullicioso tráfico de la ciudad—. Tiene los archivos de extorsión y, si es listo, los sacará de Wukkar tan pronto como llegue al puerto espacial.

—Supongo que no tienes alguno de los nombres —dijo D'Ashewl—. Hay muchas naves atracadas en este momento.

—No conozco ninguno de sus nombres, excepto el de Eanjer —dijo Dayja—. Pero creo que podemos solventarlo. Su nave probablemente será individual y pequeña. Tengo la sensación de que se presentó un poco más tarde que los demás, solo. Por su estilo y el cuidado a su apariencia, probablemente es de los que gustan de las mejores cosas de la vida, pero no puede pagarlas; así que busca una nave que alguna vez se haya considerado de esnobs, pero que ahora se vea un poco desgastada. El momento de arribo habrá sido hace nueve días, probablemente con un margen de doce horas antes o después.

—De acuerdo —dijo D'Ashewl—. ¿Qué lleva puesto?

—Esto te va a matar —dijo Dayja, retrocediendo, mientras uno de los fuegos artificiales arrojaba llamas sobre el tejado cercano—. Viste un uniforme de policía de Ciudad Iltarr. Pero dudo que trate de atravesar el puerto espacial de esa manera.

—Espero que no —concordó D'Ashewl—. ¿Algo más?

—Tendrá prisa —dijo Dayja—. De hecho… —Se detuvo mientras hacía cálculos mentales: llevar el deslizador robado a donde hubiera estacionado un vehículo de escape adecuado, transferirse a ese otro vehículo, conducir al puerto espacial, llegar a su bahía de atraque, encender sus motores…—. Debería estar pidiendo una rampa de elevación en 32 o 55 minutos, dependiendo de si viene con un aerodeslizador o uno terrestre.

—De acuerdo —dijo D'Ashewl. Si estaba sorprendido o escéptico ante las estimaciones de Dayja, se lo guardó para sí mismo—. ¿Quieres que lo recojan en tierra?

—Mejor no —dijo Dayja—. No sé en qué situación se encuentren Villachor y su organización, pero no nos podemos arriesgar a que una de sus personas en el puerto espacial se entere de esto antes de que lo tengamos asegurado. Haz que el *Dominator* lo atrape después de que pase la órbita.

—Llamaré inmediatamente al Capitán Worhven —dijo D'Ashewl—. Estoy seguro de que estará encantado de recibir otra tarea inexplicable.

—Parte de su trabajo —dijo Dayja—. ¿Algo nuevo sobre Aziel?

—Por desgracia, tuvimos que dejarlo ir —dijo D'Ashewl—. El Príncipe Xizor tuvo la amabilidad de proporcionarle credenciales diplomáticas. Pero había suficiente evidencia de que el cryodex fue robado originalmente, así que pude retenerlo como evidencia.

—Perfecto —dijo Dayja—. Si podemos obtener los archivos de extorsión, tendremos la cerradura y la llave. El director estará contento.

—No importa el director —dijo D'Ashewl con un gruñido—. Lord Vader estará contento. Es el futuro del Imperio.

—Tal vez —dijo Dayja con cautela. Lo último que quería ahora era involucrarse en otra discusión política—. Métete a las comunicaciones de la torre del puerto espacial y pon al *Dominator* en alerta. Estaré allí tan pronto como pueda tomar un aerodeslizador del garaje de Villachor.

—¿Supongo que querrás estar tú mismo en el interrogatorio?

Dayja apretó los dientes.

—Sólo recógelo —dijo—. Yo me encargaré del resto.

Eanjer había esperado sobrevivir a este trabajo. No había estado tan seguro del resto del equipo.

También estaba más que sorprendido de que el plan hubiera funcionado.

La bahía de atraque estaba en silencio mientras se deslizaba por la puerta. Le preocupaba que Han y Chewbacca llegaran antes que él, a pesar de que habían tenido que dejar a los otros en el punto de cambio del vehículo. Pero el *Halcón* estaba sentado en silencio en el resplandor de la ciudad cercana, sus luces y sistemas oscuros y fríos.

Brevemente se preguntó qué pensarían los demás cuando él y Han no se presentaran a la cita. Probablemente concluirían que los dos habían cocinado todo esto entre ellos, que nunca habían tenido la intención de compartir con nadie más los millones de esas fichas de crédito. Estarían furiosos, jurarían venganza y harían todas las otras cosas que la gente hace en esas situaciones.

Y ellos hablarían. Ciertamente hablarían. Con suerte, lo que quedaba de la reputación manchada de Han nunca se recuperaría.

No es que Han necesitara esa reputación. Ya no.

Encontró un lugar donde podía sentarse cómodamente y observar toda la sección de terreno abierto entre la entrada de la bahía de atraque y la rampa del *Halcón*. Apoyando su bláster en su regazo, se dispuso a esperar.

Dejaron al último de los otros, Han había abandonado el deslizador prestado y él y Chewbacca estaban finalmente listos para ir al puerto espacial.

Chewbacca farfulló.

—Lo sé, lo sé —dijo Han irritado.

Chewbacca le había estado dando la misma mirada de desaprobación durante la última hora.

—Estará todo bien. Confía en mí.

Chewbacca emitió un último comentario y luego se calló.

Han suspiró. Él tenía razón, por supuesto. Lando iba a estar furioso. O peor.

Pero no había podido hacer nada más. No con ese imperial en el tejado viendo todo.

—Lo superará —le dijo a Chewbacca con firmeza—. No le harán nada. No sin ninguna evidencia.

Chewbacca gruñó lo obvio.

—Claro, excepto que él no va a dejar la caja ahí al aire libre. —Han explicó pacientemente—. Mira, va a estar bien. Lando y yo nos conocemos desde hace mucho. Lo superará.

Chewbacca no respondió.

Había dos métodos a seguir cuando se lidiaba con repentina y abrumadora presencia imperial, pensó Lando distante. Uno era continuar con calma y perfecta inocencia, tal como un ciudadano común y corriente del Imperio sin nada que ocultar. El otro era lanzar el poder a los motores de velocidad subluz y huir.

En retrospectiva, él debió haberse echado a correr.

—No entiendo nada de esto —insistió a los dos soldados de cara dura de la flota que estaban entre él y la puerta de su nave—. Ni siquiera sé lo que se supone que he hecho. ¿Puede al menos decirme de qué se me acusa?

Los troopers no respondieron. Claro que, aparte de ordenarle que abriera su escotilla, después llevarlo a la bodega del hangar del Destructor Estelar y volver a ordenarle que entrara al salón, ninguno de sus guardias había dicho una palabra.

Con un suspiro, Lando renunció a este último esfuerzo de comunicación. Claramente, todos estaban esperando a alguien, y nada iba a suceder hasta que ese alguien llegara.

Iba a ser una noche muy, muy larga.

***

A través de la bahía de atraque, el pestillo de la puerta se abrió. Eanjer levantó su bláster, observando con su buen ojo.

Y lo bajó de nuevo, cuando un droide de limpieza se arrastró en la bahía, con sus cuatro brazos frotando diligentemente las paredes y el suelo. Miró su reloj, frunciendo el ceño. A Han se le había hecho tarde.

La puerta del salón se abrió y, ante la sorpresa de Lando, una figura enmascarada, encapuchada y encubierta entró en la habitación.

—Buenas tardes —dijo, deteniéndose entre los dos soldados—. Me disculpo por el retraso. ¿Ha estado cómodo?

—Bastante —dijo Lando, sintiendo que su corazón se hundía. Ningún uniforme, ninguna insignia, su cara envuelta y caminaba libremente por un Destructor Estelar.

Algún tipo de agente especial, Inteligencia, Ubiqtorate, quizá incluso la Oficina Imperial de Seguridad.

—Bien. —El hombre hizo un gesto a los soldados—. Esperen afuera.

—Sí, señor —dijo uno de ellos. Salieron juntos de la habitación.

El hombre esperó hasta que la puerta se cerró detrás de ellos. Luego se apartó la capucha y la capa y se quitó la máscara.

—Ya basta de esto —dijo él, enérgicamente, mientras se frotaba la frente—. Lo siento por el drama, pero por razones que no voy a explicar, no puedo mostrar mi cara a bordo de este barco.

—Lo entiendo —dijo Lando, su corazón se hundió aún más. El hombre que estaba frente a él era joven. Era mucho más joven de lo que esperaba. Atemorizantemente joven.

Porque los jóvenes siempre eran ambiciosos. Y en el oscuro universo donde operaba esta gente, sólo había una manera de que los jóvenes subieran por la escalera: traer trofeos para presentar a sus superiores. Enemigos del Imperio. Los reales o meramente plausibles.

Esto sólo empeoraba más y más.

—Bueno —dijo el joven, dejando caer la máscara sobre la mesa de al lado y acomodándose en la silla frente a Lando—. Empecemos con las presentaciones. Soy Dayja, y tú… Bueno, vamos a llamarte Lando, ¿quieres?

—Como quieras —dijo Lando, sofocando una mueca. No había servido de mucho la falsa identidad cuidadosamente construida y la identificación de la nave en la que había volado.

—Bien —dijo Dayja—. Bien. Es tarde, ambos hemos tenido un día muy ocupado y estoy seguro de que estás al menos tan cansado como yo. Entonces, ¿qué dices si hacemos esto rápido y fácil, y me das la caja?

—¿Caja?

—La caja de archivos del Sol Negro —Dayja dijo pacientemente—. Los que robaste esta noche de la caja fuerte de Avrak Villachor. Magnífico trabajo, por cierto. Estoy muy impresionado.

—Estamos contentos de que te haya gustado —dijo Lando; su cerebro giraba con posibilidades. Parecía no tener sentido negar que Han le había dado los archivos. Dayja obviamente lo sabía de alguna manera. Pero si él jugaba bien sus cartas, tal vez todavía había espacio para la negociación.

—Si te doy la caja…

—¿Si? —Dayja interrumpió, mirando perplejo—. Oh, no, no has entendido. No si, cuando me des la caja. Entonces veremos cómo hacer un trato.

—Suena más como un ultimátum que como un trato.

—Supongo que sí —dijo Dayja, mirando a su alrededor—. Mira. Para ahorrar tiempo, ¿qué tal si yo tomo la caja? —Se levantó y se acercó a la estación de monitoreo de ingeniería en la pared lateral. Y ante la horrorizada incredulidad de Lando, dio un rápido

empujón en la esquina de la pantalla del monitor de ventilación y, cuando la puerta oculta apareció, abrió el monitor para revelar el compartimento escondido detrás de él.

—Lo siento —dijo, dándole a Lando una sonrisa apretada—. Para tu mala suerte, esta pequeña joya escondida ha sido una característica estándar en la serie G 50 durante bastante tiempo.

Lando suspiró.

—Me dijeron que era un arreglo a medida.

—Y te cobraron extra por ello, sin duda. Algunas personas no tienen ningún escrúpulo en absoluto. —Al tocar la abertura, Dayja retiró cuidadosamente la caja. Le dirigió a Lando una mirada ilegible, luego levantó la tapa casi con reverencia.

Su expresión cambió. Por un momento sostuvo la actitud, luego volvió a alzar los ojos hacia Lando.

—Lindo —dijo, su voz repentinamente frágil—. ¿Dónde están?

—¿Dónde están qué? —preguntó Lando, con la voz preocupada. No. Han no lo había hecho.

Dayja giró la caja vacía hacia él.

—¿Dónde están las tarjetas de datos?

Lando suspiró. Sí, Han lo había hecho.

—Todavía en Wukkar, supongo —dijo—. En realidad, probablemente ya estén en algún lugar del hiperespacio.

—¿Adónde iban?

—Hay un punto de encuentro en Xorth —dijo Lando. Pero dudo que se queden allí mucho tiempo. De hecho, como obviamente esperaban que me recogieras, probablemente no irán allí en absoluto.

Durante un largo minuto, Dayja lo miró fijamente. Luego, cuidadosamente, cerró la caja.

—¿Tú juegas sabacc, Lando? —preguntó.

—Sí —respondió Lando, sintiendo que el ceño le arrugaba la frente.

—Sí, por supuesto que sí —dijo Dayja, volviendo a la silla pero permaneciendo de pie—. Y yo apostaré que dependes en gran medida de tu habilidad para engañar.

—Prefiero tener las cartas reales.

—Yo también —dijo Dayja—. Pero a veces tenemos que ser creativos con la mano que nos han dado. —Sacó su comunicador—. ¿Capitán Worhven? Terminé. Haga que sus hombres preparen mi lanzadera. —Le dirigió a Lando una extraña sonrisa irónica—. Tan pronto como me haya ido, nuestro invitado y su nave estarán libres para irse. —Recibió una afirmación y puso el comunicador de distancia.

—¿De verdad? —preguntó Lando con cautela.

—De verdad —le aseguró Dayja. Se acercó a la silla y cogió su máscara—. Para tu suerte, ahora me conviene más que parezca que teníamos un trato, hicimos nuestra transacción y luego nos despedimos. —Él inclinó su cabeza—. A menos que quieras permanecer a bordo…

—No, no, en absoluto —dijo Lando apresuradamente.

—No debes contar esto a tus amigos, por supuesto —continuó Dayja—. Lo que pasó aquí seguirá siendo nuestro secreto.

—No te preocupes —Lando gruñó—. Dudo que vuelva a ver a alguno de ellos. No en mucho tiempo.

—Bueno —dijo Dayja, poniéndose la máscara y reajustando la capa y la capucha—. Te deseo una buena noche y que tengas un viaje seguro. Y una cosa más. —Levantó un dedo hacia la cara de Lando—. Me debes —dijo—. Algún día regresaré a cobrarte.

Guardó la caja en un bolsillo de su capa, se volvió y salió del salón. Lando esperó un minuto. Los soldados no volvieron. Esperó otro minuto, luego otro más y finalmente abrió la puerta del salón. Los soldados habían desaparecido. También Dayja. Lando se dirigió a la escotilla, se aseguró de que estuviera bien sellada y luego se dirigió a la cabina. Estaba en el asiento del piloto, mirando a los hombres que se movían dentro de la estación de control de vuelo a través del hangar, cuando le dieron su orden de liberación. Sin embargo, le tomó todo el camino hasta el hiperespacio volver a respirar normalmente.

El sonido de los fuegos artificiales alrededor de la ciudad había cesado desde hacía mucho. También la masa de tráfico cuando la gente de Ciudad Iltarr dejó los diversos lugares del festival y se dirigió a casa. Y Han todavía no había aparecido.

Finalmente, un poco tarde, Eanjer lo entendió.

Era una copia excelente, tenía que admitirlo mientras caminaba bajo la nave y ponía su vara de luz sobre el casco. Un carguero YT-1300 de época, aproximadamente la edad y condición apropiadas, incluso con algunas de las mismas modificaciones.

Pero sólo algunas. Otras, como la bahía de misiles de onda expansiva y el cañón bláster Ground Buzzer, habían desaparecido.

No era el *Halcón Milenario*. Era un señuelo, intercambiado en la bahía de aterrizaje en algún momento durante los últimos nueve días.

Han no iba a venir. De hecho, sin duda había desaparecido hacía tiempo.

Eanjer sonrió con una frágil sonrisa en la oscuridad. Dozer, por supuesto. Tenía que ser. Todo ese tiempo que había pasado lejos de la suite durante los primeros días de preparación, supuestamente haciendo mandados y comprando equipo para todos los demás.

Tendría que encontrar alguna manera de vengarse del ladrón de naves.

Sin embargo, habría otras oportunidades. Podía esperar. Dejando la bahía, se dirigió a través del puerto espacial a donde su propia nave estaba atracada. No miró hacia atrás.

La muchedumbre había desaparecido desde hacía mucho tiempo y los fuegos artificiales habían cesado.

Y la vida de Villachor había terminado.

Se paró en la barandilla de su balcón, mirando a través de la propiedad la enorme e impenetrable caja fuerte allí sentada, para que todo el universo la viera. La caja fuerte impenetrable que había sido violada.

Los archivos de extorsión del Príncipe Xizor habían desaparecido. Aziel se había librado de los imperiales, pero había perdido el cryodex y buscaba furiosamente a alguien a quien culpar.

Y Qazadi estaba muerto. Asesinado. En casa de Villachor.

Detrás de él, la estación de comunicaciones segura de la *suite* sonó. Villachor pensó en ignorarla. Pero realmente no tenía sentido. Cuando el Sol Negro decidiera localizarlo, no habría nada que pudiera hacer al respecto. Dio a su amada y devastada propiedad una última mirada, se dio la vuelta y entró.

Había esperado que fuera Aziel, posiblemente el Príncipe Xizor. No era ninguno.

—Maestro Villachor —dijo Lord D'Ashewl, sonriendo desde la pantalla—. ¿Confío en que no llamo demasiado tarde?

—No, en absoluto —dijo Villachor—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Estaba pensando en nuestra conversación de hace un par de días —dijo D'Ashewl—, y pensé que estaría interesado en algo que acaba de pasar a mi posesión. —Levantó la caja del archivo del Sol Negro a la vista—. Supongo que no necesito decirle lo que esto significa —añadió, abriendo la caja para mostrar a Villachor las cinco tarjetas de datos negras anidadas dentro.

—No, no es necesario —admitió Villachor, cansado—. ¿Me llamó para regodearse?

—En absoluto —le aseguró D'Ashewl—. Llamé para ver si seguía interesado en un trato.

Villachor frunció el ceño, tratando de leer más allá de aquella cara redonda y rubicunda.

—Tiene los archivos y el cryodex. ¿Para qué me necesita?

D'Ashewl se encogió de hombros.

—Usted sabe mucho sobre el Sol Negro. Podría ser muy valioso para nosotros.

—Y usted me protegería, ¿cierto? —Villachor gruñó con gran sarcasmo.

—En realidad, somos muy buenos para esas cosas —dijo D'Ashewl sin ningún rastro de ligereza en su rostro y voz—. Lord Vader es aún mejor. Él piensa que, dadas las circunstancias, podría interesarse en esto a nivel personal.

Era poco probable, Villachor lo sabía. El Sol Negro tenía gente y agentes en todas partes. Su vida todavía se medía probablemente en días o tal vez horas. Pero incluso una probabilidad era mejor que ningún disparo en absoluto.

—Muy bien —dijo. Se preparó. Toda su vida, todos sus esfuerzos, todo su poder acumulado y su riqueza…—. Acepto el trato.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

-¿Todavía no hay señales de Eanjer? —preguntó Dozer, probablemente por décima vez desde que había llegado.

—No —dijo Han, echándose cansado en el sofá. La *suite* no era tan grande ni lujosa como la de Ciudad Iltarr, y los muebles no eran cómodos. Pero bajo las circunstancias era mucho más segura.

Y «segura» era algo bueno en ese momento. «Segura» era muy bueno.

—Y no habrá —agregó—. Rachele acaba de encontrar…

—Espera un segundo —Zerba interrumpió incrédulo—. ¿Estás diciéndonos que se fue así nada más?

—Es más probable que se perdiera la nota de la cita —insistió Bink—. Tal vez uno de nosotros debería regresar y ver si todavía espera allí.

—No va a estar. —Hizo una señal a Rachele, sentada detrás de su computadora, con una mirada de dolor en su rostro—. ¿Quieres decirles, Rachele? ¿O debería hacerlo yo?

—Lo haré —dijo Rachele, con la voz sombría—. Acabo de recibir un informe de la policía de Ciudad Iltarr. Han encontrado el cuerpo de Eanjer.

—Oh, no —exclamó Tavia, asombrada—. Oh, Rachele.

—No te pongas demasiado sentimental —gruñó Han—. Diles el resto.

—Encontraron su cuerpo —repitió Rachele—, donde aparentemente lo echaron para que se desangrara. Le habían cortado la garganta. Hace seis semanas.

Durante un largo rato nadie habló. Han miró alrededor de la habitación, viendo cómo sus expresiones de sorpresa o confusión se volvían a una comprensión horrorizada.

—¿Te refieres… *antes* de que hablara con Han? —Kell preguntó. Sus ojos se dirigieron hacia Han—. O…

—O quienquiera que fuera —Dozer dijo, sonando como si no estuviera seguro de estar aturdido o indignado—. Pero entonces…

—¿Qué quería? —Han negó con la cabeza—. No tengo la menor idea.

—Yo sí —dijo Bink en voz baja—. Vino a matar a Qazadi.

Chewbacca farfulló.

—Eso es seguro —convino Winter con sobriedad—. Y todos nos lo creímos.

—Pero al menos sospechaste algo, ¿verdad, Han? —preguntó Rachele—. Esa conversación que tuviste con él después de que Lando y Zerba regresaron.

—Sabía que había *algo* raro con el tipo —dijo Han—. Él parecía más interesado en entrar a la mansión que nosotros en obtener sus créditos. Pero pensé que era sólo parte de la venganza. El resto… —Sacudió la cabeza—. No tenía ni idea.

—Así que él nos usó —murmuró Kell—. Nos trajo para hacer todo el trabajo pesado, meterlo a él y sacar a los guardias de Qazadi. Hijo de bantha.

—Y por nada —gruñó Zerba, tirando la ficha de crédito con la que había estado jugando en la mesa—. Sin Eanjer, el real, estas cosas no valen nada.

—Tal vez sí —dijo Rachele. Conozco a algunos *hackers*. Podríamos obtener… diría que unos 815 mil.

—Ay, me equivoqué —dijo Zerba con sarcasmo—. Todavía está más cerca de cero que de los 163 millones que esperábamos. Si alguna vez me encuentro a ese tipo…

—No lo harás —dijo Bink—. Quienquiera que fuera, era un profesional.

—O un Imperial —gruñó Dozer.

—O un Imperial —asintió Bink—. Mi punto es que ni siquiera sabemos cómo es realmente. No con todo ese medisello pegado a su rostro. Dondequiera que desapareciera, se fue para siempre.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kell.

—Salvamos lo que podemos —dijo Han, tratando de mantener su propia decepción aplastante fuera de su voz. Adiós a su sueño de estar libre de Jabba. Adiós a todos sus sueños—. Rachele dijo que puede sacar 815 de las fichas. Son ochenta y uno quinientos para cada uno. De todos modos no está mal por un par de semanas de trabajo.

—¿Ochenta y uno quinientos? —preguntó Zerba frunciendo el ceño—. Me salen noventa más cambio.

—Diez de nosotros hacen ochenta y uno quinientos cada uno —le recordó Kell.

—Sólo veo a nueve personas en esta sala.

—Lando todavía tendrá su parte —dijo Han con firmeza.

—Pensé que su parte eran los archivos de extorsión —dijo Zerba, frunciendo el ceño.

—Que no consiguió —dijo Han—. Así que obtiene una décima de los créditos, como había aceptado.

—¿Y tú se los vas a entregar en persona? —Zerba resopló—. Yo pagaría por verlo.

—Se los haremos llegar —dijo Han, mirando el botín sobre la mesa. El resto de las tarjetas de datos resultó ser inútil, detalles de las operaciones de contrabando de Villachor que serían interesantes para la oficina del fiscal, pero no para un grupo de bandidos independientes.

También quedaban las cinco tarjetas de extorsión. Al igual que las otras, eran inútiles para todos en la habitación. Pero tal vez no tanto. Han había notado que en la base Yavin la Alianza Rebelde guardaba todo tipo de cosas extrañas que habían recuperado. Si pudieran desenterrar un cryodex, tal vez podrían usar los archivos de extorsión.

Y si fuera así, tal vez podría ir con Dodonna para obtener más recompensa. Probablemente no lo suficiente para una vida de ocio, como lo que este trabajo se suponía iba a proporcionar, pero tal vez lo suficiente para darles a él y a Chewbacca un poco de espacio para respirar.

Hizo un rápido cálculo mental. Si sacaba lo más que pudiera para pagar su deuda con Jabba…

—Déjenme endulzar un poco la olla —les ofreció—. Compraré sus partes de los archivos de extorsión a dieciocho quinientos cada uno. Eso los llevará a todos hasta cien mil.

Chewbacca hizo una pregunta.

—Bueno, sí, estoy incluyendo tu parte —confirmó Han—. ¿De qué otra manera creías que iba a llegar a dieciocho cada uno?

—Entonces, ¿primero Lando quiere las tarjetas y ahora las quieres tú? —preguntó Zerba con recelo—. ¿Hay algo que no nos estés diciendo al resto de nosotros?

—No, de verdad —dijo Han—. Pensé que a todos les funcionaría mejor ganar créditos adicionales. Y no es que Chewie y yo vayamos a ninguna parte.

—Podrías pagar tu deuda con Jabba —señaló Bink.

—Tendremos suficiente para eso —le aseguró Han.

—En realidad… —Rachele se interrumpió—. No importa.

—¿Así que es un trato? —preguntó Han. Los demás se miraron.

—Por mí está bien —dijo Kell.

—De acuerdo —declaró Dozer.

—Claro, ¿por qué no? —gruñó Zerba—. No es como si pudiera usarlos en mi actuación o cualquier otra cosa.

—Está bien —dijo Han—. Dejen su información de contacto con Rachele y ella les enviará sus partes después de que se *hackeen*.

—Y nunca volvemos a hablar de esto —agregó Rachele—. Con nadie.

—No hay problema —dijo Kell—. Para empezar, ¿quién nos creería?

—Sólo la gente que nos mataría por haberlo hecho —dijo Zerba, poniéndose de pie—. Bien. Hasta luego, todo el mundo. Felices vuelos.

—Fue estupendo no conocernos así —dijo Tavia con ironía.

—Si de algo sirve, Han, ha sido divertido —dijo Bink, mientras también se ponía de pie—. Llámanos la próxima vez que tengas un trabajo.

Cinco minutos y una ronda de despedidas más tarde, todos, excepto Chewbacca, Rachele y Winter, se habían ido.

—¿Querías algo? —preguntó Han a Winter.

—En un minuto —dijo Winter—. Primero me gustaría escuchar lo que Rachele estaba empezando a decir.

Chewbacca gruñó en acuerdo.

—Eso lo hace unánime, Rachele —dijo Han—. Adelante.

Rachele suspiró.

—Fue algo que escuché antes en el comunicador —dijo—. Antes de que nos enteráramos de Eanjer. —Respiró profundo—. Jabba incrementó tu deuda, Han. A medio millón.

Han la miró fijamente.

—¿Medio *millón*?

—Te está culpando porque el Sol Negro se enteró de Morg Nar en Bespin —se lamentó Rachele—. Lo siento mucho. Pensé que no importaba, ya que estabas a punto de ganar casi quince millones y no te quería arruinar el momento. Pero luego nos enteramos de Eanjer y… —Guardó silencio.

—Está bien —dijo Han, sintiendo el peso de todo el universo cayendo sobre él. No esperaba que las noticias de Nar le llegaran tan rápido a Jabba. Incluso si se enteraba, no habría imaginado que se lo adjudicara a él. Mucho menos habría esperado que Jabba tomara tan personal la pérdida de su operación en Bespin. Así que, en lugar de quitarse a Jabba de encima para siempre, se había enterrado aún más profundo.

Chewbacca gruñó.

—Sí, tal vez —Han aceptó dudoso—. Pero seguro que no se va a enfriar por un tiempo. Esa operación de Bespin no traía mucho, pero por alguna razón le gustaba.

—Si necesitan dónde quedarse, estoy segura de que puedo encontrar un lugar —le ofreció Rachele.

—O —dijo Winter en voz baja—, podrías volver con tus otros amigos.

Han frunció el ceño.

—¿Qué otros amigos?

—La gente con la que trabajas —dijo Winter—. La gente a la que supongo que le vas a dar los archivos de extorsión. —Ella alzó levemente las cejas—. La gente que sería la única capaz de rastrear otro cryodex.

Han lanzó una mirada a Chewbacca. ¿Cómo había podido?

—No sé de qué estás hablando.

—Sí, sí —respondió Winter—. Verás, yo trabajo la adquisición para ellos y esa cápsula de escape que disparaste contra la fábrica era parte de un contrabando que les conseguí hace siete meses.

—Por supuesto que lo fue —respondió Han con disgusto. Nunca debió haber permitido que Su Veneración lo convenciera de reponer las cápsulas de escape que había arrojado durante esa cosa de la Estrella de la Muerte—. Mira, yo no las robé, si eso es lo que piensas. Ella insistió en que las tomáramos.

Era como si alguien hubiera puesto un reflector detrás de los ojos de Winter.

—*¿Ella?* —repitió, sentándose de forma abrupta en su silla—. *¿Ella* quién?

Han la miró, esa confesión amarga que ella había hecho repentinamente le volvió a la mente. «Estaba conectada con el palacio real en Alderaan».

—La princesa —dijo—. Leia.

—¿La has visto? —preguntó Winter con voz un poco temblorosa—. ¿Desde lo de Alderaan?

—Claro —dijo—. De hecho, yo estaba con ella en Yavin, donde el… —Lanzó una mirada a Rachele.

—Está bien —dijo Rachele—. Sabemos de Yavin y la Estrella de la Muerte.

—Salió de allí muy bien —dijo Han—. Hasta donde yo sé, todavía está bien. —«Y engreída e insoportable», pensó en añadir. Sin embargo, si Winter conocía a la princesa, probablemente ya lo sabía todo.

—Gracias —dijo Winter en voz baja—. He estado… No habíamos oído los detalles.

—Bueno, tendrás que conseguir el resto de otra persona —dijo Han, poniéndose de pie—. Si Jabba ha subido mi deuda, probablemente también haya subido la recompensa. Necesitamos encontrar un lugar donde dormir por un tiempo.

—Leia te acogerá —le prometió Winter.

—Ya veremos. —Han la miró—. Por cierto, esa cosa de nunca mencionar esto a nadie… Eso es doble para Su Alteza.

Winter sonrió.

—Definitivamente —prometió ella.

—Ten cuidado, Han.

—Lo tendrá —dijo Rachele con una sonrisa—. Siempre lo hace.

Estaban de regreso en el *Halcón* y esperaban su rampa de ascenso cuando Chewbacca finalmente hizo la pregunta obvia.

—No lo sé todavía —dijo Han—. Volveremos cuando sea el momento, supongo.

Chewbacca consideró, luego farfulló de nuevo.

—Por supuesto que le gusto —dijo Han secamente—. ¿Qué no le gusto a todo el mundo?

—¿Maestro? —llamó el droide de protocolo con tono vacilante desde la puerta—. Es hora.

—¿Es hora de qué? —preguntó Eanjer, concentrándose en el espejo delante de él, mientras se quitaba las últimas tiras de medisello de su cara—. Su Alta Exaltación espera su presencia —dijo el droide, sonando aún más nervioso que de costumbre.

No era de extrañar, realmente.

—Dile a Su Exaltación que estaré allí cuando esté listo.

—Sí, señor. —El droide vaciló—. Si a usted le da lo mismo, señor, prefiero esperar aquí hasta que esté listo.

—Bien —dijo Eanjer—. Como quieras.

Se tocó suavemente la mejilla, donde el medisello lo había cubierto. No se había dado cuenta de lo que tres semanas de estar envuelto con eso le harían a la piel. Estaba rojo e hinchado, moteado en algunas partes, y picaba como un caos profundo. Su mano derecha y su brazo se veían igualmente afectados.

Sin embargo, los síntomas eran temporales. Se desvanecerían pronto. Lo que no se desvanecería tan rápidamente era la molestia de un trabajo medio hecho.

Cualquier grupo de ladrones o mercenarios podría haberlo metido en la mansión de Villachor, más allá, alrededor, o a través de todos los guardias mientras todavía dejaba suficiente de Qazadi para ser identificable. La única razón por la que había atraído a Solo a Wukkar y luego manipulado para que aceptara el trabajo era para que el arrogante contrabandista estuviera donde Eanjer pudiera atraparlo cuando todo terminara. Plantar ese falso mensaje con Rachele para que la trampa incluyera a Calrissian era otro beneficio que planeó y que se había desvanecido.

Así que ¿tal vez debería considerar que el trabajo había sido exitoso sólo en una tercera parte?

Pero lo pasado, pasado. Todas las molestias y arrepentimientos no podían cambiar eso. Y si sólo un tercio había tenido éxito, fue, sin embargo, el tercio más grande y más gratificante. La recompensa por la muerte de Qazadi haría que toda la operación valiera mucho la pena.

Habría otras oportunidades para ponerse al día con Solo y Calrissian. La paciencia, como siempre, era la clave.

—¿Maestro?

—Ya te escuché. —Se levantó, tomó el casco mandaloriano y lo puso en su cabeza—. Más le vale a Jabba tener mis créditos listos.

—Estoy seguro de que sí, maestro —le aseguró el droide apresuradamente.

—Bien. —Boba Fett hizo un gesto—. Muéstrame el camino.

Acerca del autor

TIMOTHY ZAHN es autor de más de cuarenta novelas, casi noventa cuentos y cuatro colecciones breves de ficción. En 1984, ganó el Premio Hugo a la mejor novela. Zahn es mejor conocido por sus novelas de *Star Wars (Heredero del Imperio, Dark Force Rising, El último comando, Espectro del pasado, Visión del futuro, Búsqueda del superviviente, Vuelo saliente, Lealtad* y *Choices of One*) con más de cuatro millones de sus libros impresos. Otros libros incluyen la serie *Cobra*, la serie *Quadrail* y la serie para adultos de *Dragonback*. Zahn tiene estudios en Física por la Michigan State University y un master de la Universidad de Illinois. Vive con su familia en la costa de Oregón.